

*María M. Villén*

# CRISTINA



*Lxl*  
EDITORIAL  
*Romantic*

Cristina

Cristina

María M. Villén

*Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© María M. Villén 2019  
© Editorial LxL 2019  
[www.editoriallxl.com](http://www.editoriallxl.com)  
04240, Almería (España)

Primera edición: noviembre 2019  
Composición: Editorial LxL

ISBN: 978-84-17763-35-0

# Índice

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[UN AÑO ANTES](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[UN AÑO ANTES](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[EN LA ACTUALIDAD](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[UN AÑO ANTES](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[EN LA ACTUALIDAD](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[UN AÑO ANTES](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[UN AÑO ANTES](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[EN LA ACTUALIDAD](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[UN AÑO ANTES](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[UN AÑO ANTES](#)

[EN LA ACTUALIDAD](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[UN AÑO ANTES](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[EN LA ACTUALIDAD](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[HACE UN AÑO](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[EN LA ACTUALIDAD](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[UN AÑO ANTES](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[MUCHO TIEMPO ATRÁS](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[UNOS MESES ATRÁS](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[UNOS MESES ATRÁS](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[UNOS MESES ATRÁS](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[UNOS MESES ATRÁS](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[MUCHO TIEMPO ATRÁS](#)

[FIN](#)

[BIOGRAFÍA DE LA AUTORA](#)

# Capítulo 1

Había algo poético en la forma en la que sus rodillas golpearon el suelo en el preciso instante en el que sus ojos dieron paso a la mirada vacía que él conocía tan bien. Ya no estaba allí, él lo percibía. Conocía perfectamente aquella oscuridad en sus ojos color miel que reflejaba que su cuerpo no era ya sino una figura hueca. Y lo hacía porque fue una de las primeras cosas que compartió con él aquella vez que la lanzaron a las fieras unos meses atrás.

Cuando llegó a sus brazos, ya estaba rota y él se habría dejado arrancar la piel a tiras por haber llegado antes. De haber sabido a qué se enfrentaría en los meses posteriores a haberla conocido, nunca habría pisado aquel maldito lugar, o quizá sí, ¿quién sabe? Tal vez lo habría hecho, aunque una bola de cristal le hubiera mostrado con claridad meridiana todo lo que se le venía encima, aunque tuviera que aceptar que jamás había sido suya y jamás lo sería porque hacía mucho que había decidido que ella no sería de nadie.

Aquella noche fría y tormentosa de noviembre, Javier creyó que sería una buena idea dejarse caer por el sitio más de moda de la ciudad en la que acababa de aterrizar para empezar a recabar información sobre el asunto que lo había llevado hasta allí desde tan lejos. «*Welcome to the Dark Side*», rezaban unas enormes luces de neón púrpura sobre un fondo negro nada más atravesar la primera puerta, la de la entrada, la misma que estaba protegida por varios matones de discoteca disfrazados con traje y corbata, donde la enorme cola de gente esperando entrar daba la vuelta, al menos, a la manzana que se divisaba desde donde se encontraba él.

A él no le resultó difícil acceder al local, aunque sí caro, teniendo en cuenta que había pagado por la contraseña más de lo que ganaría en una semana. Jamás en su vida había estado en un lugar como aquel, ruidoso, abarrotado y lleno de vida si se accedía al interior por la puerta de la discoteca donde luces y *flashes* cegadores relampagueaban sobre una multitud sin forma que saltaba, bailaba y gritaba al ritmo de una música ensordecedora, mientras que una puerta más allá custodiaba un silencio apenas adornado por murmullos y choques de copas al brindar o por el sonido de los cubiertos rozando la vajilla. Al fondo, otra puerta, que esta vez llevaba a unas escaleras, daba paso al enorme salón de juegos del casino, donde hombres adinerados vestidos con trajes cuyo precio él no sería capaz de imaginar tiraban su dinero mientras manoseaban discretamente a mujeres hermosas embutidas en elegantes vestidos de diseño y se dejaban embaucar por sus encantos. Todos los placeres imaginables eran ofrecidos en aquel lugar del que nunca había oído hablar hasta que osó poner los pies en aquella ciudad.

Entonces la vio, la chica más hermosa sobre la que sus ojos se habían posado jamás. Alta, de hombros perfectos y pechos y caderas de infarto, con una nariz pequeña sobre unos labios carnosos y aquellos ojos que no hacían juego con el resto de su rostro o sus gestos porque, al contrario que el mensaje que emitía toda ella, parecían mirar sin ver. Excepto por un leve y mágico instante en el que parecieron volver a la vida y emitir un destello y él se atrevió a seguirlos para ver qué o quién había provocado aquel milagro, aterrizando su mirada sobre un hombre alto, joven, de pelo rubio oscuro, barba de dos días y tristes y enormes ojos azules que, en

pie en el centro de la sala y vestido con un elegante traje gris oscuro y corbata granate, charlaba amigablemente con otras personas mientras sostenía una copa de vino en la mano derecha.

«¿Quién eres? ¿Quién es?».

El hombre no la vio, de hecho, él juraría que ni siquiera se había percatado de que ella estaba en la misma habitación, y gracias a ese pequeño guiño de la casualidad o del destino, por fin sus ojos se encontraron con los de Javier, que habría deseado que el tiempo se hubiera detenido para siempre en aquel instante. Contuvo la respiración mientras la observaba acercarse hacia la barra con paso firme y decidido, como si flotara dentro de los tacones que la sostenían, y se dejó envolver por el aroma a lilas que la acompañaba, un olor tan hermoso y tan nuevo para él como ella. Toda su presencia parecía gritar que no pertenecía a ese lugar, que nada ni nadie que se encontrara en aquel momento a su alrededor tenían nada que ver con ella.

Cuando por fin se detuvo junto a él, se atrevió a susurrar algún tipo de saludo, como si una fuerza invisible lo hubiera empujado, pero seguramente no dijo nada memorable, pues el flujo de sus pensamientos parecía haberse detenido. Sus palabras, que apenas estaba seguro de haber pronunciado en voz alta, quedaron suspendidas en el espacio entre él, con su codo apoyado en la barra y su *whisky*, y ella, a su lado, con la mano levantada esperando que el camarero le trajera lo que fuera que acababa de pedir. Su sonrisa, una hilera de dientes blancos y perfectamente alineados, como todo en ella por lo visto, lo sorprendió. Era aún más hermosa de cerca y parecía demasiado joven para estar en un lugar como aquel. Y eso era precisamente lo que él estaba buscando.

—Hola —le dijo ella. Una simple palabra que confirmaba que sí, que su voz también era preciosa.

—Hola. —«Creí que las criaturas como tú solo aparecían en las fantasías y en los sueños». Afortunadamente, se le daba muy bien disimular su complejo de inferioridad, porque si no fuera así, jamás habría podido dedicarse a lo suyo.

—No te había visto antes por aquí.

—Es la primera vez que vengo, al local y a la ciudad.

—¿Y qué tal? ¿Te diviertes? —Dio un trago a su copa de champán mientras se giraba a mirar a la gente que había en el centro de la estancia. Él fijó de nuevo su mirada en el joven que antes había distraído la atención de ella, pero no era a él a quien la chica miraba en aquel momento, sino a un hombre de unos cincuenta años, alto, elegante y de grandes ojos verdes que también la miraba como si quisiera decirle algo sin hablar. «Santiago Altamiranda, dueño y señor de estos lares».

—Bueno, la verdad es que acabo de llegar. —«Aunque ahora mismo iría contigo al infierno».

—¿Te gustaría acompañarme a un lugar más íntimo donde podamos charlar?

De todos los hombres que había en el local, Cris sabía que él era el único que esperaba de ella algo más que sexo. Lo había adivinado por la forma en la que sus ojos la miraban. Estaba por completo perdido en ella, en sus ojos, en sus labios, en el sonido de su voz y el clic clac de sus zapatos de tacón, que hubiera seguido a cualquier lugar, aunque fuera el sonido de los tambores anunciando su ejecución. Por eso lo había escogido a él, porque si tenía que pasar la noche con un hombre al que no conocía, al menos quería sentir que era algo más que una simple mercancía por la que alguien había pagado, y eso era lo que sus ojos gritaban.

Javier no se habría sorprendido tanto, aunque el cielo se les hubiera caído encima en aquel momento. Sus años de profesión le habían enseñado que ella solo estaba haciendo su trabajo. Nunca había pisado un lugar como aquel, de hecho, solo había estado un par de veces en algún que otro club de carretera y siempre por motivos de trabajo, pero no había que ser un lince para saber a lo

que se dedicaban todas aquellas mujeres jóvenes y hermosas que pululaban por las distintas estancias, por mucho que ella pareciera más bien alguien de la alta sociedad. Ya había oído hablar de las mujeres de Altamiranda, y quien quiera que se lo hubiera contado, se había quedado muy corto. Cuando la joven empezó a caminar quién sabía hacia dónde, él simplemente siguió el vaivén de sus caderas hasta que acabaron sentados en uno de los sofás de una zona donde la gente hablaba animadamente mientras bebían.

—Por cierto, disculpe mi grosería, no me he presentado —dijo ella dejando su copa sobre la pequeña mesa de cristal—. Me llamo Cris.

«¿Cris?, cómo no». Un hermoso nombre que probablemente no sería el suyo, pero que le sentaba como un guante.

—Javier —le respondió él.

—Bonito nombre, Javier. Cuéntame, ¿qué te trae por aquí, ocio o negocios?

—Ocio más bien. Estoy pasando unos días en la ciudad. Me dijeron que se disfrutaba mucho más en otoño.

—Es cierto. ¿Te alojas con nosotros?

«Nosotros». Una sola palabra que ofrecía todo un mundo de información. Si tenía alguna duda de que ella era una de las famosas mujeres de Santiago Altamiranda, acababa de disiparse de golpe.

—No. Estoy en un hotel del centro, algo mucho más modesto que... esto. —Señaló con la barbilla a su alrededor con gesto abrumado ante la opulencia del lugar.

—Vaya, pues es una pena, porque si te alojaras aquí, nos veríamos más a menudo. ¿Te apetece tomar otra copa?

Javier asintió porque la verdad era que habría tomado veneno si ella se lo hubiera ofrecido y lo único que maldecía en aquel momento era no tener dinero suficiente en su cuenta para alojarse en complejos de ocio de cinco estrellas.

La segunda copa fue más sensual que la primera. Miradas llenas de posibilidades que el *whisky* no pensaba dejar pasar y sinuosas sonrisas que acabaron con ambos mano a mano en una de las *suites* del casino. No, no podía permitírselo, ni la habitación ni lo que ella le pidiera a cambio de sus favores. Y no, tampoco le importaba. Enredar sus dedos en aquella melena de seda, mandar a sus manos de excursión por aquel cuerpo perfecto, sentir en la yema de sus dedos el pulso de la sangre latiendo y el calor que lo recorría por dentro, pero que no quería dejar escapar para no perderla, valía todo lo que él pudiera pagar. Todo su cuerpo le dolía por la pura necesidad de tocarla. No recordaba haber deseado tanto nada ni a nadie en toda su vida, ni besar con los labios abiertos e hinchados por el deseo ni sentir que había encontrado el lugar perfecto donde morir.

Una vez en la habitación, Javier se sentó en el sofá frente a la chimenea y se dejó distraer durante un instante por el brillo anaranjado que envolvía la habitación en un halo acogedor. Cris se sentó junto a él y empezó a besarlo y a acariciarlo, tal y como se esperaba de ella. Sin embargo, fue muy dulce y se entretuvo en sus labios, acariciando su rostro y su pelo con las yemas de sus dedos. Lo que la sorprendió, aunque ya había previsto que él sería diferente desde el instante en el que lo vio, fue el fuego que se encendió en su cuerpo bajo su tacto al recibir un pequeño mordisco en el labio inferior. Las manos de él se enredaron en su cintura y las de ella rodearon su cuello acariciando el pelo de la nuca, perdiéndose en aquel beso, como si por un momento hubiera decidido que lo estaba haciendo porque le apetecía y no porque cobrara por ello. Estaba claro que Javier sabía muy bien lo que hacía y quizá por eso a ella le estaba costando tanto desconectar, porque sus manos le recordaron a otras manos que una vez le importaron y sus

besos despertaron cierto sabor en su boca que ya creía olvidado.

Bajó las manos hasta que las posó bajo sus nalgas, la levantó del suelo y la llevó hasta la cama, justo al otro lado de la habitación, sin dejar de besarla y acariciarla, ahora con más intensidad.

En el momento en el que la hebilla del cinturón tocó el suelo, una campana sonó dentro de su cabeza, la que la golpeaba brutalmente con la realidad de por qué estaba con aquel desconocido en aquella habitación: porque era una prostituta y él había pagado por sus servicios. Javier le levantó la cara con la mano para mirarla como si hubiera leído sus pensamientos y vio cómo el vacío se instalaba en sus ojos y la mirada hueca del papel que representaba a la perfección lo sorprendió. Le susurró un «No» apenas audible para después volver a besarla de forma que sintiera que estaba recibiendo el trato que se merecía. «No, no vales tan poco como crees. No, no tengas miedo. No, no voy a tratarte como los demás».

No era un hipócrita, sabía perfectamente que lo estaba haciendo por él mismo, porque desde que la había visto no había podido pensar en otra cosa, como si una extraña obsesión se hubiera apoderado de su mente, y se sentía culpable por pagar por sus servicios, algo que nunca había hecho antes. Pero por primera vez en su vida tenía la posibilidad de obtener algo que deseaba con todas sus fuerzas. Quería que ella se olvidara durante aquel momento de que estaba con uno más de sus clientes.

Paseó sus manos y sus labios por todo su cuerpo, acarició su nuca y su cuello con toda la dulzura que era capaz de mostrar, bajó por sus hombros, su escote y sus pechos perfectos, que se amoldaron a sus manos como si pertenecieran a ellas, mordiendo suavemente y luego curando con su lengua, hasta que el sonido apagado de los gemidos de Cris en el hueco entre su cuello y su hombro le anunció que era el momento de ir un paso más allá.

Por un instante, a ella le pareció vislumbrar en los ojos de Javier una mirada orgullosa que apenas tuvo tiempo de valorar. Entrar en ella, dejarse envolver por su calor, fue como respirar la primera bocanada de aire después de haber estado mucho tiempo bajo el agua o como beber agua fresca por primera vez. El eco de su nombre mezclado con sus respiraciones aceleradas y sus gemidos de placer inyectaba fuego en sus venas, haciendo insoportable la espera. Una capa de sudor cubría sus cuerpos haciéndolos brillar intermitentemente gracias a la luz que emitían las llamas de la chimenea. Los dedos de Cris clavándose en su espalda y su rostro escondido en su cuello intentando ahogar un grito de placer acabaron de derrotarlo y sucumbió a una sensación que no recordaba haber sentido antes con tanta fuerza.

«¡Dios, Dios!».

Sin poder controlarse cayó un instante sobre ella, pero se giró enseguida para no aplastarla con su peso. Se acomodó junto a él, colocando el brazo bajo su rostro. Y allí estaba aquella mirada fría otra vez, como la de una muñeca de porcelana, esta vez acompañada por lo que a él le pareció culpa o vergüenza, y un leve escalofrío recorrió su espalda hasta que ella le habló.

—Hola —susurró junto a su oreja.

—Hola —repitió él sin saber muy bien si ahora sería adecuado besarla. Se moría por besarla.

«Quiero besarte. Quiero jurarte que no me moveré de aquí». Sin embargo, no dijo nada más porque no quería romper la falsa magia de aquel momento y, sobre todo, porque no quería parecer débil. Cuando al cabo de unos minutos ella se levantó para volver a vestirse, le pidió que no lo hiciera. «¡Quédate!».

—¿No puedes quedarte?

—Sí, claro que puedo. Pero eso duplicará el precio.

Por primera vez en toda la noche, hizo referencia al dinero y él tuvo que pensar un poco cómo

responder para no decir algo que la hiciera creer que la veía como ella se veía a sí misma; como una mercancía que se compra y se vende. Lo único cierto era que no quería que saliera de aquella habitación porque sabía que probablemente no volvería a verla nunca más. Al menos no así, no jugando a que era algo suyo, a que ambos eran el uno del otro. Dio una palmada en el colchón y ella volvió a la cama, colocándose de costado para mirarlo. Él hizo lo mismo.

—¿Por qué haces esto si lo odias tanto? —Su voz salió más ronca de lo que él hubiera deseado al preguntar.

—¿Tanto se me nota?

—Está más claro que el agua. ¿Quién era? —le preguntó, y se arrepintió en el momento exacto en el que aquellas palabras abandonaron sus labios.

—¿Quién era quién? —le dijo ella algo adormilada.

—El hombre del bar. —«Él. ¿Quién era él?».

—Supongo que te refieres al dueño del local, Santiago Altamiranda.

—No. El otro. —«El que hizo brillar tu mirada cuando entraste y te diste cuenta de que estaba allí».

Cuando la miró comprobó que sabía perfectamente a quién se refería, porque el mismo brillo apareció en sus ojos acompañado de un leve gesto de incomodidad.

—Nadie.

Javier supo que la conversación estaba zanjada. «Nadie» es una palabra poco adecuada para nombrar algo que saca la mejor parte de ti. «Nadie» era él, a quien jamás había visto, con quien acababa de acostarse por dinero y a quien había mirado sin ver un momento antes. El mero hecho de responder «nadie» lo convertía en alguien demasiado importante. Ella no era nadie y quizá por eso era lo mejor que tenía, a lo mejor era nadie para él como el tipo del bar lo era para ella, pero se moría por darle un beso y acunarla sobre su pecho, así que la pregunta era qué historia se escondía debajo de aquella simple palabra.

Se levantó para ir al cuarto de baño y cuando volvió ella se había dormido, o fingía hacerlo, cosa que a él no le importó demasiado, al contrario, le dio la oportunidad de seguir aparentando un rato más que eran algo más que dos desconocidos y se colocó detrás de ella, hundiendo la nariz en su pelo hasta quedarse dormido también. Una idea cruzó su mente durante un instante que lo hizo sentirse más solo que nunca: no era sexo lo que quería de ella, quería este calor, esta imagen doméstica de una pareja durmiendo, respirándose el uno al otro, como si pudiera acabar el mundo sin que a ninguno de los dos le importara.

Entonces concluyó que su madre tenía razón: llevaba demasiado tiempo solo.

## Capítulo 2

### Un año antes

El enorme bloque de pisos en construcción destacaba en el entorno no solo por sus dimensiones, sino porque era el único edificio de esas características en aquella zona. El resto eran chalés independientes, adosados, una escuela y una cafetería. El hombre miró a su alrededor esperando encontrar a otro hombre con el que había venido a hacer un trato, aunque tal vez ni el lugar ni la hora, las doce de la noche, eran los más adecuados para ello. La única luz que iluminaba el lugar era la de la luna, que se colaba por lo que finalmente sería la entrada a los garajes y que hoy era solo un inmenso boquete de ladrillo. Estaba empezando a ponerse nervioso y paseaba en círculos por el lugar mientras se mordía las uñas.

El sonido de varios coches acercándose le devolvió un poco de esperanza. Si Santiago Altamiranda se había dignado a aparecer por allí, es que no todo estaba perdido. Dos enormes Mercedes oscuras bajaron la rampa de cemento y frenaron pocos metros después dejando los faros encendidos para dar un poco más de luz al lugar.

El primer hombre se bajó del asiento del copiloto de uno de los vehículos y abrió la puerta de atrás para que bajara su jefe. Don Santiago Altamiranda, alto, moreno, de fieros ojos verdes y sonrisa cínica salió del coche y se quedó junto a él con los brazos a lo largo del cuerpo y las piernas ligeramente abiertas. Tenía cincuenta años, aunque aparentaba bastantes menos y, al parecer, el nudo de la corbata le molestaba pues empezó a aflojarlo mientras carraspeaba. Alberto, el hombre que lo estaba esperando, caminó unos pasos hacia él en actitud servil y le tendió la mano, que Santiago ni siquiera se molestó en mirar.

—Muchas gracias por venir —le dijo con voz temblorosa, sintiéndose tremendamente incómodo debido al sudor excesivo que había logrado empaparle la camisa.

No hacía calor, más bien al contrario, un ligero aire nocturno otoñal había refrescado el ambiente. Su sudor estaba provocado por la ansiedad que lo invadía.

—No acostumbro a ir a ver a nadie, pero contigo he hecho una excepción. Espero que valga la pena —contestó Santiago metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón—. Adelante, ¿qué es eso que querías contarme?

—He conseguido traspasar el taller. Te pagaré lo que te debo en cuanto el papeleo esté solucionado.

Santiago sonrió ligeramente.

—Así que por fin has encontrado comprador. Me alegro mucho por la parte que me toca. No me gusta que las deudas se alarguen demasiado.

—Muchas gracias por prestarme el dinero. De no ser por usted, habría ido a la quiebra.

—No me des las gracias aún, hombre. ¿Así que pronto tendrás los cincuenta millones que me debes? Me vendrán bien para un par de negocios que tengo en mente.

Alberto tragó saliva intentando hacer desaparecer el nudo que se había instalado en su garganta antes de que su voz lo traicionara.

—¿Qué?! ¡Eso es más del doble de lo que acordamos!

—Amigo mío, ¿no estará usted poniendo en duda mi palabra? —Su actitud se volvía más agresiva a medida que iba caminando con lentitud hacia él.

—No. No. Yo jamás me atrevería...

—Eso está bien porque, ya sabes, el dinero sube y baja, las cantidades se duplican e incluso se triplican. Negocios, Alberto, negocios.

Santiago encendió un cigarro y exhaló una bocanada de humo directamente en el rostro de su interlocutor. Del otro coche bajaron otros dos hombres, que se colocaron detrás de su jefe.

—Tienes una semana.

Los ojos de Alberto se abrieron de par en par.

—Pero... los bancos..., los documentos...

—Una semana. Te espero entonces en el Kaos, a las doce, como hoy. No voy a aceptar otra cantidad y no voy a negociar. —En cuanto acabó su frase, tiró la colilla al suelo, la aplastó con un pie y se giró para volver a su coche. Se dio la vuelta un momento para decir—: Recuerdos a tu hija.

Alberto no se atrevió a contestar. Sabía que, hiciera lo que hiciera o dijera lo que dijera, lo único que conseguiría sería empeorar su situación, como también sabía que jamás reuniría aquella cantidad de dinero. El hecho de que Santiago hubiera mencionado a su hija le provocó un escalofrío desde la nuca hasta los dedos de los pies. Todo el mundo sabía que la trata de mujeres era una de las actividades de aquel bastardo. Dio un par de puñetazos a la pared, emitiendo unos gemidos producidos por el dolor, y subió la rampa caminando en busca de su coche, que había dejado aparcado en un lateral de la incipiente construcción.

Cuando llegó a su casa, pudo a ver la luz encendida en el cuarto de su hija desde la verja del patio delantero. Pensó que estaría estudiando y decidió no molestarla, así que rebuscó en sus bolsillos hasta que encontró la llave y abrió la puerta, en la que se apoyó una vez dentro. Tomó aire y lo soltó antes de llamarla en voz baja, sospechando que podía estar dormida. Luego recordó que si no estaba estudiando, probablemente tendría puestos sus auriculares y no habría manera de que pudiera oírlo, así que echó a andar escaleras arriba hasta que llegó a su cuarto y empujó la puerta entornada decorada con unas letras rosa en vertical: «CUTE». Sobre la cama, una chica de unos dieciocho años dormía acurrucada en posición fetal con los auriculares en las orejas.

Alberto sonrió con dulzura. No se había equivocado al pensar que se había quedado dormida. Era viernes y se había levantado antes de las siete, había hecho dos exámenes y había pasado la tarde dando clases en una academia del centro de la ciudad. Estaría exhausta.

Se agachó un poco y le dio un beso en la mejilla mientras le quitaba los auriculares con todo el cuidado del mundo para no despertarla. La observó un instante. ¿Cuándo había crecido tanto su pequeña? Hacía tan poco tiempo que la llevaba al colegio de la mano, a jugar con sus patines al paseo marítimo o a saltar en las colchonetas, y ahí estaba, con aquellas largas piernas y su preciosa melena de color rubio oscuro que le cubría la espalda, casi una mujer. Salió de la habitación, apagó la luz y cerró la puerta. Pensó que al día siguiente sería sábado y ambos tendrían tiempo para descansar.

En el salón, se quitó los zapatos y se sirvió una copa antes de sentarse en el sofá intentando

averiguar cómo solucionar su asunto con Santiago Altamiranda. Se recriminaba por haberle pedido dinero a alguien como él. No podía estar más arrepentido. Era un mafioso, dueño de todos los negocios de la ciudad. Ya no podía echarse atrás, lamentablemente. Se pasó el vaso frío por la cara intentando que desapareciera el calor que lo había invadido durante todo el día y sintió un ligero alivio. Puso la tele y se tumbó en el sofá, donde no tardó en quedarse dormido.

A la mañana siguiente, el sonido fantasmal de unos pies descalzos sobre el parqué lo hicieron abrir los ojos de golpe. Ante ellos apareció la preciosa figura de su hija en pijama, que se inclinó sobre él para darle un beso.

—Buenos días, papi. Siento haberte despertado.

—Hola, preciosa. Llegué un poco tarde anoche y ya te habías dormido.

La chica frunció un poco el ceño al notar el aspecto preocupado de su padre.

—Papá, ¿va todo bien?

—¡Claro! No te preocupes por nada. Tú sigue a lo tuyo. He vendido el taller y pronto podré dedicarme a lo que de verdad me interesa: buscar otro trabajo.

Cristina se fue a la cocina a prepararse un café y le ofreció uno a su padre, que aceptó mientras se incorporaba y se frotaba los ojos intentando despejarse. Afortunadamente, la había mantenido al margen de toda la historia de Santiago Altamiranda. No quería preocuparla con asuntos de adultos. Después de todo, ella era aún una cría.

Una semana. Ese era el tiempo que tenía para reunir la cantidad de dinero que aquel maldito cabrón le pedía, algo que tenía la certeza de no poder conseguir. Solo para poder librarse de su ruinoso taller ya había llamado a todas las puertas posibles, y ya había recibido todas las respuestas negativas imaginables. Pasó todo el día en casa intentando dar con una solución que se negó a aparecer. El zumbido de un mensaje en el móvil lo sacó de sus pensamientos. El comprador se había echado atrás. Sus esperanzas de saldar su deuda se alejaban de él a pasos agigantados. Alguien lo llamó por teléfono.

—¡Necesito el maldito dinero! —le gritó al aparato, como si una fiera lo hubiera poseído.

Cristina, que en aquel momento bajaba las escaleras lista para salir con sus amigas, se detuvo en seco al oír la voz desesperada de su padre. Nunca lo había oído hablar así, como si el mundo se hubiera derrumbado antes sus ojos.

—Ya sé que me lo advertiste. No, no puedo pagarle con el taller, pide el doble de lo que vale y, además, ¿para qué iba a querer mi taller Santiago Altamiranda? Soy hombre muerto.

Las últimas palabras helaron la sangre en las venas de Cristina. Ella ya había intuido que las cosas no iban todo lo bien que su padre intentaba hacerle creer, pero no había imaginado que fueran un absoluto desastre. Entró en el salón fingiendo no haber oído nada y los ojos de su padre se iluminaron como por arte de magia.

—¡Guau! ¿Sales esta noche?

—He quedado para tomar algo con las chicas..., si te parece bien.

—Por supuesto que me parece bien. Diviértete —le dijo y se acercó a ella para darle un dulce beso en la sien.

—No creo que la cosa se alargue demasiado. Voy en el coche con Alba, ¿vale?

—No bebas.

—¡Papá! —protestó ella con una sonrisa, sintiendo que su padre pensaba en ella como si fuera una cría. Luego, mirándolo con toda la ternura del mundo, pensó que así son los padres, siempre poniéndose en lo peor para intentar proteger a sus hijos. Finalmente, se marchó.

La gigantesca discoteca estaba ya abarrotada cuando Cristina y sus amigas por fin consiguieron entrar. Alba, su mejor amiga desde que ambas podían recordar, ya le había echado una pequeña bronca por su indumentaria.

—No está mal, Cris, pero enseñar un poco de carne no te va a hacer ningún daño.

—¿Te estás quedando conmigo? —le dijo mirándose su precioso top de lentejuelas rojo—. ¡Este top deja toda mi espalda al aire!

—Te has vuelto a poner pantalón.

—De cuero. Ajustado —subrayó Cristina—. Y llevo taconazos. No pienso vestirme como una... —Se mordió la lengua porque no quería que su amiga se molestara. Ella siempre dejaba muy poco a la imaginación cuando se arreglaba para salir, sobre todo, si iba a ese local.

Cada una fue pidiendo su consumición en la barra y cuando ella por fin cogió la suya, fue su otra amiga, Claudia, quien puso los ojos en blanco.

—¿Zumos? ¿En serio?

Cristina ni siquiera se molestó en contestar. Echó a andar hacia la zona que rodeaba la pista de baile sonriendo triunfante. «¡Sí, señor! ¡Así saca una de quicio a sus mejores amigas!».

Ellas se lanzaron a bailar enseguida mientras Cris se detenía un momento a observar el ambiente. Media ciudad estaba ahora mismo en Kaos, la discoteca con más ambiente de toda la zona. Gente bailando en el centro, *flashes* cegadores y un sonido ensordecedor, más gente alrededor de la pista y la segunda planta amenazando con derrumbarse sobre la primera por culpa de los que saltaban al ritmo de la música. El nombre que su padre había mencionado al teléfono apareció en su mente. Santiago Altamiranda, dueño y señor de los mejores negocios de la ciudad y sus alrededores. También de este, por supuesto. ¿Qué tendría que ver con su padre?

## Capítulo 3

### Un año antes

Cristina sacó la rodaja de fruta con forma de estrella que el camarero había clavado en su copa y le dio un mordisco poniendo cara de asco al hacerlo. El sabor ácido de la fruta la había cogido por sorpresa. Una preciosa risa masculina la hizo mirar a su derecha levantando una ceja.

—¿Un poco fuerte, quizá? —dijo una voz que pertenecía a un hombre de algo más de treinta años, alto, de pelo castaño claro, de enormes y lánguidos ojos azules y barba de un par de días que la miraba divertido desde su posición.

Ella sonrió avergonzada y se sonrojó ligeramente.

—Sí —respondió al fin—. En realidad, creo que no la había probado nunca.

El joven le tendió la mano.

—Carlos —se presentó firmemente. «Carlos. ¡Guau!».

Nadie la había saludado antes así, al menos, nadie que no fuera un profesor o algún médico de consulta privada al que había acudido en alguna ocasión. A Carlos le resultó divertido el contraste entre la mano de él, grande y fuerte, y la de ella, delgada y pequeña, casi como la de una niña, con las uñas pintadas de un color azul eléctrico.

—Cristina —dijo ella respondiendo al saludo—. No eres de por aquí, ¿verdad? —«Dime que te quedarás una temporada».

El joven negó con la cabeza y dio un trago a su vaso.

—Estoy aquí por negocios, ¿y tú?

—Yo estoy aquí porque esta ciudad es el único lugar en el que hay gente un sábado por la noche. —«Bendita la hora en la que se me ocurrió venir».

Se quitó su melena del hombro con un ligero gesto de la mano, sintiéndose algo incómoda bajo la mirada de aquel extraño.

—¿Podemos ir a un lugar en el que se pueda hablar? —preguntó él en tono muy alto para hacerse oír por encima de la música.

En aquel momento, Cristina se alegró enormemente de haberse decidido por sus *leggings* de cuero y sus zapatos de tacón porque, de lo contrario, se vería mucho más pequeña que él. Hasta la elección de su camiseta con la espalda descubierta le pareció acertada en aquel instante.

—¡Claro! ¡Sígueme!

Caminó hacia el fondo del local hasta que llegó a la zona donde estaban las mesas altas de cristal rodeadas por cuatro taburetes a juego. La música llegaba hasta allí sin el sonido atronador ni el retumbar del suelo. Soltó su copa en la mesa y se acomodó en uno de los taburetes.

—Y, dime, Cristina, ¿adónde se puede ir por aquí?

—Es una ciudad grande. ¿No la conoces? —«Si quieres, te la enseño entera».

Él negó con la cabeza.

—Es la primera vez que vengo.

—Ya. Negocios. ¿Puedo preguntar qué clase de negocios? —Dio el último trago a su zumo.

—Mi padre quiere abrir un casino en la capital y quiere contar con un tal Santiago Altamiranda como socio.

—¿Así que amigo de Santiago Altamiranda? Debí haberlo imaginado —dijo repasando el aspecto del joven de arriba abajo.

—¿Tiene algo de malo?

—¡No, qué va! De hecho, yo solamente lo conozco por la prensa. Sus asuntos quedan muy lejos de mi alcance. —Su voz destilaba cierta resignación.

—¿Y por qué deberías haber imaginado que soy amigo suyo?

—No sé. Tu actitud arrogante, tu postura, tu forma de mirar... Sois muy parecidos. —«Eres perfecto. Nunca había conocido a nadie como tú».

El joven sonrió marcando los hoyuelos de sus mejillas.

—Pues deja que te diga que no somos amigos. Ni siquiera lo conozco en persona. Por eso estoy aquí.

Cristina se preguntó por un instante por qué estaba hablando con aquel hombre. Era mucho mayor que ella, y eso no era algo habitual. Además, no lo conocía, no lo había visto nunca. Sin embargo, estaba segura de que era de fiar.

Cuando se percató de que las bebidas de ambos estaban vacías, Carlos hizo un gesto seguro con la mirada, levantando ligeramente la barbilla, lo que confirmó las sospechas de Cristina: tipo rico, de los que están acostumbrados a que todo cuanto hay a su alrededor esté a su servicio. Una ojeada por la ropa que llevaba puesta —pantalón vaquero y camisa de marca, zapatos de piel marrón de los que costaban una pasta y móvil de última generación que soltó sobre la mesa— le sirvió para confirmar que no se equivocaba. Inconfundible la arrogancia, el peinado, el pelo bastante corto y algo más largo por arriba, con la gomina justa para darle forma. Sus manos, sin rastro de imperfecciones. No había trabajado en su vida. Si quería seguir disfrutando de su compañía, mejor no mencionar la situación económica actual de su familia.

—¿Qué tomas? —repitió Carlos, pues ella no se había percatado la primera vez que le preguntó enfrascada como estaba en la observación de su acompañante.

—Disculpa. Zumo de melocotón.

—¿De verdad? —le preguntó divertido.

—Sí. Alguien tendrá que llevar a mis amigas a casa. Además, mañana tengo que estudiar. —«¡Quédate un rato más!».

Cuando el camarero volvió con las bebidas, Carlos le dio un trago a la suya y siguió con las preguntas:

—Así que estudias. ¿Y puedo saber qué estudias?

—Bellas Artes.

—¡Oh, una artista! Dicen que con eso se pasa mucha hambre —bromeó.

Cris le propinó el primer manotón de la noche.

—¡Ay! —Se llevó la mano al brazo que le había golpeado y la miró divertido.

—Te aguantas. Soy una gran pintora. Verás mis cuadros en las mejores galerías de arte. Cuidadito con lo que dices porque tus palabras aparecerán en mi biografía.

Ella iba a preguntarle también por sus estudios, pero la visión de la mano derecha del señor Altamiranda caminando hacia ellos con paso firme la interrumpió.

—Creo que ese te está buscando —dijo señalando al hombre con la mirada y haciendo que Carlos se girase.

Una vez intercambió unas miradas con el hombre, se volvió hacia la mesa para despedirse.

—Ha sido un placer, Cristina. Espero que volvamos a vernos antes de marcharme.

—Sí, ya —contestó ella incrédula, algo que lo confundió, pues le había dicho en serio lo de volver a verla.

Cuando se levantó para seguir al hombre que había venido a buscarlo, Cristina cogió su copa de zumo y se marchó a buscar a sus amigas a la pista de baile, a sabiendas de que no tendría más remedio que bailar un rato con ellas.

«Adiós. Espero volver a verte alguna vez».

«Alguna vez», como todas las desgracias, no se hizo esperar y solo unas semanas más tarde, Carlos se encontraba de nuevo sonriendo ante la imagen casi infantil e ingenua de Cristina.

Mientras el camarero se esmeraba en colocar una rodaja de fruta con forma de estrella en el borde de su vaso, una voz masculina dijo detrás de ella:

—Recuerda no morderla esta vez.

«¡Es él! ¡Dios, es él!» Un escalofrío recorrió su espalda desde la nuca y tuvo que contar hasta tres antes de girarse para que no viera la sonrisa que había aparecido en su rostro a causa del mero sonido de su voz.

—Vaya, mira lo que ha traído el gato —dijo ella al darse la vuelta—, don «estoy de negocios en tu ciudad».

Los ojos de Carlos sonreían a la par que sus labios cuando se encontraron con los de ella. Sujetaba un vaso con cubitos con la mano derecha que dejó sobre la barra pidiendo al camarero otra consumición. Una vez se la pusieron, se retiraron buscando la zona más tranquila, la de los sofás, para poder hablar. Se sentaron uno junto al otro cómodamente, como si se conocieran desde hacía mucho tiempo.

—¿No has acabado tus asuntos aquí? —«¡Dios, gracias, gracias!».

—Parece ser que no. Santiago Altamiranda es un hueso duro de pelar. Está empeñado en llegar, ver y vencer, y mi padre no es muy distinto. No sé si voy a sacar algo en claro de aquí. Al menos, te he conocido a ti —dijo, y levantó su vaso en señal de brindis.

—Vaya, gracias. Es todo un halago.

—He visto que hoy has pasado del zumo —apuntó, señalando el vaso con la mirada.

—Sí, bueno. Ha sido una semana larga y difícil.

—¿Te apetece contármelo?

—No quiero aburrirte con mis cosas.

—No me aburres. De hecho, eres la persona más agradable de por aquí.

—Porque no conoces a nadie más.

—¿Quién lo dice? —Guiñó un ojo.

Ella sonrió. Había perdido la batalla dialéctica.

—De acuerdo. Es mi padre. Hace unos días le dio un infarto.

Si el gesto de preocupación de Carlos era fingido, era un fantástico actor.

—¿Y qué tal está?

—Bien. Está en casa casi recuperado. Si no, yo no estaría aquí. Parece que no fue muy fuerte, pero tiene que cuidarse. Tiene problemas con ese amigo tuyo con el que quieres hacer negocios.

—¿Altamiranda?

—El mismo.

Por un instante, barajó la idea de que tal vez había sido el destino el que había puesto delante de ella a ese desconocido que tenía relación con el hombre responsable de los últimos acontecimientos importantes y catastróficos de su vida. Por eso le había insinuado a propósito el tema, aunque ahora mismo, viendo el gesto casi inexpresivo de su rostro, supo que no había mucho que pudiera hacer.

—Tiene una deuda que no puede pagar.

—¿No tiene dinero?

—No. Tu amigo no quiere saldarla. —«¡Ayúdame!».

El joven dio un trago a su vaso antes de volver a hablar.

—No es mi amigo. En realidad, ni siquiera me cae bien. Pero déjame decirte que hay que ser muy ingenuo o muy osado para contraer una deuda con alguien como él. Debería haberlo sabido cuando se cruzó en su camino.

Viendo que no había nada más que hablar al respecto a juzgar por el comentario tajante de Carlos, cambió de tema:

—¿Cuánto tiempo vas a estar por aquí? —«Dime que volveremos a vernos».

—No lo sé. Ya te he dicho que está empeñado en ciertas cosas que no nos interesan, es más, que no nos convienen. Seguiré tanteando el terreno y, si en unos días no consigo nada, me marcharé a casa. Mi padre me necesita allí.

—Debe ser fantástico ser tú —dijo ella dando otro sorbo distraído a su vaso y suspirando profundamente.

Él sonrió al tiempo que entornaba un poco los ojos.

—¿Qué significa eso?

—No sé. Mírate. Eres alto, guapísimo, rico, seguro de ti mismo. Me encantaría saber cómo se siente alguien que no necesita nada, que no necesita a nadie.

Carlos la interrumpió volviendo a lucir su impresionante sonrisa.

—¿No has bebido ya demasiado de eso que tienes ahí?

Ella se sonrojó un poco y continuó:

—Supongo que te habrá costado lo tuyo..., o no —le dijo al fin.

—¿Me estás echando en cara que tenga un padre millonario? —le preguntó él, haciéndose el ofendido.

—No. Disculpa, no he querido decir eso. Es solo que... —Su mirada se detuvo un momento en algún punto indeterminado de aquel lugar, como si sus pensamientos no encontraran el camino hasta sus labios. Lo que estaba pensando, lo que no se atrevió a decir era lo injusto que le parecía que hubiera gente con tanto y otros con tan poco, pero no era culpa suya después de todo. ¿Acaso alguien elige dónde nacer?—. Dejémoslo. Cuéntame más cosas de ti.

—No hay mucho que contar. Soy alto, guapísimo y rico...

Ella soltó una carcajada.

—Ha sonado fatal.

—Tal y como tú lo has dicho.

«Yo solo quería que te vieras a través de mis ojos».

Siguieron charlando un rato más y finalmente Carlos se despidió para subir de nuevo al despacho de Altamiranda, con quien tenía una cita.

## Capítulo 4

### En la actualidad

A la mañana siguiente, cuando Javier abrió los ojos, lo sorprendió el amanecer dejando entrar una luz rojiza por el enorme ventanal que daba a la terraza de la habitación. Su primer impulso fue extender el brazo buscando a Cris y descubrió que no estaba en la cama, cosa que no le sorprendió demasiado. «¿Dónde estás? Espero que no te hayas marchado».

Se levantó y se puso el pantalón que llevaba la noche anterior y la misma camisa, pero sin llegar a abrochársela. Se detuvo en seco antes de acceder a la terraza para contemplarla una vez más antes de que se sintiera observada. Irreal, casi etérea, apoyada sobre la barandilla, con su vestido rojo pero descalza, de puntillas y con una cascada de pelo castaño cayéndole sobre la espalda. «¿Por qué tienes que ser tan hermosa?». No podía dejar de sorprenderse ante lo que esta mujer le hacía sentir porque nunca había sentido nada igual por nadie.

Se acercó a ella y se colocó a su lado sin decir ni una palabra que pudiera estropear el momento. El cielo era un maravilloso degradado del rojo al violeta para volver luego a un azul más oscuro, casi negro, donde aún se atrevían a brillar algunas estrellas, y la ciudad parecía dormir bajo su manto. Javier entró un instante a la habitación para coger su chaqueta y se la puso a Cris sobre los hombros cuando salió de nuevo. Fue entonces cuando ella se percató de su presencia.

—Gracias.

—De nada.

—Tengo que marcharme ya —le dijo sin dejar de mirar el horizonte—. Quería darte las gracias por tu caballerosidad, por lo bien que me has hecho sentir. Créeme, no es lo habitual.

—Cris... —Quiso seguir hablando, pero ella lo interrumpió.

—No hace falta que digas nada. Te lo agradezco de verdad. Si alguna vez vuelves, aquí seguiré.

Le pareció que sus palabras destilaban la pena infinita de un hermoso pájaro enjaulado que es consciente de que jamás abandonará su cárcel dorada, y llegó a sentirla por ella. Cris le devolvió la chaqueta y le dio un beso en la mejilla.

—Eres una buena persona.

«Te buscaré de nuevo. Lo juro». Javier no contestó porque no podía hablar. Simplemente la observó mientras abandonaba la habitación y después se metió en la ducha pensando que su plan, después de todo, había empezado mejor de lo que esperaba. Su idea era entablar contacto con alguien del entorno de Altamiranda y conseguir cualquier información que pudiera serle de utilidad para su investigación, pero ni en un millón de años se le hubiera ocurrido que se toparía con alguien como ella, que se acostarían y que no sería capaz de hacerle ni una miserable pregunta.

Se cuestionó a sí mismo varias veces qué demonios le pasaba con aquella mujer y no fue capaz de encontrar una respuesta coherente, ni siquiera una vez en su hotel buscando una excusa para

volver a verla. Indagó en los archivos que le habían enviado y finalmente la encontró, aunque no parecía ella ni de lejos, sino más bien cualquier chica que uno puede cruzarse por la calle y a la que probablemente no miraría por pensar que era demasiado joven. «Solo es una niña». Las lolitas no eran lo suyo. En la foto que apareció ante él en su ordenador llevaba el pelo recogido en una coleta alta, una camiseta, unos *leggings* vaqueros y unas zapatillas blancas. Casi una niña. Entonces se le ocurrió que quizá el maquillaje era lo que le daba el aspecto de ser algo mayor y se horrorizó al pensar que pudiera haberse acostado con una menor.

Él pasaba ya de los treinta, aunque aparentaba menos, y el estómago se le subió a la garganta ante la sola idea de haber ido a dar con una de las chicas que se suponía que tenía que encontrar. En la ficha que tenía en el correo, sin embargo, aparecía su edad: diecinueve. «¿Cuál es la diferencia, en realidad?». El aire que había estado conteniendo salió solo en un inmenso suspiro de alivio. Según sus datos, era la última adquisición de Altamiranda; al menos, la última conocida. Había dado justo en el clavo en apenas veinticuatro horas en la ciudad. Eso se merecía por lo menos una cabezadita.

Era muy temprano, demasiado aún para pensar en desayunar. Se levantó un momento para bajar la persiana y correr las cortinas de la habitación y volvió a tumbarse en la cama recordando una y otra vez la noche anterior y esperando la inspiración que lo ayudara a dar su siguiente paso.

«Segundas veces nunca fueron buenas», se decía a sí mismo mientras volvía a entrar en el casino de Altamiranda, pero no se le ocurrió nada mejor. Pidió un *whisky* y se sentó en la barra esperando una señal, algo que le dijera que había encontrado por dónde empezar. Si la señal era una chica bajita, delgada y de pelo rubio y corto, venía caminando hacia él en aquel momento con un desparpajo impresionante, y sonreía como hacía tiempo que no veía hacerlo a nadie. «Quizá todavía quede gente feliz en esta mierda de mundo. ¿Eres feliz?».

—Vaya, otra vez por aquí. Te recuerdo de anoche. —«¿Qué traidor es el acento de Europa del Este!».

Frunció el ceño. Él no la había visto nunca y sus pensamientos debieron traspasar su mirada.

—Ya, ya sé que no me conoces. Estabas embobado con Cris. Pero yo sí me fijé en ti.

—¿Conoces a Cris? —«¿Dónde está? ¿Volveré a verla hoy?».

—Aquí nos conocemos todos, amor. Claro que sí.

—Me encantaría volver a verla. ¿Sabes si vendrá hoy?

—Amor, tú sabes dónde estás, ¿verdad? —dijo ella con tono algo burlón.

Él se sintió un poco avergonzado. Por supuesto que sabía dónde estaba y a qué se dedicaban aquellas mujeres, pero la pregunta había abandonado su garganta sin pasar por filtro alguno.

—Vendrá. Siempre viene. Todas venimos cada noche.

«¡Gracias a Dios!».

La joven miró hacia el fondo de la estancia donde un grupo de chicas empezaba a derramarse con gran discreción sobre la misma en busca de clientes. Si pudiera preguntarle algo sin que ello delatara lo que estaba haciendo allí, le preguntaría quiénes eran aquellas figuras dentro de ropas de diseño que las uniformaban, que las reducían a ser simplemente un trozo de carne a la venta. «¿Cómo se llaman? ¿Tienen familia? ¿Alguien las echa de menos? ¿Por qué están aquí?». A lo largo de su vida como detective había conocido a algunas de ellas. Por supuesto, nunca rodeadas de lujo ni en locales como este. Aunque no se había acostado con ninguna, y no por falta de ocasiones, sino más bien por principios. Principios que se habían ido a la mierda en cuanto vio a

Cristina.

—¿Desde cuándo trabaja aquí? —«¿Qué hace una chica como ella en un sitio como este?».

—Desde que tuvo que purgar pecados ajenos, como casi todas nosotras —le contestó ella pidiendo una bebida al camarero.

Purgar pecados ajenos. Jamás había oído nada tan triste viniendo de un rostro tan alegre. Le pareció que aquellas palabras le quedaban grandes.

—Mira, ahí la tienes. —Señaló la chica con la barbilla.

Y sí, podía verse aún más hermosa, más irreal. El estómago le dio un vuelco cuando comprobó que se dirigía sonriendo hacia ellos.

—Hola. —Su voz salió más dulce de lo que había planeado.

—A alguien se le han pegado las sábanas. —Las buenas amigas nunca dejan escapar una buena oportunidad. Cris la miró con cierta condescendencia, pero no contestó.

—Veo que ya conoces a Dina —le dijo mirándolo a los ojos—. Ten cuidado con ella, su superpoder es matar a los hombres hablando sin parar. Vamos, lo que se llama matar de aburrimiento.

La inocente referencia a los poderes de los superhéroes despertó en Javier una gran ternura. Él tenía razón, era casi una cría y no pertenecía a ese lugar.

Dina hizo un gesto burlón y se dio la vuelta para marcharse llevándose consigo su copa.

—Una chica curiosa. —«Me alegro de que se haya marchado».

—Como mínimo. Es muy buena, pero no se calla nunca.

Él le dio de nuevo un trago largo al *whisky* para reunir en las tripas el calor suficiente y seguir hablando con ella.

—Me gustaría charlar contigo.

—Puedes hacer conmigo lo que quieras —sonrió ella sentándose frente a él en el taburete de al lado.

—Si te preguntara desde cuándo trabajas aquí, ¿me lo dirías?

—No es ningún secreto, pero no me gustaría que lo hicieras. En realidad, no me gustaría que me preguntaras nada más.

«Haré lo que me pidas».

El camarero le tendió la copa de champán que sabía que solía tomar y ella le guiñó un ojo. Se la acercó a los labios y sus ojos se detuvieron un momento en el espejo que había tras la barra, casi completamente cubierto por copas y botellas, pero con algún que otro hueco que reflejaba la vida que tenía lugar a sus espaldas. Javier se detuvo en el mismo punto y lo vio. «¡Tú!». Era el mismo hombre de la noche anterior, y ahora sí estaba mirando la imagen de ella en el espejo y su gesto de sorpresa delataba que no esperaba verla allí. Parecía confundido e hizo ademán de acercarse, pero alguien lo tomó del brazo y tiró de él hacia la puerta que llevaba al restaurante. «¡Menos mal!». Javier no pudo por menos que maravillarse ante la historia que había tenido lugar ante sus ojos sin que nadie hubiera dicho una palabra, sin que nadie más se hubiera percatado.

Cris siguió hablando con Javier, una vez su mente volvió al lugar y al momento en el que se encontraba, lo que lo obligó a inventarse sobre la marcha que era escritor y que estaba investigando lugares como aquel para su próxima novela. Sabía que lo único que la retendría un rato más sería subir con ella a una de las habitaciones, tal y como había hecho la noche anterior. Así tendría tiempo de tomar otro par de copas, y quizá el alcohol y la intimidad lo ayudarían a conseguir la información que necesitaba.

Al entrar en la habitación, una diferente a la que ya conocía, de nuevo fue Cris quien tomó la

iniciativa y Javier volvió a tener la sensación de que lo que ella sentía con él no era lo mismo que sentía, si es que llegaba a hacerlo, con el resto de los hombres con quienes compartía su cuerpo. Podía notarlo en la forma en la que lo miraba, como si en realidad estuviera viendo a otra persona, a alguien a quien sí conocía y en quien confiaba, reapareciendo su mirada gélida únicamente cuando parecía salir de aquel ensueño. ¿Por qué había decidido que sería él y no otro quien tendría el privilegio de verla por dentro, de ver a través de sus costuras y sus miedos? Eso jamás lo sabría. Y a él lo único que le importaba era hacer lo que ella quisiera, por eso se encontraba ahora mismo bajo la danza de su precioso vientre desnudo, con las manos atadas a su espalda y los ojos vendados. Ni siquiera sabía en qué momento sus ropas habían empezado a estar de más entre sus cuerpos y habían desaparecido, o cuándo había accedido a poner toda su confianza en aquella desconocida que podría hacer con él ahora mismo lo que le viniera en gana. Seguía su ritmo intentando apaciguar la necesidad urgente en la que se habían convertido sus encuentros. Una necesidad que pasaba del uno al otro a través de la piel, y que aumentó hasta llegar a doler cuando ella se inclinó para rozar sus labios abiertos con los suyos, y dejar que su respiración templada y rítmica abanicara su rostro.

A estas alturas, Javier estaba completamente seguro de que era incapaz de pensar y, de no ser porque se escuchaba a sí mismo gemir al unísono con ella, casi podría afirmar que se le había olvidado incluso hablar. Todo él había desaparecido y todo lo que sentía se reducía a aquella sensación que se ubicaba en el punto exacto en el que eran solo uno.

Cuando llegaron juntos a lo más alto y ella por fin cayó sobre él exhausta, él aún se sacudía contra su cuerpo, con la respiración acelerada y entrecortada. Cristina lo tocó suavemente, sus hombros, su rostro, su pelo, como se toca la propia piel, con la suavidad de una ola que apenas logra rozar la arena. En aquel momento estaba indefenso, a su merced. Le pasó los dedos por la mejilla mientras le susurraba al oído que iba a quitarle el pañuelo que le cubría los ojos, y luego lo ayudó a arrodillarse sobre la cama para romper la brida con la que se había asegurado de que cumplía las reglas del juego: no tocar. «Mudo, absorto, de rodillas, como se adora a Dios ante su altar»<sup>1</sup>. Le dejó descansar la mejilla sobre su hombro, mientras lo liberaba de su atadura.

«Quiero quedarme para siempre aquí, sobre tu piel».

Su respiración se había relajado por fin y, desde donde ella se encontraba, podía ver pequeñas gotas de sudor deslizándose por su cuello y su espalda, que, al recibir la caricia de su aliento, le provocaron un escalofrío. Cuando sus manos por fin volvieron a ser libres, Cris se dejó caer sobre la cama y durante unos

instantes ninguno de los dos habló ni se movió. Aquel silencio, aquella paz en la que solo habían existido ellos y aquel universo que ella había creado para él dentro de su antifaz, eran lo más parecido al paraíso que Javier hubiera podido imaginar, y con aquellas manos con las que solo la tocaba a ella, llenas de una devoción casi inmaculada, le acarició la mejilla.

—Sé que lo que voy a decirte no te importa, que tú solo tienes que hacer que los hombres se sientan así, pero me da igual. Ahí va. Lo que sentí contigo anoche, lo que acabo de sentir ahora mismo, no lo había sentido nunca con nadie. —«Nunca he conectado con nadie como contigo».

—Eres un romántico, lo sabes, ¿verdad?

—Sí. Mi madre me lo ha dicho siempre. Es cierto que se sufre más, pero también se vive todo con más intensidad, ¿no crees?

—No lo sé. No soy muy romántica.

Mientras hablaba con la cabeza sobre su pecho y las piernas entrelazadas con las suyas, no se percató del aire de familiaridad que había implícito en aquellos gestos, en aquella postura. Se sentía cómoda con él, y tal y como Dina le había dicho, era un lujo no tener que pasar la noche con alguno de los otros viejos verdes ricos que la habrían llevado hasta la habitación para quedarse dormidos dentro de ella, con sus penes húmedos, encogidos y arrugados, o para pedirle que les hiciera una felación, que era lo que la mayoría de ellos, una vez borrachos, quería. Y lo que a ella más repugnancia le causaba.

Javier era guapo, muy guapo. Ella ya se había fijado, pero Dina no había perdido ocasión de repetírselo durante toda la mañana. Moreno, de pelo engominado y ojos verdes, mirada profunda y con ese aire ingenuo que arrastraba tras de sí casi como un lastre. Alto, con un cuerpo probablemente muy trabajado en algún gimnasio y aquella mirada que la interrogaba con constancia, desde el primer momento en el que sus ojos se encontraron. Escuchaba el latir de su corazón y dibujaba extrañas figuras con su dedo índice sobre la otra parte de su pecho. Por su respiración, intuyó que se había dormido y se permitió el lujo por primera vez con un cliente de no marcharse de allí, de ni siquiera preguntar. Se quedó dormida mientras agradecía aquellas dos noches de paz.

## Capítulo 5

### Un año antes

Carlos se sorprendió un poco cuando se encontró a Santiago Altamiranda en medio de las escaleras, agarrado a la barandilla y mirando fijamente en dirección a Cristina y sus amigas... otra vez.

—¡Buenas noches, Carlos! ¿Cómo va eso?

—Bien. Bien —repitió el joven intentando recuperarse de la sorpresa—. Ahora mismo iba a su despacho.

—Lo sé. Subamos.

Cuando por fin cerró la puerta, se sirvió un trago y llenó el vaso que Carlos traía en la mano. Definitivamente, ese hombre no le gustaba. Su mirada no era sincera, ni su sonrisa, y eso era más que suficiente para hacerlo sentir cierto rechazo hacia él. Si no fuera porque su padre no paraba de insistir en que consiguiera que invirtiera en su futuro negocio, no habría vuelto a hablar con él jamás.

—Es curioso —dijo Altamiranda—. Es la segunda vez que te veo por aquí y estabas hablando con la misma chica.

—Sí. Me la he vuelto a encontrar en la barra.

—He visto cómo la miras. Es una muñeca, ¿verdad?

El tono que se escurría por debajo de sus palabras desagradó a Carlos, tanto, que sintió verdadero malestar en el estómago. Había sonado sucio, perverso, repugnante. Cristina era demasiado joven, demasiado inocente como para que un tipo que debía de rondar los cincuenta fantaseara con ella.

—Sí, es preciosa.

—Y parece que te gusta.

La incomodidad de Carlos aumentaba por momentos.

—¡No! Es solo una cría. Pero es muy divertida.

Santiago no contestó. Al cabo de unos instantes, volvió al asunto que los ocupaba y planteó sus condiciones, las mismas que el padre de Carlos ya había rechazado hacía un par de días. No quería en su ciudad los negocios turbios de Altamiranda, más que nada porque ya tenía los suyos propios. Carlos insistió en lo que había hablado con su padre, a lo que Santiago simplemente le contestó:

—Encontraremos una solución. Soy un gran negociador.

Decir que aquel hombre le resultaba siniestro hasta el punto de que le ponía de punta los pelos de la nuca era quedarse muy corto. Lo que quiera que tramara su cerebro detrás de aquel par de ojos de mirada firme y agresiva, era algo que él no quería descubrir. Es más, estaba deseando acabar con esto y volverse a su casa a buscar otros inversores. Pocas personas lograban hacerlo sentir tan

incómodo, tan amenazado. Sin embargo, tuvo que reunirse con él en otras ocasiones, pues estaba empeñado en ser socio de su padre costara lo que costara. Era un zorro viejo y sabía que no podía dejar escapar una oportunidad de expansión como aquella.

Cuando Santiago Altamiranda, unas semanas más tarde, le dijo a Carlos que lo esperaba una hermosa sorpresa en la habitación de su hotel, el joven jamás hubiera imaginado a lo que se refería. Sin embargo, en aquel momento, mientras caminaba por el pasillo detrás de aquella preciosa mujer, empezaba a alegrarse mucho de haber aceptado. Era madura, alta, morena y esbelta, de rasgos exóticos y profundos ojos negros que caminaba con la elegancia de una dama de la alta sociedad dominando unos altísimos tacones cuyo sonido era apaciguado por la alfombra que adornaba el pasillo. No había hablado con él excepto para saludarlo y presentarse. Ahora, ya muy cerca de la habitación de Carlos, empezó a hablar con un tono suave y cómplice que la hacía aún más interesante, si es que eso era posible. Se había presentado como Nana, aunque en realidad el joven creía que ese no era su verdadero nombre.

—El señor Altamiranda ha confiado en mí para que le prepare su sorpresa. Déjeme decirle que lo que ha hecho no es nada habitual en él. Normalmente, una chica como ella hubiera pasado antes por sus manos, pero en este caso ha preferido hacer una excepción. Supongo que los negocios que tiene con usted le estarán reportando enormes beneficios, aunque eso no es de mi incumbencia.

Carlos comprendió que no era ella el regalo que Santiago quería hacerle y se sintió un poco decepcionado e intrigado al mismo tiempo. La mujer se detuvo un instante para mirarlo directamente a los ojos.

—Espero que la sorpresa sea de su agrado y que sea consciente de lo que significa para el señor Altamiranda que sea usted y no él quien disfrute de la inocencia de su acompañante. Lamentaría muchísimo tener que informarle de que no haya sido así.

Carlos creyó percibir cierto tono frío y amenazante en las últimas palabras que la mujer había pronunciado y sintió que su estómago daba un salto y su corazón se aceleraba. Los negocios de Santiago con su padre se habían complicado bastante y lo último que quería hacer era estropear esa relación. Siguió caminando ahora junto a la mujer hasta que esta se detuvo en la puerta de su habitación, tomó el pomo con su mano derecha y dijo al abrir:

—Que lo disfrute, señor Olmedo.

Carlos frunció el ceño y sus ojos turquesa se oscurecieron un tono al entrar en la habitación únicamente iluminada por la luz de unas cuantas velas. Un dulce olor a canela invadía la estancia mientras su mirada intentaba adaptarse a la escasa iluminación. Por fin sus ojos aterrizaron en la espalda de una mujer que estaba sentada sobre la cama, con las manos apoyadas en ella. Llevaba puesto un *negligé* negro de seda y encaje. Carlos respiró hondo mientras se acercaba a ella rodeando la cama. Le pareció que la mujer temblaba y eso lo sorprendió. No hacía frío en absoluto en la estancia, que incluso tenía una chimenea encendida. Antes de que él llegara a ponerse frente a ella, la joven se dio la vuelta y Carlos tuvo que hacer uso de todo su aplomo para aparentar la seguridad que lo abandonó por completo en cuanto la reconoció.

—Cristina... —dijo a medio camino entre un susurro y una exclamación, arqueando las cejas en señal de sorpresa.

La chica llevaba el pelo recogido con un broche de cristales brillantes en forma de estrella en una larga cola a un lado de la cara. Los diminutos cristales lanzaban destellos de miles de colores acariciados por la luz de una vela cercana.

—Carlos... —«¡Sácame de aquí!».

—¿Qué... qué... demonios estás haciendo aquí? —Jamás en su vida recordaba haber tartamudeado.

Ella se puso en pie y se colocó frente a él clavando su mirada angustiada sobre sus ojos. En realidad, aquel no era el Carlos a quien ella conocía. Sí, iba vestido con un traje carísimo, oliendo a un delicioso perfume que ella solo asociaba con él —probablemente porque no conocía a nadie que pudiera permitirse pagarlo— y su mirada, su seguridad, su arrogancia eran las mismas, pero el Carlos que ella recordaba vestía vaqueros y camisa y sonreía iluminando la habitación en la que se encontraba. No era el Carlos que había ido a acostarse con una prostituta. «¿Qué haces *tú* aquí?».

—Trabajo aquí. Al parecer, para ti esta noche —le dijo la joven cruzando los brazos sobre su estómago como si quisiera esconderse de él. «¡No me mires así!».

—Pero... ¿y tus estudios, y tu padre? ¿Qué ha pasado? —preguntó totalmente superado por la situación.

—No puedo hablar de eso. —«¡Tengo tanto miedo!».

Él se sentó en el borde de la cama un momento bajando la mirada. ¿Así que ella era la mujer cuya virginidad Santiago había querido regalarle? ¿Se suponía que ahora tenía que acostarse con ella para complacerlo? Levantó la mirada del suelo para observarla un instante y caer en la cuenta de que, sí, estaba tiritando, aunque no de frío, probablemente de miedo a juzgar por el temblor incontrolable de su barbilla, y tenía el aspecto de querer echar a correr de un momento a otro, aunque eso no fuera posible.

Se levantó y volvió a colocarse frente a ella, pasándole las manos suavemente por los hombros y los brazos, de arriba abajo. Un nudo se instaló en su garganta cuando percibió el respingo que Cristina no fue capaz de controlar.

—No voy a hacerte daño, Cristina. No voy ni a tocarte —le dijo con voz apenas audible, intentando tranquilizarla. Dejó caer sus brazos a lo largo de su cuerpo, se quitó la chaqueta y se la puso sobre los hombros, en parte para que encontrara algo de calor y en parte para que desapareciera su gesto avergonzado por encontrarse delante de él en aquella situación y tan ligera de ropa.

—No puedes hacer eso —le respondió ella encogiéndose un poco, como si quisiera desaparecer—. La mujer que te ha traído hasta aquí se asegurará de que lo has pasado bien. —Las lágrimas empezaron a bajar por aquel precioso rostro de porcelana, lágrimas que Carlos secó con un ligero roce de sus dedos—. Después de todo, supongo que he tenido suerte de que te haya tocado a ti.

Carlos se encogió ante la sola posibilidad de que hubiera sido otro el que hubiera entrado en esa habitación a pasear sus manos por aquel cuerpo tembloroso y asustado. Tenía la mirada de un animal acorralado que sabe que no puede escapar de una muerte inminente. Entonces, sin que él lo esperase, Cristina recorrió el hueco que la separaba de sus labios y lo besó.

—No —negó él con firmeza, apartándose de ella mientras la confusión se instalaba en su rostro.

—¿No? Pero... —«¡Si me rechazas, será peor!».

—Cristina, tengo una hermana de tu edad, no pienso hacer esto. No voy a ser el primer hombre con el que te acuestes por dinero.

—¡Pero esa mujer lo sabrá! Se dará cuenta y entonces me castigará. Y luego tendré que acostarme con Altamiranda o con alguien que pague mucho dinero por mí. —Sin darse cuenta había elevado un poco la voz. Estaba aterrada ante la posibilidad de todo lo que acababa de decir

en voz alta. En su cabeza sonaba mucho menos desagradable—. Tengo que hacer que el dinero que ha perdido para enviarme aquí contigo valga la pena.

Aquello sonó tan inhumano en la mente de Carlos que por un momento sintió náuseas. Se llevó la mano derecha a la barbilla mientras intentaba averiguar cómo salir de esta situación.

—Tendremos que hacer algo —dijo como si por fin se le hubiera ocurrido una buena idea—. Tú solo confía en mí, ¿vale?

Ella asintió sin demasiadas esperanzas. Lo único peor que unos ojos llenos de miedo son unos ojos llenos de derrotas.

Se quedó totalmente petrificada cuando Carlos acunó su cabeza entre sus manos para darle un beso intenso con el que arrastró el carmín de sus labios y bajó luego por su escote y sus hombros succionando la piel, asegurándose de dejar marcas visibles en su descenso. Acababa de prometerle que no iba a tocarla y ahora...

—Lo siento mucho —se disculpó, apartándose de ella avergonzado—. Necesito que te tumbes en la cama bocarriba. «¿Qué haces?».

Ella lo miró entornando los ojos.

—Pero... —«¡Carlos!».

—No voy a hacerte ningún daño, te lo prometo. —«Confía en mí».

Cristina no sabía a qué se refería con aquellas palabras. ¿Acaso había decidido aprovechar la ocasión y tener el cinismo de decir que le estaba haciendo un favor? «¡Confío en ti!». Sin embargo, y a pesar de todo, confió en él e hizo lo que le había pedido, arrojando primero el edredón contra el suelo. Carlos se colocó sobre ella y, con un movimiento de rodilla, le abrió las piernas, haciendo que Cristina emitiera un sonido parecido al de un animal herido. Hizo en la cara interna de sus muslos lo mismo que había hecho en su cuello y su escote mientras ella clavaba sus ojos fijamente en el techo, y luego la miró para tranquilizarla.

—Te he dicho que no voy a hacerte daño. «Solo estoy haciendo lo que él espera que haga. Probablemente, lo que él haría».

Antes de que ella pudiera darse cuenta, Carlos se levantó de nuevo y abrió el bar, buscando algo y revolviendo hasta que encontró lo que buscaba. Era un sacacorchos. Se hizo un corte en la palma de la mano mientras sus labios apretados y sus ojos cerrados delataban que dolía más de lo que habría esperado, pero no se quejó. Luego dejó caer unas gotas de sangre sobre la cama. Por fin estaba claro a los ojos de Cristina lo que parecía que pretendía. Estaba intentando aparentar que se había acostado con ella y que ella no había mentido a Altamiranda al decir que era virgen.

—No es una gran puesta en escena —dijo tumbándose finalmente a su lado—, pero creo que servirá. —Se colocaron frente a frente, ambos sentados sobre la cama, y fue él quien empezó a hablar—: ¿Me lo vas a contar? —«Deja que te ayude».

—Ya te lo dije. Mi padre le debe mucho dinero a Santiago y, como no ha podido pagarle, hace unos días un enorme coche negro me esperó en la puerta de la universidad. Él estaba dentro. Bajó la ventanilla y me dijo que subiera por las buenas, que sería mucho mejor si quería volver a ver a mi padre con vida, así que le hice caso. Desde entonces, he estado en una habitación en alguna parte hasta hoy. Esa mujer vino a buscarme y me llevó a otra habitación para que pudiera ducharme y luego me peinó y me dio esta ropa. Me dijo que hoy empezaría a pagar la deuda de mi padre, por mi bien y por el suyo.

Carlos se apoyó contra el cabecero de la cama y cerró los ojos un momento soltando furiosamente por la nariz el aire que había estado conteniendo mientras la escuchaba. ¡Hijo de puta! Había secuestrado a una chica que era casi una niña y se la había regalado a él como si fuera

un objeto. Recordó cómo la miraba las dos veces que había ido a hablar con él y sintió un nudo en el estómago. No era casualidad que fuera ella. Había encontrado la manera de presionarlo para hacer que su padre aceptara sus condiciones. Cristina no lo sabía, pero él tenía la certeza de que era el único culpable de que Altamiranda se hubiera fijado en ella. «¡Joder, joder, joder!». Fue ella quien interrumpió esta vez el hilo de sus pensamientos.

—Te agradezco todo esto, pero me temo que no arregla nada. Santiago no me dejará libre hasta que considere que he pagado la deuda que mi padre tiene con él.

—Cristina... —La miró a los ojos con la misma ternura con la que solía mirar a su hermana, consciente de la inocencia de la edad de la joven—. Esa deuda no se saldará nunca, ¿lo entiendes? Jamás permitirá que te marches de aquí. Conozco a los hombres como él. Y aunque consiguieras marcharte algún día, ya no serías la misma. Lo que vas a vivir aquí hará de ti una persona totalmente distinta.

—Entonces lo que acabo de decirte tiene aún más sentido. Vendrá otro que hará lo que tú no has hecho. Vendrán otros a los que tendré que complacer, que me pedirán cosas que no soy capaz ni de imaginarme sin que me den ganas de vomitar.

De manera instintiva, Carlos pasó su brazo bajo el cuello de ella y la acurrucó bajo el suyo. Oía dulce, a lilas, y su piel era tan suave como la de un bebé. No iba a dejarla allí en manos de unos salvajes que solo veían a las mujeres como un objeto que usar y tirar.

—Ahora descansa, duerme un poco. Ya se me ocurrirá algo.

—No se puede hacer nada. Si escapo, me matará y matará a mi padre. Me lo dijo y sé que lo hará.

—Shhhhh —le susurró al oído dándole un beso en la sien—. Duérmete. —«Yo cuidaré de ti».

Mientras estaban allí tumbados en silencio, iluminados solo por las llamas de las velas, los preciosos ojos de Carlos se clavaron en el techo como si en él pudiera leer cuál debía ser su siguiente paso para proteger a Cristina y sacarla de allí. Por desgracia, conocía a ese tipo de hombres, no solo a los de la calaña de Santiago, sino también a los pervertidos que pagaban a mujeres para satisfacer sus más bajos instintos. Se sintió terriblemente avergonzado por haber pensado en algún momento de esta noche que iba a disfrutar de una mujer de las que trabajaban para esa basura que se llamaba hombre a sí mismo. Recordó el rostro infantil de su propia hermana, la imaginó en esa situación y sintió por un instante que el estómago le ardía, como si se hubiera tragado una daga al rojo vivo. Haría por Cristina lo que hubiera hecho por ella. Por su parte, Cristina logró dormir tranquila por primera vez desde el día en que la llevaron allí.

A la mañana siguiente, cuando se despertó, descubrió sorprendido que seguía abrazada a él, con su camisa apretada en su puño, y la llamó suavemente por su nombre para despertarla. Cuando por fin sus preciosos ojos color miel pestañearon con lentitud y sus labios esbozaron una leve sonrisa, le dijo:

—Ahora voy a marcharme. Quiero que entonces te quites la ropa. Te dejaré dinero sobre la mesilla. Cógelo, por favor. Así esa mujer sabrá que he quedado satisfecho.

Cristina le puso la mano sobre la mejilla.

—Sabía que eras un buen chico. En la discoteca. A pesar de tu arrogancia y tu dinero, estaba segura de que no me equivocaba.

—Eso es porque solo ves lo bueno de las personas. No soy como crees. Si lo fuera, te llevaría conmigo.

—No voy a irme a ninguna parte. No es decisión tuya. —«¡Ojalá no te fueras!».

Cuando Carlos abandonó la habitación del hotel, se dirigió directamente a la que Santiago

Altamiranda ocupaba dos plantas más arriba. Este lo recibió con los brazos abiertos.

—Espero que mi regalito haya sido de tu agrado. —Una leve sensación de náusea volvió a aparecer en el estómago del joven—. ¿Te ha dejado satisfecho mi nueva adquisición? ¡Vamos, hombre, cuéntame, no seas tímido! Tu padre me ha contado lo mucho que te gustan las mujeres.

Carlos le habría contestado que las mujeres con las que él se acostaba lo hacían por voluntad propia, pero lo último que quería era contrariar a Santiago.

—¿Qué te ha parecido Nana? Es espectacular, ¿verdad? Ella se encarga de que mis chicas aprendan a hacer bien su trabajo. Cuanto mejor lo hagan, más dinero les pagarán. ¿Se ha portado bien la chica? ¿Cómo de difícil ha sido metérsela? ¡Joder, se me ha puesto dura solamente de pensarlo!

Carlos respiró con profundidad para no lanzarse al cuello de aquel cabrón y estrangularlo con sus propias manos.

—Yo adoro a las jovencitas, no te lo voy a negar. Las primeras veces con ellas son como regresar a la adolescencia. Eso sí, me gustan mayores de edad, no quiero problemas con la justicia. Es el bombón que tanto mirabas en la discoteca, me di cuenta. Me debe un pequeño favor. No me negarás que es un buen aliciente para retomar nuestras negociaciones.

Carlos se aclaró la garganta un momento antes de decir en actitud amistosa, tragándose la bilis que le amargaba la boca del estómago:

—Ha sido... espectacular. De hecho, quería pedirte un favor. ¿Sería posible que estuviera conmigo en exclusiva mientras estoy por aquí? No se me da bien compartir mis cosas —dijo guiñándole un ojo. Era lo único que se le había ocurrido para intentar proteger a Cristina un poco más hasta que encontrara otra salida.

—¡Pedazo de cabrón! —Santiago soltó una risa ruidosa—. ¡Sí que te ha follado bien! No quiero imaginarme de lo que será capaz cuando Nana le dé unas cuantas clases. Claro que puedes tirártela tú solito estos días. Pero no me la desanches mucho, yo también quiero catar a esa muñeca y enseñarle un par de cosas para que se vaya endureciendo. Sírvete lo que quieras, voy a pedirle a alguna que suba a quitarme el calentón. Volveré en un rato.

## Capítulo 6

### En la actualidad

Los ojos de Javier luchaban por abrirse del todo. Pestañeó un par de veces y lo único que pudo concluir fue que aún era noche cerrada, pues la habitación, excepto por la luz de la luna llena que se colaba tímidamente por los cristales, estaba sumida casi en una total oscuridad. Estando aún en esa tierra de nadie que es el espacio entre los sueños y la realidad, le pareció escuchar una voz de mujer. Era la voz de Cristina. Entonces abrió los ojos del todo y descubrió su silueta sentada en el suelo, apoyada contra la pared junto a la chimenea apagada. Se preguntó con quién hablaba y supuso que estaba al teléfono con alguien. Aun así, se incorporó un poco y escuchó lo que decía:

—Mi padre está muerto. Carlos me lo dijo. Mi padre está muerto.

«¡Cris!». Javier se levantó de la cama lentamente sin querer hacer ningún ruido y, a medida que se acercaba a ella, se percató de que no tenía nada en la mano, lo que quería decir que no estaba hablando por teléfono, como él había creído en un principio. Tenía las piernas estiradas en el suelo y las manos juntas sobre ellas, y parecía estar observándolas. Cris no pareció darse cuenta de que él se había levantado y se había colocado de rodillas delante de ella. «¿Qué ocurre?».

—Cris. —Su voz era apenas un suspiro—. ¿Qué haces? ¿Estás bien?

Ella simplemente levantó la cabeza y siguió repitiendo algo parecido a lo que le había hecho despertar, casi siempre acabando con la frase «Mi padre está muerto». En aquel momento, Javier entendió que estaba dormida. Por eso no lo veía, por eso no hablaba con demasiada coherencia, porque no estaba hilando pensamientos, estaba hilando sueños.

Le habría gustado saber cómo actuar ante una situación así, pero eso sí que era algo que lo había cogido totalmente desprevenido. Había conocido a otras personas que hablaban en sueños, pero nunca a alguien que pareciera estar despierto. Y una chispa se encendió en su mente. Tal vez si le preguntaba ahora todo cuanto había querido desde hacía dos días escasos, solo tal vez, le contestaría sinceramente. ¿No es eso lo que dicen que hacen quienes hablan dormidos?

Se sentó frente a ella en posición de yoga y, a pesar de la oscuridad, una vez sus ojos se adaptaron a la escasa luz, percibió su mirada fija y fría.

—Él me dijo que me sacaría de aquí, pero no pudo. Mi padre me habría sacado de aquí si estuviera vivo, lo sé.

—Cris, ¿quién te dijo que te sacaría de aquí? —Javier dudaba aún de que su estrategia pudiera dar algún resultado.

—Carlos. —Todo un mundo de posibilidades se abrió ante él. «El hombre del bar...».

—¿Quién es Carlos?

—Él me dijo que me sacaría de aquí —repitió—. Nadie me sacará de aquí jamás.

Aun a riesgo de despertarla, Javier le tomó una mano como si intentara consolarla de alguna forma. «Siénteme. Estoy aquí, a tu lado». Ni siquiera quería seguir preguntando ahora que sabía

que le iba a contestar porque sentía que se estaba aprovechando de ella. Que, de alguna manera, la estaba engañando. Cuando compartían la cama estaban igualados en la batalla, cada uno sabía quién era el otro y lo que quería, pero ahora estaba completamente dormida y a Javier le pareció una traición demasiado grande. Cris siguió hablando:

—A Dina no le gustan los cabeceros de forja... A mí tampoco. Te esposan y te atan a los cabeceros de forja.

Todos los poros de Javier se erizaron ante aquellas palabras que no hacían si no confirmar lo que ya sospechaba, que Cris no era una princesa encerrada en una torre, era una prisionera de verdad. No quería estar en ese lugar, pero no tenía posibilidad de escapar. «Yo te sacaré de aquí».

—¡Ojalá pudiera cortarme el pelo igual que Dina! —El hilo de su voz se quebraba al salir de su garganta—. Pero Santiago no me deja. A Santiago le encanta mi pelo.

Él extendió la mano y le tocó la mejilla, y ella, en un gesto instintivo, la apoyó en su palma como si fuera una niña buscando el calor de alguien. «Estoy aquí».

—Voy a cortarme el pelo como Dina. No me gusta que me tiren del pelo...

—Cris, ¿cuánto tiempo llevas aquí? —se atrevió a preguntar.

—Mucho. Mucho más del que creí que soportaría. Me habría gustado tanto volver a abrazar a mi padre... —Se llevó el dedo índice a la boca en señal de silencio y dijo—: Al menos, ya no me pegarán más.

—¿Quién te ha pegado? —Sintió cómo un terrible nudo se instalaba en su garganta. «Mataré a quien te haya hecho daño».

—Santiago.

Sus hombros empezaron a temblar y pudo escuchar un llanto parecido al de una niña aterrada, al de un animal asustado, y todo él se estremeció sin saber qué hacer. Sabía que tenía que despertarla, al menos eso era lo que había visto en las películas, pero no cómo hacerlo. Si Cris estaba hablando en sueños, era porque estaba soñando, estaba reviviendo una a una angustiosamente todas aquellas experiencias dolorosas. Se sintió un miserable por no haberla despertado antes y la apoyó contra su hombro mientras la llamaba con suavidad, como si formara parte de su propio sueño.

—Cris, despierta. Estás soñando. Despierta.

No podía distinguir del todo su rostro ni sus ojos, pero el ritmo de su respiración cambió por completo. Por un momento, él llegó a pensar que había dejado de respirar. De repente, un pequeño suspiro le hizo sospechar que había conseguido traerla de vuelta a la realidad.

—¿Javier? —Reconoció la silueta que estaba frente a ella, sujetándola por los hombros.

—Sí, soy yo. Estabas dormida y te has levantado.

Cristina se irguió lentamente y se dirigió hacia la cama sin siquiera llegar a despertarse del todo, y él la siguió para asegurarse de que no tropezaba. Pocos minutos después, su respiración se volvió profunda y rítmica, y Javier supo que había vuelto a dormirse. Él ya no pudo pegar ojo aquella noche. Si había tenido alguna duda de su papel en esta investigación, lo poco que había salido de los labios de Cristina en aquella especie de trance acabó por disiparla. Tenía que saber dónde escondía Altamiranda a las chicas, cómo las reclutaba y cómo lograba que ninguna de ellas volviese a casa.

Cristina se dio la vuelta, agarró con el puño la camiseta de Javier para sentir que no estaba sola y entornó un poco los ojos para asegurarse de que efectivamente él seguía allí; aunque algo en la forma en la que lo miró le dijo al joven que no era a él a quien estaba viendo, a juzgar por la sonrisa de bienestar que se instaló en su rostro y el suspiro relajado que abandonó su garganta.

«¿A quién estás viendo, Cristina?».

Antes de que ella se despertara, antes siquiera de que hubiera empezado a clarear, Javier abandonó sus brazos en absoluto silencio. Necesitaba pensar y eso era imposible junto a ella, así que volvió a su hotel dispuesto a elaborar una estrategia que lo ayudara a desgranar el misterio que ocupaba toda su atención, que le impedía concentrarse en otra cosa: la vida de Cris.

A pesar del cielo nublado, el ambiente no era demasiado frío y el bullicio de las calles llenas de gente un domingo por la mañana invitaba a sentarse frente al mar a disfrutar de un buen desayuno. Observando con atención su alrededor, Javier reconoció que todas las personas que le habían hablado sobre aquella ciudad tenían razón: era preciosa. Estaba diseñada para disfrutar de la vida, para perderse en sus bares, restaurantes y casinos, para disfrutar de su largo paseo marítimo —que aún no había podido comprobar dónde acababa— bien paseando, comprando en los pequeños puestos de artesanía y antigüedades, o sentándose a mirar la vida pasar. Uno debe considerarse un privilegiado solo por haber tenido la suerte de nacer en un lugar así.

De pronto, la imagen de un enorme BMW negro aparcando hizo que se girase con disimulo a observar. Había muchos coches de ese tipo en aquella zona, era una ciudad que solamente gente con mucho dinero podía disfrutar de verdad. Pero este en especial había llamado su atención porque ya lo había visto en el aparcamiento del casino de Altamiranda, ocupado por el mismo chófer que ahora salía del coche y abría la puerta trasera para que también lo hiciera su pasajero.

La tostada que Javier sostenía en la mano derecha aterrizó en el suelo. «¡Eres tú!». El hombre que bajaba del vehículo —impecablemente vestido con unos vaqueros, una camisa azul marino y una chaqueta de piel, y con sus ojos escondidos tras unas gafas de sol— no era otro que el tipo que ya había visto dos veces en el bar del Dark Side, el casino de Santiago Altamiranda. Se dirigía directamente hacia él, lo que le hizo imaginar miles de escenarios en milésimas de segundo.

Cuando vio que pasaba por su lado sin mirarlo siquiera, soltó una bocanada de aire, sintiéndose tremendamente aliviado. Entonces se le ocurrió que era imposible que viniera a buscarlo a él, no lo conocía de nada, y era muy probable que no se hubiera fijado en él en el casino tampoco, a juzgar por lo extasiado de su rostro cuando vio a Cris la noche anterior.

Lo observó con detenimiento tras anotar la matrícula en su móvil, tanto por curiosidad como por deformación profesional. Era policía, su trabajo era fijarse en la gente y en los detalles que los rodeaban.

Aquel hombre derrochaba seguridad por cada poro de su piel con cada gesto, desde el mismo momento en el que se sentó en la mesa de delante de la suya y dejó el móvil sobre la misma sin siquiera mirarlo, hasta la forma en la que se dirigió al camarero, sin hablarle siquiera, llamando su atención con un leve gesto de su barbilla, incluso en la forma de llevarse la copa de vino a los labios. Su ropa era un escaparate de alguna tienda de la calle Serrano como poco, de hecho, todo él parecía un póster de un anuncio de perfume masculino.

No llevaría allí sentado ni cinco minutos cuando Javier reconoció a la chica que se acercaba a la mesa y parecía esperar una invitación para sentarse. Era la rubia del bar, Dina, lo cual le causó aún más curiosidad si cabía. Se sentó frente a él y hablaron un momento de algo que desde su posición no pudo escuchar. «¿Qué haces tú aquí? ¿También lo conoces?». El joven parecía preocupado y ella puso una mano sobre la de él en claro gesto de apoyo. ¿Tendría que ver con Cristina todo aquello? ¿O quizá simplemente había requerido los servicios de Dina? ¡Joder, si pudiera oír lo que hablaban o, al menos, verles los labios con claridad para tratar de adivinar algo! El joven negó un par de veces con la cabeza, mirando el suelo con aspecto derrotado, y Dina se levantó apenas diez minutos después de haber llegado y se marchó.

Javier pagó su cuenta todo lo rápido que pudo y caminó paseo abajo para salir por una de las bocacalles que daban a la avenida principal y cruzarse de frente con ella.

—¡Vaya! —Se detuvo frente a Dina con gesto sorprendido—. Creí que eráis algo así como vampiros, que no salíais de día.

Ella le devolvió la sonrisa antes de contestar:

—¡Hola! Y yo creía que tú no salías nunca de aquel casino... o de debajo de las faldas de Cris.

¿Notaba un cierto tono de celos en su voz? ¿Podría eso serle de ayuda de alguna manera?

—¿Me puedes acompañar a tomar algo? —Javier lució la mejor de sus sonrisas, flirteando con ella. Le ofreció su brazo, que ella agarró para caminar junto a él.

—¡Claro! Tú pagas.

—Por supuesto.

Anduvieron en dirección contraria hasta que se detuvieron en una terraza y se sentaron. Se habían quedado en la avenida, pues a Javier no le parecía buena idea que el tipo del BMW los viera juntos. Tras pedir un par de copas de vino, por fin se atrevió a preguntar:

—¿En serio podéis salir de compras, a comer, o con amigos...?

Ella lo interrumpió:

—No es fácil tener amigos cuando te dedicas a esto, pero sí, podemos llevar una vida bastante normal. Aunque tenemos que cuidarnos mucho, ya sabes, por aquello de que el cuerpo es nuestra herramienta de trabajo. Así que lo primero que hacemos cada día es ir al gimnasio un par de horas. Luego, cada una hace con su tiempo lo que quiere.

—Me caes bien, Dina. ¿Puedo contarte un secreto?

—¡Por supuesto! —Dina se acercó a él ofreciendo su oreja y Javier se echó a reír.

—Estoy escribiendo un libro sobre este mundillo: las *escorts*, los ricachones, los casinos... Un tópico, la verdad, pero ya que me he metido de lleno en ello tengo que terminarlo. Me encantaría que me contaras cosas sobre ti, sobre cómo llevas este trabajo, tus motivos para estar en esto...

Dina resopló y contestó:

—¿Escritor, eh? Muy bien, pues en ese caso lo primero que tienes que saber es que esto no es *Pretty woman*, ¿de acuerdo?

Javier asintió y la imagen del tipo del BMW asaltó su mente en referencia a la película.

—Yo vine de Rumanía hace ya muchos años.

—No puede hacer muchos años, Dina, pareces muy joven. ¿Cuántos tienes, treinta, treinta y cinco?

—Más de los que aparento, amor, más de los que aparento. El caso es que vine buscando trabajo, como casi todas, y bueno, conocí a otras chicas que trabajaban en esto y ganaban mucho dinero. Después conocí el casino y las chicas que trabajaban allí me dijeron que podía ganar muchísimo más, así que no me lo pensé.

—O sea, que estás ahí porque quieres, ¿no es así?

—Digamos que no podría permitirme el tren de vida que llevo si trabajara en otra cosa. Además, los dueños del casino confían en mí, ya llevo muchos años con ellos y ayudo a otras chicas a adaptarse. —Aquello fue directamente a sus tripas. Quizá Dina supiera algo del asunto que él estaba investigando, quizá se había equivocado pensando que sería Cris la que le ofreciera algún tipo de información sobre el tema. Todos sus sentidos se aguzaron en un momento—. La confianza es importante en este negocio. No solo la confianza entre el cliente y la *escort*, también entre ella y sus jefes. Y no solamente hay que ganársela, hay que conservarla.

—¿Desde cuándo conoces a Cris?

—Tú tienes una pequeña obsesión con Cris, lo sabes, ¿verdad, amor? —Dina dio un sorbo a su copa de vino.

—No voy a negarlo. ¿Puedo ser sincero contigo sin que te ofendas?

Ella asintió.

—Es como si no tuviera nada que ver en absoluto con ese lugar, con el resto de las chicas, con Santiago Altamiranda... No sé cómo explicarlo.

—Es esa especie de tristeza que la envuelve, lo sé. Es muy hermosa y demasiado joven también. Sé lo que os pasa a los hombres como tú con las mujeres como ella, y deja que te diga que lo mejor para ti sería no volver a verla.

—¿Por qué? —Estaba terriblemente intrigado. «¡No me pidas eso!».

—Porque no vas a rescatarla, no vas a ser el héroe que la saque de allí, porque, aunque no lo creas, ella no quiere dejar ese lugar... aún.

—¿Cómo llegó allí? —«Tengo que saberlo. Alguien tiene que contármelo».

—Lo siento. No puedo contestarte a eso.

«Mierda».

—¡Por favor! —Sus falsos pucheros hicieron que Dina estallara en una carcajada — No puedes dejarme así, me mata la curiosidad.

—Entonces pregúntale a ella. Cuéntale lo de tu libro y dile que te cuente su historia. —El joven se sintió aliviado al ver que su inverosímil cuento sobre que era un escritor no había levantado sospechas—. Javier, no todas las chicas del casino estamos allí porque nos gusta el lujo y el dinero. Algunas... algunas tienen deudas que pagar, tuyas o ajenas, y esa es la única forma en la que pueden hacerlo.

—¿Tiene familia? —Recordó las numerosas veces que Cris había mencionado a su padre la noche anterior mientras dormía.

—No lo sé, ella dice que no. Javier —Dina puso una mano sobre la suya, igual que había hecho antes con el otro hombre, lo que le provocó un escalofrío—, déjala en paz. Sea lo que sea lo que quieres de ella, déjala. Lo que ella ha conocido este último año, todo por lo que ha tenido que pasar, casi nadie lo sufre ni en toda una vida.

—Ayúdame a hablar con ella fuera del local, Dina. Solo una vez. Y te prometo que no me volverás a ver por allí.

Dina suspiró, dio un sorbo a su copa y asintió, intentando acallar la voz de su conciencia, que la avisaba de que ese hombre, fuera quien fuera, desde luego no era quien decía ser y, lo que era peor, estaba convencida de que le traería problemas.

# Capítulo 7

## Un año antes

La nueva compañera de cuarto de Cristina le había quitado la cama nada más llegar, algo que aparentemente a ella no le había importado demasiado.

—Muy mal —negó la chica con la cabeza—. Nunca debes dejar que te quiten tus cosas.

Cristina la miró un momento pensando que su acento delataba que venía de algún lugar del este de Europa mientras ponía sábanas limpias en la que, pensó, sería su nueva cama.

—No me importa dormir aquí.

—No se trata de eso. Se trata de que «esta» —la chica acentuó con fuerza la última palabra mientras daba un par de botes con el trasero sobre el colchón— es tu cama. Si alguien me la hubiera quitado a mí, le habría dado una paliza hasta que me la devolviera.

Cris frunció el ceño. ¿Tanto jaleo por una mierda de cama? Ella lo único que quería era dormirse y, con un poco de suerte, no despertarse jamás. Estaba exhausta y le dolía la cabeza. Saber que su única esperanza de seguir siendo tratada como un ser humano ya había vuelto a su casa, probablemente para no volver, le había dejado un sabor amargo en la boca.

—¿Así que la princesa está deprimida? —Dina arrastró su acento por cada sílaba.

—¿Te vas a callar o no? —Cris estaba agotada—. Necesito descansar un poco.

—Aprovecha. —Su tono era pura burla—. Cuando venga Nana a buscarte, no podrás ser tan exigente.

Cris se sentó en la cama de un salto, lo que enorgulleció a su acompañante al ver el efecto que su pequeña advertencia había tenido en ella.

—¿Qué pasa? ¿Ya no estás cansada?

—¿Cuándo va a venir Nana? —Los nervios empezaban a apoderarse de ella.

—Tranquila. Seguramente por la noche. Al jefe no le gusta follar de día.

Si había una palabra de todo el vocabulario conocido que ella odiara más, era esa. Sabía que Santiago tenía unas ganas terribles de hincarle el diente y ahora no tenía tanto miedo, creyendo inocentemente que sabía a lo que se exponía. El aliento de Carlos junto a su oído y la piel de sus labios rozando su cuello aparecieron y desaparecieron como un relámpago en su mente. No se le había ocurrido ni por un momento que Altamiranda pudiera requerirla aquel día. Sus palabras resonaron en su oído: «Cuando estés con él, cierra los ojos y vuelve aquí».

—No vas a escaparte, cariño. Ninguna ha escapado de ese cabrón. Lo raro es que haya permitido que te estrenaras con otro que no fuera él. Algo debe de tener en mente para haber hecho semejante regalo. —Cris se tumbó de nuevo en posición fetal mirando hacia la puerta, pues su cama era la que quedaba junto a ella, y le dio la espalda a su compañera—. Algún día sabrás por qué no me gustan las camas con cabecero o junto a las puertas —pareció lamentarse la extranjera, más por su nueva amiga que por ella misma—. En fin. Duerme un poco, luego date una buena

ducha y perfúmame. Nana te ha dejado ropa en el armario y los cajones. Ya veremos qué te pones. Y come cuando te traigan la comida.

—No tengo hambre.

—No importa. Tienes que comer para mantenerte fuerte. De lo contrario, alguien te hará comer a la fuerza.

—¿Cuánto tiempo llevas... en esto? —Cris lo preguntó tímidamente, sin saber qué palabra emplear para describir la vida que parecía haberle tocado en suerte.

—Mucho. Y si eres inteligente, aprovecharás cada uno de mis consejos para que tu vida aquí dentro no sea tan dura.

Cris se dio la vuelta para mirarla y verla con otros ojos. Era rubia, de pelo muy corto y ojos claros cuyo color no conseguía distinguir muy bien, pero que le infundían un poco de miedo. Eran como los de un animal salvaje. Jamás se le dio bien adivinar la edad de otras personas, pero se atrevió a calcular que ella no llegaría los treinta.

—¿Fue muy duro para ti? —La pregunta salió en un inesperado suspiro.

—Fue duro empezar en la calle. Estar aquí es más que soportable. Nadie les pega a las mujeres de Santiago Altamiranda. No bebemos, a no ser que sea con los clientes, y entonces solo bebemos lo más caro que haya en el bar. No se consumen drogas, y créeme cuando te digo que romper cualquiera de estas tres normas básicas acarreará un castigo que no quieres conocer. Y la cuarta, no se le dice que no a un cliente. Ellos ya saben con quién tratan y saben lo que está permitido y lo que no. Déjame decirte que hay pocas cosas que no te vayan a pedir, pero te alegrarás enormemente de que no lo hagan.

El estómago de Cris se había convertido en una centrifugadora mientras escuchaba hablar a su compañera. Aún no sabía su nombre y ya sentía por ella una lástima que solo volvería a sentir por ella misma. Como adivinando sus pensamientos, la otra chica anunció:

—Me llamo Dina.

—Yo soy Cris.

Dina sonrió con cierto toque de amargura.

—Ya sé que te llamas Cris. Estoy aquí para ti, para hacerte más fácil este camino. Nana te irá contando más cosas poco a poco. Yo soy la parte agradable de tu entrenamiento. Duerme un rato, luego seguiremos hablando.

Cuando la puerta se abrió a la hora del almuerzo, todo el cuerpo de Cris dio un latigazo en la cama, como si alguien la hubiera rociado con agua hirviendo, y, sin darse cuenta, se hizo un ovillo junto al cabecero.

—Y ahora sabes por qué odio ese sitio. Al estar junto a la puerta, si alguien viene a buscarte, te encontrará enseguida y no tendrás oportunidad de defenderte.

La voz ahora más relajada de Dina retumbó en sus oídos mientras la observaba caminar hasta donde habían dejado las bandejas con la comida para luego llevarlas hasta la mesa que había junto a la ventana.

—Ven a comer. —Aquello era una orden en toda regla.

—No tengo hambre.

—Solo te lo voy a decir una vez. Ven a comer. —Pronunció sílaba a sílaba la última palabra.

Sin saber muy bien por qué, obedeció y se sentó a la mesa frente a ella.

—La comida es muy buena. No podrías permitirte este lujo fuera de aquí.

—¿Hasta cuándo voy a estar encerrada? —Parecía distraída intentando atrapar una gamba de la exquisita ensalada de marisco y ahumados, que fue lo que más llamó su atención.

—No te preocupes, creo que a partir de hoy ya podrás moverte con libertad. Necesitas con urgencia que te dé un poco el sol, estás pálida como una muerta.

—Llevo aquí dos semanas sin poder salir.

La imagen de la noche que salió a la terraza de la habitación del hotel con Carlos apareció en su cabeza, trayendo consigo el olor a sal del mar, el sonido de las olas golpeando la playa y su propia carne de gallina al volver a ser acariciada por la brisa nocturna.

—Disfruta de la comida. ¿Vas a contarme cómo una niña como tú ha acabado en un sitio como este?

—No soy una niña. Parezco más joven de lo que soy en realidad.

—Ya, ya. ¿Y?

—Mi familia tiene una deuda con Altamiranda. No hay otra forma de saldarla.

—¿Saben ellos que estás aquí?

—Si te digo la verdad, la única persona que tengo en el mundo es mi padre. Cuando me cogieron aquel día en la puerta de la universidad, no había hablado con él. Ni siquiera me había despedido de él. Estaba durmiendo cuando salí para coger el autobús. No sé qué sabe de todo este asunto, pero espero que no le haga sufrir, no podrá soportarlo.

Dina miró por la ventana que daba al jardín de la parte del hotel en la que se encontraban. No hacía sol y no entraba demasiada luz. Triste, igual que la historia que se abría ante ella como un libro abierto. Una de tantas, una de miles que ya conocía. Siempre hay algún padre al que ayudar o algún sueño que cumplir o algún novio que te hace acabar en un lugar así porque preferiste no ver cómo era en realidad.

Se hizo el silencio durante el resto de la comida, roto solo en escasas ocasiones por el sonido de los cubiertos rozando la vajilla. Cuando por fin acabaron de comer, Dina se levantó y fue al armario para abrirlo y curiosear en lo que había dentro.

—Vaya... Menudos modelazos te ha comprado el jefe. —De sus labios escapó un silbido de asombro—. Todos de diseño... Creo que le gustas más de lo que yo pensaba.

Cristina se acercó tímidamente al armario y miró su contenido sin ningún entusiasmo, lo que provocó que Dina le propinara un manotón en el brazo.

—¡Ay! —Se llevó la mano al brazo que la otra le había golpeado.

—Debes aprender a fingir un poco. Además, tú no podrías permitirte este ropero, es digno de admiración.

—No me importa nada de eso.

—Pues finge que te importa. Y haz que sea creíble. Cada capricho que te compre un cliente, cada bebida que pague contigo, cada polvo que te agradezca con una buena propina, cuenta. Es dinero que irá rebajando tu deuda.

—¿Cuándo saldarás tú la tuya? —La curiosidad había hecho mella en Cris.

—Yo ya la saldé hace años.

Los ojos de la más joven se abrieron de par en par.

—¿Y por qué sigues aquí? —«Tú estás mal de la cabeza».

—Porque no tengo adonde ir. Aquí está la única gente que conozco. Soy de fiar. Los clientes me conocen, las chicas me conocen. ¿Qué iba a hacer ahí fuera?

Miles de respuestas a esa pregunta relampaguearon en la mente de Cris que podían resumirse solamente en una: ser libre, pero no se atrevió a decírselo a Dina. Puede que realmente llevara demasiado tiempo haciendo aquello y ya no fuera capaz de hacer otra cosa. Una vez vio en una película que un preso, cuando cumplió su condena, se suicidó porque se creía incapaz de

sobrevivir fuera de la cárcel. Puede que seamos nosotros mismos quienes nos encerramos en nuestras propias celdas creadas a imagen y semejanza del castigo que creemos merecer.

—¿Quién sabe? A lo mejor algún día hasta me agradeces que nunca me haya dado por largarme de aquí. —Su gesto se entristeció—. Escoge un vestido y un conjunto de ropa interior, el más caro que haya en el cajón. Santiago espera verte con tus mejores galas. Y luego métete en la ducha.

Cristina la miró un momento, sus ojos parecían tan tristes que un escalofrío recorrió la espalda de su nueva compañera. Fue hacia ella y le tomó la barbilla con sus dedos.

—No. Cris. Tienes que sonreír. Sé que no quieres estar aquí, pero también sé que no te iras a ninguna parte en mucho tiempo. Sonríe. No te imaginas las formas tan crueles que hay de sacar una sonrisa de esos preciosos labios. —Llevó sus dedos a los labios de su nueva compañera.

Se retiró un momento y fue a buscar un pequeño bolso que había sobre la cómoda, sacó un blíster con pastillas y le ofreció una a Cris.

—¿Qué es esto?

—Te ayudará a pasarlo bien.

—Me dijiste que no consumiera drogas.

—No es una droga exactamente, es un estimulante. Te animará, te calmará la ansiedad y, con un poco de suerte, hará que se ilumine tu mirada el tiempo justo cuando estés ante él. Tómatela. No te la daría si no supiera que puedes hacerlo.

¿Qué podía ir peor? ¿Qué podía hacer que su situación fuera más horrorosa de lo que ya era? Cogió la pastilla, se la tragó y bebió un sorbo de agua antes de meterse en la ducha. Cuando salió, Dina la esperaba. Había desplegado sobre la cómoda todo su arsenal de belleza: brochas, cepillos, maquillaje, secador y hasta dos o tres botes de perfume diferentes. Cristina se acercó hasta ella y se sentó en la silla.

—¿Qué es todo esto?

—Vamos a ponerte guapa. Queremos que el jefe haga hoy todo lo que tenga que hacer y quede de lo más satisfecho, ¿estamos?

Cristina no contestó. Había vivido esa situación en su mente de todas las maneras posibles desde que llegó allí y nunca salía airoso de ella.

—Seguramente, te preguntarás por qué es eso tan importante. Te lo explicaré de la mejor manera posible, amor. Si queda satisfecho, te habrás ahorrado unos cuantos moratones. Solo saldrás de su habitación con los que te haya hecho mientras se divertía. Y... —la joven hizo un redoble de tambor que torció el gesto de Cristina aún más, si es que ello era posible— te cogerá en exclusiva durante una temporada. Ya sabes, nadie se tira a la chica del jefe.

Aquello le recordó a los días que había pasado con Carlos y le costó horrores sacar la imagen de su sonrisa de su cabeza. «Carlos». Sus preciosos ojos color turquesa. Sus labios.

—¿Eso es bueno?

—Créeme cuando te digo que eso es muy bueno. Sus perversiones son bastante más llevaderas que las de muchos de nuestros clientes. Eso sí —la miró a los ojos—, no se te ocurra decirle que no a nada. ¿Me has oído? —La zarandeó levemente.

—Sí, sí. Te he oído.

—Y por lo que más quieras, aunque no te guste lo que te haga, aunque sientas ganas de vomitar cuando te toque, sonríe, y finge. Grita como si nadie te hubiera hecho sentir tanto placer en tu vida.

—Yo... yo no sé...

—No seas mojigata. ¿No irás a decirme que no has visto nunca una película porno?

—Claro que sí.

—¿Y crees que las que salen en esas películas se corren siempre porque sí? —La segunda palabra que más odiaba de todo el idioma acababa de atravesar sus oídos como si la hubiera traspasado una flecha—. Mírame. —El rostro de Dina se endureció—. Cuando él te lo pida, cuando él acabe, finge. Es muy fácil. Aparte de unos cuantos gritos, solo tienes que encoger y soltar, encoger y soltar, ¿lo entiendes?

Claro que lo entendía. Y le agradecía enormemente que no hubiera sido más descriptiva.

—Cierra los ojos y déjate hacer. Piensa en otra cosa si quieres. Piensa en tu cantante o en tu actor favorito o en el tío que te gusta, e intenta dejarte llevar. Y si tu cuerpo te traiciona, si en algún momento sientes verdadero placer, no lo escondas y no te avergüences. No estás haciendo nada malo. Solo eres un ser humano que a veces no puede controlar sus reacciones.

No había forma humana de que alguien la convenciera de que podría sentir placer ante la perspectiva de que la manosearan desconocidos.

El resto de la tarde la pasaron con los preparativos para lo que Dina había llamado «la gran noche». Habló y habló como si no pudiera volver a hacerlo nunca. Le contó a Cris sus peores y sus mejores experiencias desde que trabajaba con Santiago, y cómo había sido tan astuta de jamás haber merecido un castigo.

—Por eso estoy aquí contigo, porque él confía en mí.

Lo que quiera que llevara la pastilla que su compañera le había dado al menos había logrado que no estuviera nerviosa, que no tuviera tanto miedo. Después de todo, como Dina le había dicho, iba a acostarse con un hombre guapo, rico y aseado, y recalcó lo de aseado porque ella sabía muy bien de lo que hablaba.

Cuando la puerta volvió a abrirse, la figura casi siniestra de Nana apareció en el umbral.

—¿Estás lista? —Sus ojos la recorrieron de arriba abajo y vuelta a empezar, y comprobó que sí lo estaba al verla con aquel vestido corto negro, maquillada y con el pelo recogido en un moño que Dina había improvisado para ella—. Vaya. Sí que lo estás. Ven conmigo.

Como un preso que camina hacia la horca, Cristina la siguió, hasta que Dina, justo antes de que saliera de la habitación, le pellizcó el trasero haciendo que se diera la vuelta y le mostró una amplia sonrisa sugiriendo que ella la imitara.

La sonrisa, sí, la sonrisa, se le había olvidado.

## Capítulo 8

### Un año antes

Aquella noche, después de arreglar unos asuntos en un bufete de abogados, Carlos regresó al hotel y pasó sin prestar demasiada atención por el *piano-bar*. Un grupo de chicas charlaban animadamente en la barra, todas vestidas y maquilladas de manera impecable. Parecía una reunión de modelos.

Una voz susurró en su oído:

—Son preciosas, ¿verdad? En esto es en lo que se convierten después de practicar conmigo.

Carlos se giró. «Te mataría ahora mismo si pudiera». La mujer que se hacía llamar Nana se había sentado en un taburete detrás de él y había pedido una copa. Le habría preguntado mil cosas si no fuera porque no quería que esa criatura, seguramente astuta como un zorro, se diera cuenta de que no era como los demás que aparecían por allí.

—¿Dónde está...? —«Dime que nadie le ha hecho daño».

Nana no lo dejó terminar la frase.

—Arreglándose para usted, por supuesto. Santiago me ha dicho que quiere disfrutarla en exclusiva durante unos días. Solo le pediré un favor. Usted es un hombre de mundo, lo sé, como también sé que se ha acostado con más mujeres de las que será capaz de recordar algún día. Enséñele unas cuantas cosas a Cristina. Ya sabe, dígame qué cosas le gustan, qué cosas lo excitan y haga que ella lo complazca. Me estará ahorrando unos días de trabajo.

Antes de que tuviera oportunidad de contestar, la preciosa figura de Cristina apareció en el umbral de la puerta del *piano-bar*. Nana se retiró sigilosa como un halcón, como una fiera que estuviera dando a su presa un poco de espacio para que creyera que tenía alguna oportunidad de salvarse. Pero no se había ido de allí, Carlos lo sabía perfectamente. Lo estaba estudiando, observando. Se estaba asegurando de que todo iba como tenía que ir.

Cristina se acercó y no tuvo tiempo de reaccionar cuando notó la mano de Carlos apretándole el trasero y su boca invadiendo la suya con su lengua hasta casi dejarla sin respiración. Luego acercó los labios a su oído para decirle:

—Lo siento. Nana nos está mirando. Tomaremos algo aquí y luego subiremos a la habitación. —«Perdóname».

Ella se tranquilizó al instante. Por un momento había pensado que el chico se había replanteado lo de pasar una semana relajada con ella, solo siendo amigos, hasta que ideara un nuevo plan. Carlos pidió una copa para cada uno.

—Zumos para la señorita. Me gusta el sabor del zumo. —Le guiñó un ojo al camarero.

Charlaron durante un rato, él mirándola como si quisiera devorarla con los ojos y dándole tragos largos a su vaso porque en realidad quería estar con ella a solas, lejos de la vigilancia del personal de Santiago. Cuando por fin terminó con su bebida, le quitó a ella el zumo de las manos y lo dejó en

la barra diciendo, de modo que se aseguró de que el camarero los escuchaba:

—Ahora vamos arriba. Tienes mucho que aprender. —«Necesito salir de aquí».

Una vez en la habitación, se sentó en el sillón que había delante del escritorio y apoyó la cabeza en una de sus manos.

—Lo siento.

—Ya te has disculpado —le dijo ella algo contrariada.

—Jamás me disculparé lo suficiente por todo esto. —«Todo es culpa mía».

Por su mente cruzó la idea de que algún día tendría que decirle que Santiago había reparado en ella porque la había visto con él.

Ella se acercó a él y lo abrazó más para sentir el calor de alguien familiar que para darle las gracias.

—Gracias. —«Eres la única persona en quien confío».

—No me las des. No he encontrado la manera de sacarte de aquí.

—No importa —le respondió, clavando en él su preciosa mirada de color miel—. Gracias. ¿Qué vamos a hacer?

—No hemos tenido oportunidad de hablar demasiado. ¿Te apetecería simplemente cenar aquí arriba y bailar, charlar, tomar una copa...?

Ella entornó los ojos y dijo con una sonrisa dulce y genuina:

—¿Como si fuera una cita?

Carlos se echó a reír ante la ocurrencia. De pronto, apareció ante sus ojos tal y como era: joven, fresca, llena de vida. «No me mires así, Cris». Hacía años que nadie le hablaba de salir o de una cita. Entonces recordó que Cristina tenía unos veinte años y todo cobró más sentido.

—De acuerdo. —Le guiñó un ojo—. Será una cita.

El camarero apareció al cabo de un rato con una pequeña mesa adornada con un ramo de flores en el centro y varios platos con delicatessen alrededor, además de una botella de champán en hielo que al parecer fue lo que más ilusión le hizo a Cristina. Se sentaron uno frente a otro una vez él se hubo quitado la chaqueta, la corbata y desabrochado el cuello de la camisa. Empezaron a cenar mucho más relajados y a hablar de la situación de Cris.

—Cris, ¿cómo ha podido pasar esto?

—Ya hemos hablado de eso, Carlos.

El gesto de Carlos en aquel momento era de absoluta frustración. Le costó no solo encontrar las palabras adecuadas, sino también articularlas.

—Puedo comprender —se detuvo un momento para soltar un poco de aire— que tú no entiendas cómo funciona este mundo. Lo que no puedo entender es que tu padre no lo sepa. Nadie que se mezcle con la gente de Altamiranda podrá volver a ser libre, nadie. Siempre le deberá más mientras él no quiera perdonar la deuda. Y lo peor de todo, Cris, es que él no va a dejar escapar a una chica como tú. No te imaginas lo que los clientes de Santiago darán por estar contigo. Y cuanto más paguen, menos libre serás. Y si no pagan por ti, sufrirás las consecuencias.

—¿Cómo sabes tanto de este mundo? —Su mirada lo acusaba sin ninguna sutileza.

—Ya te lo dije. No soy un santo. Mi padre se parece bastante a Santiago, por eso quiere asociarse con él, porque son iguales. Yo llevo años trabajando con mi padre y conozco los entresijos de todos estos lugares y de estos hombres.

Su rostro se entristeció y soltó el trozo de comida que había pinchado para darle un trago a su copa de vino. Mientras lo hacía, observó el rostro infantil de Cris. Ella hacía nudos a un hilo que había encontrado en el mantel, con la mirada perdida en algún lugar que no era aquel.

—¡Ey! ¿Sabes qué? Aún tenemos unos días para preocuparnos de todo eso. Come, relájate. Lo arreglaremos.

—¿Por qué haces esto por mí? Yo no soy nadie para ti.

—No digas eso. Es imposible que tú seas nadie para cualquiera. Ya te dije que tengo una hermana de tu edad y si se viera envuelta en algo así, yo... Yo mataría para liberarla. —«Tal vez mate para sacarte de aquí».

Solo el sonido de su voz, como si no fuera suya, como si hubiera salido de algún lugar oscuro de su alma, le produjo escalofríos. No conocía a Carlos en realidad. No sabía lo que había hecho ni lo que sería capaz de hacer. Y no sabía qué extraño motivo la llevaba a confiar en sus ojos azules y tristes, demasiado para ser los de un niño de papá.

Entonces Carlos se levantó y le tendió la mano.

—¿Quieres bailar?

Ella mostró una preciosa sonrisa, la de alguien que confía ciegamente en quien tiene delante. En realidad, todo en ella era hermoso, inocente, casi infantil, y eso era lo que más le preocupaba. Porque todo eso valía mucho en el mundo en el que se encontraba atrapada y siempre habría alguien dispuesto a pagar.

—¿En serio, don «yo no bailo nunca»?

—Deberías dejar de ponerme esos nombres.

Mostró su preciosa hilera de dientes blancos al sonreír recordando el momento en el que le dijo aquello mismo en la discoteca. Cris posó su mano en la de él, se abrazó a su cuello y apoyó la cabeza en su pecho mientras ambos se mecían ligeramente al ritmo de la música.

—Mi hermana solía bailar sobre mis pies cuando era pequeña. En realidad, a veces aún se quita los zapatos cuando vamos a alguna fiesta para hacerlo.

Ella sonrió con dulzura sin mirarlo.

—Debe ser precioso tener un hermano mayor, alguien que cuide de ti.

—Hago lo que puedo. Ella es un poco más rebelde que tú, pero es buena chica.

Permanecieron así un rato, meciéndose. Ella, con la cabeza sobre su pecho, y él, con su mejilla sobre su pelo, dejándose llevar por la música y el champán. De repente, Carlos notó que Cristina había empezado a sollozar y se retiró un poco de ella para levantarle el rostro y mirarla.

—Estoy aterrada, Carlos. Nana me ha dicho que cuando tú te vayas tendré que acostarme con Santiago y luego aprender cómo complacer a los hombres. Tú me estás dando algo que ya jamás volveré a tener.

—¿Qué? —preguntó él con voz temblorosa.

—Libertad.

Sus sollozos se habían convertido en verdaderos ríos de lágrimas mientras hablaba y el corazón de Carlos se había encogido hasta el punto de llegar a doler. La apretó fuerte contra él y le dio un beso en la coronilla mientras seguía meciéndola dulcemente.

—Encontraré la manera. Te lo prometo.

Cuando al cabo de un buen rato Cris intentó contener un par de bostezos, Carlos le sugirió que se metiera en la cama. Él salió al balcón, desde donde se veía toda la ciudad y el mar bajo una gigantesca luna llena. No tenía ni idea de cómo podía sacarla de aquel lugar sin que ello le costara la vida a nadie. Sabía que Santiago Altamiranda no se andaba con tonterías, y nadie jamás se había atrevido a afrentarle en su terreno.

Cuando por la mañana salía de la habitación dejando a Cris dormida en su cama, Nana ya lo estaba esperando en el pasillo, algo que no lo sorprendió en absoluto.

—Buenos días, señor Olmedo. ¿Qué tal la noche?

—Estupenda. ¿Hay algo que quiera decirme?

—Sí, aunque suelo venir a asegurarme de que todo va bien. Parece que tenemos un diamante en bruto, a juzgar por su sonrisa. —Carlos no contestó. No le gustaba esa mujer. Le parecía un buitre volando en círculos alrededor de su presa y le molestaba enormemente que anduviera siempre al acecho—. El señor Altamiranda quisiera hablar con usted esta noche, si le parece bien, y le gustaría que fuera acompañado de la chica.

Con una leve inclinación de cabeza, se despidió sin mediar palabra y la dejó en la puerta de la habitación, probablemente dispuesta a despertar a Cris y a averiguar cómo había ido todo. El móvil sonó cuando caminaba hacia el ascensor. Era su amigo David, desde la capital, y esperaba que fueran buenas noticias.

—Sí. —Su tono era firme.

—¿Piensas volver algún día o vas a quedarte ahí para siempre? —Su amigo sonreía desde el otro lado.

Carlos esbozó una leve sonrisa antes de contestar, mientras el pelo de la nuca se le erizaba solamente ante la idea de tener que dejar allí a Cris.

—Tengo algunos asuntos pendientes.

—Pues más te vale que los termines rápido. Tu padre y Altamiranda han tenido, digamos, diferencias de opiniones, y esto se va a la mierda.

Se llevó la mano que tenía a las sienes mientras subía en el ascensor.

—¿Eso qué significa exactamente?

—Que lo estamos perdiendo. Y si no hay dinero, no hay negocio.

—Tranquilo. Esta noche tengo una reunión con él, es probable que me haya llamado por eso.

—Cuando acabes, llámame. El personal está un poco nervioso y el alcalde tiene los huevos en la garganta. Necesitamos ese casino.

—He dicho que lo arreglaré.

Cortó y salió del hotel dispuesto a hacer algunas compras y algunas llamadas. Después de comer, pasó la tarde en su habitación dándole vueltas a lo que podría querer Altamiranda de él.

Cuando escuchó dos golpes en la puerta, a eso de las ocho, supo de quién se trataba. Al abrir, Nana, vestida tan elegante como siempre, estaba acompañada de Cristina, que esa vez no iba vestida con un conjunto de ropa interior *sexy*. Llevaba un precioso vestido rojo hasta media pierna y unos zapatos de tacón *beige*. Incluso le habían recogido el pelo en un moño y se lo habían decorado con cristales de colores. «Así deben ser los ángeles». La mirada fascinada de Carlos no le pasó desapercibida a Nana, quien ya empezaba a sospechar que esos dos se llevaban muy bien para el tipo de relación que se suponía que mantenían. Sin embargo, no se distrajo.

—El señor Altamiranda los espera abajo a las nueve. No se retrasen.

Cristina entró en la habitación y le dio un abrazo a Carlos que lo cogió por sorpresa.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? —«¡No me sueltes!».

—Sí. —Se separó por fin de él—. Es solo que se me hace eterno todo el día hasta la hora de venir a verte.

—¿Dónde pasas el día? —De repente, se sintió avergonzado por no haberle preguntado antes.

—En una habitación que pronto voy a compartir con otra chica. Una con más experiencia que yo, creo. Al parecer, así funcionan aquí las cosas. Se supone que tengo que aprender de ella.

Carlos movió la cabeza a uno y otro lado sin querer contestar a eso.

—Estás preciosa. Siempre lo estás, pero hoy... Me alegro mucho de que te hayan dejado

cambiar de indumentaria.

—Yo también, odio los *negligés*, los tangas, los encajes... Esto no es mucho más cómodo, no creas. Nana me ha dicho que vamos a bajar al restaurante a cenar.

—Creo que sé de qué va el asunto. Pero no pensemos ahora en eso. —Y, al decirle aquello, le extendió una pequeña bolsa de papel.

—¿Qué es esto? —Había logrado sorprenderla.

—Me he dado cuenta de que no te gusta la ropa que te ponen. Al menos mientras estás aquí, puedes llevar eso.

Abrió la bolsa con la curiosidad de un niño pequeño que ha recibido su regalo de Reyes y sonrió al tiempo que sus preciosos ojos se iluminaban.

—¡Gracias! —dijo mientras sacaba un precioso pijama de punto, unas zapatillas, unos *leggings* y una sudadera—. No tenías...

—Ya sé que no tenía que hacerlo.

Ella se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—¿Puedo salir un poco al balcón? —le preguntó con timidez.

—Claro que puedes salir, ¿qué clase de pregunta es esa?

Cristina abrió la puerta corredera de cristal y dio unos pasos hasta que se apoyó en la barandilla. Respiró hondo como si nunca lo hubiera hecho y cerró los ojos permitiendo que el aire de la noche le acariciara el rostro.

—¡Cómo lo echaba de menos!

El corazón de Carlos cayó directamente en su estómago al darse cuenta de que la estaban privando de algo tan simple como llenar los pulmones de aire fresco. «No sé cómo puedes soportarlo».

—No te dejan salir mucho por lo que veo. —Apoyó los codos en la barandilla junto a ella, con la mirada de un cachorro maltratado.

—No he salido desde que llegué aquí. Y no podré hacerlo hasta que Nana me haya entrenado. Aun entonces, siempre me vigilará alguien. Así funciona esto.

Carlos rozó la mano de Cris con el dorso de la suya.

—Tendré que volver a casa antes de lo esperado. —«¡Volveré, lo juro!». Fingió que no había visto cómo los ojos de la muchacha se habían vuelto vidriosos. Ella no contestó. Sabía que eso había sido temporal, y también lo que la esperaba a partir de entonces.

—No te sientas mal, Carlos. Me las apañaré. Las chicas dicen que hay cosas que ayudan a llevar mejor esta vida, si es que puede llamarse así. —Suspiró.

Él se giró por completo hacia ella y, casi traspasándola con la mirada, la agarró por los brazos y le dijo con firmeza:

—No se te ocurra tomar nada de lo que te den. Te engancharás y harás cualquier cosa por otra dosis, ¿me has oído?

—Carlos —la fuerza de su mirada casi lo atravesó—, tú te irás y seguirás con tu vida. Yo me quedaré aquí y tendré que hacer cosas horribles. No creo que estés en posición de aconsejarme, la verdad. —Sus ojos echaban chispas.

—Aguanta un poco, por favor. Volveré.

—No volverás. Y no importa. Reconócelo de una vez. No hay nada que puedas hacer y yo no debería haberme hecho ilusiones. ¡Ojalá aquella primera noche me hubieran entregado a otra persona!

—¿Para que te hubiera violado y quizá pegado? —le dijo, levantando un tono la voz.

—¡Sí! —En aquel grito envolvió toda la furia que sentía devorándola por dentro—. Porque ya lo habría superado. ¿Qué voy a hacer ahora cuando me requiera Altamiranda? ¿Y qué le vas a decir tú cuando descubra que sigo siendo virgen? Sabrá que lo hemos engañado. ¿Y sabes cómo castiga a las chicas que lo engañan? Cediéndolas a los clientes más perversos para que hagan con ellas lo que quieran.

Imágenes de una de aquellas bestias recorriendo su cuerpo con su lengua o sus dedos lo atormentaron unos segundos. «¡No, por favor! ¡No!» Le dolía profundamente que todo lo que le había dicho no era más que la verdad. Le puso las manos en los hombros y las bajó con delicadeza por los brazos, notando los poros de su piel hinchados debido a que tenía la carne de gallina por el frío.

—Vamos dentro. —Ella entró primero.

—Creo que lo mejor será que bajemos a cenar.

—Carlos, tengo mucho miedo. Él me da mucho miedo. —Se detuvo un instante y lo miró a los ojos.

—Estaré allí contigo, ¿vale? Tenemos que averiguar qué quiere. Es un cabronazo y es muy listo. Por eso ha llegado adonde está. Pero, créeme, todos tenemos una debilidad.

Cuando llegaron al restaurante, el camarero los acomodó en una de las mesas más discretas del salón. Santiago aún no había llegado, pero no tardó en aparecer y todos los poros de la piel de Cris se erizaron. No había nadie en el mundo que le diera más miedo. Carlos se percató y le cogió la mano por debajo de la mesa. A unos metros de distancia, Nana sonreía murmurando entre dientes algo en su idioma. La mano del hombre agarrando fuertemente la de Cris hasta casi tener los nudillos blancos lo delataba, no se le da la mano así a una prostituta con la que te estás acostando. Cuando Santiago por fin llegó hasta ellos, le dio la mano al joven y le lanzó a Cris una mirada tan lasciva que las tripas de Carlos se retorcieron en su estómago. Después, se sentó.

—He oído que alguien va a tener que adelantar su regreso a casa —dijo mirando con fijeza a Carlos.

—Parece ser que hay diferencia de opiniones respecto a la forma de hacer las cosas, según he oído.

—¿Sabes lo mejor de todo? Que en esta vida todo puede arreglarse. Te sugiero que convencas a tu padre de que acepte mis condiciones. —Sus ojos brillaban con una luz sobrenatural—. Mientras tanto, yo me quedaré aquí con mi nueva adquisición.

Con un movimiento imperceptible de los ojos, avisó a Nana de que se acercara a la mesa y la mujer se colocó junto a ellos en unos segundos.

—Invita a una copa a nuestra gacela, Nana. Carlos y yo tenemos cosas de las que hablar.

Cuando las mujeres se hubieron retirado, Santiago le dio un trago a su copa de vino antes de hablar.

—He notado que Cris y tú os entendéis bastante bien.

—Bueno, es una niña. Y no me está dando ningún problema. —«¡Cabrón! ¡Bastardo! ¡Hijo de puta!» Su mirada era fría como el hielo.

—No sabes cómo me alegra oír eso, chaval, porque estoy deseando averiguar qué está aprendiendo contigo. Ahora que tienes que marcharte antes de lo previsto, no quepo en mí de alegría. —La mandíbula de Carlos se tensó sin que le pasara desapercibido a Santiago, que enseguida lanzó una carcajada— Vaya, vaya, así que es verdad que a *junior* no le gusta compartir

sus cosas. Pues lo siento, pero ya has jugado bastante.

—¿Y si arreglo sus asuntos con mi padre? —«¡No te atrevas a tocarla!».

—Bueno, tal vez así la deje en paz.

Nana volvió con Cris cogida por el brazo y la sentó a la mesa con los dos hombres. Otros dos que había en la barra tomando una copa no le quitaban la vista de encima, lo que puso a Carlos extremadamente nervioso.

—Bien. Os dejo solos para que disfrutéis de vuestra última noche como tortolitos.

Santiago se levantó y se marchó de allí.

Una vez solos, Cris le dijo a Carlos que no tenía hambre y que quería subir a la habitación para alejarse de la mirada de Altamiranda y Nana. Se levantaron y ella echó a andar delante mientras él la seguía, apoyando su mano en la parte baja de su espalda, como si no quisiera que nada ni nadie se interpusiera entre ellos. Ella, por su parte, agradecía enormemente el gesto de protección.

Ya en la habitación, Carlos puso la tele, se quitó la chaqueta, la corbata y se dejó caer en el sillón. Cris se acercó a él, quizá demasiado, y el joven reaccionó reclinándose.

—Carlos, sé que lo que voy a decirte no va a gustarte, pero no quiero que Altamiranda sea el primer hombre con el que me acueste.

Él levantó las cejas totalmente sobrepasado por lo que acababa de escuchar. Lo había dicho como algo casual, como si él no tuviera nada que decir al respecto, y casi le dolió.

—Se dará cuenta de que no nos hemos acostado y eso no le gustará.

—Pero... —Parpadeó un par de veces, como intentando cerciorarse de que había comprendido lo que Cris le estaba proponiendo.

—Ya has visto cómo me mira. ¿Crees que va a tardar mucho en meterme en su cama una vez te hayas marchado?

La sola imagen de las manos de Altamiranda paseándose por aquel cuerpo le hizo cerrar los ojos de golpe.

—Eso no va a pasar, no por ahora, te lo aseguro. Yo no puedo... Cris..., no puedo...

—Lo sé... Tienes una hermana de mi edad. —Se arrodilló en el suelo delante de él—. ¿Querías que un tipo como Santiago le pegara por haberle mentado?

La mandíbula de Carlos se tensó hasta un punto que jamás creyó que fuera posible. La miró un momento antes de apoyar los codos en sus rodillas y la cabeza sobre sus manos, llevándose los dedos a la sien. «¡No puedo más!».

—Por favor... —Aquello era una súplica.

La tomó de la mano y la levantó del suelo al tiempo que él lo hacía del sillón sin dejar de mirarla. Ella habría jurado que sus ojos se habían vuelto vidriosos, quizá pensando en su hermana o solo porque no entraba en sus planes acostarse con ella. De haber sido así, lo habría hecho la primera noche.

Sin mediar palabra, la besó con la dulzura de quien besa por primera vez. Con suavidad, sin apartar la mirada, apenas rozando sus labios, que ella abrió mientras una lágrima furtiva le bajaba por la mejilla. Se retiró un momento y le limpió la cara con el pulgar para después volver a besarla, esta vez con un poco más de intensidad, dulcemente, como si estuviera reconociendo sus labios, como si no quisiera asustarla. Cuando por fin se aseguró de que no se había arrepentido, sus besos se volvieron más intensos, más pasionales. Ella abrió los labios para recibir su lengua y se dejó llevar por el calor y la humedad que desprendía, ofreciéndole la suya.

Carlos le bajó la cremallera del vestido con lentitud, con su respiración acelerada y el corazón latiéndole a mil por hora mientras intentaba expulsar de su cabeza el sonido de su voz interior

diciéndole que lo que estaba a punto de hacer no estaba bien. Le gustaba Cristina, le gustó desde el primer momento en el que la vio, le parecía brillante y llena de vida, y de nuevo tuvo que borrar la imagen de Altamiranda haciendo lo mismo que estaba haciendo él. ¿Cuál era la diferencia entre ellos?

Se deshizo también de su ropa y tumbó a Cris con lentitud sobre la cama para colocarse sobre ella con toda la suavidad de la que era capaz intentando no dejar caer el peso de su cuerpo. Ella no dejó de mirarlo hasta que, sin querer, sus ojos se cerraron para dejarse llevar por la oleada de sensaciones que la invadió cuando sus manos alcanzaron sus pechos, apretándolos ligeramente y jugando con sus pezones sin dejar de besarla.

Notó su erección y se avergonzó por estar disfrutando de un momento que se suponía que debería resultarle desagradable. No estaba enamorada de Carlos, aunque ayudaba mucho su físico, todo su porte, y le provocaba un morbo inconfesable saber que se habría acostado con cientos de chicas y que conocía a la perfección el cuerpo femenino.

Él paseaba sus manos arriba y abajo, haciendo que ella gimiera ante la posibilidad de lo que se avecinaba con los ojos cerrados y los labios abiertos. Cuando por fin sus labios bajaron por su estómago sin que sus dedos dejaran de acariciar sus pezones, volvió a gemir de anticipación y sus gemidos se intensificaron al notar los dedos jugando con sus pliegues más íntimos, alrededor de su punto más sensible. Jamás había sentido esa tensión en la parte baja de su vientre con una especie de urgencia, de necesidad.

Cuando los dedos de Carlos encontraron su objetivo, se apretaron contra él sin ninguna piedad. Cris sintió que todos sus miedos la abandonaban de repente y solo podía sentir el tacto de sus yemas húmedas y calientes, al tiempo que el sonido que ese contacto provocaba la excitaba aún más. No era la primera vez que sentía aquello, pero sí la primera vez que lo sentía así, como si se abriera por completo ante sus caricias, como si algo dentro de ella quisiera derramarse en oleadas, que no tardaron en llegar. Pronunció su nombre y lo agarró del cuello sin poder recuperar el control mientras él respiraba en su oído disfrutando de su estallido. Jamás había visto algo tan hermoso.

Cris apenas había bajado de la nube en la que se encontraba cuando volvió a colocarse sobre ella. Paseó sus labios por detrás de su oreja, su cuello y sus hombros, asaltó de nuevo sus pechos y besó sus labios con toda la suavidad que la lujuria que se había apoderado de él le permitía. No había lugar para reproches ni para miedos. Si había que arrepentirse de algo sería después, no ahora mientras entraba en ella lentamente comprobando que su juego anterior había provocado la humedad necesaria para hacer placentero este instante.

Si hubiera podido pensar, se habría sentido avergonzado por encontrar abrumadora la sensación de sumergirse en un templo en el que jamás lo había hecho nadie.

Volvió a besarla con fuerza, dejando que su peso la apretara un instante contra el colchón, con las caderas de ambos firmes contra las del otro, reprimiéndose mientras ponía todo su corazón en beber de sus labios. Como si no hubiera nada en el mundo que quisiera más, como si ella estuviera derramando su alma en su boca y él tuviera que concentrarse en no dejar que se escapara ni una gota. Se movió sobre ella sin dejar de devorarla con sus labios. Primero, lentamente; luego, más deprisa, marcando un ritmo perfecto hasta que notó que sus piernas lo encadenaban con toda la fuerza de la que era capaz y volvía a estallar en espasmos incontrolables, al tiempo que ella enterraba su cabeza en el hueco entre su cuello y sus hombros.

No hubo gritos, al contrario, unos leves gemidos, unos jadeos y unos sonidos incoherentes que parecían proceder de lo más profundo de su ser. Carlos ya no pudo aguantar más, perdió el ritmo

por completo, sus movimientos se volvieron erráticos y la siguió en su camino al éxtasis más extraordinario que jamás había sentido. Los brazos de Cristina lo recibieron sobre su pecho en su descenso de aquella caída libre.

Él no habló porque no sabía qué decir. Ni siquiera recordaba lo que le había dicho a su primera chica después de haber compartido ese momento. Hacía siglos de aquello. Aunque sí que recordaba perfectamente quién era ella y lo que sintió, y aquello le hizo consciente de que, en adelante, su recuerdo jamás saldría de la memoria de Cristina. Jamás. Y, por un instante, se atrevió a sentirse bien por no haber dejado que el rostro de Santiago Altamiranda fuera el que caminara junto a esta imagen toda su vida.

La abrazó con fuerza y le besó la mejilla. Así permaneció un rato, acunándola contra su cuerpo como si con ello pudiera librarla de todo lo que la esperaba y a él mismo del sentimiento terrible de culpa que había empezado a invadirlo. Luego, Carlos le susurró al oído:

—¿Estás despierta?

—Sí. —Su voz apenas era un susurro—. Estaba pensando —se giró para mirarlo— que ha sido lo más bonito que me ha pasado en mi vida. Gracias.

Él se sintió terriblemente avergonzado de nuevo antes de contestar:

—Cuando estés con él, cierra los ojos y vuelve aquí.

Se sintió como un cordero a punto de ser degollado y se sentó en la cama.

—Vente conmigo mañana, Cristina.

Ella se apoyó contra el cabecero y negó con la cabeza.

—No puedo irme, Carlos, lo sabes. Tengo que quedarme aquí.

—Nos iremos lejos, a cualquier parte del mundo. No nos encontrará —repitió esta vez apoyando la cabeza en su regazo.

—Tiene a mi padre. Lo matará si me marcho —le contestó con la mirada más amarga que sus ojos podían reflejar.

Carlos levantó los ojos un momento y aquella amargura invadió su saliva y llegó hasta la boca de su estómago. ¿Cómo iba a dejarla allí? ¿Cómo iba a soportar las imágenes que surgirían en su cabeza solo de pensar lo que le estarían haciendo? Después de un rato, ambos se quedaron dormidos, él acunando su cuerpo y ella sintiéndose protegida, quizá por última vez en su vida.

El dulce olor a lilas de su pelo lo embriagó y supo que llevaría consigo su aroma durante mucho tiempo porque ninguna de las mujeres con las que él había compartido momentos íntimos olía así, a pesar de poder permitirse los más caros perfumes. Se durmió pensando todas las opciones posibles para volver a por ella y ponerla a salvo lejos de las garras de aquel hombre a quien hubiera dado media vida por no haber tenido que conocer.

## Capítulo 9

### En la actualidad

Después de todo, quizá lo mejor que le había podido pasar a Javier era haber tirado todo el dinero que le habían ingresado para la investigación durante las dos noches que pasó con Cris, pues, de esta forma, solamente le quedaba una cosa por hacer: investigar, que era a lo que había ido en realidad.

Si hubiera pensado con claridad, si hubiera sido capaz de llevar a cabo su trabajo como había estado haciendo hasta el momento en que puso un pie en el Dark Side, habría empezado por averiguar todo lo posible sobre Santiago Altamiranda, su principal objetivo en la investigación. Pero como el embrujo de Cris se había apoderado por completo de su voluntad, lo primero que hizo al abrir el portátil fue teclear el número de la matrícula del BMW del que se había bajado el que había dado en llamar «el hombre del bar».

El coche pertenecía a Carlos Olmedo, cuya foto de tráfico no tenía nada que ver con el tipo a quien él había visto, pero tenía demasiada pinta de niño de papá como para que su siguiente paso no fuera poner el nombre y apellido en Google, que obró el milagro en un segundo y desplegó cientos de fotografías, la mayoría del hombre más joven, aunque también había algunas del que había visto en la foto de Tráfico. Toda una joya el tal Carlos Olmedo *junior*, como lo llamaba la prensa. A juzgar por sus fotos en playas, piscinas y fiestas por toda la geografía nacional e internacional, y las chicas espectaculares que normalmente aparecían con él en las mismas, el tipo llevaba una vida que él jamás conocería, algo que ya había sospechado desde el primer instante en que lo vio bajar del BMW.

En algunas de las fotos no era más que un chaval rubio de enormes ojos azules que se le antojaron un poco tristes. «Rarezas de la genética», supuso, porque no parecía haber ni un solo motivo por el que no pudiera considerarse feliz. En otras lo acompañaba siempre una chica bastante más joven que él, que resultó ser su hermana, y a la que miraba con verdadera adoración, con orgullo de hermano mayor. Javier se pasó la mano por la barba, que ya estaba pidiendo a gritos ser afeitada o arreglada, y se preguntó qué podía tener que ver aquel chico con Cris. Ella no aparecía en ninguna de las fotografías. Se le ocurrió que quizá fuera alguna amiga de su hermana, pero por más que buscó, no logró encontrar nada que los relacionara.

La voz de Cris susurrando que Carlos no la había sacado de aquel lugar le puso la piel de gallina cuando relampagueó en su memoria. ¿Lo habría conocido en el Dark Side? ¿Tal vez en algún otro casino o local de los muchos que supuso que Santiago Altamiranda tendría repartidos por la región? ¿Y si al tal Carlos le iban las menores? ¿Y si así fue como la conoció, buscando a alguien inocente con quien acostarse? Una punzada en el estómago, que no supo identificar si había sido provocada por los celos que ya había empezado a albergar hacia aquel personaje o porque su instinto no le estaba ayudando lo más mínimo esta vez, lo obligó a salir a la calle en

busca de algo que comer.

El aire frío y húmedo de la noche le recordó que dejarse la chaqueta en la habitación no había sido una gran idea y se encogió un poco, pasándose las manos por los brazos para entrar en calor. Era muy tarde, algo que descubrió cuando miró su reloj al darse cuenta de que todo estaba cerrado y no había gente en la calle. La luz que emanaba del interior de una pequeña tienda de comestibles unos metros más adelante le hizo esbozar una ligera sonrisa. Por fin podría comprar unas cuantas provisiones para dejar en la habitación del hotel.

Necesitaba atar cabos y, sin embargo, todo se le escapaba. Hasta ahora la única idea que parecía digna de tener en cuenta era que Carlos buscaba otra menor y Dina podría ser la única dispuesta a proporcionársela.

Ya de vuelta, se quitó la ropa y se dio una ducha. El chorro de agua caliente lo condujo directamente a un estado de relajación que lo llevó de paseo por su memoria de los acontecimientos de los últimos tres días. Una de las familias de más rancio abolengo de la ciudad le había pedido ayuda para encontrar a una chica desaparecida de la que ningún medio de información se había hecho eco, no por casualidad, sino porque la madre de la chica, empleada de hogar de la familia, temía que su destino hubiera sido caer en las garras de quien ella consideraba el mismísimo demonio. Su padrastro se la habría entregado por una buena cantidad de dinero. Y de todos es sabido que, si el diablo está de por medio, lo mejor es no avisar a la policía.

Él era el candidato ideal al estar de baja por una depresión debido a un incidente muy desagradable con su compañero de trabajo. Un informante habitual con el que se llevaba bastante bien había mencionado el Dark Side y le había dado el nombre de Santiago Altamiranda, a quien, para su vergüenza personal como policía, aún no se había molestado en investigar, y no porque no supiera que era lo primero que debía de haber hecho, sino porque sabía que cualquier cosa que tuviera que ver con él le haría sentir un profundo malestar que quería evitar a toda costa.

Si la primera noche que llegó a la ciudad se hubiera dedicado a trabajar en lugar de ir al casino, probablemente ahora tendría alguna pista fiable que seguir, pero quiso la suerte que Cris se colocara en su camino y ahora su mente no era más que una madeja confusa que enmarañaba todas las situaciones que podían haberla hecho acabar en un lugar como aquel. Y el tal Carlos... Dios, ¡cómo se moría por saber qué tenía que ver en su vida! No le cabía la menor duda de que había sido alguien muy importante para ella, a juzgar por cómo lo miraba y por cómo sus ojos parecían vagar por otro mundo cuando se cruzaba con él. Solo lo había visto un par de veces, pero habían sido suficientes, sobre todo, aquella vez en la que él también se percató de la presencia de ella en el local. ¿Por qué estaba pensando en eso en lugar de pensar en las chicas que tenía que localizar? ¿Por qué no podía dejar de pensar en Cristina?

Cuando salió de la ducha, se puso un pantalón de felpa y una camiseta y volvió al ordenador, esta vez dispuesto a enfrentarse con todo lo que tuviera que ver con Santiago Altamiranda. Para su sorpresa, apenas pudo encontrar unas cuantas fotos donde aparecía con políticos de la ciudad o en algún evento público de la misma rodeado de otras personas, una de ellas una mujer que a él le pareció árabe que lo acompañaba en más de una ocasión. La recordaba vagamente, la había visto en el local hablando con él y con las chicas que trabajaban allí.

Amplió la imagen un momento y se detuvo en su mirada. Siempre había tenido esa especie de debilidad por los ojos de la gente, desde que era pequeño. Hay miradas que guardan secretos y la de aquella mujer era una de las más oscuras que recordaba haber visto jamás. Entonces recordó las fotos que había visto de Carlos Olmedo y amplió una. Ojos tristes, nada más, una mirada lánguida que parecía buscar algo que no tenía. ¿Qué podía haber en el mundo que un chico como

él no tuviera y que no pudiera conseguir?

Conciliar el sueño le resultó mucho más difícil de lo que había pensado. Se había despertado muy tarde aquel día, lo que no facilitaría que pudiera dormirse pronto. Su próximo paso tendría que darlo lo más lejos posible del casino porque, de lo contrario, podría levantar sospechas y lo último que necesitaba era que Altamiranda supiera que alguien lo estaba investigando, porque entonces tendría que volver a casa y la idea de abandonar aquella ciudad sin haber resuelto el puzle que tenía delante le daba escalofríos. Se le ocurrió que, si aquella chica estaba en el poder de Santiago, sería demasiado descarado que estuviera en el casino al que acudían todo tipo de políticos y famosos. Tenía que estar escondida en algún otro lugar, probablemente uno que nadie pudiera relacionar con Altamiranda, y esa información solo podría conseguirla de Dina. Sus palabras volvieron a su mente como un jarro de agua fría: «Ayudo a las chicas a adaptarse», le había dicho. ¿Sabría ella dónde estaba la chica a la que él estaba buscando? Decidió seguirla un par de días para ver qué descubriría.

A la mañana siguiente, se apostó en la puerta del hotel que, junto con el casino y la discoteca, formaban el Dark Side tal y como lo atestiguaban las enormes letras de neón que adornaban la pared. Durante un buen rato, nadie salió de allí. Él se bajó del coche y paseó de manera discreta como cualquier otro transeúnte, compró el periódico y se detuvo en una cafetería cercana a tomar un café tras el escaparate de cristal que le permitía ver perfectamente el lugar.

Serían las once de la mañana cuando al fin la figura pequeña y ágil de Dina apareció en el umbral mirando a un lado y otro de la calle mientras se ponía sus gafas de sol. Echó a caminar por la amplia avenida y él la siguió a cierta distancia, algo que no le resultó demasiado fácil pues se detenía cada dos por tres en algún escaparate, o entraba en alguna tienda y pasaba allí un buen rato. Al parecer, había elegido para seguirla el día que ella había decidido dedicar a comprar ropa. Entró en unos grandes almacenes y él no tuvo más remedio que hacer lo mismo. Mientras subía por las escaleras mecánicas pensó que, después de todo, quizá no hubiera sido muy buena idea seguirla aquel día, hasta que, cuando su vista alcanzó la planta a la que se dirigía, la vio hablando con el tal Carlos en la sección de ropa masculina.

De nuevo sintió una terrible punzada en el estómago, la que siempre lo avisaba de que algo no iba bien, de que se estaba perdiendo detalles que eran más importantes de lo que pensaba. Ya era la segunda vez que los veía juntos y estaba empezando a pensar que quizá él estuviera pagando por sus servicios o incluso que tuvieran algún lío al margen de Altamiranda. Estaban de pie, uno frente a otro, lo que destacaba aún más la figura pequeña de Dina, con sus vaqueros y sus Converse, ante un tipo tan alto y tan bien vestido. Él tenía las manos en los bolsillos. Era ella quien hablaba y él quien escuchaba atentamente, igual que el día anterior. Y no parecía muy contento con lo que ella le estuviera contando. Parecían amigos, o al menos viejos conocidos a juzgar por su lenguaje corporal. Él pasó su mano por el brazo derecho de ella, como intentando apelar a su interior, a su lado más sensible, y ella sonrió levemente como si quisiera decirle que no había nada más que pudiera hacer. Aquella mujer tenía cierto poder sobre él que Javier tenía que averiguar. Era imposible escuchar lo que estaban diciendo o acercarse más sin ser descubierto.

Aquella tarde, después de haber comido fuera, regresó a su hotel y se tumbó en la cama un momento. Tenía que saber qué se traían aquellos dos entre manos. Estaba bocarriba, con los brazos detrás de la nuca y las piernas cruzadas. «Los ricos son caprichosos porque pueden

permitírsele, porque compran con su dinero incluso la dignidad de las personas». ¿Tendría que ver el tal Carlos con su investigación sobre la supuesta trata de menores? ¿Acaso conocía a Cris porque estuvo con ella cuando aún era menor de edad? No quiso reconocer un pequeño pellizco que se asentó en su garganta.

Eran celos y no podía creerse que en tan pocos días los sintiera de un hombre que no conocía de nada por una mujer a la que tampoco conocía. Estaba volviéndose loco.

Cerró los ojos un instante revisando en su mente todas las fotos que había repasado y todos los momentos que había vivido desde que había llegado a aquella extraña ciudad en la que se sentía de más y, cuando volvió a abrirlos, fue porque el ruido de unos golpes en la puerta de la habitación lo sobresaltaron. Se incorporó y se pasó las palmas de las manos por los ojos para despejarse un poco antes de abrir. Detrás de aquella puerta estaba la última persona que él hubiera esperado: Cris.

Su imagen lo sobrepasó. Tenía unos cuantos moratones en la cara y el labio superior hinchado, como si alguien le hubiera pegado. La cogió de la mano, la sentó sobre la cama y le apartó el pelo de la cara.

—¡Cris! ¿Qué ha pasado?

Ella no parecía dar demasiada importancia a aquellos golpes.

—No es nada, tranquilo. No quise hacer algo... algo que me pidió un cliente —explicó fríamente sin querer entrar en detalles.

—¿Y te pegó?

—Bueno, sí. Solo me dio una bofetada. Esto ha sido cosa de Altamiranda. —Javier frunció el ceño en claro gesto de sorpresa. «¡Algún día mataré a esa escoria!»—. Hay dos reglas que todas las mujeres de Altamiranda tenemos que cumplir. La primera es que no se le dice que no a un cliente. La segunda es que no se le dice que no a él. Los clientes también tienen que obedecer sus reglas y no se le pega a ninguna de sus mujeres.

—Lo siento. No te sigo. Entonces, ¿por qué te ha pegado?

—Primero mandó a sus hombres a recordarle a mi cliente que no debía haberme pegado, y luego él me pegó a mí para que no volviera a negarme a nada que me pidiera un cliente. Es simple —le dijo ella como si nada.

—¿Te duele? —le preguntó él, acercándole los dedos a la mejilla sin atreverse a tocarla.

—No. Ya te he dicho que no es nada. Dina me dijo que querías verme.

—Sí... sí. No esperaba que pudieras salir, que vinieras aquí... —«¡Me alegro tanto de verte!».

—Le diré que me ha llamado un cliente. Tranquilo, invita la casa. —Sonrió antes de preguntar —: ¿No tendrás por ahí algo para beber, una cerveza, por ejemplo?

Javier se levantó y sacó dos cervezas del minibar, las abrió y le dio una a ella.

—Gracias. —Brindó con su botella—. ¿Y qué era eso tan importante que querías contarme?

De repente, no supo por dónde empezar. Lo que de verdad lo estaba matando por dentro era no saber nada de ella, de su pasado, de lo que la había llevado a trabajar como prostituta de lujo en aquel lugar. No podía decirle por qué estaba allí, aún no sabía lo que ella sería capaz de hacer con aquella información, pero no se le ocurría ningún motivo por el que ella tuviera que contestar a sus preguntas.

—Sé lo que te pasa, Javier. Nos conocemos desde hace dos o tres días, pero te he calado. —Él dio un respingo imperceptible en la cama, en la que se había sentado junto a ella—. Ya te he dicho que eres un romántico. Entraste en el casino, me viste, te gusté, te acostaste conmigo y te gusté aún más. ¿Voy bien?

Él asintió, bajando la mirada.

—No eres el primer hombre al que le pasa eso conmigo, pero yo no puedo estar con nadie. ¡Oh, sorpresa! ¿Has leído *Manon Lescaut*?

Javier negó con la cabeza, volviendo a mirarla.

—¿*La dama de las camelias*, quizá?

Volvió a negar.

—¿Has leído algo en toda tu vida? —Sonrió como lo hubiera hecho una niña pequeña—. En fin, que soy una prostituta, que mi trabajo consiste en hacer que tú y otros como tú volváis el máximo número de veces posibles a ese casino a pagar por estar conmigo. Y ya está.

—¿Ya está? ¿Cómo puedes decirlo como si nada? —«¿Cómo puedes creer que te reduces a eso?».

—Porque es la realidad. Ni tú ni ningún otro vais a sacarme de allí. Tengo que pagar una deuda que mi padre contrajo hace un tiempo con Santiago y, para cuando acabe de pagarla, no quedará nada de la niña que entró en aquel lugar hace un año. De hecho, ya casi no queda nada... —Sus ojos se entristecieron un momento, oscureciéndose un par de tonos.

—Bueno, ahora al menos sé por qué estás allí.

—¿Y acaso ha cambiado algo? Sigo siendo una prostituta. Y créeme, no hay nada romántico en eso por muchas novelas que se hayan escrito sobre el tema. Los hombres llegan, hacen contigo lo que quieren, le pagan a Nana y, si todo ha ido bien, recibes tu parte y punto. Si el cliente protesta, si no has sido sumisa, si no has querido hacer algo que te ha pedido, entonces Santiago te pega y quedas advertida para la próxima vez.

La frialdad de su tono, su mirada vacía, como si estuviera hablando de otra persona, como si no le importara en absoluto lo que estaba diciendo de sí misma y de la tortura de vida que llevaba lo dejó completamente desolado. «¿Quién te ha hecho tanto daño?». Ni siquiera se había quejado de los moratones ni le había molestado beber de aquella botella con el labio hinchado, como si en realidad no sintiera nada. En aquel momento, le pareció que estaba tan rota que su propio corazón pareció saltarse un latido. Quizá se refería a eso cuando había dicho que ya no quedaba nada de ella.

Se levantó y fue a por otro par de cervezas.

—¿Y Carlos? —«Dime quién es».

Aquella pregunta la cogió por sorpresa. De todos los nombres que hubiera esperado escuchar de aquellos labios, Carlos no era uno de ellos.

—¿Qué sabes tú de Carlos? —Se puso a la defensiva.

—Sé que es alguien importante para ti, sé que es así como se llama el hombre que has visto alguna vez en el bar y que te ha helado la sangre en las venas. —«Mucho menos de lo que tú te mereces»—. Sé quién es porque, no voy a engañarte, he estado husmeando por ahí. Mucho dinero, dinero del de verdad, del de grandes coches, chófer y aviones privados.

—¿Eso es lo mejor que has podido encontrar sobre él? Entonces no sabes nada —le dijo ella con gesto de desdén.

—Eso es lo que hay en internet. Eso y fotos con toda clase de chicas en toda clase de lugares estupendos que yo jamás podré soñar con visitar.

—Carlos no tiene nada que ver en todo esto, ni en mi vida ni en el casino... Nada. Y así debe seguir siendo.

—¿Alguna vez ha querido sacarte de allí? —Recordó la noche en la que Cris habló en sueños.

Esta vez fue ella quien bajó la mirada intentando que sus ojos no destilaran información que no

estaba dispuesta a dar.

—Ya te he dicho que Carlos no tiene nada que ver con todo esto. ¿Qué más quieres saber?

Javier supo que había tropezado con una piedra enorme al nombrar a aquel hombre y decidió que cambiaría de tema.

—¿Qué hacías antes de... bueno... antes de Altamiranda? —«¿Quién eres en realidad?».

—Estudiaba Bellas Artes en la facultad. Pintaba y vendía algunos cuadros. Y lo peor era que tenía muchos sueños. Era una chica normal, supongo. Creía que mi vida era lo mismo que la de cualquier otra chica de mi edad. No me importaba nada que no fuera yo, mis amigos y mis estudios. No sabía cuánta miseria y cuánta maldad había a mi alrededor. Ojalá hubiera seguido sin saberlo.

Javier hubiera querido preguntarle muchas cosas más, pero intuyó que, si lo hacía, ella acabaría sintiéndose incómoda y se marcharía.

—¿Hemos acabado ya con el tercer grado? —Volvió a levantar su botella para brindar.

—Hecho. ¿Podemos ser amigos? —«Al menos, sé mi amiga».

Cristina asintió.

—Dina no está en casa, por eso he venido. Estaba sola, aburrida. No me gusta pasar todo el día sola, me da demasiado tiempo para pensar. ¿Te apetece ver una peli conmigo?

La sonrisa de Javier lo traicionó por completo. Por supuesto que ahora mismo no había nada en el mundo que le apeteciera más que ver una película con ella.

# Capítulo 10

## Un año antes

Llegar a su enorme mansión a las afueras de la ciudad fue como volver de otro mundo, casi como despertar de uno de esos sueños en los que realidad, sueño y pesadilla se mezclan hasta que despiertas al borde del infarto, y por fin... la calma. Cuando bajó del Audi que su padre había enviado al aeropuerto a buscarlo, se lanzó a los escalones como si le fuera la vida en ello. Su hermana estaba en la cocina tecleando en su portátil. Él se acercó por detrás, la abrazó y la besó en la mejilla con una dulzura y una fuerza que la hicieron exclamar:

—¡Eh! ¡Alguien me ha echado de menos!

Se levantó y correspondió a su abrazo.

—¿Dónde está papá? —le preguntó cogiendo la maleta de nuevo, dispuesto a llevarla a su dormitorio.

—Trabajando, supongo. Mamá ha quedado con unas amigas. ¿Qué te pasa? Estás... raro.

Él sonrió.

—¿Raro? ¡Acabo de entrar!

—Sí, pero... me miras raro —observó ella volviendo a teclear en su ordenador—. Me das escalofríos.

Él le plantó un beso descuidado en la coronilla y se marchó a su habitación a dejar su ropa, cruzándose en el camino con el ama de llaves.

—Buenas tardes, señor Olmedo. Ha vuelto antes de lo que esperábamos.

Él inclinó la cabeza un poco a modo de saludo y siguió escaleras arriba hasta su habitación. Hizo lo único que le apetecía desde que se había levantado aquella mañana: darse una larga ducha, de las que limpian el cuerpo y el espíritu.

Mientras se apoyaba contra la pared de la ducha con las manos dejando que el chorro de agua bajara por su espalda, la imagen de Cris invadió su mente. Habían planeado desayunar juntos en la habitación del hotel, pero ninguno de los dos tenía hambre. Cris fue valiente, mucho más que él, cuando le dio un beso de despedida en los labios y le pidió que se olvidara de ella.

—No me conocías cuando llegaste a esta ciudad. Siento mucho que nos hayamos encontrado. —«No sé si volveremos a vernos».

Ahora se arrepentía de no haber contestado a eso. Porque él no lo sentía. Lo único que sentía era no haber podido sacarla del lío en el que se había visto envuelta y que su vida hubiera tocado la de ella de aquella forma tan cruel. Estaba totalmente convencido de que Altamiranda se había encaprichado de ella porque él se había fijado en ella. No había dejado de pensar en Cris en el avión durante el vuelo de vuelta y, al ver a su hermana en la cocina, el corazón se le había caído a los pies.

Salió de la ducha cuando creyó que se encontraba lo bastante limpio, cosa que juraría que no

volvería a conseguir en su vida, y bajó al salón, desde cuyos enormes ventanales miró hacia la piscina. El cielo estaba nublado y el agua de la piscina reflejaba el gris que precede a las tormentas. Así permaneció un rato, con los ojos clavados en el jardín dejando que sus pensamientos vagaran incoherentes por su cabeza sin molestarse en hilarlos demasiado. Una voz alegre masculina lo sorprendió, aunque ni aun así se giró para ver a quien había osado interrumpir su momento de paz. Conocía aquella voz desde la guardería.

—Tu capacidad para mirar al vacío durante horas siempre me ha dado un poco de miedo, lo sabes, ¿no?

Al girarse se encontró cara a cara con su mejor amigo, David, hijo de otro de los peces gordos de la ciudad, que le sonreía y le ofrecía la mano. Tenía la muñeca forrada de pulseras de todos los eventos a los que había estado acudiendo durante el verano.

—¿Estás bien? —David se sorprendió cuando se topó con la mirada ausente de su amigo.

—Sí. Solo estoy cansado.

—¿Mucha juerga? ¡Lo sabía! Debiste haberme dejado acompañarte, cabronazo.

—Negocios, más bien. Y un poco de fiesta, sí. Como siempre.

Su forma de hablar pausada y despistada no hacía sino confirmar que algo daba vueltas por su cabeza, pero David lo conocía demasiado bien y sabía que, fuera lo que fuera, no se lo iba a contar hasta que pensara que había llegado el momento oportuno.

—¿Qué tal con Altamiranda?

La mera mención de aquel apellido le retorció las tripas. Habría querido contestarle que no le gustaba, que no deberían meterse en negocios con él porque era un cabrón sin escrúpulos, pero sabía que lo que tenía que hacer era lo contrario. Cristina se había quedado en aquella otra ciudad, totalmente a su merced, y si había algo que podía ayudarla, era abrirles la puerta a los negocios de su padre. Al presentarle el proyecto del casino, le había puesto un caramelo en los labios que ahora quería morder a toda costa.

—No ha ido mal.

—Dicen que tiene las mejores chicas de por allí. —La sonrisa lasciva de David le desagradó—. Habrás catado a alguna, ¿verdad?

Carlos volvió a girarse hacia el ventanal para que su amigo no pudiera ver la rabia que se había apoderado de su rostro. ¿Y por qué no? Para ocultar que la respuesta a aquella pregunta era un sí con muchísimas condiciones.

—¿Qué coño miras? —Se colocó a su lado tratando de seguir el camino de la mirada de su amigo hacia el jardín.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a llevarte a la fiesta de cumpleaños de Laura.

—No tengo ganas de ir de fiesta. Acabo de llegar. —Carlos frunció el ceño.

—Mejor para mí. Así no tendré competencia.

El padre de Carlos entró al salón por la puerta lateral, la que venía del aparcamiento, y saludó a los dos chicos con un apretón de manos.

—¡Vaya! No tienes muy buen aspecto. —Miró a su hijo fijamente.

—Estoy cansado.

—Ya sabes —David miró con picardía al padre de su amigo—, negocios, casinos, mujeres... Habrá sido agotador.

—¿Y qué me cuentas del asunto?

—Creo que debes dejar que Altamiranda tenga un poco más de participación en el casino. Si

quiere traer aquí sus asuntos y sus mujeres, no deberíamos impedirselo.

—De eso nada. Lo que quiere es ser el dueño de la ciudad y no puedo consentirlo. Si participa, será con mis condiciones.

Carlos se frotó los labios un instante y continuó:

—No te haces una idea de cómo piensa ese hombre. Si ha decidido que las cosas se harán a su manera, tenemos poco que hacer al respecto.

—¿Qué?! ¡No puedo creerme lo que estoy oyendo! —El tono de su padre era mucho más alto ahora—. ¿Piensas que voy a dejarle a él el control del negocio más grande del país? Estás muy equivocado. ¿Y a qué coño has ido allí? Tu trabajo consiste en hacer todo lo contrario, por si no te acuerdas.

Carlos exhaló con fuerza y se marchó del salón, dejando a su padre con la palabra en la boca y a su amigo con cara de no entender absolutamente nada de lo que estaba pasando. David lo siguió en su camino hacia las escaleras y lo agarró del brazo para que se detuviera.

—¿Carlos! —El joven se giró—. ¿Qué te pasa?

—Nada. Voy a coger mi cartera y me voy contigo al cumpleaños de Laura.

Durante el trayecto de su casa a la de su amiga, ninguno de los dos habló. David intuía que a su amigo le sucedía algo importante y que no se lo diría hasta que estuviera preparado. Nunca fue demasiado bueno hablando de sus cosas, por no mencionar sus sentimientos. En eso era pésimo. Toda su vida había tenido que sonsacarle con sacacorchos lo que pensaba. Quizá por eso se le daban tan bien las chicas como él, las que no buscaban nada más allá de un buen revolcón y un golfo encantador con quien tomar una copa de vez en cuando. Una vez en el apartamento de Laura y tras saludar a unos cuantos invitados, fueron directamente a la cocina, donde estaba la anfitriona sacando unos canapés del frigorífico.

—¡Vaya, dichosos los ojos! —exclamó soltando la bandeja y agarrando a cada uno de los chicos con un brazo—. Creí que al final no vendríais.

—Hemos decidido dejarnos caer cuando la gente ya hubiera bebido algo. Así se habría animado esto un poco —contestó Carlos—. Felicidades, cumpleañera.

—Gracias.

La joven salió de la cocina. Ellos cogieron cada uno una cerveza del frigorífico y la siguieron hasta el salón. La mayoría de los que habían ido estaban en la mejor parte del apartamento, una amplia terraza diáfana que ahora mismo estaba totalmente descubierta y permitía disfrutar del aire fresco, casi frío, que envolvía el ambiente. Globos, serpentinas y purpurina se turnaban para ver qué hacía este lugar más propio de una fiesta de cumpleaños.

Carlos se apoyó en el borde de la terraza sujetando la cerveza con las dos manos y mirando el horizonte.

—Si vas a empezar a jugar a eso, me voy dentro —amenazó David.

Él simplemente esbozó una ligera sonrisa mientras despegaba la etiqueta de la botella de cerveza con lentitud.

—David, ¿alguna vez te has preguntado qué hubiera sido de nosotros si no tuviéramos todo lo que tenemos? —Su mirada triste se clavó en la botella.

—¿Y con eso te refieres a...?

—Al dinero, claro.

—Bueno, no se me ha ocurrido nunca, la verdad. Imaginarme a mí mismo pobre no es algo que me guste hacer a menudo.

—¿Y qué pasará cuando estemos ante alguna situación que no podamos resolver con dinero? —

Carlos se giró para mirar a su amigo, que optó por dar un trago a la cerveza antes de hablar.

—¿Como qué? Hay muy pocas cosas que el dinero no pueda resolver.

—No sé. Una enfermedad, por ejemplo.

David dio un respingo y abrió los ojos de par en par.

—¿No estarás enfermo? ¡Dime que no estás enfermo!

—¡Baja la voz! No, no estoy enfermo.

—Carlos, no te entiendo. Está claro que algo ha pasado durante tu viaje, pero si no me lo cuentas, no voy a serte de mucha ayuda. A ti no se te da muy bien hablar y a mí se me da peor aún adivinar.

Carlos tomó una bocanada de aire, la soltó y acabó con lo que le quedaba de la cerveza de un trago.

—Es solo que hay gente por ahí luchando batallas que nosotros jamás hemos imaginado. Gente normal, encantadora, que no se merece nada de lo que la vida les va poniendo en el camino y, sin embargo, ahí siguen, estoicos, aguantando un temporal que no saben cuánto va a durar.

Laura se acercó por detrás y se metió en medio de los dos con una cerveza para cada uno.

—¿Qué os pasa a vosotros dos hoy?

—Nada. Solo estábamos charlando —contestó David.

—Pues deja de charlar con aquí don «parezco un perro apaleado» y entra un momento a conocer a una de mis nuevas compañeras de trabajo. Está loca por saludarte desde que te ha visto entrar.

Una amplia sonrisa apareció en el rostro de David mientras se marchaba hacia el salón con Laura. Carlos se quedó mirando el horizonte un momento, pero las palabras de su amigo diciéndole lo espeluznante que podía resultar verlo perderse de esa manera le hicieron buscar con la mirada algo que lo distrajera de lo mal que se sentía. Sabía que no tenía que haber ido; no estaba de humor para fiestas, pero su padre era superior a sus fuerzas a veces. Tenía razón, sabía que la tenía, pero llevarle la contraria a Altamiranda no era algo que entrara en sus planes por ahora. Quizá dejándolo salirse con la suya pudiera conseguir un trato especial para Cristina o un poco de tiempo. Lo había visto pocas veces, pero lo había calado enseguida.

Dejó su botella en una de las mesas de la terraza y se escabulló de la fiesta sin decir nada. Tampoco es que fueran a echarlo demasiado de menos.

# Capítulo 11

## Un año antes

Un sonido parecido al lamento de un animal herido de muerte inundó la habitación a oscuras. Dina, que hasta ese momento había estado dormida, abrió los ojos un instante esperando que se adaptaran a la escasa luz, la que provenía de las luces del patio y se colaba furtivamente por la persiana. Conocía aquel sonido, aunque esperaba sinceramente no tener que volver a oírlo esa noche. Lo siguiente que oyó y que la hizo encogerse fue el golpe de un cuerpo cayendo sobre el colchón de la cama de al lado.

Cuando la puerta volvió a cerrarse, se repitió a sí misma que tenía que encender la luz, que tenía que comprobar con sus propios ojos que no se había equivocado. «Enciende la luz, enciende la luz». La voz del interior de su cabeza ahora gritaba. «Enciende la luz». Dio un golpe al interruptor porque sabía que, si no lo hacía así, jamás se atrevería a pulsarlo. Luego se giró para encontrarse con el cuerpo desnudo y tembloroso de su compañera de cuarto y se lanzó a coger unas pastillas de su pequeño bolso para sentarse en la cama, donde Cristina no era capaz de dejar de temblar.

Dina sabía muy bien lo que le pasaba y, al obligarla a abandonar su posición fetal, pudo confirmar que había recibido una paliza. Mañana su rostro y parte de su cuerpo tendrían mucho peor aspecto del que tenían ahora, aunque eso pareciera imposible. Se le hincharían por completo los ojos, la nariz y la boca. No tenía nada roto. Santiago sabía que perdería tiempo y dinero si le rompía algún hueso. Los parches rosáceos que ahora mismo dibujaban un mapa en la piel blanca de su cuerpo serían moratones en muy poco rato. Ella lo sabía bien porque se había recuperado varias veces de palizas como aquella. La obligó a abrir la boca y le metió dos pastillas debajo de la lengua. Fue entonces cuando una voz que parecía proceder de ultratumba le preguntó, entre sollozos y espasmos:

—¿Cómo puedes seguir aquí? ¡Estás loca! —le gritó con la poca fuerza que conservaba. Ella le puso la mano en la boca para que nadie pudiera oírlo y Cristina la mordió, haciendo que la retirase inmediatamente—: ¡Eres una puta loca! ¿Cómo puedes seguir aquí teniendo las puertas abiertas?

Si seguía gritando, lo único que conseguiría sería que entrara alguno de los hombres de Santiago y les pegara a las dos; a Cristina, por gritar, y a ella, por no impedirselo. La abrazó con toda la fuerza de la que fue capaz sabiendo que aún no dolía como dolería mañana y pasado mañana, mientras le susurraba que se callara si no quería atraer a uno de los matones de Altamiranda.

—¿Y esa mierda de evadirse a otro lugar...? —seguía diciendo Cristina con voz temblorosa.

—¿Quién coño se ha inventado eso? ¿Quién te dijo que era buena idea?

—Alguien que una vez creyó que podría salvarme —le contestó con la mirada perdida.

Viendo que Cristina estaba dejando poco a poco de temblar gracias al efecto de las pastillas que ella le había dado, fue al cuarto de baño a por gasas, algodones y antiséptico, con los que

limpió lo que pudo de su rostro. Luego dio unos golpes en la puerta de la habitación que hicieron a Cris arrinconarse contra el cabecero de la cama.

—¿Qué haces? ¿Qué haces? —repetía tiritando incontroladamente.

—Shhhhh. Voy a pedir algo que te ayudará con esos golpes.

Un hombre enorme apareció en el umbral cuando la puerta se abrió y ella le susurró algo que Cris no escuchó. La puerta volvió a cerrarse y Dina volvió a la cama junto a ella.

—Tómate esto también. —Le dio otra píldora.

—¿Acaso tienes una farmacia? —le preguntó Cristina con amargura.

—Te ayudará con el dolor. Mejor tómate dos —le propuso, y le acercó un vaso de agua.

El sonido de la cerradura abriéndose las detuvo en seco. Era el mismo tipo que habían visto antes, que traía algo en la mano para Dina.

—Tumbate.

Cris la obedeció porque, si había alguien en quien confiara en ese momento, era en ella. Pero cuando vio que lo que tenía en la mano eran porciones de mantequilla de las que les servían con el desayuno, no pudo evitar preguntar:

—¿Para qué es eso?

—Te aliviará la hinchazón. Los moratones no serán tan visibles y desaparecerán antes.

—¿Dónde has aprendido eso? —le preguntó Cris, que se había colocado bocabajo con la cabeza sobre la almohada y se dejaba acariciar por las manos aceitosas de Dina.

—En mi pueblo. En el campo no hay farmacias.

A pesar del dolor, dejó que su compañera untara todo su cuerpo y, antes de girarse, le dio una toalla para que no manchara las sábanas, luego le untó la mantequilla por la parte delantera. No había traído su vestido ni sus zapatos y el elegante moño que ella misma le había hecho la tarde anterior era un amasijo de pelo desmañado. Por eso ella llevaba el pelo corto, porque era mucho más difícil que te agarraran de él. Aún no había acabado lo que estaba haciendo cuando se dio cuenta de que Cris, a pesar de todo, se había quedado dormida. La miró un instante antes de colocarle el pelo detrás de la oreja.

—Tenías que empezar de la peor manera, ¿verdad? —le dijo en un susurro antes de irse a su cama.

Claro que tenía que empezar de la peor manera, era casi una niña. No había estado con un hombre de verdad probablemente en toda su vida. Quizá ni siquiera con algún muchacho, eso no lo sabía. Nadie podía esperar que se estuviera quieta cuando un desconocido desnudo amenazara con atravesar su cuerpo por todas partes.

Aquel día no lo habría logrado, no porque ella no hubiera querido. Hacer algo así sin que ellas quisieran era la parte más fácil. Había decidido darle una lección y asegurarse de que no la olvidara la próxima vez que fuera a visitarlo. Imaginó, o quizá recordó, que habría echado a correr por la estancia, resultando graciosa al principio. Seguramente, Santiago se habría reído y todo mientras la perseguía, gritando, aterrada, puede que con las esposas en la mano. Si algo le gustaba a ese cabrón eran unas esposas. Pero luego, aunque la atrapara, ella se habría revuelto, le habría pegado, le habría pateado y quién sabe si incluso mordido. Y aquello ya no le resultó tan divertido al jefe, que habría pasado de estar caliente a estar cabreado y frustrado. Le habría repetido una y otra vez mientras la agarraba por el moño que iba a enseñarle cómo se hacían las cosas cuando se trabaja para alguien como él. La habría llamado desagradecida por no saber apreciar la oportunidad que le estaba dando al no hacerle daño a sus seres queridos para cobrarse la deuda que tuvieran con él. Entonces la habría lanzado a golpes por toda la habitación, contra las paredes,

contra los muebles, y le habría pegado midiendo sus fuerzas para hacer todo el daño posible sin dañar demasiado la mercancía. Le habría dado patadas y puñetazos mientras le gritaba que esperaba no tener que volver a hacer aquello, porque quién sabía si la próxima vez saldría con vida de aquella habitación y entonces, ¿qué pasaría con las personas a quien ella intentaba proteger? La canción de siempre. La letra y la música que ella había aprendido hacía muchos años cuando llegó a este país con apenas dieciocho y la colocaron en un polígono de cualquier ciudad a ganar el dinero con el que pagarse la vuelta a casa. Si su compañera era lista, tendría suficiente con aquella paliza. Si no, no duraría mucho en aquel lugar y ella no sabría nunca dónde la habían enterrado.

# En la actualidad

Los gritos de Cris despertaron a Javier, que se había quedado dormido a su lado mientras veían la película, y la zarandeó para despertarla. Ella no dejaba de dar patadas y hasta lo mordió en un brazo haciéndolo gritar de dolor. La sujetó con todas sus fuerzas con ambos brazos y con las piernas hasta que consiguió que se estuviera quieta sin dejar de pronunciar su nombre. Instantes después, como saliendo de un trance, Cris se giró y sus ojos se encontraron con los de él. Al principio, eran fríos y distantes, como si no lo reconocieran, luego, tras abrirlos y cerrarlos un par de veces, volvieron a la normalidad.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me sujetas así? —Intentaba zafarse de su abrazo. No le gustaba que ningún hombre la atrapara de aquella forma y no esperaba algo así de él.

—Tranquila —le dijo, soltándola—. Creo que tenías una pesadilla. Debías estar soñando con algo horrible.

Cris no contestó. Recordaba a la perfección lo que había soñado, pero no tenía ninguna intención de hablar de ello. Revivirlo en sueños ya había sido demasiado. Se sentó en la cama y él lo hizo a su lado, esperando quizá que ella dijera algo.

—Joder! Me he dormido. En fin —se pasó las manos por los ojos—, ya da igual. Le diré al jefe que pasé la noche con el cliente. Solo me costará un poco más.

—¿Qué estabas soñando? —le preguntó él. «Cuéntame. Habla conmigo».

—No me acuerdo.

—¿Tienes muchas pesadillas?

—Supongo que como todo el mundo. —«Por favor, no me hagas hablar de ello».

—Yo nunca he tenido ninguna como la que acabas de sufrir tú. Creía que iba a darte un infarto.

—Tranquilo. Dudo que sea el corazón lo que acabe conmigo.

Ambos se habían tumbado en la cama, mirándose, con la cabeza apoyada cada uno en su brazo.

—¿Qué hora es? —le preguntó Cris.

—Las tres de la madrugada.

—Me encanta esa hora. —Ella sonrió dulcemente.

—¿Por qué? —«Cualquier hora contigo es diferente».

—No lo sé. Quizá porque me encanta el número tres y la madrugada. Quizá porque es hora de no hacer nada, de darse la vuelta y seguir durmiendo.

Ella se giró y él la abrazó por detrás. Quería protegerla, quería conocerla, quería ser «nadie» para ella. Por el momento, se conformaba con que no hubiera rechazado su abrazo. Así los sorprendió el amanecer, él, con la nariz perdida en su pelo, y ella, con su camiseta agarrada en su puño. Al principio, al abrir los ojos, sintió una alegría tremenda ante la imagen de su mano envolviendo con fuerza el trozo de tela. Luego, reconoció dónde estaba y la alegría desapareció al tiempo que aflojaba su puño y soltaba la camiseta.

—No soy él, ¿verdad? —Su voz sonó algo ronca por el sueño. «¡Ojalá fuera quien necesitas que sea!».

Cristina no contestó. No. No era él. Jamás volvería a ser él. Cerró los ojos para intentar volver a dormirse, pero luego recordó que era hora de volver a la vida real y se levantó de puntillas, dirigiéndose al cuarto de baño.



# Capítulo 12

## Un año antes

Una voz dulce y un leve toque en el hombro despertaron a Carlos de un sueño horrible que en aquel momento no podía recordar, pero que lo había hecho sudar como en sus peores pesadillas. Levantó un poco la cabeza y abrió los ojos, que se encontraron con los de su hermana.

—Estabas soñando. Creo que no era muy agradable.

Un rápido recorrido visual por la estancia le recordó que se había quedado dormido en el sofá mientras veía la tele. Estaba helado, con un frío de otro mundo que no era de los que se calmaban con más ropa o con aumentar la calefacción. Su frío venía de algún otro lugar, quizá de aquel sueño que lo había agitado tanto como para llamar la atención de su hermana y que no conseguía recordar. Mientras la veía marcharse hacia el jardín, un sentimiento de culpa espantoso lo invadió, como una tela de araña que envuelve a su presa, firme, pegajosa, sin ninguna intención de dejarla escapar.

Se había aprovechado de la situación de Cristina y se había acostado con ella en lugar de intentar hacer algo para sacarla de aquel casino. ¿Qué habría hecho si alguien le hubiera dicho que su hermana estaba en aquella situación? Probablemente, habría entrado en aquel lugar y no habría salido hasta que se la llevara consigo, aunque para ello hubiera tenido que matar a quien se interpusiera en su camino. Sin embargo, se marchó del hotel dejando a Cris sola rodeada de perversos sin escrúpulos.

La única idea que lo hacía sentirse algo mejor era que quizá Santiago la respetara mientras durara la negociación con su padre. Había sido lo bastante listo como para intentar llevarlo a su terreno a través de Cris y había dejado bien claras sus intenciones y sus condiciones. Puede que no todo estuviera perdido.

Tenía que volver a ver a Altamiranda. Tenía que averiguar qué podía ofrecerle para que dejara libre a Cris. Sus enormes ojos volvieron a su mente, su mirada aterrada, resignada, el tiritar de sus labios, sus ganas de respirar y su confianza en alguien que había visto solo un par de veces antes de decidir que sería el primer hombre de su vida. El olor a lilas de su pelo, su entusiasmo ante la visión de un simple pijama con el que poder quitarse la ropa interior *sexy* e incómoda con la que la vestían cada noche para él, su mano agarrada a su camiseta por las mañanas.

Ver a su hermana saliendo y entrando de casa, despreocupada, con sus libros y sus auriculares en los oídos no hacía más que aumentar su sentimiento de culpa, que llegó a límites insospechados cuando se acercó a él para darle un beso antes de marcharse con sus amigas. Se llevó la mano a la mejilla y se levantó para mirar por el ventanal que daba al jardín, intentando dar con la excusa perfecta para volver a la ciudad donde había dejado atrás a Cristina y sacarla de allí.

En su despacho, Santiago Altamiranda tomaba su tercer café. Eran las nueve de la mañana, demasiado temprano para empezar a trabajar, pero no había podido dormir. No era la primera vez que una de sus chicas, sobre todo, de las más jóvenes, montaba un espectáculo la primera vez que se enfrentaba con él, y no era eso precisamente lo que circulaba por su cabeza y lo había privado de sueño. Tampoco era la primera paliza que propinaba a una de ellas para darle una lección. No. El verdadero motivo de su insomnio era que no había hecho lo mismo con Carlos Olmedo. Se había acostado con él sin rechistar tal vez porque lo conocía de antes, aunque no demasiado, o tal vez porque le gustaba, lo cual le llevaba a pensar que también él podía estar interesado en ella de una forma especial.

No parecía de los que se enamoran a primera vista, de hecho, su currículum estaba lleno de nombres femeninos que habían entrado y salido de su cama desde su adolescencia, atraídas indudablemente por su físico y por su dinero, y puede que también por su aspecto de ser de fiar a pesar de todo. Sabía que Carlos sentía algo por Cristina y también sabía que él lo ignoraba aún o, al menos, no era capaz de reconocerlo. Todo un mundo de posibilidades se abría ante sus ojos. Su sonrisa ocupó todo su rostro al imaginarse la cara del joven Olmedo al enterarse de lo que le había hecho a su chica.

—Ya no tendrás que volver nunca más a tratar con Altamiranda.

Las palabras de su padre resbalaron hasta sus oídos por la rendija de la puerta de su cuarto entreabierta. Antes de que el hombre pudiera soltar el pomo, su hijo se puso en pie de un salto.

—¿Qué significa eso?

—Que no hay trato. Anoche envié a Guzmán a comunicarle que el asunto está zanjado.

Carlos se llevó las manos a la cabeza.

—¡No sabes lo que has hecho, papá! ¡No sabes lo que has hecho!

Ante su mirada atónita, Carlos empezó a meter ropa en una bolsa de viaje mientras hablaba de forma casi ininteligible y su padre trataba de seguirlo con la mirada.

—¿Adónde crees que vas? ¡Te necesito aquí! Mañana tenemos una reunión con...

—¡Me importa una mierda tu reunión! —Carlos lo interrumpió de un grito—. Tengo que ir a ver a Altamiranda si quiero volver a dormir tranquilo algún día. ¡Maldita sea!

Tres horas en el AVE dan para mucho. Dan, por ejemplo, para imaginar que Santiago ha montado en cólera al saber que ya no hay nada que pueda hacer para meter sus garras en el pastel que tanto deseaba. Dan para imaginarlo arrastrando a Cristina del pelo hacia algún rincón, para hacerle pagar de la peor manera otro pecado ajeno, esta vez el suyo, por no haber sido baza suficiente para su objetivo, por no haberle proporcionado lo que esperaba y, lo que a él le retorció las entrañas, para castigarlo a él sin piedad a través de ella. Dan para escuchar los gritos aterrados de un ángel y los golpes en una piel casi inmaculada. Dan para ver el rostro sin vida de la única persona que había confiado en él ciegamente sin conocerlo siquiera. La paradoja del tiempo. Tres horas pueden ser un instante y una eternidad.

Cuando los *flashes* con la mirada asustada de Cris se lo permitían, lo asaltaban ideas acerca de cómo comportarse una vez hubiera llegado a su destino. Si se dejaba llevar por el estado en el que ahora mismo se encontraba, probablemente acabaría muerto antes de poder averiguar qué le había sucedido a la joven, así que no, esa no era la mejor opción. Lo siguiente que se le ocurrió fue

actuar como si el encuentro con su padre no hubiera tenido lugar y presentarse en el casino como si tal cosa. Eso, sin embargo, requería un estado de nervios que en aquel momento no le quedaba ni cerca.

Se levantó y dirigió sus pasos hacia el bar en busca de un poco de calma, y ¿por qué no? de valor.

Una vez en la ciudad, se alojó en el hotel en el que venía haciéndolo desde que su periplo comenzara, uno que estaba bastante cerca del casino y que le facilitaría ir y venir al mismo, así como tener donde llevar a Cris cuando diera con ella.

El complejo de Altamiranda se levantaba majestuoso apenas un kilómetro más allá y el bar del casino fue lo primero que visitó nada más entrar. Al parecer, aún no había bebido suficiente para no saltarle a la yugular a aquel cabrón en cuanto lo viera aparecer. Allí estaban todas sus mujeres, como si de un fabuloso harén se tratara, subidas en sus elegantes zapatos de tacón y vestidas como estrellas de cine en una noche de entrega de premios. Todas sonrientes, amables, brindando y separándose de cuando en cuando del grupo cada vez que algún cliente requería los favores de alguna.

Sus ojos investigaron en cuestión de segundos toda la estancia y comprobó que Cris no estaba allí, lo que le provocó una terrible sensación de angustia. «Calma. Tranquilízate. Seguramente, no ha bajado aún». Se sentó en uno de los taburetes y pidió un trago.

La música del piano inundaba el ambiente y las luces tenues le aportaban un aspecto cálido y agradable al más puro estilo años veinte, nada que delatara el lugar en el que se encontraba en realidad. La gente entraba y salía hacia la zona de juego, hacia los jardines, hacia el interior del hotel, mientras él se limitaba a observar la puerta esperando no sabía muy bien qué. Nana se había acercado a él por detrás sin que se diera cuenta y cuando su voz llegó a sus oídos al pedir una copa para ella, todo su cuerpo se estremeció. No le gustaba esa mujer. Se giró cuando ella lo nombró con sutileza.

—Señor Olmedo, un placer volver a tenerlo entre nosotros. Francamente, era algo que ya no esperábamos. ¿Qué lo trae por aquí?

—Quiero hablar con Santiago sobre un asunto importante. ¿Está por aquí?

—No tardará en aparecer. ¿Hay algo que pueda hacer para que su visita sea más agradable?

Siniestra. La palabra perfecta para describir a aquella mujer era esa.

—En realidad me preguntaba —carraspeó un instante antes de continuar— si está por aquí Cristina.

Intentó parecer desinteresado, casual, pero no lo consiguió a juzgar por cómo los labios de la mujer formaron una leve sonrisa.

—Me temo que no se encuentra bien y no se unirá a nosotras en un par de días.

«Nosotras son las chicas del casino», asumió, lo que le provocó una extraña mezcla de vacío y un terrible presentimiento que a duras penas consiguió no verbalizar. «¿Qué le habéis hecho?». Preguntar habría sido un error.

La mujer lo estudiaba detenidamente, cada movimiento, cada palabra, cada sorbo que daba a su bebida, hasta el paseo de sus manos hacia su copa y de esta hacia sus labios, como si estuviera esperando un gesto que delatara que sabía más de lo que estaba dejando ver.

—Pero si le apetece pasar una velada agradable, cualquiera de nuestras chicas estará encantada de acompañarlo.

Dina miraba en la dirección en la que ellos estaban tomando su copa justo en el momento en el que Nana dirigió su mirada al grupo de chicas que charlaban animadas frente a ambos. Hizo un gesto con la barbilla y la joven se levantó y siguió su mirada hasta colocarse a su lado.

—Dina, cariño, el señor Olmedo se encuentra un poco solo. ¿Te importaría acompañarlo, querida?

—Desde luego que no —le contestó ella con cierta curiosidad en la mirada. Si tenía que pasar esta noche con uno de los clientes, mejor con este espécimen perfecto, aunque no pareciera tener muchas ganas de fiesta.

Nana se retiró casi sin que ellos se dieran cuenta.

—¿Una copa? —ofreció el joven cortésmente.

—Claro. Tomaré lo mismo que usted.

—Por favor, tutéame. Me llamo Carlos.

—Yo soy, bueno, ya lo ha oído. Me llamo Dina. ¿Qué puedo hacer por usted exactamente? —le preguntó sin atreverse aún a lanzarle una mirada provocativa. No parecía el tipo de hombre que iba por allí, aunque recordaba vagamente haberlo visto antes.

—En realidad, nada. Solo toma esa copa conmigo.

Tras un par de minutos de silencio, Dina le preguntó:

—¿Viaje de negocios?

—Sí.

—Me lo imaginaba. Es lo más habitual.

Carlos dio un trago a su copa y se atrevió a acercarse a su oído para susurrar, intentando así evitar que se percataran de ello:

—¿Conoces a Cris? —«Por favor, dime que sabes dónde está».

Todo el cuerpo de Dina se encogió. Ella no podía dar información sobre ninguna de las personas que trabajaban aquí, aunque supuso que contestar que sí conocía a la chica por la que preguntaba no sería nada comprometedor.

—Sí. Claro que la conozco.

—Me gustaría verla —susurró de nuevo, dejando que su aliento acariciara su oreja. «¡Tengo que verla!».

—¿No te encuentras cómodo conmigo? —le preguntó algo alarmada. Si la rechazaba, las consecuencias no serían agradables para ella.

—No es eso. Disculpa si lo ha parecido. La conocí hace unos días, en mi primera visita, y me preguntaba si seguía aquí.

Carlos sabía perfectamente la angustia que se había apoderado de Dina al pensar en que él pudiera pedirle que se retirase de nuevo con las chicas. Nana se la había asignado y su deber era sacar el máximo provecho de aquella cita. La joven se pasó la mano por la nuca a contrapelo, orgullosa de lo corto que lo llevaba, y por fin le contestó:

—Sigue aquí. Es solo que está indispuesta.

Carlos dio un trago largo a su vaso para acabar con el contenido y la tomó de la mano, dispuesto a llevarla a una habitación. No le diría ni una sola palabra sobre Cris mientras estuviera en aquel bar, lo sabía. El fantasma de Nana los sobrevolaba, aunque no la vieran por ninguna parte.

Dina sonrió ante la perspectiva de pasar la noche con él. Era guapo, educado y emanaba un olor particular, quizá a algún carísimo perfume y a un aroma que seguramente era el suyo y que le hizo sentir un leve cosquilleo.

Una vez en la habitación, ella procedió a desabrocharse la camisa de seda y él la detuvo enseguida, colocando su mano sobre la de la chica.

—No. Solo quiero saber dónde está Cris.

Dina parecía terriblemente confundida mientras lo miraba a los ojos intentando averiguar qué le pasaba a este hombre con su compañera de cuarto y por qué no le había prestado atención desde que se habían sentado juntos.

—Yo no puedo darte esa información. —Dejó de tutearlo.

Carlos recurrió a todo su encanto al tomarla por los hombros y decirle dulcemente:

—Por favor, solo quiero saber que está bien.

Esa actitud siempre le funcionaba con todas las chicas y no estaba mintiendo, necesitaba saber cómo se encontraba. De hecho, había ido solo para eso.

—Está bien.

—¿Dónde está?

—No puedo decírtelo.

—He hecho un largo viaje para verla. Por favor, si sabes dónde está, dímelo. Estoy muy preocupado.

Ya se había dado cuenta de que con Dina no valían las súplicas. Era de su edad, quizá mayor, y llevaba demasiado tiempo en aquello como para arriesgarse a nada por un hombre al que no conocía. Pero también sabía que el dinero podía ser un buen aliciente. Sacó un fajo de billetes de su cartera y se lo puso en la mano.

—Por favor. —«Te daré lo que me pidas».

—Aunque te lo dijera —ella misma se dio cuenta de que había empezado a tutearlo de nuevo—, no podrías verla. Está en una zona del hotel reservada a las que trabajamos aquí.

—Llévame con ella —le suplicó, tomándola de las manos.

—No. Lo siento. —Le devolvió su dinero y él lo rechazó.

—Sé que le ocurre algo. Todo el mundo se está esforzando demasiado en ocultar dónde está.

Dina se sentó en la cama un momento y se quitó los zapatos de tacón mientras se masajeaba los pies.

—Si quieres llegar a su cuarto, tendrás que salir por la puerta de atrás del hotel. Justo enfrente hay un edificio de una sola planta. Tercera puerta a la izquierda. Pero uno de los hombres de Altamiranda estará vigilando.

—Nos quedaremos aquí un buen rato, ¿de acuerdo? —Él sonrió y se acercó al bar—. Tomaremos una copa y charlaremos. Después, si quieres, puedes marcharte. Yo iré a buscarla.

—Si te pillan, sabrán que te lo he dicho yo.

—¿Por qué me lo has dicho, Dina? —le preguntó Carlos con bastante curiosidad—. Ha sido más fácil de lo que pensaba.

—Porque tu mirada me recuerda a la de alguien que una vez me buscó a mí. ¿De qué os conocéis tú y Cris? —quiso saber ella, a expensas de que, si se tratara de un cliente normal, estaría rozando los límites.

—Es una larga historia. —Carlos le sonrió y luego añadió con otra sonrisa irresistible—: Siempre quise contestar eso, la verdad. Lo cierto es que sé que no podré recuperar la paz hasta que la haya sacado de este lugar.

Hora y media más tarde, Dina volvió al salón con su dinero. Allí, en una esquina de la barra,

sosteniendo una copa y sonriendo ampliamente, la esperaba Santiago. Nada más acercarse a él, le cogió la cartera de mano y sacó todo el dinero que sabía que había dentro. No en vano tenía cámaras en todas partes, incluso en las habitaciones de las chicas.

—Así que Romeo ha picado. ¿Algo más que deba saber?

Dina negó nerviosamente con la cabeza.

—Muy bien, preciosa. Tómate una copa. Invita la casa.

Carlos salió tan discreto como pudo camino del edificio del que ella le había hablado. No había nadie a simple vista, y tampoco cuando entró en el portal. De hecho, estaba abierto, lo que le provocó cierta desconfianza. Sin embargo, su deseo de ver a Cris era más fuerte que todo lo demás.

Llamó a la puerta y escuchó el sonido de unos pies descalzos sobre el suelo de madera, casi etéreos. Cuando la puerta se abrió, Carlos separó los labios dispuesto a saludar hasta que vio el rostro amoratado de Cris y entonces entró cerrando la puerta tras de sí.

—¿Qué estás haciendo aquí? Tienes que irte. ¿Te ha visto alguien? ¡Hay cámaras por todas partes, joder! —Cris hablaba atropelladamente mientras cerraba la puerta de golpe.

—Cálmate, cálmate —repetía él mientras tomaba su rostro entre sus manos y la observaba con detenimiento para ver el alcance de sus lesiones—. ¿Quién te ha hecho esto? —«¡Mataré a quien te haya tocado!».

—¿Qué más da! —Ella se acercó a la ventana para bajar la persiana por completo.

—¿Ha sido Altamiranda o uno de los clientes?

Cris, que apenas podía mantenerse en pie debido al temblor que se había apoderado de sus piernas al verlo allí otra vez, se sentó en la cama rodeando su cuerpo con sus propios brazos, como si buscara un calor que sabía que jamás podría encontrar. Carlos se sentó a su lado y le cogió la mano. Le levantó un poco la manga instintivamente y vio que había más moratones. Hizo lo mismo con la camiseta para descubrir otros tantos en su estómago.

—¡Hijo de puta! ¡Hijo de puta! ¡Ha sido él! ¿Ha sido él? —repetió fuera de sí levantándose y dando vueltas por la habitación como un animal enjaulado.

—Shhhhh. Baja la voz, por favor. Ya estoy mejor, parece más grave de lo que es.

—Ha sido él, ¿verdad? —La furia que había en su mirada casi desprendía fuego.

—No quise acostarme con él, y ninguna de sus mujeres le dice que no.

—He sido un imbécil. Creía que no intentaría nada contigo mientras estuviera haciendo negocios con nosotros. Tienes que creerme, Cris, si no, jamás te habría dejado aquí sola.

—Ese hombre no tiene escrúpulos. No respeta nada ni a nadie. Me dijo que, si sus negocios contigo habían terminado, su trato también.

Carlos la miró a los ojos aterrado.

—¿No te habrá...?

Ella no le dejó terminar.

—Esta vez no. Pero se aseguró de que jamás volveré a negarme.

El joven suspiró algo aliviado antes de continuar. La tomó por los hombros al decirle:

—Ven conmigo, Cris. No puedo dormir, no puedo comer, no puedo pensar sabiendo que estás aquí a su merced. —«Tienes que venir conmigo».

—Ya hemos hablado de ello. No voy a ir a ninguna parte.

Carlos, que se había colocado de nuevo a su lado, la abrazó como hubiera abrazado a su propia

hermana.

—No puedo dejarte aquí otra vez. Cris... Nada de lo que te ha sucedido desde que nos conocemos ha sido casual. Él sabía que habíamos hablado un par de veces y que lo habíamos pasado bien, aprovechó la deuda de tu padre para traerte aquí...

Cris clavó los ojos en los de Carlos y él pudo notar cómo su mirada, incrédula primero, cambiaba a una que le era por completo desconocida y que le heló la sangre en las venas. Ninguna reacción por parte de Cristina le hubiera sorprendido tanto como aquel velo en sus pupilas y el cambio de tono de su voz al volver a hablar.

—Creo... —empezó a decir ella—. Creo que sería buena idea que te marcharas de aquí y que no volvieras a intentar verme nunca más.

—¿Qué? —preguntó sorprendido—. Yo solo quiero ayudarte. —«¡Por favor, no me pidas eso!».

—No lo haces, Carlos. Lo único que haces es despertar en mí la esperanza de algo que no va a suceder. No voy a salir de aquí y tengo que hacer lo que esperan de mí si al menos quiero que mi padre pueda ser libre.

—Yo te daré el dinero. Le daré el dinero a Santiago. O mejor, se lo daré a tu padre para que le pague. —Sus ojos se iluminaron ante la posibilidad de haber encontrado la solución perfecta, la que siempre había estado ahí y no había podido ver antes, cegado por todo cuanto había sucedido.

—Entonces te lo deberé a ti. —El cristal de su mirada se estrelló contra el suelo.

—¿De qué estás hablando? Jamás me deberás nada. Yo no soy como él.

—¿No? ¿Por qué no? Sabías que todo esto —señaló con sus manos a su alrededor— era por ti y te lo callaste. Me dejaste poner en tus manos lo único que tenía, mi cuerpo, mi confianza... sabiendo que no tenía escapatoria. Dime, ¿cuál es la diferencia entre él y tú?

Carlos, abrumado, no supo qué contestar. «Yo jamás te haría daño. Yo creo... creo que me estoy enamorando de ti». Finalmente, solo acertó a decir:

—Solo quería que te sintieras como se siente alguien que se sabe amada por encima de todo, Cristina.

La mirada de Carlos se había empañado de una culpa y una pena inconmensurables, no sabía si por ella o por él mismo, porque en aquel preciso instante descubrió que jamás podría perdonarse lo que había hecho. Quizá ella tenía razón después de todo, quizá se aprovechó de su vulnerabilidad, de su miedo, de su edad. A lo mejor él no era tan distinto de Santiago, aunque sus maneras no fueran las mismas.

Cris se levantó y él hizo lo mismo, y cuando sus miradas se encontraron, su barbilla y sus labios temblaron al decir:

—Sal de aquí, Carlos, antes de que te vea alguien y me den otra paliza, por favor. Ya has satisfecho tu curiosidad o has acallado tu conciencia. No sé muy bien lo que has venido a hacer aquí, la verdad, pero necesito que te vayas.

—Pero... —«¡Ven conmigo!».

—Ahora. —Aquello sonó como una sentencia.

La miró un momento y le pareció que en solo tres días algo había muerto dentro de ella. Había dolor en su mirada y cierta oscuridad que no recordaba que antes estuviera ahí. Entonces se le ocurrió que en realidad hacía falta muy poco tiempo para convertir a alguien en un espectro de sí mismo bajo las circunstancias adecuadas. No supo qué decir y simplemente se dio la vuelta y salió de la habitación.

«Volveré».

# Capítulo 13

## En la actualidad

Algo se le estaba escapando entre los dedos, algo que no llegaba a tocar, pero que sabía que estaba ahí. Tenía que haber una conexión entre Carlos y Cristina, algo íntimo, innombrable quizá, que hiciera que toda ella se pusiera tensa nada más oír su nombre. Volvió a sentarse en la cama y abrió su portátil. Esta vez prestaría mucha más atención, se aseguraría de absorber cada detalle, aunque para ello tuviera que analizar una a una todas las fotos que aparecieran en su pantalla en cuanto escribiera el nombre de Carlos Olmedo en el buscador. Ya sabía que serían cientos y que la mayoría mostrarían a un tipo rico viviendo una juerga eterna. Ya lo había visto, pero lo vería otra vez y todas cuantas fuera necesario.

Una, dos, tres páginas de fotografías de Carlos en fiestas, inauguraciones, playas, piscinas, mansiones y demás casi consiguen acabar con su propósito, hasta que, al fin, una de las fotografías, casualmente una de las pocas que no era del hombre que estaba investigando, mostraba un titular inesperado:

Carlos Olmedo abrirá un casino en la zona, lo que activará la economía de todo el país.

En la fotografía, en un pequeño cuadro en la esquina inferior derecha, aparecía una foto de Carlos Olmedo Jr., con un pequeño titular que decía: «El vástago de los Olmedo sería el encargado de buscar inversores». Así que un casino... «Casualmente», Santiago Altamiranda poseía el mejor casino del país hasta ahora y el hijo de Carlos Olmedo, el responsable de los negocios de su padre, no dejaba de aparecer por allí. Miró la fecha de la fotografía y del artículo y una bombilla gigante se encendió en su mente. Esa era la conexión. El artículo era de un año antes, lo cual sugería que Carlos Jr. seguramente había empezado a aparecer por el casino de Altamiranda por aquellos días, buscando aprender del negocio y, por supuesto, dinero para poner en marcha el suyo. ¿Conocería entonces a Cris? ¿Trabajaría ella en el casino? Si así era, sin duda aún no había cumplido la mayoría de edad.

Siempre había pensado que el tal Carlos era un pervertido y en aquel momento vio con absoluta claridad lo que había sucedido. Habría pagado por ella, como sabía que hacían todos los que iban a aquel lugar en busca de sangre fresca, de chicas jóvenes, intactas, vírgenes. Un capricho más para un niño rico aburrido de todo lo que el dinero puede comprar. Y si no se equivocaba, si Carlos había pagado por acostarse con una Cris menor de edad, lo hundiría en la miseria, igual que a todos y cada uno de quienes descubriera en su investigación.

Ahora comprendía que no se había equivocado al pensar que sus conversaciones con Dina eran porque necesitaba repetir la experiencia. Estaba convencido. No podía ser otra cosa. Dina se encargaba de «entrenar» a las más jóvenes, ella misma le había dicho algo parecido. Seguramente

podría concertar citas con los clientes que así lo pidieran. ¡Podía atraparlo in fraganti! Lo único que tenía que hacer era vigilarlo unos días más de cerca, tal y como había estado haciendo. A él y a Dina.

## Capítulo 14

### Hace un año

Una semana después de aquel encuentro, el móvil de Carlos sonó en la mesa de su despacho. El número, que enseguida reconoció, parpadeaba en la pantalla.

—¿Sí? ¿Alguna novedad?

—El tipo ese que me pidió que investigara... —le dijo una voz masculina al otro lado del móvil.

—Sí.

—Palmó.

Todos sus sentidos entraron en estado de alerta.

—¿Qué significa eso?

—Pues que está muerto —le respondió la voz al otro lado.

—Ya sé que quiere decir que está muerto. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo ha sucedido?

—Yo solo sé que lo encontraron en su casa muerto. Parece que por causas naturales. Aún no tengo toda la información.

—Volveré a llamarte. —Colgó el teléfono.

Carlos recordó enseguida que el padre de Cris ya había sufrido un infarto. Quizá se había repetido, aunque a él le parecía demasiada casualidad que la única familia de la chica, el hombre por el que estaba donde estaba, hubiera aparecido muerto de repente. ¿Y si Santiago lo había matado? Pero ¿por qué? Él era quien más perdía con la muerte de aquel hombre. Si Cris se enteraba de que ya no había nadie a quien proteger, podría escapar en cuanto tuviera ocasión. Puede que el hombre hubiera descubierto dónde estaba su hija y hubiera querido rescatarla, o peor aún, denunciar a Altamiranda a la policía. Quizá lo hubiera amenazado con acudir a la prensa...

De todas formas, ahora mismo nada de eso importaba. El padre de Cristina estaba muerto. ¿Lo sabría ella? ¿Debería decírselo? Tal vez si se lo decía y ella descubría que su sacrificio ya no tenía ningún sentido, aceptara su ayuda para salir de aquel lugar. La mente de Carlos había entrado en una especie de estado febril en el que ideas desordenadas aparecían y desaparecían sin orden ni concierto. Entonces se le ocurrió que tenía que volver al casino. Tenía que contarle a Cris lo que había descubierto para que ella hiciera con esa información lo que creyera necesario. Lo primero que hizo fue llamar por teléfono a David, que contestó alegremente, como si lo hubiera interrumpido en medio de una carcajada.

—¿Qué pasa, tío?

—¿Te apetece venir conmigo a conocer en persona a Altamiranda?

—Creí que habías dicho que tus negocios con ese tipo se habían terminado —le dijo David, poniéndose algo más serio—. ¿No fue eso lo que dijiste cuando volviste de allí la última vez?

—¿Vienes conmigo o no? —Su voz sonó desesperada.

—No me gusta ese tono. ¿Qué pasa? —le preguntó David, intuyendo que había algo más.

—No quiero ir solo esta vez.

—Iré contigo. Pero antes tienes que contarme de qué va todo esto.

—Está bien. ¿En el Flamboyant, en media hora?

—Eso está mejor. Nos vemos allí.

Cuando David llegó al bar justo a la hora que habían acordado, su amigo ya estaba sentado en la barra tomando una botella de cerveza. Antes de que se percatara de su presencia tuvo tiempo de observarlo. Parecía nervioso, preocupado, y había estado así desde la primera vez que volvió de la ciudad donde se suponía que lo único que tenía que hacer era convencer a un tío con dinero de que invirtiera en el negocio que su padre quería montar.

Carlos nunca había sido muy hablador, lo suyo, lo de ambos, eran las juergas y las mujeres, pero se conocían a la perfección y sabía que debajo de aquellas ojeras pasaba algo que se le escapaba y que tenía que averiguar. Él no pudo acompañarlo y ahora pensaba que debería haberlo hecho y así al menos sabría de qué iba todo aquello. Afortunadamente, parecía que por fin estaba dispuesto a hablar. Se acercó a la barra y se sentó frente a él.

—¡Vaya, qué puntual!

—No es por ti, es por mí. —David sonrió—. En serio, la curiosidad me está matando.

Carlos tomó un poco de aire, lo soltó y empezó a hablar:

—Justo antes de conocer a Altamiranda, en una de sus discotecas, conocí a una chica.

—Ya sabía yo que había faldas de por medio en este asunto.

—¿Vas a dejar que te lo cuente o no? —protestó Carlos medio enfadado.

—¡Vale, vale! Sigue.

—El caso es que fui a verlo a uno de sus clubs y conocí a una chiquilla muy simpática. No sé por qué me fijé en ella, la verdad. Supongo que me recordó a mi hermana... Mordía una de esas frutas con forma de estrella e hizo un mohín... —El brillo de sus ojos apareció en el mismo instante que el recuerdo del rostro de Cristina mordiendo aquella fruta—. Me hizo mucha gracia. No pude evitar reírme y ella me escuchó, se dio la vuelta y empezamos a hablar.

—¿Una chiquilla? ¿Te recordó a tu hermana? ¿Desde cuándo vas por ahí asaltando cunas? —preguntó David bastante sorprendido—. Creí que te gustaban más bien maduritas, con experiencia.

—Me lo estás poniendo muy difícil, David.

—Está bien. Ya me callo.

—Hablé con Altamiranda y parecía que todo iba bien. Volví a ver a aquella chica en otra ocasión y creo que, de alguna manera, él la relacionó conmigo. Pensó que me gustaba o algo parecido. El padre de la chica tenía una deuda con Santiago que este de repente se negó a saldar. Por lo que ella me dijo, estaba todo arreglado; su padre había encontrado el dinero para resolver el asunto. Pero por alguna extraña razón que cada día se me hace más obvia, esa solución se evaporó de la noche a la mañana. Casualmente, el negocio de Altamiranda con mi padre empezó a ir cuesta abajo y un día, mientras yo intentaba solucionar el tema para poder volver aquí, el tipo va y me regala una noche en su casino... con una mujer. —La boca de David se abrió mostrando que su curiosidad había dado paso a la sorpresa más absoluta—. Entro en la habitación y era Cristina, la chica que había conocido en la discoteca.

Si David había creído que no podía sorprenderse más, se había equivocado por completo.

—¿Y te la tiraste?

—¡Joder, David!

—¡Oye, no te hagas el santo ahora! Eso es lo que siempre haces: te ponen una chica a tiro y... te

la tiras.

—¡No me la tiré! ¡Y no hables así de ella! Ya te he dicho que es casi una niña. Cuando entré en la habitación estaba temblando, parecía un animal asustado. Altamiranda la usó para presionarme. ¿Cómo supo que conseguiría manipularme con ella? No lo sé. Me habría estado observando mientras hablaba con ella... La verdad es que había buenas vibraciones... Solo sé que la tiene en su poder, en el casino donde trabaja, junto a otras mujeres que trabajan para él, y que mientras esté allí le harán cosas horribles.

David dio un trago largo a su cerveza y probablemente por primera vez en su vida no supo qué decir. Cuando dejó la botella en la barra, apretó el brazo de Carlos.

—Carlos, ¿de qué estamos hablando? ¿Qué quieres de mí?

—¿No has oído todo lo que te he contado?

—Perfectamente. El tal Altamiranda tiene a esa chica y le hará Dios sabe qué. Claro como el agua. Lo que no entiendo es para qué me necesitas. ¿Qué vas a hacer?

—El padre de la chica ha muerto. No me mires así, yo también he pensado que ha sido demasiada coincidencia, pero, por otra parte, ella ya no tiene que proteger a su padre. Le ofrecí sacarla de aquel casino y traerla aquí conmigo, o llevarla a cualquier lugar donde Santiago no pudiera encontrarla, pero ella se negó porque sabía que su padre sufriría las consecuencias. Bien, su padre ya no está.

—¿Y quieres traerla aquí?

—No. Quiero sacarla de allí, quiero asegurarme de que ese cabrón no le pone una mano encima nunca más.

—¿Nunca más?

—David, esas mujeres son sus esclavas. Él es su dueño. Tienen que hacer todo lo que él les diga simplemente para poder seguir viviendo. Les pega, las viola, las priva de comida, de la luz del sol, hasta de una bocanada de aire. Cuando estuve allí la última vez... —Carlos volvió a coger su cerveza y acabó con lo que quedaba para poder seguir hablando—: La vi. Le había dado una paliza a la que no sé cómo ha sobrevivido. Ella... Ella tenía miedo, quiso violarla... Nunca se había acostado con nadie... —Cerró los ojos y los apretó con fuerza—. ¿Puedes imaginarte el terror que debió sentir cuando un tío de casi dos metros pretendió obligarla a hacer todo lo que él quisiera? Ella solo se defendió y casi la mata.

David, que llevaba en silencio más rato del que probablemente habría estado en toda su vida estando junto a su amigo, dijo algo que Carlos no esperaba:

—¿Y todo este agobio, esa cara tuya desde que has estado metido en todo esto, es solo porque te recuerda a tu hermana o porque sientes algo por esa chica?

Carlos no supo qué contestar. Todo había sucedido demasiado rápido, demasiadas cosas en muy poco tiempo, y estaba muy abrumado. Solo para sus adentros había sido capaz de reconocer que nunca había sentido por ninguna mujer lo que sentía por Cristina.

—Yo solo quiero dejar de sentirme culpable por lo que le está pasando. —Sus palabras salieron en un profundo suspiro.

—¿Qué?! ¡No es culpa tuya! No digas gilipolleces. Parece que estabas en el sitio equivocado en el momento equivocado, eso no te lo voy a negar, pero no es culpa tuya.

—Me acosté con ella.

La botella de cerveza que David sostenía en la mano se hizo añicos en el suelo.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—No me mires así. Hace un momento me has preguntado si me la había tirado.

—¡Joder, porque no sabía nada de todo esto! ¿Cómo se te ocurrió acostarte con ella? Al menos será mayor de edad, ¿no?

—¿Eso qué importa?

—¡Claro que importa! Quizá ese tío pretenda usarlo contra ti. Puede que incluso te haya grabado...

—¡David, cálmate! Es mayor de edad —le dijo mirándolo a los ojos como al hermano que siempre había considerado que era—. Tú y yo hemos hecho muchas tonterías juntos, pero esto no se parece a nada que yo jamás hubiera imaginado. Me siento culpable, estoy cansado, no puedo dormir, no encuentro la manera de reparar todo esto para poder dejarlo atrás. Mientras ella esté a merced de ese pervertido, no podré seguir adelante con mi vida.

—¿Por qué te acostaste con ella?

—¡Porque me gusta! —Y sus propias palabras lo pillaron desprevenido—. Es... es preciosa y ella me lo pidió. Nunca había estado con nadie y no quería que Altamiranda fuera el primero... —Carlos se frotaba una mano contra otra con nerviosismo mientras evocaba aquel instante en su memoria—. La verdad es que no sé por qué lo hice, pero deja que te diga que... Nada. —Volvió a hacer un gesto al camarero para que les pusiera otras dos cervezas.

—¿Nada? ¿Ahora me vas a decir que nada? Ya lo estás soltando.

—No importa. De verdad.

—¡Que lo sueltes!

—Es lo más bonito que he vivido nunca. —Un suspiro escapó de sus labios. Por fin se había atrevido a que aquellas palabras salieran—. Ella confiaba en mí como nadie lo ha hecho antes. Tengo que ayudarla, David. Y no sé si voy a poder hacerlo solo. ¿Me acompañarás?

Su amigo levantó la botella en señal de brindis y Carlos supo que esta vez seguramente sería su última oportunidad de enmendar su error.

Un mal presentimiento se apoderó de él justo en el instante en que volvió a poner un pie en el casino de Santiago Altamiranda, aunque ya se estaba acostumbrando a esa sensación. Era temprano. Sabía que las chicas empezarían a bajar en un rato, así que se acomodó en la barra con David y pidieron una cerveza cada uno.

—¡Tío, menudo sitio! —El silbido salió sin que él mismo lo esperase.

—No seas paleta. Hemos estado en sitios como este antes.

—No sé... Tiene algo... Tiene algo que no logro identificar.

—Malas vibraciones, eso es lo que tiene. Bebe, anda. —Le puso la cerveza en la mano.

—No hay mucha gente...

—Es temprano. Hasta las nueve no suelen bajar las chicas.

David sonrió ante la sola idea de ver aquel enorme salón adornado por mujeres hermosas dispuestas a todo. Cuando vio el gesto taciturno de Carlos, su sonrisa desapareció por completo.

—Lo siento. No me he dado cuenta.

Carlos no se molestó en contestar, tenía los ojos fijos en las escaleras por donde sabía que aparecerían las mujeres de Altamiranda. Dio un respingo y se puso de pie de un salto cuando en el umbral, al final de la escalera, quien apareció fue Santiago llevando del brazo a Cristina, que lucía una sonrisa en los labios que no se reflejaba en absoluto en su mirada.

David siguió la dirección en la que miraban los ojos de su amigo y no necesitó nada más para saber dos cosas. La primera, que aquella era la chica por la que se había metido en todo este embrollo. La segunda, que ahora comprendía que Carlos fuera capaz de cualquier cosa por ella.

Era la criatura más dulce, más inocente y más hermosa que había visto nunca. Caminaba con una elegancia casi imposible dentro de aquel vestido ajustado y aquellos zapatos de tacón alto.

Ella también se percató de la presencia de los dos hombres, pero disimuló a la perfección. Nada en su postura o en sus gestos hizo pensar que se había sorprendido ni por un instante. Fue Santiago Altamiranda quien dirigió sus pasos hacia ellos, lentamente, sonriendo, y entonces David sí observó que la joven había perdido la seguridad que parecía acompañarla segundos antes.

—Vaya, vaya —dijo Santiago colocándose frente a ellos—. Max, ponme una cerveza a mí también. Voy a acompañar a estos caballeros. Me alegro de volver a verte por aquí, Carlos.

Carlos, que a duras penas había podido dejar de mirar a Cristina, inclinó un poco la cabeza a modo de saludo, como si de repente hubiera perdido la capacidad de hablar.

—Santiago Altamiranda, supongo —le dijo David tendiendo su mano, mientras esperaba que su amigo se recuperara de lo que fuera que se había apoderado de él.

—El mismo.

—David Santaella, amigo de Carlos.

—¿También estás interesado en el asunto del nuevo casino?

—No, no... Solo he venido para conocer este lugar. Carlos me ha hablado maravillas de él y de... bueno, de todo lo que se ofrece aquí dentro. —Guiñó pícaramente un ojo al acabar de hablar.

Santiago se echó a reír.

—Me caes bien, muchacho.

Cristina miraba en todas las direcciones posibles sin ser capaz de enfrentarse a la mirada de Carlos y él hizo lo mismo hasta que decidió que entablar una conversación con Altamiranda sería lo mejor que podía hacer para volver a actuar con normalidad.

—Por aquí parece que todo va muy bien —comentó sin ningún interés, dando un trago a su botella.

—Carlos, Carlos, Carlos —casi canturreó Santiago—. ¿Alguna novedad con respecto a ese tema?

—Estoy en ello. Creo que no tardaré en ser mensajero de buenas noticias, aunque hoy no es eso lo que me trae aquí.

—¿Y qué te trae aquí desde tan lejos?

—Nada en especial. Quería que mi amigo conociera este lugar. —Mientras hablaba, intentaba controlar su mirada para que no se perdiera en el rostro de Cristina. Cogió a Santiago por el brazo y, separándolo un poco de los otros dos, le preguntó—: ¿Aún está disponible o ahora la tienes en exclusividad?

—¡Maldito cabrón! —rio Altamiranda—. No solo está libre, chaval, sino que además está tal y como tú la dejaste.

Carlos sintió cierto malestar al escuchar a aquel hombre hablar de Cristina como si fuera un trozo de carne, pero se las arregló para ocultarlo y seguir con la conversación.

—Me alegra oírlo. Ya sabes lo mal que se me da compartir mis cosas.

—No te andas con tonterías... Aunque deja que te diga que no ha sido un tema de respeto hacia ti. Más bien ha sido un pequeño malentendido lo que me ha mantenido apartado de ella. Afortunadamente, ya está arreglado. Has llegado justo a tiempo.

—Me encantaría poder pasar la noche con ella. Si es posible, claro.

—Por supuesto que sí, pero no abuses demasiado de mi generosidad. Recuerda que tenemos un asunto pendiente.

—No lo he olvidado ni por un segundo. —Carlos sonrió intentando mantenerse en su papel.

Santiago se volvió hacia Cristina y, tomándola de la mano, la acercó hasta Carlos.

—Cris, cariño, ¿serías tan amable de acompañar a Carlos esta noche?

Ella no se atrevió a dejar que su rostro reflejara su sorpresa. Dina le había dicho que, a partir de ahora, lo único que de verdad le pertenecería serían sus sentimientos, y ella había decidido que eso sería lo único que no iba a prostituir. Asintió con la cabeza, sonrió fríamente y se cogió del brazo de Carlos. Mientras ambos iban en dirección al hotel, le dijo entre dientes:

—No sabes cuándo parar, ¿verdad? Te dije que no quería verte. —«¡Te he echado tanto de menos!».

—Mala suerte, porque yo sí quiero verte a ti —le respondió él. «¡Estás preciosa!».

De hecho, verla había sido la mejor parte de la noche que acababa de empezar, saber que se había recuperado desde la última vez que habló con ella, que Santiago no había intentado molestarla, seguramente porque quería que estuviera perfecta para él. Lo difícil venía ahora, cuando tuviera que darle la noticia de que su padre había muerto. Para él, descubrirlo había sido todo un alivio, porque suponía el fin de la esclavitud de Cristina, o eso creía. Sin embargo, sabía lo que su padre había significado para ella siempre. Recordaba su mirada cuando le habló de él y, sobre todo, recordaba lo que había sido capaz de soportar para que nadie le hiciera daño.

Una vez en la habitación, Cristina se sentó en la cama y se quitó los zapatos masajeándose los pies con gesto dolorido.

—Odio los zapatos de tacón. Los he odiado siempre.

Carlos se sentó a su lado pensando una forma adecuada para soltar lo que había ido a decir. Por supuesto, no la encontró. ¿Cómo se le dice a alguien que ha perdido a la persona que más le importa en la vida sin romperle el corazón? Sabía el dolor que iba a causarle, como sabía que aquella noticia supondría la pérdida de cualquier rastro de inocencia que pudiera quedar en ella. La mayoría de la gente no conoce tamaño sufrimiento en toda su vida y ella había experimentado el dolor, la soledad, la alienación, el abuso físico y psicológico, y todo ello concentrado en apenas un mes. Sabía que lamentaría aquel momento una y otra vez a lo largo de toda su vida, lo sentía en los huesos. La tomó del brazo para que lo mirase, intentando hacer el momento menos doloroso.

—Me alegro de que estés bien. ¿Te has recuperado del todo?

—Carlos...

—Tranquila, solo quería hablar un momento contigo. Hay algo que tengo que decirte.

Ella frunció el ceño ligeramente. No lo conocía demasiado, pero sus gestos ya le eran familiares. Sabía cuándo estaba contento, triste o preocupado. Una pequeña arruga aparecía en su entrecejo cuando había algo a lo que su mente infatigable daba vueltas y en ella se concentró para escuchar lo que tuviera que decirle.

—Es sobre tu padre —añadió intentando que la anticipación hiciera que ella se diera cuenta de que algo no iba bien. Hubiera dado parte de sí mismo por no tener que pronunciar aquellas palabras, por no tener que ver su reacción. «¡Ojalá no tuviera que decir esto!».

—¿Qué pasa con mi padre? —le preguntó ella a la defensiva—. ¿Qué sabes tú de mi padre?

—Cristina... —De repente el aire se había vuelto irrespirable, a juzgar por la opresión en el pecho que sintió antes de continuar—. Tu padre ha muerto. —«¡Lo siento, lo siento, lo siento!».

Cristina ni siquiera se movió. No pestañeó. Por un momento, pareció haberse convertido en una figura de cera, inmóvil, inexpresiva, con sus pupilas dilatadas clavadas en las de él.

—Cristina —la llamó Carlos, intentando sacarla del trance en el que parecía haber entrado.

Entonces, sin que él lo esperase, se puso de pie como si hubiera sido empujada por un muelle

invisible, empezó a coger cosas de la mesa y a lanzarlas contra la pared mientras gritaba insultos incoherentes y otras palabras que él no era capaz de adivinar. Pudo detenerla después de que estrellara contra el espejo el florero y el teléfono. La sujetó con fuerza mientras notaba cómo ella iba perdiendo poco a poco las suyas. La abrazó, acariciándole el pelo y susurrándole para que dejara de gritar. Cayó al suelo de rodillas, las lágrimas bajando por sus mejillas como si se hubiera abierto la presa de un pantano, a borbotones, sin poder articular sonido alguno mientras se cubría los labios con las manos.

Él se arrodilló frente a ella y la abrazó con toda la fuerza que era capaz. Con ella siempre tenía la sensación de que nada de lo que pudiera hacer, nada de lo que pudiera pagar con su dinero podía proporcionarle lo que necesitaba, y era la sensación más desoladora de cuantas conocía.

El tiempo pareció detenerse y ninguno de los dos sería capaz de decir con exactitud cuánto rato permanecieron de rodillas, en el suelo, abrazados.

El llanto inconsolable dio paso a unos sollozos apenas audibles, hasta que Cristina finalmente se deshizo de su abrazo y se sentó en la cama, con la mirada fija en el suelo, la vista perdida muy lejos de él y de aquella habitación. Por primera vez en su vida, no podía verbalizar lo que sentía, porque no había palabras que pudieran describir el agujero en su estómago, el nudo de su garganta, el dolor en su corazón.

«¡Lo siento, lo siento, lo siento!».

Habría cambiado todo aquello por otras cien palizas de Santiago si con ello hubiera podido devolver la vida a su padre.

Carlos se sentó a su lado en silencio, apenas respirando para no sacarla de dondequiera que estuviera. Al fin se atrevió a tomar su mano con la de él, primero rozándola, luego con firmeza, hasta que lo miró a los ojos. El rímel resbalaba por sus mejillas y tenía la mirada perdida, fría, de quien ha perdido un trozo de su alma. Carlos no podía evitar pensar que desde que la conoció, o mejor, desde que ella lo conoció a él, su vida se había convertido en una cadena de pérdidas.

Había perdido tantas cosas en tan poco tiempo que casi le daba miedo pensar cuánto más podía soportar una persona.

Ella se levantó y rodeó la cama para acurrucarse en el otro lado, convirtiéndose en un ovillo mientras se abrazaba a la almohada y cerraba los ojos. Él hizo lo que había hecho en otras ocasiones en las que las cosas se habían puesto difíciles, se abrazó a ella por detrás y hundió su nariz en su pelo, recuperando en su aroma a lilas la sensación de haber encontrado el lugar al que siempre había pertenecido. Así lo sorprendió la mañana, solo que cuando abrió los ojos ella ya no estaba a su lado. Se sentó un momento en la cama y se apoyó contra el cabecero pasándose las manos por el pelo una y otra vez, hasta que decidió que sería una buena idea meterse en la ducha y salir de aquella habitación.

Cuando llegó a su hotel, David estaba desayunando en el restaurante y le hizo un gesto con la mano. En cuanto se acercó, se dio cuenta de que la cosa no había ido nada bien a juzgar por el rostro demacrado de su amigo y decidió que no preguntaría nada al respecto. En cambio, llamó al camarero, que llegó con la jarra de café, y le pidió que llenara una taza para él mientras se sentaba justo enfrente. Desayunaron sin hablar, y luego salieron a la calle, ambos con las manos en los bolsillos, sin saber muy bien adónde dirigir sus pasos. David había decidido que simplemente seguiría a Carlos hacia donde fuera.

—Se lo dije. —Carlos tardó más de media hora en hablar después de haber abandonado el hotel.

—¿Y?

—Perdió el control por completo. Por un momento, creí que los hombres de Altamiranda aparecerían para llevársela de allí. Al final, conseguí que se calmara.

—¿Qué piensa hacer?

—No lo sé. Cuando me desperté no estaba en la cama. Se quedó dormida, yo también me dormí y... no estaba allí cuando abrí los ojos.

—Tenías razón.

—¿En qué?

—En que es casi una niña.

—Casi una niña a la que han secuestrado, prácticamente obligado a acostarse conmigo, apaleado, y que ahora tiene que enfrentarse al hecho de que está sola en el mundo.

David no supo qué contestar a eso.

—Ahora entiendo a qué te referías con aquello de tener que enfrentarte a algo que el dinero no puede arreglar —le dijo, recordando con claridad meridiana aquellas palabras saliendo de los labios de su amigo unos días antes—. Siento mucho que te hayas visto envuelto en todo esto. Dime en qué puedo ayudarte.

—Ahora mismo, si te digo la verdad, lo único que quiero es dormir, desaparecer un rato y pensar en lo que voy a hacer para llegar otra vez a ella.

Echó a andar de vuelta al hotel y David no lo siguió esta vez. Lo observó un momento caminar y él siguió andando hacia el paseo marítimo, a intentar relajarse un poco mirando el mar.

Cuando David volvió al hotel era ya de noche. Carlos estaba tecleando en su móvil distraídamente y cuando lo vio aparecer en la puerta, lo miró y siguió a lo suyo. Su amigo entró, dejó su chaqueta en el respaldo de la silla y se dirigió al cuarto de baño. Una vez dentro, mientras se lavaba las manos, le pareció escuchar murmullo de voces que provenían de la habitación y cerró el grifo para prestar atención. Apenas escuchaba monosílabos por parte de Carlos y, cuando salió, su mirada desesperada anunciaba que algo horrible había sucedido.

—Tenemos que ir al casino. —Se levantó y se metió el móvil en el bolsillo del pantalón. Estaba muy nervioso y parecía asustado.

—¿Otra vez? ¿Por qué? ¿Qué...?

Carlos no le dejó terminar.

—Voy llamando a Pedro. En cuanto el coche esté en la puerta, me voy. Necesitaré tu ayuda.

David echó a correr detrás de él por el pasillo hasta el ascensor y, una vez dentro, le preguntó:

—¿Qué sucede? ¿Me lo vas a contar?

—Alguien me ha llamado desde el móvil de Cristina. Ha intentado matar a Altamiranda con un cristal roto. —Por un instante, se encontró de nuevo en la habitación de Cristina, rodeado de cristales rotos.

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado?

—Se la han llevado a una especie de sótano, debajo del casino. Tenemos que sacarla de allí.

«¡Cris, huye! Mantente a salvo. Mantente con vida. ¡Voy a buscarte!».

Ya en la puerta del hotel, David tomó a su amigo por el codo y le dijo:

—Carlos... No sabemos dónde nos estamos metiendo. Son gente peligrosa.

—No tienes que venir si no quieres. Me las arreglaré.

El coche aparcó justo en la entrada y Carlos abrió la puerta para subir en el asiento de detrás, percatándose de que su amigo lo seguía al interior del vehículo.

—Sé cómo entrar. Hay una tarjeta electrónica escondida junto al ascensor que conduce al sótano. Parece ser que solo hay un hombre dentro con ella.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Ya te he dicho que alguien acaba de llamarme para contármelo.

—¿Quién, Carlos? ¿No te das cuenta de que no tiene sentido lo que dices? ¡Puede ser una trampa!

—¡Alguien, joder, alguien! Era una voz femenina. No sé quién es ni me importa. Solo sé que tenemos que ir allí ahora mismo.

Su amigo no supo qué decir, lo que sí sabía era que, si había algún momento en la vida en el que tenía que demostrar que Carlos era importante para él, más allá de sus fiestas y sus historias juntos, era ahora. David no abrió la boca durante todo el camino, observaba a su amigo con la vista perdida a través del cristal de la ventanilla. Se habían metido en muchos líos a lo largo de toda su vida y habían salido airosos de ellos juntos, pero esto no se parecía a nada de lo que hubieran vivido antes. Nunca se habían mezclado con gente de la calaña de Santiago y sus hombres, y un miedo atroz lo invadió, volviéndose incluso más fuerte cuando divisaron las letras de neón del casino en la distancia.

—Hay cámaras en toda la zona, David, incluso en el ascensor y los pasillos del lugar adonde vamos. No tendremos más de diez minutos antes de que alguien aparezca para intentar detenernos —le informó Carlos mientras ambos salían del coche—. Llamaré a la puerta y, cuando salga el vigilante, por lo que más quieras, no permitas que pueda volver a levantarse al menos hasta que la haya sacado de allí.

David simplemente asintió. Estaban en franca desventaja. No tenían armas, no tenían nada con qué defenderse salvo sus propias manos, y eso no era una pelea de adolescentes ni una noche de borrachera que hubiera acabado mal.

Tal y como la mujer le había dicho por teléfono, una de las puertas traseras del edificio que albergaba el casino estaba abierta, lo que les permitió entrar y llegar hasta el ascensor, donde pudieron sacar la tarjeta del interior de uno de los cuadros de luz cercanos. Cuando llegaron a la planta de abajo, siguieron hasta el fondo del pasillo todo lo deprisa que pudieron y llamaron a la puerta donde se suponía que estaba Cristina custodiada por un vigilante, que fue quien abrió. David entabló con él una batalla que estaba seguro de no poder ganar solo mientras Carlos entraba a la habitación y se encontraba con la imagen más desoladora que sus ojos habían contemplado jamás.

Cristina estaba en la cama, con las manos esposadas al cabecero de forja y la boca cubierta por una mordaza. La cama estaba cubierta de sangre, al igual que ella, y si no hubiera sido porque la adrenalina lo mantenía en pie, Carlos se habría caído redondo al suelo. Cuando volvió a salir a buscar las llaves de las esposas, que supuso que el vigilante tendría en su poder, David ya las tenía en la mano, una mano temblorosa cuyos nudillos sangraban pero que había conseguido derribar al otro.

Volvió junto a la cama y liberó a Cristina de sus ataduras, la cogió en sus brazos y echó a correr con ella hacia el ascensor seguido por David, que no paraba de preguntarle si todavía respiraba. No lo sabía. No le importaba. Ni siquiera lo había comprobado antes de levantarla de aquella cama. El coche ya los esperaba en la puerta cuando salieron y David se sentó en el asiento delantero para dejar sitio a su amigo y a la chica en la parte de atrás. Ella parecía intentar toser bajo su mordaza. Respiraba. Seguía viva.

—¡Arranca, arranca! —le gritaba David al chófer, que se había quedado petrificado

observando la escena.

Para cuando el vehículo salió finalmente de allí derrapando, aún no había rastro de ninguno de los hombres de Santiago. El cuerpo de Carlos se desplomó de repente contra el respaldo del asiento, como si las fuerzas lo hubieran abandonado. David miraba hacia atrás preocupado, observando cómo su amigo intentaba recuperarse para atender a Cristina, que no se movía y cuya respiración era apenas perceptible desde su posición.

Carlos respiró hondo y dejó caer la cabeza de la chica en su regazo, mientras intentaba quitarle la mordaza. Cuando por fin lo consiguió, ella tomó una enorme bocanada de aire y pareció volver a respirar con normalidad.

—Lo siento, lo siento, lo siento —le repetía Carlos como un mantra mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas y luego bajaban por las de Cris, cuyo rostro había pegado al suyo en un fútil intento por sentirse reconfortado escuchando su respiración.

David jamás había visto a nadie tan hundido, tan destrozado, tan incapaz de funcionar como veía a Carlos ahora mismo.

—¡Carlos! ¡Carlos! —repitió viendo que no le contestaba, perdido en su observación de las heridas de la joven—. Hay que llevarla a un hospital.

—¡No podemos ir a un hospital! ¿Qué vamos a decir? Seremos los primeros sospechosos.

—¡Piensa, piensa, piensa! —se decía David a sí mismo intentando discurrir adónde podían ir sin levantar sospechas. Y entonces la casa que sus padres tenían en la sierra, a una hora o así de camino de aquella ciudad, le vino a la mente.

—¡Pedro, a la sierra! —ordenó. El chófer no contestó.

—Esto es serio, Carlos, es muy serio. ¿Qué vamos a hacer si...?

Carlos se empeñaba en dejar caer un fino hilo de agua directamente en la garganta de Cristina, pero era una tarea imposible debido a los vaivenes del camino.

—¡Cállate! Eso no va a pasar. Necesitamos medicamentos, sueros o algo que la mantenga hidratada, antibióticos, calmantes... —Las palabras invadían el espacio, susurrantes, como si estuviera recitando una oración mientras le hablaba pasándole la mano por la mejilla amoratada a base de golpes—. La mitad de las veces que la he visto, le habían dado una paliza... —dijo en voz alta hablando consigo mismo.

El trayecto parecía no terminar jamás. El coche serpenteó por el camino de tierra que llevaba a la casa, una gigantesca construcción aislada del resto en lo más alto de la colina desde donde se veía el pueblo y, más allá, la capital, que ahora mismo parecía más bien una enorme y enmarañada guirnalda de luces parpadeantes, como luciérnagas desparramadas en el oscuro manto de la noche.

Carlos se apresuró a bajar del coche con Cris en sus brazos. Ella no había protestado durante todo el trayecto, ni siquiera se había movido. La única confirmación de que estaba viva era su respiración débil y el latido estable de su corazón, que él se había encargado de controlar.

Una vez en la casa, el chófer entró primero, abrió puertas y encendió luces mientras Carlos lo seguía. Hasta que llegaron a una habitación, el más grande de todos los dormitorios, el que él sabía que pertenecía a los padres de David. Allí por fin soltó a Cristina sobre la cama y pudo recuperar un poco de aire. David se había quedado en el pueblo, asegurándose de conseguir las medicinas que aquella maltrecha criatura con rostro de niña, para su desgracia, iba a necesitar.

Carlos entró en el baño y mojó la toalla del lavabo para después volver junto a la cama. Le quitó su chaqueta, que le puso en cuanto la sacó del casino para que dejara de tiritar y para que no estuviera tan expuesta ante los otros dos hombres. Estaba manchada de sangre porque toda ella estaba cubierta del rojo líquido, por eso necesitaba limpiarla, para averiguar la gravedad de sus

heridas. Empezó por apartarle el pelo de la cara con suavidad y luego le limpió el rostro con toda la delicadeza que su estado de ansiedad le permitió.

Lo único que sabía era que lo necesitaba y que tenía que estar con ella. Lo último que quería era hacerle más daño, pero tenía que limpiarla para poder curarla. Bajó lentamente por el cuello, el escote, los hombros, los pechos, horrorizándose a medida que descubría más heridas por todo su cuerpo. Mataría a Altamiranda con sus propias manos. No sabía ni cuándo ni dónde, pero lo que sí sabía es que solo era cuestión de tiempo.

Su corazón se encogió ante cada mordisco, cada quemadura, cada corte, hasta el punto en que su respiración se detuvo en un par de ocasiones, pero no apartó la vista, no, ni por un instante. Ni siquiera cuando, al darle la vuelta, descubrió marcas de lo que debió haber sido un cinturón en su espalda. Se estremeció. Creyó que se le iba a parar el corazón, pero siguió mirando el mapa ensangrentado que le habían dibujado en la piel.

Por fortuna, había pocos desgarros. Memorizó cada marca como si se la hubieran grabado a él mismo en su propia piel con fuego, porque algún día las reproduciría fielmente en el cuerpo de Santiago, lenta y dolorosamente, para que sintiera el mismo dolor que debía de estar sintiendo ella ahora mismo. Descubrió que las piernas también tenían restos de sangre, sobre todo en la cara interna de los muslos, así como más mordiscos y moratones. ¿Qué clase de salvaje podía hacerle algo así a una criatura indefensa, maniatada y amordazada? Una terrible náusea se apoderó de él, y hubiera vomitado de no ser porque la puerta de la habitación se abrió y David apareció seguido de un extraño.

—¡Joder, David! —exclamó, poniéndose en pie de un salto—. ¿Quién es? —preguntó señalando con la barbilla al hombre que lo acompañaba.

—Tranquilo. Es médico —le dijo y le tocó el brazo para que se calmara—. He hablado con él y va a ayudar a Cristina. Necesita un médico.

El joven, cuya mirada nerviosa iba de Carlos a Cristina y viceversa, pensó por un momento que no le sorprendía en absoluto que el hombre no lo hubiera reconocido. Después de todo, él solo era el niño de familia humilde que a veces se bañaba con ellos en la piscina de David, la única que había disfrutado en toda su infancia. No era uno más de su pandilla, sino alguien a quien la madre de su amigo invitaba de vez en cuando movida por la compasión. Le tendió la mano y se presentó:

—Veo que no te acuerdas de mí. Soy Miguel. Solía bañarme con vosotros en la piscina. —Nada más acabar de hablar se sintió terriblemente estúpido. Ridículo. Ni aun ahora, siendo médico y sabiendo que aquellos dos lo necesitaban más que a nadie en ese momento, se sentía a su altura. Jamás pertenecería a su mundo.

Carlos no contestó, aunque respondió con educación a su saludo. Tenía razón. No lo recordaba. Los veranos eran la mejor parte de su infancia y estaban plagados de demasiados momentos felices en los que aquel rostro algo escuálido y triste no encajaba.

Lo invitó a sentarse junto a Cris en la cama. David abandonó la habitación, hubiera querido que Carlos lo acompañara, pero tuvo miedo del infierno que su amigo podría desatar si lo obligaba a salir de allí, a juzgar por su mirada cuando se lo sugirió. El rostro del médico delataba que nunca había atendido a nadie en un estado ni remotamente parecido. Tras auscultarla, tomarle la temperatura y echar un vistazo a sus heridas, la curó usando antiséptico y le inyectó un par de medicamentos, según dijo, antibióticos y calmantes. Luego se levantó y se colocó frente a Carlos.

—No quiero ni imaginarme lo que le ha pasado. Estoy aquí porque David me lo ha pedido y confío en él, pero debes saber que deberíais ir a un hospital y yo, directamente a la policía. — Estaba muy afectado.

—Nada de policía —le contestó Carlos con mirada amenazante.

—Como te he dicho, estoy aquí por David. No voy a decir nada, pero esto va más allá de lo peor que he visto en toda mi carrera.

Carlos, consciente de que el médico podía sentirse intimidado por su mirada y su tono de voz, los suavizó antes de volver a hablar para explicarle que aquello no había sido cosa suya, que habían sacado a la chica del lugar en el que le habían hecho tanto daño. Miguel le extendió un par de recetas y, viendo que Carlos estaba tan exhausto que parecía que iba a estrellarse contra el suelo de un momento a otro, añadió:

—Se recuperará, aunque será lento y doloroso. Lo que más me preocupaba era que hubiera hemorragia interna, pero parece que no es así.

Carlos suspiró aliviado.

—Si empeora, no habrá nada que yo pueda hacer. Tendréis que llevarla a un hospital y dar todas las explicaciones necesarias.

Carlos le tendió la mano y el médico se despidió de él dejándolo a solas con Cris, que seguía sin despertar. Le puso una de las camisetas que encontró en el cajón, probablemente de la madre de David, y la cubrió de nuevo con la ropa de cama para tumbarse a su lado dispuesto a vigilar su estado durante toda la noche. Sin embargo, el bajón de adrenalina y la respiración relajada de la joven fueron suficientes para que se durmiera enseguida, por más que luchó contra el sueño con todas sus fuerzas.

Cuando volvió a abrir los ojos, la habitación seguía casi a oscuras, aunque pequeños hilos de luz colándose por las rendijas de la persiana lo advirtieron de que era más tarde de lo que pensaba. Estaba de lado, con el rostro hacia Cristina, que de pronto emitió unos sonidos a medio camino entre la sorpresa y la queja, sacándolo del confuso estado entre el sueño y la vigilia.

Se levantó de un salto, levantó la persiana para poder verla y se arrodilló ante ella, junto a la cama. Le pareció escuchar una maldición apenas audible y por fin pudo ver cómo abría los ojos y fijaba en él sus pupilas. Intentó sonreír, aunque no estaba seguro de haberlo conseguido. No quería que se asustara al verse en un lugar extraño con él.

—Bienvenida —dijo casi en un susurro mientras le acariciaba la mejilla con el pulgar. —«¡Dios, cómo me alegro de ver esos ojos!».

—Carlos... —suspiró ella—. ¿Por qué me has sacado de allí? —Tosió, incapaz de continuar.

Él se sorprendió ante la inesperada pregunta, y mientras le ofrecía un poco de agua, exclamó:

—¿Cómo iba a dejarte allí?! Te hubieran matado, Cris.

—Ya estaba muerta. No recuerdo ni siquiera que vinieras a por mí. —Las lágrimas inundaban sus ojos y su rostro.

—No digas eso, Cristina. Descansa. Ya hablaremos.

—¿Cómo me encontraste?

—Una mujer me llamó.

—Dina... —repitió un par de veces a medida que sus sollozos aumentaban de intensidad—. Seguramente, ya estará muerta.

Carlos cerró los ojos y los apretó con fuerza. Hasta ahora no se le había ocurrido pensar en el precio que quien quiera que le hubiera dado a él toda esa información habría tenido que pagar. Nunca se le ocurrió pensar que pudiera haber ángeles en el mismísimo infierno.

—Descansa, por favor —le pidió, pasándole la mano por la mejilla—. Voy a traerte algo de comer y tus medicinas.

Se levantó del suelo, le dio un beso en la mejilla y dejó la habitación para ir a preparar algo a

la cocina. Afortunadamente, David y Pedro habían madrugado y habían ido al pueblo a por provisiones, lo que le permitió preparar café y unas tostadas. Cuando volvió a la habitación, Cristina se había levantado y se sujetaba a duras penas en el respaldo del sillón con una mano, tambaleándose, y agarrándose el estómago con la otra. Carlos soltó de inmediato la bandeja en el suelo y echó a correr hacia ella.

—No deberías haberte levantado. —No quería que sonara a riña, pero no lo consiguió.

—Necesito ir al baño, Carlos —le dijo ella con gesto dolorido.

—Vamos, te ayudaré.

Se pasó el brazo de ella por encima del hombro y la llevó hasta el cuarto de baño, dejándola en pie apoyada en el lavabo, luego salió y se sentó en la cama a esperar a que acabara para ayudarla de nuevo. Desde donde estaba podía oírla quejarse, seguramente intentando sentarse en el inodoro. Su mandíbula se tensó por completo y volvió a apretar los dientes recordando el cuerpo magullado de Cristina. Sacudió la cabeza, como si con ese gesto pudiera hacer que las imágenes desaparecieran de su mente, y le preguntó:

—¿Necesitas ayuda?

—No —contestó ella débilmente—. Ya salgo.

Segundos después, el pomo de la puerta del baño se giró bajo sus manos y su figura pálida y dolorida reapareció ante sus ojos. Volvió a sujetarla y la acompañó a la cama.

—Así. Tumbate un momento, ahora te ayudo a incorporarte.

Cristina respiró hondo y dejó que su corazón se estabilizara tras lo que le había parecido un esfuerzo sobrehumano. El contacto de su espalda contra el colchón la hizo emitir un horrible gemido. Carlos, casi arrojando la bandeja sobre la mesa, se fue hacia ella para intentar ayudarla. Le colocó el brazo bajo la nuca y la dejó caer con lentitud sobre las sábanas.

—¿Mejor?

—Mejor —contestó ella habiendo por fin recuperado el aliento—. No tengo hambre, pero Dios sabe que necesito ese café.

«¿Cuándo te hiciste tan fuerte?». Carlos le acercó la taza y le puso tres pastillas en la mano.

—¿Qué es esto?

—Órdenes del médico.

—¿Ha venido un médico? —le preguntó sorprendida.

—No sabía qué hacer, Cris. No quería llevarte al hospital. —«He pasado tanto miedo...».

—Supongo que debo darte las gracias —añadió poco convencida.

—Yo solo quiero que te recuperes y vuelvas a tu vida.

—¿Volver a mi vida? ¿A qué vida? No tengo a nadie. No tengo nada...

—Yo cuidaré de ti, Cristina —le dijo mientras le colocaba un mechón de pelo detrás de la oreja. Ella apoyó la mejilla en su mano y cerró los ojos intentando atrapar un poco de su calor. No quiso contestar porque si le hubiera dicho lo que estaba pensando en aquel momento, Carlos la habría convencido de que era una mala idea, y no pensaba dejar que nadie se interpusiera en su camino. Una vez se tomó los medicamentos, volvió a reclinarsse sobre la almohada.

—¡Dios, estoy agotada! Me duele todo.

—Duerme un rato. Yo no me moveré de aquí.

Por egoísta que le pareciera, el mero hecho de saber que estaría allí con ella, velando su sueño, la ayudó a volver a dormirse. Y allí estaba él, sentado en un pequeño sillón en el que apenas cabía, observándola descansar y alegrándose de que por fin todo hubiera terminado. No más dolor, no más miedo, no más vacío en el estómago que no le dejaba respirar, no más noches en

vela intentando elucubrar un plan para rescatar a Cristina. Por fin estaba a salvo, y ahora solo quedaba emprender el camino hacia la recuperación.

Solo salió de la habitación un momento para hablar con David, que había permanecido como una sombra, vagando de su cuarto al salón y viceversa, esperando que su amigo le pusiera al día sobre el estado de Cris. Ni siquiera había querido entrar a verla desde que la trajeron porque no sabía qué decirle. No la conocía de nada y lo poco que sabía de ella le daba verdadero pavor, porque lo que sí sabía era el efecto que su relación con Carlos, cualquiera que fuera, había provocado en su amigo.

Aquella tarde, mientras Carlos dormía con la cabeza apoyada en la cama, Cris se agitó en su sueño. Al principio, apenas tembló y pronunció unas palabras ininteligibles que no llegaron a despertarlo, pero luego empezó a gritar. Parecía querer salirse de su propia piel sacudiéndose y agarrándose a las sábanas. A Carlos le llevó unos minutos devolverla a la realidad.

—¡Cristina, despierta! ¡Es una pesadilla, despierta! —le decía suavemente intentando no asustarla aún más.

Cuando ella por fin abrió los ojos, su primer instinto fue acurrucarse junto al cabecero de la cama, como un animal salvaje enjaulado. Carlos se aseguró de no asustarla, manteniéndose a distancia y esperando a que su mente por fin se adaptara a su entorno. Luego la tomó de los brazos para no hacerle daño en su magullado cuerpo, mientras le susurraba al oído que todo había pasado y que él se encargaría de que aquello no destrozara su vida, mientras ella seguía llorando en silencio. Cuando por fin dejó de temblar, se tumbó en la cama y puso su cabeza en su pecho sin dejar de acariciarle el pelo. Entre sueños, acertó a decir:

—Debiste haberme dejado morir.

Justo en aquel instante Carlos sintió verdadero pánico. Quizá era demasiado tarde, pensó que quizá Cris ya había sufrido todo lo que su mente y su cuerpo eran capaces de aguantar antes de romperse por completo, y una pena sin límites lo invadió. Se quedó dormido a su lado, acunándola como si fuera una niña pequeña.

Por la mañana, al despertarse, vio que no estaba en la cama. La llamó un par de veces y, al ver que no contestaba, se sobresaltó. Fue al baño, abrió la puerta y la encontró en el suelo, sentada entre el bidé y el inodoro mirando al vacío. Se arrodilló frente a sus ojos con una interrogación en los suyos y, al final, ella reaccionó.

—Hola —le dijo.

—Hola, Cris. ¿Qué haces aquí? —le preguntó con dulzura mientras le ponía la mano en la mejilla, un gesto que se había convertido en una buena herramienta para conectarla con la realidad.

—Quería darme una ducha, pero estoy muy cansada. No sé si podré mantenerme en pie tanto tiempo.

El alivio que recorrió el cuerpo de Carlos en aquel momento fue indescriptible. Así que era eso, quería darse una ducha. Por un instante, al no encontrarla en la cama junto a él, había pensado que podía haber cometido alguna tontería y se había dejado llevar por el pánico. ¿Quién podría culparla si no hubiera querido seguir viviendo? ¿Cuánto se supone que es capaz de soportar una persona?

—Tengo una idea mejor —le dijo hablándole como si fuera una cría—. ¿Y si llenamos la bañera y te das un relajante y estupendo baño? ¿Qué te parece? Hay geles de los que hacen pompas.

Se abofeteó mentalmente por haber dicho aquello, por haber olvidado que no estaba hablando

con una niña pequeña, pero estaba tan desvalida y le recordaba tanto a su hermana que no había podido evitarlo. Sin embargo, al ver que por primera vez desde que habían llegado allí Cris mostró su maravillosa sonrisa, pensó que había sido una gran idea.

Se dio la vuelta para llenar de agua la bañera, añadiendo un buen chorro de un gel que olía a frutas del bosque, mientras ella se quitaba la camiseta que él le había puesto al llegar a la casa, y se quedó desnuda. Cuando se giró, él no quiso fijarse en sus heridas para no hacerla sentir incómoda, así que se levantó y le ofreció su mano para ayudarla a entrar en la bañera. La sensación del agua caliente envolviéndola por completo le hizo emitir un leve gemido de placer. Carlos sonrió y la ayudó a colocarse hasta que la dejó reclinada sobre el respaldo de la bañera.

—Ahora lavaremos ese pelo, ¿vale?

Ella asintió con los ojos cerrados, dejándose envolver por el olor afrutado de la espuma. Sorprendentemente, Carlos sintió una profunda sensación de calma cuando empezó a lavarle el pelo. El olor del champú y el movimiento rítmico y repetitivo de sus manos mientras lo repartía por todo el cabello en un suave masaje con las yemas de los dedos le proporcionaron cierta calma. Nunca había hecho algo así por nadie que no fuera su hermana, y eso cuando aún era muy pequeña y su madre le pedía que la ayudara a bañarla antes de dormir. Le pareció que ese era el momento más íntimo que había compartido con una mujer, mucho más que el sexo, y sintió que desde que la conoció, quizá por las circunstancias, había estado más unido a ella que a ninguna otra mujer que hubiera conocido. Al cabo de un rato, Cristina le dijo que tenía frío y que quería salir de la bañera, y él la ayudó y la envolvió en una toalla blanca, enorme y esponjosa, para acompañarla a la cama.

—No quiero acostarme. Me gustaría dar un paseo.

—Hace mucho frío ahí fuera, Cris. Podrías ponerte enferma.

—Pues pasearé por la casa. Estoy harta de estar en esta habitación.

Carlos sonrió ante la protesta casi infantil. Comprendía que estuviera aburrida y harta de estar en una habitación que no había abandonado en días.

—Bueno, haremos una cosa. Enviaré a Pedro al pueblo para que te compre algo que ponerte y si te portas bien y descansas mientras tanto, pasearemos juntos por la casa. Son cuatro plantas enormes, no creo que llegues a verla por completo hoy.

David volvió a la ciudad con Pedro y Carlos y Cristina se quedaron en la casa de la sierra mientras ella acababa de recuperarse. Al principio, los días y las noches se sucedieron indistintamente. Cris estaba muy dolorida y, cada vez que Carlos la miraba de reojo intentando captar cómo se encontraba sin que se sintiera observada, la descubría pensativa y triste a veces, o con la mirada perdida y gesto decidido otras.

Pero al cuarto o quinto día, como si algo hubiera revolucionado su mente, la vida volvió al rostro y a la mirada de Cris y se dejó llevar por la fantasía de que podría empezar una nueva vida en cuanto estuviera recuperada del todo. Carlos y ella paseaban por el campo, preparaban la comida y pasaban las tardes frente a la chimenea entre cafés y conversaciones. Carlos nunca preguntó nada sobre la noche en la que la rescató, y ella tampoco le contó nada más.

Por unos días se dieron el lujo de habitar una burbuja de irrealidad donde solo estaban ellos y el mundo exterior no importaba. Él seguía durmiendo a su lado, aunque ambos sabían de sobra que Cris ya no lo necesitaba tanto, pero ninguno de los dos había querido separarse del otro.

Aquella noche, el sonido de la puerta abriéndose lentamente hizo que Cris abriera los ojos y que todos sus sentidos se pusieran alerta. Carlos dormía a su lado, como cada día, así que había

alguien más en la casa. Se sentó en la cama sin quitar la vista de la puerta y esta se abrió dejando ver una figura oscura que empuñaba un arma. Ella quería gritar, pero su voz se negaba a abandonar su garganta y contempló impotente cómo la figura se acercaba hasta la cama, apuntaba a Carlos en la sien y disparaba.

Un grito desgarrador retumbó en toda la casa y Carlos se sentó de golpe, aterrado, intentando despertarse del todo para ver qué ocurría. Cris se lanzó a su cuello temblando y sin poder parar de llorar.

—Tranquila, Cris. Ha sido un sueño.

—Estabas muerto, Carlos. Entró y te disparó... —repetía ella sin dejar de sollozar.

—Estoy bien. Mírame. ¡Mírame! —le dijo en un tono un poco más alto intentando despertarla. Ella lo contempló mientras poco a poco dejaba de temblar y le puso la mano en la mejilla.

—Estás bien... Estás bien... —repetía como si intentara convencerse de que lo otro y no esto había sido un sueño.

Carlos cogió su mano y la llevó justo hasta su corazón para que notara cómo seguía latiendo con fuerza.

—¿Ves? Estoy bien. Estabas soñando. Nadie va a venir a hacernos daño, Cris, nadie. Todo eso ya pasó. Estás a salvo. Estás conmigo.

Carlos volvió a tumbarse con lentitud sobre la cama llevándola a ella consigo y la sujetó con cuidado junto a él. Al principio, simplemente estuvieron abrazados unos minutos, recuperando el ritmo de sus respiraciones, intentando centrarse en que estaban a salvo, lejos de todo lo que a ella le daba tanto miedo. Entonces, Cris levantó la mirada para descubrir que él también tenía los ojos abiertos, clavados en el techo. Acercó sus labios a su barbilla y lo besó con dulzura, provocando que él la mirase algo sorprendido.

—Gracias —le dijo ella.

—¿Por qué? —le preguntó él sin saber muy bien qué decir.

—Por ser la única persona en el mundo en quien confío.

Cris subió un poco su rostro para volver a besarlo, esta vez en los labios, y Carlos se dejó besar al principio, para luego perderse en ella, en sus labios y en su aliento, mientras le acariciaba el pelo. Por un instante, se olvidó de por qué estaban juntos en aquella cama. Se apartó un poco, lo que ella le permitió, pues había algo que tenía que decir antes de seguir adelante.

—Cris, no tienes que hacer nada. No me debes nada.

—Lo sé. Quiero hacerlo —le contestó ella. Su voz era un arrullo entrecortado, su cuerpo buscaba el cuerpo de Carlos.

—¡Dios! —Fue lo último que Carlos fue capaz de articular cuando Cris se colocó sobre él y empezó a recorrerlo lentamente con su lengua, trazando un mapa imaginario entre los puntos que después repasaría con besos húmedos y labios abiertos.

Pasó por detrás de sus orejas, por su cuello y se detuvo en su pulso un momento. Luego siguió su viaje hacia su torso desnudo y perfecto. Él buscaba sus labios y sus ojos, y la colocó de nuevo sobre la cama para mirarla, absorbiendo el instante, memorizándola. Se dejó caer entre sus piernas y se dejó acunar por sus caderas apoyándose en sus antebrazos. El cuerpo de Cris sabía lo que quería esta vez, no como aquella primera en la que simplemente se dejó hacer bajo la experta tutela de Carlos. No. Ahora sus caderas se elevaron buscando el roce con su cuerpo y un leve gemido abandonó su garganta cuando cumplió su objetivo.

Las manos de Carlos encontraron la camiseta y Cris se incorporó un poco para dejar que se la quitara. Perdió el contacto con sus labios cuando él los posó sobre sus pechos desnudos para

luego bajar por su vientre y perderse en lo más íntimo sin que sus dedos abandonaran el terciopelo rosa de sus pezones. En el silencio casi absoluto de la noche, en aquella habitación donde solo estaban ellos dos, unidos por aquella conexión invisible que el destino había tejido sobre ellos desde la noche en la que se conocieron, los gritos de placer de Cris retumbaron por toda la estancia.

Aquella noche Carlos ya no fue el maestro, sino el cuerpo que el cuerpo de Cris conocía, el único que sabía que jamás le haría daño ni le pediría nada a cambio. Tal era la confianza que había depositado en él. Mientras ella se mecía sobre su cuerpo, Carlos solo pudo coordinar un poco sus pensamientos para pedirle que abriera los ojos y lo mirase, porque quería ser él lo único que sus ojos vieran cuando una segunda oleada de placer invadiera sus entrañas.

—¡Mírame! —Fue lo único que acertó a decir—. Cris, mírame...

Sus ojos se abrieron de golpe mostrando sus pupilas dilatadas a medida que se iba inclinando sobre él hasta que sus narices se rozaron, mientras las caderas de Cris seguían el ritmo que marcaban las de él.

—¡No pares, no pares, no pares! —casi gritaba Cris, como si estuviera en trance.

—¡No, nunca! —gemía Carlos con los ojos abiertos de par en par inundados de deseo.

—Por favor, por favor, no pares.

—Déjate llevar, Cris. Déjate...

De nuevo un grito primario, obscuro y totalmente libre de cualquier tipo de vergüenza y Cris se desplomó sobre él casi sin respiración.

En cuanto el aire empezó a entrar y salir con normalidad, Carlos recuperó el control. Se mecía dentro de ella con los labios pegados a su cuello y las manos apretando sus caderas sujetas por las muñecas por las manos de Cris, que parecía decidida a acompañarlo esta vez en su viaje al éxtasis, ambos moviéndose frenéticamente. El cuerpo de Cris se arqueó de tal forma que Carlos tuvo que ponerle las manos en la nuca para evitar que se golpeará la cabeza contra el cabecero.

Un gemido profundo escapó de los labios de ella mientras sus caderas perdían por completo el control, llevándose consigo toda la capacidad de pensar o hablar del chico, que cayó sobre ella repitiendo su nombre una y otra vez. Se miraron, sonrieron y se acurrucaron uno en brazos del otro empapados de sudor. Carlos la miró intensamente, como quien guarda un secreto que cambiará la vida de quien lo descubra.

—Creo que me estoy enamorando de ti.

El corazón de Cris se detuvo un instante y un miedo ancestral se apoderó de ella, un miedo que procedía de lo más profundo de su ser y que trataba de decirle que aquello no había sido buena idea. Aun así, fue sincera con él y consigo misma.

—Y yo de ti.

# Capítulo 15

## En la actualidad

Hay días en los que todo parece conspirar contra uno. Desde el mismo momento en que abres los ojos al despertar y te invade una extraña sensación de alerta sin motivo aparente, pasando por el agua de la ducha, que se niega a salir caliente; el despertador, que no ha sonado; el silencio, que pesa, que toma forma a tu alrededor, que te rodea, que es casi tangible; hasta el mismo momento en el que sales a la calle y el cielo gris, amenazando con dejar caer toda su furia sobre la ciudad, te asalta, casi te grita que hoy no será un día más.

Así se sentía Javier en aquel momento, mirando los nubarrones negros tan fuera de lugar en esa preciosa ciudad costera. Había salido a la calle con la idea de buscar algún bar donde desayunar y ordenar sus ideas antes de ir a visitar el barrio donde Altamiranda reclutaba sus nuevas jóvenes. Al final acabó en el de siempre, uno que quedaba cerca del hotel y que le permitiría no empaparse si por fin la lluvia se decidía a caer.

En cuanto se sentó en el taburete, la voz de la presentadora de televisión del programa que se emitía en directo cada mañana constató lo que hasta el momento para él solo había sido una sospecha: que aquel, efectivamente, no sería un día cualquiera. La voz iba acompañada de la imagen de varios policías en lo que parecía ser una zona montañosa, un paquete deforme y blanco, que supuso que sería un cuerpo, perros y curiosos que intentaban atravesar un cordón policial.

El camarero subió el volumen en cuanto se percató de que su nuevo cliente intentaba escuchar la noticia. Una joven había aparecido muerta en el monte, con signos de violencia y sin que aún se supieran detalles sobre su identidad. Lo sabía. Esa era la sorpresa que aquel socavón invisible en la boca del estómago le había estado anunciando toda la mañana. Una joven muerta. Otras veces se había sentido culpable por un millón de cosas, pero la sensación de falta de aire que lo asaltaba en aquel momento era la primera vez que aparecía.

Soltó en la barra el dinero del desayuno y solo se tomó el café de un trago antes de salir en busca de una bocanada de aire fresco que volviera a poner en marcha sus pulmones. Respiró lentamente, contando los segundos mientras tomaba aire y mientras lo soltaba. Inspirar. Una vez, dos veces, tres. Expirar. Uno, dos, tres, cuatro.

Preguntarse qué había provocado ese estado hubiera sido de un cinismo imperdonable. Hacía dos semanas que había llegado a la ciudad para investigar algo que no era más que una corazonada, algo en lo que ni siquiera debía estar trabajando, pues estaba de baja en el servicio desde el incidente de su compañero. Aunque todo eso ahora carecía de importancia, ya lo resolvería en el momento del juicio. Lo realmente importante era su abrumadora falta de interés en hacer lo que había ido a hacer, cuya raíz no era otra que haber conocido a Cris y haberse lanzado en picado a ese agujero negro que era ella y todo cuanto la rodeaba.

Tal vez fue el destino el que lo llevó a aquel lugar para que salvara la vida de la chica que había

aparecido muerta aquella mañana, mientras su mente y su cuerpo andaban escalando los pliegues de la mujer que iba a ser su perdición. Tal vez si en vez de estar atento a cada uno de sus suspiros, de sus gemidos, de sus miradas, hubiera estado pateando las calles en busca de una señal de que lo que había oído de Altamiranda era cierto, si hubiera empezado por el principio y no por lo más complicado, solo tal vez, le decía la voz de su conciencia intentando salvarlo del abismo al que acababa de asomarse, aquella chica no habría muerto.

Mientras caminaba avenida abajo sin ninguna dirección concreta se le ocurrió que lo primero que tenía que haber hecho era buscarse un aliado en la comisaría de la ciudad, alguien que pudiera ofrecerle información sobre lo sucedido. Demasiado tarde para eso. Solo había hablado con dos personas, Cris y Dina. «Cris». Quizá ella pudiera decirle algo. Quizá había llegado el momento de quitarse la máscara y conseguir las respuestas que necesitaba. Después de todo, para ello solo tenía que hacer las preguntas adecuadas.

Se sentó en uno de los bancos de la avenida y envió un mensaje. Tal vez si obedecía a su instinto de una vez y hacía lo que tenía que hacer, salvara la vida de otra chica, una vida que podía tener las horas contadas y que dependía de que él hiciera su trabajo.

Lo siguiente que hizo fue coger un taxi y recorrer en él el otro extremo de la ciudad, el que a nadie le interesaba conocer. En aquel lugar turístico y lleno de gente de todas partes que iban a buscar sol y diversión, había también una zona sórdida, cruda, que a nadie le interesaba conocer y que las autoridades y los publicistas se empeñaban en ocultar. Todas las ciudades tienen lugares como ese, donde lo único que importa es sobrevivir, ya sea traficando con drogas o con personas, o vendiendo el propio cuerpo al mejor postor.

Conforme uno va abandonando las luces y las fuentes de agua de colores del centro, la belleza del paisaje empieza a declinar y se antoja un estampado de cualquier color degradado del tono más oscuro al más claro. Primero casas carentes de toda la opulencia de las de la zona vip, plazoletas con niños jugando y madres empujando carritos o llevando bolsas de la compra, gente anónima paseando a su perro, hablando con su vecino en chanclas y pantalón corto, totalmente ajenos al lujo de unas calles más abajo. Luego casas y calles más humildes cuyas paredes están adornadas con balcones llenos de ropa tendida y donde aún quedan descampados donde nadie se ha atrevido a construir edificios que saben que no van a vender y que acabarán siendo desvalijados por los vecinos de los alrededores, que venderán todo lo que encuentren en su interior y que después acabarán siendo habitados por vagabundos y drogadictos. Finalmente, zonas de chabolas a lo largo de lo que fue una concurrida carretera nacional. Allí no había nada que ver, nadie con quien hablar.

El viento parece ulular palabras como desesperanza, desilusión, desidia o abandono. ¿Quién puede culpar a cualquiera de los habitantes de un lugar como aquel de ser capaces de cualquier cosa por tener una mínima parte de lo que al resto del mundo parece lloverle del cielo? ¿Cómo, en un mismo espacio, pueden convivir dos mundos diametralmente opuestos?

Lo último que había escuchado en la radio acerca de la chica que había aparecido muerta un par de horas antes era que todo apuntaba a un suicidio y Javier no quería ni imaginarse lo que habrían sido las últimas horas de vida de aquella criatura. En un par de días no sería más que un recuerdo, un titular antiguo perdido en el exceso de información diaria.

Cuando volvió a la zona segura de la ciudad, donde sí había policía en las calles, donde todo tenía cierto sentido, se dirigió al restaurante en el que había quedado con Cristina, uno bastante normal, nada lujoso, en la parte más alta del paseo marítimo. Se sentó en una de las mesas de la terraza a observar el mar en calma. Había dejado de llover, aunque el cielo aún estaba nublado, y

hacía frío, pero donde él estaba no se notaba porque una enorme estufa de exterior templaba el aire a su alrededor.

Cristina no tardó en aparecer. Con sus *leggings*, sus botas altas y su chaquetón con una capucha adornada con falso pelo, parecía una chica más de las que van al instituto cada mañana. En realidad, acababa de caer en la cuenta de que parecía mucho más joven de lo que era, y eso le hizo sentirse un poco mal porque le gustaba más de lo que nadie le había gustado nunca y no sabía lo que ese hecho decía de su persona. Hasta ese momento no se lo había planteado y aparcó la idea a medida que ella se acercaba sonriendo. Se quitó la capucha y se sentó a su lado después de darle un beso en la mejilla.

—¡Hola! —El respondió a su beso sonriendo como solo era capaz de hacerlo en su presencia. «¿Qué has hecho conmigo?».

A falta de una palabra exacta que describiera cómo se sentía cuando estaba junto a ella, la frase «creo que contigo soy capaz de cualquier cosa», podría valer. Ahí estaba ella, llenando todos los huecos oscuros de su mente con su sonrisa y con el brillo de sus ojos, a pesar de todo, como si nada de lo que le había sucedido hubiera podido con ella, o como si, por el contrario, la hubiera hecho desaparecer para siempre, dejando a la vista ese rostro y ese cuerpo perfectos y vacíos, custodiando solo Dios sabe qué en su memoria.

—Me alegro de que me llamas. Te he echado de menos. —Cris hizo unos falsos pucheros.

—Bueno, ya sabes dónde me alojo. Puedes venir a verme cuando quieras. Desde luego, lo de ir yo al casino vamos a descartarlo una temporada.

Cuando el camarero se acercó a tomar nota de lo que iban a tomar, pidieron una botella de Ribera del Duero para empezar y un par de platos para picar, y compartieron unas miradas cómplices, de las que se lanzan quienes han cometido juntos el mismo crimen.

—¿Has oído lo de la chica que ha aparecido muerta? —Si había algo que definía a Javier, era su absoluta incapacidad para encontrar la forma más sutil de decir las cosas.

—¿Quién no lo ha oído? —Sus ojos ya se habían perdido en el horizonte, en la fina línea que separa el mar del cielo, que aquel día era casi innecesaria por el color grafito del agua en contraste con el gris menos sobrio de las nubes.

—Cristina, necesito tu ayuda.

Algo le había susurrado en su cabeza en algún momento antes de ahora que si le había confiado su cuerpo y todos sus sentidos, no había razón alguna por la que no pudiera confiarle su alma.

Ella lo miró con los ojos ligeramente entornados, quizá intentando imaginar para qué podía querer él su ayuda, si ella no era nadie fuera del Dark Side. Javier se inclinó un poco, acercando sus labios a la oreja de Cris, y ella lo imitó por pura inercia.

—Soy policía.

Tres... Dos... Uno... Ninguna reacción.

—Vaya, no veo que te hayas sorprendido demasiado.

—Creo que si alguien viniera y me dijera que ha resucitado de entre los muertos o que procede de otro planeta, tampoco me sorprendería. —Su gesto era de total indiferencia.

—Pero me crees, ¿verdad? —le preguntó mientras sacaba la cartera con su placa para mostrársela. Ella hizo un gesto con su mano derecha, pidiéndole que lo dejara estar.

—¿Y en qué puedo ayudar yo a un policía?

Javier le contó por encima por qué se encontraba en la ciudad y cómo había acabado en el Dark Side por primera vez, omitiendo cualquier detalle que tuviera que ver con la vergonzosa distracción que había supuesto el mero hecho de haberla conocido, pues desde entonces no había sido capaz de

pensar en nada más que no fuera cualquier forma posible de hacerla sonreír.

—Lo único que puedo decirte es que esa chica no está en el Dark Side.

—Pero ¿puedes intentar averiguar algo?

Javier se había dado cuenta de que Cris sabía más de lo que acababa de decir pues se había removido en la silla, como si estuviera incómoda, y ya no lo miraba a los ojos.

—No sabes lo que me estás pidiendo. Altamiranda es capaz de cualquier cosa. Quizá mañana la chica que aparezca envuelta en una sábana en las noticias sea yo.

—No digas eso. No quiero que te pase nada. Solo necesito un lugar por donde empezar a investigar. Está claro que no voy a sacar información en la zona donde se supone que tu jefe consigue a las chicas.

—Ya te he dicho que no está en el Dark Side. Santiago tiene muchos negocios, y no solo en esta ciudad, incluso tiene un par en el extranjero. Esa chica puede estar fuera del país.

—Dudo que eso sea así. Por desgracia, aquí hay mucha demanda de chicas jóvenes, aunque no sea tan descarada como en otros países. No creo que la haya sacado de aquí.

—Si está en su poder, estará en algún lugar que no esté relacionado con él. Es muchas cosas, pero no es tonto. Esa niña no puede exhibirse como hacemos nosotras en el casino.

Javier dio un sorbo a su copa. Cris, cuya actitud había cambiado por completo desde que se había sentado con él, hizo lo mismo.

—¿Y cómo acaba un policía de otra ciudad investigando aquí? —Lo único que quería era cambiar de tema.

—Estoy suspendido.

—¿Tú? Eres una caja de sorpresas. —«No me mires así, ya estoy lo bastante avergonzado»—. Bueno, no tienes pinta de ser de esos a los que suspenden. ¿Qué puedes haber hecho mal?

Javier lanzó una sonrisa cargada de incredulidad.

—Vaya, no sé cómo tomarme eso.

—Tómalo como un cumplido. —Sonrió ella volviendo a beber de su copa—. En serio, tienes pinta de ser honesto, incorruptible.

—Una de las policías de mi comisaría denunció a mi compañero por acoso sexual y la apoyé.

—¡No me lo creo! —exclamó ella sorprendida abriendo los ojos de par en par.

—Pues sí, créetelo. Es un cabrón que ya se ha librado de muchas denuncias. Ser mujer y policía es muy complicado, aunque parezca que todo eso ya está superado. Algunas de las víctimas de sus juegucitos no fueron capaces de denunciar.

—No me extraña. Oye, yo creía que los policías estaban muy unidos entre ellos, no sé cómo explicarme. Ya sabes, ese rollo de compañeros que se guardan las espaldas mutuamente.

—Te entiendo, y es cierto, por eso estoy suspendido. Hasta que salga el juicio y se corrobore el testimonio de la víctima y el mío, no hay nada que hacer. Y después supongo que tendré que mudarme, no creo que sea agradable pasearme bajo las miradas de los demás después de esto.

Cris respiró con profundidad y exhaló antes de hablar, sonriendo levemente.

—Sabía que eras diferente. —«Siempre supe que podía confiar en ti».

—¿Crees que podrías averiguar algo?

—Podría intentarlo.

# Capítulo 16

## Un año antes

Una mañana helada y oscura, como muchas de aquel mes de diciembre, una figura bajo una capucha que cubría casi por completo su rostro titubeó un instante antes de aferrarse al pomo de la puerta que conducía al interior del hotel que formaba parte del complejo del casino de Altamiranda. Con un empujón de esos en los que finalmente uno piensa que quizá lo mejor sea dejar que el destino tome la decisión, abrió la puerta y se colocó en el mostrador de recepción, a sabiendas de que en cuanto el encargado levantara la cabeza, llamaría al dueño del local.

Su voz, tras apretar el botón del manos libres del teléfono, dijo:

—No se imagina quién acaba de entrar.

Cuando Altamiranda se presentó en el *hall* llevado por la curiosidad y la promesa de que sucediera algo que lo sacara del aburrimiento en el que se había convertido su vida últimamente, la figura encapuchada se descubrió la cara mostrando su hermoso rostro. El tiempo se detuvo. Los ojos de Santiago no podían dar crédito a lo que estaba viendo.

—Tienes huevos, Cris. Tienes más huevos que todos mis hombres juntos.

Allí, delante de él, una Cristina algo menos asustada que la primera vez que la vio lo miraba con fijeza, como si quisiera retarlo, como si hubiera ido a decirle que no había conseguido destruirla por completo, y el hombre no sabía si tomárselo como una ofensa o como un halago. Se la había llevado Olmedo, él mismo lo había visto en las cámaras de seguridad y había puesto a sus hombres a trabajar en la búsqueda de la pareja. Nadie se llevaba a una de sus mujeres y quedaba impune.

Cristina era de su propiedad, lo fue desde el momento en el que la vio hablando con el joven Olmedo en la discoteca y supo que tenía que intervenir de alguna manera para que le fuera de utilidad en sus negocios con su padre. Lo fue desde que la llevó al casino, desde que mató a su padre para que nunca más quisiera ser libre. La razón por la que en lugar de quedarse con aquel hombre e intentar retomar su vida hubiera vuelto allí era todo un misterio para él.

Lo primero que se le pasó por la cabeza fue que se hubiera imaginado que los estaría buscando para darle su merecido a Carlos por lo que había hecho, y le pareció más que convincente. No lo hubiera matado, aún no, lo necesitaba para llevar a cabo sus planes de expansión, necesitaba que siguiera ocupado en salvar a Cristina. Ahora que sabía de lo que había sido capaz por ella, sabía que volvería a buscarla, y no podía consentir que la encontrara. Ella era su único as en la manga. Tenía que hacerle saber que había vuelto con él, y, sobre todo, tenía que averiguar si había acertado en el motivo.

Nana no pareció muy contenta de ver a Cris de nuevo, aunque su mirada, por mucho que intentó ocultarlo, era de cierto orgullo más que de contrariedad. Esa maldita niña le había dado más problemas que todas sus chicas juntas desde que había llegado allí, aunque Cristina ya había

previsto todo eso. Lo vio el primer día que la miró a los ojos. Y en tan pocas semanas, su mirada no era la misma. Cada día que se cruzaba con ella en las instalaciones que rodeaban el casino, cada noche que la veía con los clientes en el bar, descubría un matiz diferente en sus ojos, un brillo casi espeluznante que conocía muy bien porque también lo poseía. Era la mirada de quien lo ha perdido todo y sabe quién es el culpable. Y, peor aún, sabe que le va a hacer pagar por ello.

# Capítulo 17

## Mucho tiempo atrás

Roberto Altamiranda nunca fue famoso por dar segundas oportunidades a quienes lo traicionaban ni por tener demasiados amigos de verdad. Confiaba más en sus hombres, los que siendo aún muy joven habían atravesado medio mundo junto a él hasta afincarse en aquella ciudad. Y si había un hombre en quien confiaba ciegamente, era en sí mismo. Sin embargo, Ismael fue desde el principio una excepción, desde el preciso instante en el que se conocieron en una gala benéfica organizada por la madre de este, poco después de que Roberto aterrizara en la ciudad.

Ismael era un joven muy inteligente y educado, con carácter y, lo que más maravillaba a Altamiranda, conocía y manejaba toda la intrincada red de los bajos fondos a la perfección. Sabía quién era cada cual en aquel mundo de brumas y frágiles lealtades donde los colores se difuminan y reinan todas las sombras del gris. Digno vástago único de sus padres, lo habían estado preparando para que un día heredara la ciudad en la que ellos reinaban, y había estudiado Derecho en la mejor universidad, sin perder de vista su objetivo: conocer la ley y conocer la trampa, dominar todos los subterfugios legales que lo convertirían en el mejor abogado de los ricos y poderosos de su ciudad, a lo que se dedicó en cuerpo y alma en cuanto acabó los estudios.

Cuando la madre de Ismael empezó a oír con demasiada frecuencia el nombre de Roberto Altamiranda, un hombre que se decía procedía de algún lugar de América Latina, cuando poco después se enteró de que se había afincado en la mansión más grande de la zona con su séquito de hombres, que, aparentemente, lo seguía a todas partes, supo que tenía que abrirle las puertas de la ciudad antes de que él decidiera derribarlas a balazos.

Por fin aquella noche de guirnaldas y champán se encontró con él en los jardines del hotel donde celebraba la gala benéfica, y su sorpresa fue mayúscula al descubrir que no era más que un crío, más o menos de la edad de su hijo, demasiado joven desde luego para que su reputación lo precediera de aquel modo.

Ella y su marido controlaban todo lo que entraba y salía de la ciudad, drogas, dinero y mujeres, y la finalidad de eventos como este no era otra que limpiar todo el dinero que circulaba por ella. En aquellas fiestas los ricachones se entregaban a sus vicios más perversos sin ningún tipo de reparo y sin ser juzgados. Las prostitutas de lujo se paseaban entre las subastas de arte disfrazadas de meras espectadoras, y eran las azafatas de las galas y las maestras de ceremonia de las fiestas de verano, en los yates durante el día y en las discotecas durante la noche.

Ella era Ingrid VonKleist, heredera del título de su linaje, que por aquel entonces aún poseía su padre, el conde VonKleist, y de todo cuanto la rodeaba: lujo, opulencia, poder. La edad de oro que vivía la ciudad —en la que el puerto estaba plagado de yates y coches de lujo, las calles, más seguras que nunca, llenas de restaurantes, clubs de moda y tiendas exclusivas— la había traído ella con su dinero, su inteligencia y su ambición, atrayendo a la villa a deportistas, viejas y nuevas

glorias de la música y el cine, y a la más rancia nobleza europea en declive, que necesitaba un lugar donde sentir que aún conservaban el *glamour* de otros tiempos. La prensa del corazón se encargó de perpetuarla como centro neurálgico de la vida social del país y del continente: la ciudad donde siempre brillaba el sol.

Roberto e Ismael conectaron enseguida hasta el punto de que pronto fue imposible ver a uno sin el otro, ya fuera jugando al golf, comiendo en los mejores restaurantes o bañándose en la playa rodeados de una corte de mujeres que los acompañaban siempre. Gracias a la ayuda de Ismael, Altamiranda compró un viejo complejo hotelero y lo convirtió en el mejor casino del país, construyendo poco a poco un hotel de lujo, un *spa*, una gigantesca discoteca y un restaurante. Ir a aquella ciudad y disfrutar de los placeres que ofrecía en sus distintos negocios el ya famoso Roberto Altamiranda se convirtió en el objetivo de toda la *jet set* de Europa.

El paso del tiempo no hizo sino afianzar aquella hermandad creada y, apenas diez años después de haber llegado a aquel lugar, Ismael ejercía de padrino en la boda de su amigo. Un año antes, Roberto había caído rendido a los pies de una preciosa joven a la que había conocido en una de las muchas fiestas que se celebraban en cualquiera de sus locales. Era una más del grupo de *cáterin* que había ido a adornar y preparar la comida para el evento, pero a sus ojos era la más hermosa y, para desgracia de su ego, la única que parecía no conocerlo ni querer siquiera hablar con él. La persiguió durante toda la mañana por las cocinas del casino y por la tarde, mientras adornaban los jardines con guirnaldas y flores de tela.

Intentó impresionarla de todas las formas posibles, con su ingenio, con sus respuestas rápidas y agudas, con su atractivo. Al final de la velada, cuando todo el mundo se marchó a terminar la fiesta en la playa y las furgonetas de la empresa de *cáterin* se habían ido, justo en el instante en el que Roberto se dirigía al interior de la casa por la enorme escalinata de piedra que llevaba hasta ella, se percató de su figura diminuta, apoyada contra la pared de la entrada, sonriendo, esperándolo. «Ahora sí aceptaría ese paseo, esa copa de champán y una buena conversación», le dijo haciendo referencia a las distintas invitaciones a las que había sido objeto todo el día por parte de él.

Él sonrió como lo hubiera hecho un niño abriendo sus regalos de Navidad. Nunca una mujer lo había rechazado durante todo un día, pero además descubriría que a ella no le importaba quién era él ni todo su dinero, y que no pensaba ponérselo tan fácil como lo habían hecho todas las que antes habían pasado por su vida.

Aquella primera noche supo que trabajaba con la empresa de *cáterin* para pagarse los estudios en la universidad, y que todo el mundo ya la había avisado de que el joven Altamiranda era un *mujeriego* empedernido que no la dejaría en paz en cuanto se percatara de su belleza y de su ingenio, cosa que apenas le llevó un par de horas.

Esa primera noche llevó a otras en las que se conocieron, en las que Roberto fue capaz de contarle cosas sobre él que jamás había contado a nadie porque lo hacían sentirse avergonzado, culpable, o las dos cosas. Le contó cómo había llegado desde tan lejos y cómo se había convertido en una celebridad gracias a la ayuda y los consejos de su mejor amigo.

Un par de encuentros más tarde, una noche de septiembre, mientras paseaban de la mano con los pies en el agua por la orilla de la playa, Roberto se atrevió a mirarla de frente y a dejar que sus ojos lo delataran. Estaba enamorado de ella y ella de él. No de la máscara, no del personaje *juerguista* y *mujeriego* que todo el mundo conocía, sino del que le había abierto su corazón y su mente en tan poco tiempo.

Cuando por fin se atrevió a rodear su cintura con sus brazos y besarla —primero suave y

lentamente, porque no tenía prisa en que aquel beso terminara, y luego, con toda la fuerza del miedo que le provocaba lo que sentía por ella, pues jamás antes lo había sentido por nadie—, cuando acarició su pelo mientras su otra mano lo hacía con sus caderas, María, una chica que nunca había conocido a nadie que irradiara aquel magnetismo, aquel poder, descubrió a qué sabían las tormentas. Y ya nunca más se separaron.

Pero en este mundo de poder, dinero y asuntos turbios, la amistad se tambalea como una hoja en otoño con los vientos del cambio, y si este viene propiciado por un hombre rico, uno que lo quiere todo para él y su corte de algún país de Oriente Medio, de donde procedía el príncipe en cuestión, no hay lazo de dinero, de sangre o de amor que pueda soportar tamaña sacudida. Así, mientras el jeque y su corte aumentaban sus ganancias y su influencia gracias al matrimonio de Ismael con una princesa digna de *Las mil y una noches*, hija del príncipe de Oriente, Roberto Altamiranda contemplaba cómo su poder menguaba por momentos y sus negocios empezaban a ser objeto de escrutinio por parte de las mismas autoridades que solo unos meses atrás se habían emborrachado en sus clubs y se habían estado acostando con sus mujeres a cambio de su silencio.

Quien antes fuera su amigo, ahora amenazaba con quitarle todo cuanto le había ayudado a conseguir. El jeque no quería rival, y menos un muchacho a quien triplicaba la edad. Fueron tiempos difíciles en los que llegó a pensar que tendría que marcharse a otro lugar, derrotado, con el rabo entre las piernas, expulsado del edén por el mismo que le había abierto las puertas años atrás.

Lo único que lo mantuvo sereno y luchando por defender su territorio fue que María albergaba en su vientre el fruto de su amor, el sueño de toda la vida de Roberto. Él nunca conoció a su padre y siempre había anhelado en secreto tener un hijo y ser para él todo lo que él nunca tuvo. En el fondo, siempre fue un romántico. Quizá por eso, cuando en la lujosa clínica en que atendían el parto de su hijo, el médico le dijo que la cosa se estaba complicando y que tenía que salir de la habitación porque tenían que preparar a su mujer para una cesárea de urgencia, lo primero que le vino a la cabeza era que estaba maldito, porque no puede ser que la vida se cebe casualmente con la misma persona durante años.

Los rayos que iluminaban el pasillo del hospital mientras veía la lluvia empapando los cristales y los truenos que hacían temblar las ventanas parecían querer darle la razón y, por un momento, se sintió envuelto en un hechizo.

No era creyente, no lo había sido ni siquiera de niño, tal vez porque no había tenido o no había necesitado motivos para creer, pero aquella noche rezó durante el tiempo que su mujer estuvo en el quirófano y prometió cosas que jamás creyó que prometería a un ser en quien no creía a cambio de que todo saliera bien, pero que no dudaba que iba a cumplir en cuanto su mujer y su hijo estuvieran a salvo entre sus brazos.

El rostro del médico que apareció en el pasillo horas después no dejaba lugar a dudas. Su corazón ya se estaba desangrando en su pecho antes de que el hombre pronunciara las palabras más horribles que su mente recordaría a lo largo de toda su vida: «Lo siento. No hemos podido hacer nada». Roberto supo que estaba equivocado en cuanto a su valoración del dolor que había sentido hasta ahora por distintas circunstancias, porque sí que había un dolor que aún no había conocido y que ahora amenazaba con ahogarlo con lentitud, dejándolo sin aire y sin fuerzas, vaciándolo de esperanza. De no haber tenido un hijo por quien luchar, seguramente se hubiera dejado morir, pero cuando unas horas después tuvo a su hijo entre sus brazos y sus lágrimas se mezclaron con las del niño, una furia desconocida se apoderó de él y juró que haría lo que tuviera que hacer para que aquella criatura no conociera toda la pena y el vacío que inundaban su vida en

aquel instante.

A partir de aquel día, Roberto, que siempre fue hombre de pocas palabras y mucha acción, se rebeló ante el abandono de quien él consideraba un hermano, todo lo contrario, convirtió a quien antes era su mejor amigo en su principal enemigo y arremetió contra él como lo hubiera hecho un animal herido, con todas sus fuerzas y con todas sus armas. Le arrebató todo cuanto tenía, familia, propiedades y, en última instancia, en una noche sin luna, su vida y la de su mujer mientras dormían tranquilamente en su cama. La furia de Caín.

Cuando ambos yacían uno junto al otro, el brillo carmesí de la sangre resbalando por sus rostros sin vida, rodeados por un silencio sepulcral, un llanto infantil desvió la atención de Roberto. Una cuna de madera blanca, a la que dirigió sus pasos mientras guardaba su pistola en la parte de atrás de su pantalón, daba cobijo a una criatura que, por el color rosa de sus ropas, era una niña. Ni siquiera había visto antes la cuna, fuera de su ángulo de visión como estaba, junto a una de las paredes de la habitación. Unos enormes ojos negros empapados en lágrimas recibieron su mirada en cuanto se asomó al interior del capullo que acogía al bebé. Cogió el chupete que había a la derecha de la niña y, después de darle unos toquitos en los labios con el mismo y hacerla sonreír, se lo puso, para luego tomarla en sus brazos y marcharse de aquella casa sin mirar atrás. Roberto era las dos cosas, un ángel y un demonio. Un hombre que había sido capaz de matar a sangre fría a su amigo y a su esposa mientras dormían y que luego jugueteaba con un chupete sobre los labios del cachorro de sus víctimas.

A la mañana siguiente, todo el mundo sabía quién era Roberto Altamiranda y de lo que era capaz, y si querían seguir con vida y proteger las de sus familias, más les valía no ahondar en la herida.

Volvió a ser quien era, el dueño y señor de la ciudad donde siempre brilla el sol, el que cerraba las bocas de quienes se atrevían a ir a por él con sobornos o con chantajes y, en caso de necesidad, con la misma muerte. El inmisericorde Roberto Altamiranda.

## Capítulo 18

### Unos meses atrás

De todas las personas que Carlos hubiera podido imaginar que encontraría al abrir la puerta de la habitación de su hotel, ella ni siquiera era una posibilidad. Por eso, cuando se encontró con su elegante figura envuelta en un abrigo rojo, con una mirada en los ojos que delataba que estaba tan nerviosa como él, solo pudo esbozar un frágil:

—Eres tú... —«Eres tú. Por fin eres tú».

Instintivamente, se hizo a un lado para dejarle espacio por el que entrar en la habitación y, con desconcierto absoluto, cerró la puerta tras de sí.

—Cristina... —A pesar de los nervios, de la sorpresa, su nombre salió casi en un suspiro, tenue, apenas audible.

En todos los escenarios en los que, en su mente, ese encuentro ya había tenido lugar, lo primero que hacía era abrazarla con toda la fuerza del tiempo que había pasado sin ella, con todo el miedo, con todo el alivio de volver a tenerla entre sus brazos. Y luego se besaban con la pasión con que se besa el fantasma de lo que se ha perdido, con amor, dolor y rabia. Sin embargo, ahora que la tenía delante, con las manos en los bolsillos de su abrigo y aparentemente incapaz, como él, de articular palabra, solo una frase consiguió abrirse paso entre sus labios:

—Creí que nunca volvería a verte.

Después tragó saliva, le dio la espalda para servirse un trago que le devolviera la temperatura que su cuerpo parecía haber perdido y cerró los ojos cuando el *whisky* se deslizó por su garganta. Antes de que se diera la vuelta, por fin Cristina acertó a decir algo. Probablemente, ni siquiera fuera lo que había planeado.

—Dina me dijo que querías verme.

Cuando el joven por fin se giró, la expresión de su rostro había cambiado radicalmente. La sorpresa dando paso a la confusión más absoluta.

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme? —La decepción sobrevoló el espacio entre ambos como una sombra, como un fantasma. Cristina simplemente se encogió de hombros. Sabía que nada de lo que hiciera o dijera compensaría el dolor que le había causado al dejarlo. Carlos se iba acercando a ella a medida que hablaba, lentamente, enfatizando cada palabra con un paso firme hasta que se colocó justo delante.

—Llevo casi nueve meses buscándote. He recorrido el país visitando todos y cada uno de los clubs de Altamiranda esperando encontrarte en alguno de ellos. He pagado detectives que no me han servido de nada. —Su voz iba subiendo de tono según continuaba y la profundidad azul celeste de sus ojos se había oscurecido hasta casi haber eliminado por completo su verdadero color—. He acosado a Dina pidiéndole un encuentro contigo. ¡Joder, he vendido a mi propio padre para poder entrar de nuevo en el Dark Side!

Cuando su voz ya era casi un grito, Cristina tembló y se encogió un poco. «Me estás dando miedo».

«La he asustado».

Ella se dio la vuelta para marcharse de allí y la misma voz que la había hecho estremecerse la detuvo, esta vez con una súplica, como arrodillando sus palabras ante ella en un puro acto de devoción.

—¡No! ¡No te vayas! —«¡Por favor, por favor, no te vayas!».

La tomó con suavidad por el codo, intentando detenerla sin asustarla más, y para su sorpresa, antes siquiera de darse la vuelta, empezó a hablar, sabiendo que no podría soportar el peso de su mirada ni el de todas las cosas que callaba, que, seguramente, eran más horribles que las que le había dicho.

—Volví con él. Volví al Dark Side.

Carlos volvió a colocarse delante de ella rodeándola, sin dejar de observarla para no perderse ningún detalle de lo que sus ojos pudieran confesarle, aparte de lo que le dijeran sus labios, mientras escuchaba su respuesta. Había hecho tantas veces aquella pregunta al aire que ahora ni siquiera estaba seguro de querer saber la respuesta.

—¿Por qué? —«¿Por qué me abandonaste? ¿Por qué me desposeíste de todo cuanto era para luego marcharte? ¿Por qué me dejaste creer que sentías por mí lo mismo que yo por ti y luego saliste de mi vida como si tal cosa?».

De entre todas las cosas con las que Cristina no contaba, una de ellas era el dolor sordo que atravesó el rostro de Carlos mientras ella decidía la mejor manera de contestar a aquella pregunta.

—Porque te habría matado.

Carlos parpadeó un par de veces, como si intentara hacerse a la idea de lo que aquellas palabras significaban en la mente de Cristina.

—Sabía que tú me habías sacado de aquel lugar. Solo era cuestión de tiempo que diera con nosotros. No tuve otra opción.

Cuando por fin consiguió deshacerse del nudo de su garganta, pudo decir, asiéndola con más fuerza:

—Habríamos huido, Cris. Nos habríamos marchado al extranjero, a cualquier lugar donde no hubiera podido encontrarnos.

Porque él era así de posesivo con todas las personas a las que quería, porque era un egoísta que sabía de sobra que no estaba a la altura de lo que ella merecía, pero que la quería con la inocencia y la arrogancia que un niño quiere a su madre, solo para él, y lo demás no le importaba una mierda.

—Habrías dejado todo por mí, tu familia, tu trabajo, tu vida. ¿Cuánto hubieras tardado en arrepentirte? ¿Cuánto en descubrir que, después de todo, huir con una puta no había sido tan buena idea?

Ahora era su voz la que había subido de tono. Ahora eran sus ojos los que bailaban en llamas.

—¡No hables así! —«No digas eso de la persona a la que más quiero».

—¡Es la verdad!

—¡Entonces no lo era!

—¡Ahora lo es! Sería incapaz de contar con cuántos hombres me he acostado en estos últimos meses, cuántas veces me han pegado, me han atado y me han violado. Tuve que pagar por haberme marchado contigo. Y si no hubiera vuelto, ni tú ni yo estaríamos aquí.

Carlos exhaló casi de golpe todo el aire de sus pulmones antes de ser capaz de recomponerse lo

suficiente como para volver a hablar.

—Lo siento mucho, Cris, de verdad que lo siento. Pero ya estás aquí, todo eso puede quedar atrás. ¡Dios, cómo he soñado con volver a verte, a tocarte!

Sin que ninguno de los dos se hubiera dado cuenta, los brazos de Carlos ya la habían rodeado y, con los ojos cerrados, le besaba dulcemente la sien, la frente, el nacimiento del pelo, mientras respiraba el olor dulce de lo que fuera que hubiera utilizado hoy en la ducha. Una de sus manos se enredó entre su cabello... Adoraba su pelo, aunque no creía que se lo hubiera dicho nunca. Le encantaba porque su melena reflejaba una suerte de libertad indomable, de felicidad genuina y salvaje. Ella, de manera, reposó la cabeza sobre su pecho y se dejó mecer por los latidos de su corazón, aquel que no había escuchado durante meses.

—Cuando volví al casino, estuve al servicio exclusivo de Santiago. —Bajó la mirada al sentir el calor que encendió sus mejillas. Era la primera vez que hablaba de aquello y una gran vergüenza la invadió de pronto—. Hasta que se cansó. Siempre se acaba cansando. Luego empezó mi periplo por varios clubs lejos de aquí. Nunca estaba demasiado tiempo en ninguno ni tenía el mismo nombre, ni siquiera el mismo color de pelo. Durante meses, no estuve segura ni de quién era.

Carlos se sentó sobre la cama, llevándola consigo. La escuchaba con atención, casi sin respirar, por puro miedo a que cualquier movimiento o gesto la hiciera desvanecerse en el aire.

—He hecho tantas cosas...

Finalmente, Cris rompió a llorar como hubiera querido hacerlo desde la última vez que se vieron. Su nombre surgió de su garganta lleno de todo lo que entonces era incapaz de decir.

—Cristina... —«Mi Cristina».

No dejaba de acunarla entre sus brazos porque necesitaba tocarla, necesitaba sentir que aquel encuentro era real y no como aquellas veces en las que se despertaba de un sueño y ella ya no estaba.

—No tienes que contármelo.

Aunque esperaba, de esa forma resignada y estoica en la que la gente que ya ha perdido cualquier esperanza espera las cosas, que algún día fuera capaz de descargar en él el peso que ahora llevaba en su alma.

—No creo que jamás pueda expresarlo con palabras —seguía sollozando ella, como si le hubiera leído el pensamiento. —Cuando por fin pudo contener el llanto, se limpió los ojos con el dorso de las manos mientras un suspiro entrecortado la traicionaba. Se bebió el *whisky* casi de un trago para reunir las fuerzas que necesitaba y seguir hablando—: Cuando Santiago decidió que ya había tenido suficiente castigo, me trajo de nuevo aquí. Estaba segura de que jamás volvería a verte. Y la noche que te vi en el Dark Side no sabía qué pasaba, por qué estabas allí. —«¡Malditas lágrimas, dejadme hablar!»—. Luego volví a verte allí de nuevo y ya no supe qué pensar. Quería que me buscaras y, al mismo tiempo, tenía tanto miedo de que te acercaras...

—Quise acercarme, lo juro. Pero Altamiranda me miró de tal forma que supe que si hablaba contigo te pondría en peligro.

—¿Cómo supiste que estaba aquí?

—No lo sabía. Lo supe cuando te vi. Cedí a todo lo que Altamiranda me pidió, le serví el negocio de mi padre en bandeja y todo lo que he conseguido ha sido poder entrar de nuevo a sus locales sin que sus matones me den una paliza.

El silencio los rodeó un instante como una bruma espesa, mientras cada uno se perdía en sus recuerdos de los últimos meses. El mismo silencio que tantas veces había sido testigo de su

impotencia, de su rabia, los inundó de emociones antiguas, llevando a su memoria imágenes enterradas a base de lágrimas y alcohol. Cristina anudó sus dedos a los de Carlos y con la otra mano le acarició su rostro perfecto, al tiempo que él cerraba los ojos dejándose embriagar por la sensación de aquel gesto.

—Hay otra razón por la que volví aquí. —Cris se aseguró de que Carlos le prestaba toda su atención antes de seguir hablando—. No sé cuándo ni cómo, pero un día... te juro que un día mataré a Santiago Altamiranda por todo lo que me ha hecho.

Al escuchar esas palabras, una descarga de algo innombrable le atravesó el pecho.

Carlos se recordó a sí mismo el día que, mientras la curaba, juró que mataría a Altamiranda con sus propias manos, después de haber reproducido todas y cada una de las heridas de Cristina en su cuerpo. No lo había olvidado, aunque no contestó, porque si uno de los dos tenía que perder su alma para que Altamiranda recibiera su justo castigo, él no dejaría que fuera Cris. Ahora que sabía que ella tenía la misma intención que él, quizá tendría que adelantar su plan.

—Tengo que marcharme ya. —«¡No, no!»—. No me mires así, Carlos. Por tu propio bien, no debemos volver a vernos.

—¡No te vayas! Haré lo que quieras, lo que sea...

Esa entrega voluntaria de una persona era un poder absolutamente desconocido para ella hasta ahora. Era tener un corazón latiendo en la palma de la mano, entregado con libertad.

Un escalofrío recorrió su espalda desde la nuca y reunió el valor suficiente para darse la vuelta y darle un último beso, y aquel, como en todos los otros que habían compartido, sintió que le insuflaba vida, que la curaba de dentro a afuera y la absolvía de todos sus pecados. Y por eso, solo por eso, ella se soltó de su abrazo y se marchó. Después de todo, Carlos, su calor, su habitación, eran otro universo, uno en el que todo era posible, igual que en su cabeza obstinada y carente de cualquier tipo de raciocinio por su culpa, y ella no pertenecía a ese mundo, sino al real. Y aquella era su realidad, una que ninguna esperanza inútil podía cambiar en modo alguno.

# Capítulo 19

## Unos meses atrás

—Debes haber cabreado mucho al jefe para que te haya largado del Dark Side.

La joven morena no había parado de hablar desde que Cris se había sentado en aquel sillón. No paró de hacer preguntas mientras preparaba el decolorante ni mientras se lo iba aplicando mechón a mechón al cabello, a la vez que masticaba ruidosamente un chicle. Parecía seguir empeñada en no dejar que olvidara ni por un momento que volvía a estar sola en un entorno desconocido, mucho menos sofisticado que el Dark Side.

¿Quién le iba a decir a Cris que un día pensaría en aquel casino como quien piensa en su propio hogar? Allí se había quedado Dina, su única amiga, y ahora mismo no le parecía que haber estado con Altamiranda hubiera sido algo tan horrible como había imaginado, o sería que ya nada le parecía demasiado espantoso con tal de seguir viviendo. Eso debía ser lo que llaman instinto de supervivencia, porque no encontraba otra explicación a seguir queriendo abrir los ojos cada mañana en el infierno en el que se había convertido su vida. Eso y algo que había surgido en su interior con la furia de un huracán: acabar con la vida del causante de todas sus desgracias, Santiago Altamiranda.

Lo decidió una noche mientras yacía junto a él en la cama y pensaba en cuántas mujeres habrían corrido su misma suerte desde que aquella alimaña empezara sus correrías por el mundo de los burdeles de lujo. Mirándolo dormir totalmente relajado, como quien tiene la conciencia libre de toda culpa, una sonrisa cínica resonó en su cabeza diciéndole que ella, la víctima, no dormiría así de nuevo nunca más porque sus recuerdos en forma de crueles pesadillas no se lo permitirían. Porque los miedos no desaparecen por el mero hecho de no pensar en ellos. Sí. Aquel fue el momento en el que decidió que un día lo mataría, aunque fuera lo último que hiciera.

No había vuelto a saber nada de Carlos desde que se marchara de su lado un par de meses atrás, y eso era algo bueno. Al principio, se despertaba de madrugada envuelta en sudor y gritando tras haber soñado que Santiago había descubierto que Carlos la estaba buscando y mandaba a sus hombres a matarlo. Los ojos del joven aparecieron en su recuerdo, un azul infinito detrás de unas largas pestañas parpadeando a cámara lenta, un par de océanos sin fondo, y luego su sonrisa, tímida casi siempre, libre y sonora cuando era ella quien la provocaba. Aunque en sus pesadillas, normalmente caía hacia atrás cubierto de sangre, con un velo de tinta china empañando su mirada, puede que víctima de un disparo o de una puñalada. Eso nunca llegó a verlo, por fortuna.

Los sueños se habían convertido en su particular forma de pavorosa tortura. Entre el miedo que experimentaba con sus pesadillas y el que le provocaba lo que pasaría a su alrededor si se dormía con más profundidad de lo necesario, había logrado no dormir más de tres o cuatro horas seguidas.

Cuando, tras volver al Dark Side después de abandonar a Carlos, habló con Dina, esta le dijo

que no había sido ella quien lo había avisado de que Santiago la tenía encerrada en la planta de abajo del casino. Ninguna de las dos pudo imaginar qué otra mujer podía haberlo hecho. Cristina, sin embargo, agradeció enormemente que alguien más se preocupara por ella hasta ese punto, y puede que hubiera averiguado de quién se trataba de no haber sido trasladada a otro club poco tiempo después.

Y allí estaba ahora, en aquella habitación que hacía las veces de salón de belleza, escuchando a la otra chica cacareando sin parar mientras, según ella, transformaba su sosa melena en una cascada de seda dorada, o al menos eso ponía en la caja del tinte. De todos los colores de los que ella hubiera decidido teñirse el pelo, el rubio platino no habría sido nunca una opción simplemente porque era demasiado atrevido y no iba con su personalidad. Pero al parecer eran órdenes del encargado, que a su vez obedecía a Altamiranda.

La joven que hacía las veces de peluquera se había presentado ante ella como Rocío y no la había dejado mirarse al espejo desde que comenzó a darle forma a su pelo con un secador.

—Es un cambio muy grande, te aviso. Te maquillaré un poco antes de que te veas. Estás muy guapa con el pelo rubio, que lo sepas.

Rocío sonreía satisfecha dando un brochazo de base aquí y otro allá. Luego, le delineó un poco los párpados y le pintó los labios. Cuando por fin le pareció que a Cristina no le desagradaría su imagen, le pidió que cerrara los ojos y giró el sillón para situarla frente al espejo.

—Adelante. Abre los ojos.

Cris obedeció y se encontró de golpe con una extraña que la miraba fijamente desde el otro lado, una rubia desconocida que le recordó a alguna modelo que había visto en televisión, solo que esta no sonreía. Se pasó la mano por el pelo. Lo cierto era que no le desagradaba. Le había peinado la raya a un lado y el cabello le caía a capas sobre los hombros. Luego se tocó la mejilla, intentando reconocerse y casi cejando en el empeño, y comprendió por fin que era otra, porque hacía meses que la joven universitaria que un día fue había empezado a desvanecerse hasta dejar apenas esa sombra de sí misma.

Meses. Ni siquiera había hecho falta un año completo, una vuelta completa de la tierra alrededor del sol, para convertir la imagen del espejo en una desconocida. Miles de batallas han necesitado mucho más tiempo. Tras ella, Rocío no paraba de hablar, o eso creía, porque en realidad no la escuchaba, solo veía en el espejo su rostro y sus labios, que no paraban de moverse.

—¿Me estás escuchando? —casi le gritó la chica para captar de nuevo su atención.

Cris asintió y le devolvió algo parecido a una media sonrisa.

—¿Y qué? ¿Qué nombre te gusta?

—¿Nombre? —repitió Cris como hipnotizada.

—Sí, nombre. Altamiranda no te ha enviado aquí y te ha cambiado de aspecto para que sigas usando un nombre por el que alguien pueda reconocerte.

—Me da igual. Piensa tú uno.

—¿Qué te parece Silvia?

—¿Silvia?

—Sí. Una vez tuvimos por aquí a una chica que se llamaba Silvia. Fue muy buena conmigo. Me dio mucha pena cuando se marchó.

Su mirada brilló con tal intensidad ante el recuerdo de aquella chica que Cris no tuvo ninguna duda. Si iba a cambiar de nombre, al menos que eso significara algo para alguien.

—Vale. Pues que sea Silvia.

Una pequeña parte de sí misma se entristeció, pero otra se alegró porque por fin Cristina había

desaparecido de la faz de la tierra. Ya nadie más sufriría por su culpa, nadie la buscaría y, si lo hacía, no la encontraría. Supuso que de eso se trataba.

—¿Llevas mucho tiempo aquí?

No es que tuviera demasiada curiosidad. Ya conocía muchas historias de otras tantas mujeres que habían acabado en esas circunstancias y al final casi todas le parecían iguales, pero la chica había sido muy amable con ella y creyó que al menos se merecía un poco de interés, aunque fuera fingido.

—Pues mucho más del que quisiera y más aún del que creí que estaría.

—Eso no es muy concreto.

Rocío se sentó en otro sillón frente a ella y se soltó la pinza que recogía su melena morena.

—Siete años. —Cris tragó saliva. A juzgar por el aire de conformidad de Rocío, siete años parecían ser suficientes para que fuera feliz viviendo en el infierno—. Vine aquí después de pasar un año en El Paraíso.

Cris se llevó la palma de la mano a la frente.

—Justo cuando creía que ningún nombre de club podría sorprenderme ya...

Rocío lanzó una carcajada al aire.

—¿Verdad que son horribles? No sé quién coño pone los nombres a estos sitios. Y tú no te quejes, Dark Side suena mucho mejor. Por lo menos, está en inglés.

—¿Y por dónde cae El Paraíso?

Rocío se miró las manos antes de hablar. Cogió una lima y se entretuvo en observar cuál de sus uñas necesitaba antes un repaso.

—Es una pasada de hotel en el campo, como todos los que monta este cabrón. Por eso está forrado, supongo. Tiene *spa*, piscinas, gimnasio, casino... —Seguía hablando casi sin prestar atención a sus palabras, solo pendiente de sus manos—. Es como de donde tú vienes, pero con un aire campestre.

—¿Y cómo es que nunca he oído hablar de él a ninguna chica?

—Porque las que empezamos en El Paraíso no vamos al Dark Side. Nos van distribuyendo por otros clubs.

—¿Y qué tal los clientes? —Si alguien le hubiera dicho a Cris que algún día haría esa pregunta con aquella naturalidad, no se lo habría creído.

—Allí solo van políticos, futbolistas, cantantes, ministros... En fin, gente famosa con mucho dinero con el que pueden pagar sus gustos especiales.

—¿Qué clase de gustos? —Cris arqueó una ceja. Ahora sí sentía curiosidad, aunque no estaba muy segura de querer oír la respuesta a su pregunta.

—Chicas muy jóvenes, cuanto más, mejor. Niñas.

Respiró hondo intentando que esa especie de desconsuelo que le había invadido las entrañas desapareciera.

—No hay un nombre para ese demonio —musitó entre dientes tragándose la rabia.

—No, no lo hay. Las saca de los barrios más pobres de la ciudad. Les da a sus familias una cantidad de dinero que para ellos es muchísimo y las lleva allí, donde vende sus cuerpos por mucho más de lo que él pagó. —Las tripas de Cris se retorcieron—. Suelen estar allí mientras tienen ese aspecto aniñado, aunque no pagan tanto por ellas como la primera vez. Las que van aparentando más edad empiezan a ir de club en club.

Según iba hablando, Rocío parecía hacerse cada vez más pequeña, se encogía en su sillón lanzando aros de humo de su cigarrillo y mirándolos perderse en el aire. Hacía tiempo que Cris se

había hecho experta en ese tipo de gestos, esos que nos disfrazan de normalidad para que nadie pueda ver cómo nos sentimos realmente. Quizá era demasiado observadora en un ambiente en el que no hay mucho que esconder.

—O sea..., que así empezaste tú en esto —dijo al fin.

—Sí. —Rocío apagó su cigarrillo en el cenicero que había sobre la mesita y se levantó—. Pero ya está bien de rollos. ¡Estás preciosa! —Se aclaró la garganta—. Seguro que te reservan para alguno de los más ricos.

## Capítulo 20

### Unos meses atrás

Carlos respiró hondo justo cuando puso el primer pie en el peldaño de la escalinata de piedra que conducía al interior de lo que parecía una mansión de algún rincón de la Provenza. Una mujer joven vestida con un uniforme azul marino, al más puro estilo hotel de cinco estrellas, lo recibió sonriendo y extendiendo una mano para saludarlo.

—Bienvenido, señor Alcázar. —Él respondió al saludo y la siguió por el largo pasillo adornado con puertas a un lado y a otro hasta que se detuvo delante de una de ellas—. Esta es su habitación. Por favor, si necesita algo, no dude en llamarme.

Carlos respondió con un simple «Gracias» y cerró la puerta.

Una enorme cama con dosel le dio la bienvenida en medio de la estancia, rodeada de otros muebles del mismo estilo. El suelo enmoquetado y las cortinas de estampado clásico y discreto no revelaban la naturaleza del lugar, aunque las columnas de madera del dosel le daban una idea del fin con el que habían sido utilizadas. Quien le describiera a Carlos ese hotel como «de estilo campestre» claramente carecía del vocabulario necesario. A él le recordó más bien a la mansión del legendario dueño de *Playboy*, a pesar de que la única mujer a la que había visto hasta el momento no tenía pinta de conejita en absoluto.

Dejó su maleta de fin de semana en la banqueta bajo la ventana destinada a ese uso y se detuvo a contemplar el exterior unos instantes. Había varios edificios similares, todos ellos sobrios, rodeados de jardines y fuentes que de noche se iluminaban. Al regresar junto a la cama, su imagen frente al espejo lo cogió totalmente desprevenido. Aún no se había acostumbrado al nuevo corte de pelo, algo más largo del habitual, ni a su color castaño oscuro ni a su rostro añado carente de la sombra que le proporcionaba su barba de varios días. Unos ojos castaños le devolvían la mirada desde el otro lado, curiosos, casi como queriendo reconocerse. Nunca se le habría ocurrido que unos pequeños cambios pudieran convertirlo casi en un extraño ante sí mismo.

El plan que los tres, Javier, Cris y él mismo, habían urdido, tenía que dar resultado solamente por su sencillez y su descaro. Cambiar de aspecto, alojarse en el lujoso complejo para el que incluso había que contar con padrino, contratar a una de las niñas y sonsacarla. Simple.

El Paraíso no estaba en mitad de la nada, aunque pudiera parecerlo al hallarse rodeado de campo y junto a un caudaloso río. La población más cercana, no obstante, se hallaba a unos veinte kilómetros. Lo que no había, lo que Carlos había estado echando de menos desde que lo perdiera de vista, era el mar, algo desconcertante para un tipo de interior.

Tras ducharse y cambiar su ropa informal por uno de sus trajes de color carbón, bajó a cenar y a familiarizarse con el ambiente. La misma mujer que le había dado la bienvenida lo acompañó al exterior, a otro edificio contiguo en el que se encontraba el restaurante. Carlos se sorprendió al encontrarse con más gente de la que había esperado en un principio y se preguntó por qué nunca

había estado en un lugar así.

El restaurante, elegante, de piedra, con vigas vistas y chimenea, de nuevo traicionaba la naturaleza del lugar, aunque la presencia de hombres de todas las edades en compañía de mujeres que parecían salidas de catálogos de moda sí hacía honor a ella. Justo delante del enorme ventanal que le quedaba enfrente, una reunión que parecía haber empezado mucho antes, a juzgar por las carcajadas de los comensales y los restos de las bebidas en la mesa, parecía no querer dar la fiesta por terminada.

Siguiendo a la mujer que se había erigido en su Cicerone personal, se sentó donde le había indicado, en la mesa opuesta, y se dispuso a tomar una copa de vino antes de cenar. No habrían pasado ni quince minutos cuando los hombres de la mesa alargada empezaron a reír y a jalear, lo que le hizo dudar entre que fuera una reunión de un comité de empresa o de antiguos alumnos de alguna facultad. El motivo del jolgorio no era otro que recibir a cuatro chicas que acababan de entrar en el salón y se dirigían hacia ellos sonriendo complacientemente.

Un hombre con la misma indumentaria que la mujer que lo había acompañado a él hasta allí se acercó al oído de uno de los asistentes a la reunión y el jaleo cesó al instante. Todos se levantaron y abandonaron la estancia detrás de las mujeres.

Carlos cenó tranquilo, sin solicitar ninguna acompañante. Fue después del postre cuando el camarero le sirvió una copa y él preguntó con discreción si era posible conseguir una acompañante para pasar la noche. Una vez el camarero se hubo retirado, la mujer cuya presencia parecía estar convirtiéndose en una costumbre volvió y se acercó a la mesa donde él disfrutaba de su sobremesa. Todo un caballero, como siempre, la invitó a tomar asiento, pero ella lo rechazó.

—No se nos permite sentarnos con los huéspedes. Solo necesito saber si tiene alguna petición especial en cuanto a su acompañante.

—Sorpréndame —fue su única respuesta, acompañada de una de sus irresistibles sonrisas.

La mujer asintió con la cabeza y, antes de retirarse, añadió:

—Le estará esperando en su cuarto.

Una vez terminó su copa, salió del restaurante en dirección a su habitación.

Hasta ese momento, miles de imágenes en relación con aquella noche habían inundado su mente, casi todas ellas incluyendo a alguna chica muy joven y seguramente asustada que hacía que su estómago diera saltos en su interior al recordar la primera vez que se encontró con Cristina. Quizá por eso, cuando al abrir la puerta lo recibió una joven que, abandonando su posición junto a la ventana, se acercaba a él extendiendo los brazos como si lo conociera de siempre, se quedó boquiabierto. Era muy joven, demasiado para lo que se suponía que él había venido a hacer allí. En realidad, demasiado para cualquier cosa que no fuera estar estudiando o charlando con sus amigas.

—Hola, señor Alcázar. Me llamo Daniela. ¿Hay algo especial que le gustaría hacer esta noche?

Carlos tragó saliva bloqueado ante la seguridad de aquella chica, que parecía más que acostumbrada a recitar esa misma frase, seguramente a fuerza de repetición. La forma en la que lo miraba, falsa, viciada, lasciva, lo intimidó más de lo que hubiera esperado, al tiempo que le provocó un profundo sentimiento de tristeza, aunque en aquel momento no lo hubiera sabido definir.

—Un poco directo, ¿no crees? Antes me gustaría que charláramos un rato.

—Como usted quiera. Aquí nos preocupamos de que nuestros huéspedes queden absolutamente satisfechos. En cuanto descubra lo que desea, lo haré realidad. No lo dude.

Y su mirada no dejaba, en efecto, lugar a dudas de que pensaba cumplir lo que prometía.

Pantalón negro ajustado con top rosa que tampoco dejaba demasiado a la imaginación, una preciosa y joven silueta dentro de unas bailarinas negras que le recordaron que, después de todo, era casi una niña. Puede que todo en ella estuviera destinado a hacerle recordar que era muy joven. Nada de maquillaje para un rostro que era perfecto en su inmaculada juventud, pelo largo, rubio, con rizos cayendo en cascadas sobre su espalda y ojos grises y misteriosos entrenados para intrigar.

Cuando él le ofreció algo para beber, ella le pidió cava, cosa que no le sorprendió en absoluto. Claro que bebía alcohol, ¿de qué otra forma se podía soportar ese trabajo?

Se había comprometido a hacer aquello sabiendo lo que implicaba desde el minuto cero y todo parecía mucho más fácil en su imaginación, no como en este momento en el que aquella chica paseaba su mano por su brazo de arriba abajo con una familiaridad pasmosa. No podía permitirse no hacer lo que había ido a hacer porque eso era lo que esperaban de él. Cuando ella se arrodilló entre sus piernas, sonriendo y llevando sus manos a su entrepierna, segura de sí misma, conocedora del poder que el sexo ejerce sobre quienes acuden a este lugar, Carlos rompió el momento.

—Nunca había estado en un lugar así —le dijo para empezar algo parecido a una conversación.

Ella levantó la mirada

—Pero seguro que sí has estado con muchas mujeres, ¿verdad?

—Con muchas más de las que puedo recordar —le contestó, por aquello de que «la duda ofende, oiga».

—Entonces, seguro que lo pasaremos muy bien.

Daniela se incorporó lo justo para arrojarse a su cuello, intentando rozarlo con sus labios, pero él de nuevo consiguió zafarse.

—Lo siento. Creo que esto —dirigió su mirada a su entrepierna— hoy no está por la labor.

Ella sonrió pícaramente.

—¡Oh! Es un poco pronto para darse por vencido. ¿Qué te parecería si me quitara la ropa para ti y me tocara mientras me miras? —Su dedo índice en su labio inferior y su mirada de niña buena, casi haciendo un puchero, le heló la sangre en las venas.

De nuevo, Carlos tragó saliva. No. Su cuerpo y su mente estaban de acuerdo en que aquella noche nada de lo que había planeado iba a suceder.

Daniela se colocó a horcajadas sobre él, lo que provocó que sintiera una profunda lástima por ella, justo lo contrario de lo que se había propuesto. Ante sus ojos, una tragedia estaba teniendo lugar, una que acababa con una chica, casi una niña, sabiendo de sexo lo que a él le había costado aprender toda su vida. La apartó de encima como pudo para levantarse, pero ella lo siguió en su plan de acoso y derribo para conseguir que estuviera con ella mientras permaneciera alojado en el hotel. Así trabajaban las mejores.

—¡Escucha, escucha! —Carlos casi jadeaba junto a su oído—. No quiero hacer esto. No ahora. No aún.

Ella arrugó el entrecejo, entre curiosa y sorprendida. Nunca le había pasado nada parecido. Pensó que si sacaba la caja de juguetes que todas las habitaciones tenían en sus cuartos de baño, quizá le diera el último empujón que necesitaba. No sabía por qué la había solicitado y ahora no quería acostarse con ella. Se sentía rechazada. Eso no era bueno. Más allá del dinero que pudiera perder, lo que más le preocupaba era no estar a la altura de lo que se esperaba de ella.

Carlos se dirigió a la nevera, abrió una botella de champán francés del más caro, por supuesto, y sirvió dos copas. Se sentó en la cama, apoyando la espalda contra el cabecero, y le hizo a

Daniela un gesto para que se colocara a su lado, cosa que ella hizo sin rechistar, esperando el momento en que la noche diera el giro esperado a su favor. El joven encendió la tele y una invasión de imágenes pornográficas tuvo lugar, que lo hicieron casi incapaz de volver a acertar con el botón para apagarla. Cuando por fin lo consiguió, intentó pensar en todo lo que pudiera hacer que el bulto que había aparecido entre sus piernas volviera a su estado de reposo. Su acompañante lo miraba divertida.

—No lo entiendo. Si tan pocas ganas tienes, cosa que dudo —le dijo colocando la mano sobre el bulto—, ¿por qué me has llamado?

Él apartó la mano con toda la delicadeza de la que fue capaz y la miró a los ojos.

—Presta atención, Daniela. Eso —volvió a dirigir su mirada hacia el lugar cuya mano acababa de abandonar— no va a suceder. Así que bebamos y pasemos un buen rato. ¿Te parece?

Levantó su copa y ambos brindaron. Un par de copas más tardes, la chica ya tenía una sonrisa floja permanente en su rostro y reía a carcajadas todas sus gracias. No, beber no era algo que hiciera habitualmente. El ambiente se relajó mucho más de lo que él hubiera esperado y Daniela se tumbó junto a él en la cama, dispuesta a sacar partido de cualquier cosa que pudiera presentarse en esta extraña velada.

—Eres muy pero que muy guapo, ¿sabes? La verdad es que me encantaría acostarme contigo.

Carlos se aclaró la garganta.

—¿Hace mucho que trabajas aquí? —le preguntó volviendo a llenar las dos copas que descansaban sobre la mesilla—. Pareces muy joven.

—Por eso me has hecho venir, ¿no? Querías algo sorprendente y creo que eso lo hemos conseguido.

Él miró su copa mientras le ofrecía a ella la suya, pensando muy bien lo que iba a decir a continuación.

—Creí que sería como en las pelis porno, ¿sabes? Pero... me ha superado. —Señaló el espacio que flotaba entre los dos—. Esto... me ha superado.

—¿Estás casado?

—No.

—¿Y cómo ha conseguido alguien como tú permanecer soltero? ¿Por qué me miras con esa cara? La mayoría de los huéspedes de este hotel están felizmente casados. Algunos tienen hijas de mi edad... De hecho, alguno me pide que lo llame «papi» mientras lo hacemos.

Una leve sensación de náusea invadió la boca del estómago de Carlos y dio un respingo.

—¿Podrías ser un poco menos directa? —A medio camino entre la pregunta y la súplica, la frase no pareció sorprenderla demasiado. Lo miraba como si lo estuviera analizando—. ¿No has pensado si te gustaría hacer otra cosa? Me refiero a trabajar en algo distinto.

—De pequeña, quería ser cajera de supermercado. —Carlos no pudo evitar soltar una carcajada. «Cajera de supermercado», repitió en su mente. ¿Se puede ser más infantil?—. Un día mi padre me dijo que vendrían a buscarme unos hombres y que tenía que hacer todo lo que me dijeran. Ni siquiera me dejó coger nada de mi habitación. Me dijo que no me hacía falta, que ellos me comprarían todo lo necesario. Yo ya sabía que esos hombres se habían llevado a otras chicas del barrio a trabajar.

Carlos la escuchaba embelesado.

—Las primeras veces fue muy difícil, pero pagaban mucho por estar conmigo y aprendí rápido. Ahora, todo es más sencillo. A ver, lo que hay es lo que hay, difícilmente se puede aprender ya algo nuevo.

Él soltó el aire que había estado conteniendo mientras la escuchaba.

—¿Estás triste? —Daniela arrastraba un poco las letras al hablar, seguramente por el efecto del champán.

—No.

—Tienes la mirada triste. Incluso cuando sonríes.

—Herencia de mi madre.

Le habría dicho que su mirada le había proporcionado más mujeres que ninguna otra parte de su cuerpo, llevadas por la idea romántica de alguien triste y misterioso a quien rescatar de vaya usted a saber qué, pero luego se le ocurrió que eso podría hacerla pensar que estaba flirteando y era lo que menos falta le hacía en aquel momento.

—¡Llena! ¡Acabemos esa botella! —Levantó su copa al tiempo que lanzaba al aire sus bailarinas.

—¿Y estudiar? ¿Te has planteado estudiar alguna vez?

—¿Estudiar?! ¡Ni de coña! ¿Sabes cuántos años de estudio son necesarios para ganar en un mes lo que yo gano en una noche? No, señor, nada de estudiar. Además, tampoco se me daba muy bien. Pasaba más tiempo en el parque con mis amigas que en clase. Tuve que ir al instituto hasta que cumplí los dieciséis, luego ya a nadie le importó lo que hiciera con mi vida.

—¿Puedo preguntarte cuántos años tienes? Prometo no decírselo a nadie.

«¡Bendita inocencia!».

—Tengo dieciocho, pero ¿verdad que parezco mucho más joven?

—La verdad es que sí.

—Ya. Por eso sigo aquí —le dijo colocándose bocabajo y escondiendo sus manos bajo la almohada—. A menos que tenga clientela fija, en un par de años tendré que trabajar en otro sitio. Ya no seré tan «especial».

Un bostezo delató que la conversación estaba llegando a su fin. Sus párpados empezaron a cerrarse con lentitud y dejó de hablar. Carlos se tumbó a su lado después de cubrirla con el edredón. Su pecho subía y bajaba rítmicamente, a medida que se abandonaba al sueño mientras él la miraba pensando de nuevo en la primera vez que vio a Cris en la habitación del hotel de Altamiranda. ¿Cómo puede ser tan fácil despojar a una persona de toda esperanza, estrechar su perspectiva hasta el punto de no permitirle ver más allá de su pequeña, enmascarada, reducida y vergonzosa realidad? Sin cadenas, sin cerrojos, sin amenazas.

Aterradas. Desposeídas. Conformes. Solas.

Cuando se despertó a la mañana siguiente recibiendo los primeros rayos de sol directamente sobre los ojos y se incorporó para echar un vistazo a su alrededor, Carlos ya se había duchado y vestido, y estaba de pie junto a la ventana, con la mirada perdida en algún punto del exterior.

—¿Has descansado? —le preguntó dulcemente.

Ella asintió sentándose en la cama y frotándose los ojos. Al ver la maleta junto a la puerta, preguntó:

—¿Te marchas ya?

—Sí. Un imprevisto en el trabajo.

—Es una pena. Podríamos haberlo pasado muy bien si me hubieras dado otra oportunidad.

Él sonrió y se acercó a ella sacando una tarjeta del bolsillo de su chaqueta.

—Si alguna vez necesitas hablar con alguien, o si alguien a quien conoces quiere hacerlo...

Ella no lo dejó terminar. Se puso de puntillas, le dio un beso en la mejilla y salió de la habitación dejándole rumiar su fracaso. No había sido capaz de cumplir lo prometido y no pensaba volver allí. Adiós al plan A, el que acababa con alguna menor denunciando lo que sucedía en ese lugar. Javier y Cristina tendrían que pensar en otra forma de hacer las cosas. Cuando Cris le pidió ayuda, creyó que sería capaz de hacerlo, incluso cuando pensó que podría tener que meterse en la cama con una menor, incluso cuando no fue capaz de confesarle que, desde que la había conocido a ella, no había vuelto a acostarse con nadie más.

Mientras conducía de regreso al hotel donde se alojaba cuando quería ver a Cris, se dijo a sí mismo que desnudaría su alma ante ella en cuanto la tuviera delante sin importarle las consecuencias. Si lo que ella necesitaba para seguir adelante con su vida y abandonar aquel lugar era saber que Santiago estaba muerto, él mismo pondría su cadáver a sus pies.

«Y entonces comprendió por qué se llora, entonces comprendió por qué se mata»<sup>2</sup>

Las chicas de El Paraíso vivían en una de las casas del complejo. Compartían habitaciones de cuatro en cuatro, una litera para cada una, al igual que un cuarto de baño por habitación. En una de las literas, dos chicas hablaban en voz baja para no despertar a la nueva que habían alojado con ellas el día anterior. Aún tendría un par de días para hacerse a la idea de lo que había venido ido a hacer allí, aunque desde que llegó, se había hecho un ovillo contra la pared y parecía no haberse movido.

—... y las caderas me están matando —terminaba una de ellas.

—Tómame un ibuprofeno. Si no tienes, yo tengo en el cajón.

—¿Qué tal tú anoche?

—La verdad es que ha sido una noche un poco rara. ¿Alguna vez te han contratado y luego no te has acostado con el cliente?

Su interlocutora la miró sorprendida y asustada.

—¿No le habrás dicho que no a un cliente?

—No. Yo no. Fue él quien no quiso acostarse conmigo.

—¿Por qué?

—Ni idea. Hice lo que pude, de verdad, y no hubo manera de convencerlo. Bebimos, hablamos y me quedé dormida. Eso fue todo.

—¿Qué quieres que te diga? Hay cada raro por ahí suelto. A mí una vez me contrató una pareja para que los mirase mientras lo hacían. Creo que es lo más raro que me ha pasado.

—¿A cuántos tocasteis anoche?

—Ni idea. Yo estuve con tres. Uno de ellos estaba de coca hasta las cejas.

—Un día se te muere uno encima.

—¡No digas eso ni en broma! Hubo un momento en el que no sabía si se estaba corriendo o le estaba dando un infarto. ¡Joder, qué susto!

Las dos estallaron en carcajadas. La más mayor se levantó para ir al baño y, a la vuelta, se agachó para recoger algo del suelo.

—¿Qué es esto? —preguntó moviendo una pequeña tarjeta delante de su compañera. Daniela frunció el ceño como si acabara de recordar. No había pensado en ella desde que la había guardado en el bolsillo de atrás de su pantalón. Debió de habersele caído cuando se quitó la ropa

por la mañana.

—Me la dio ese tío. Me dijo que podía llamar a ese número si quería dejar esto o si necesitaba ayuda.

La otra arqueó una ceja.

—Deberíamos decírselo al jefe. Eso parece un poco sospechoso.

—Es inofensivo. Te lo aseguro.

—Ningún hombre es inofensivo. Parece mentira que no lo sepas. ¿Y si es policía?

—Tú ves demasiadas series. ¿Y qué si lo fuera? El inspector jefe es el cliente más habitual de Sandra.

—No sé. Me da mala espina. Más vale que se la enseñes a Adrián, por si acaso. Además, eso te daría unos puntos aquí dentro. Podrías elegir a tus clientes. ¿Te imaginas? Escoger solo tíos jóvenes y guapos...

La segunda idea fue la que convenció a Daniela. Tal vez incluso pudieran dejarla tener una mascota. ¡Se moría de ganas de tener un perro o un gato!

—Vamos a desayunar algo, luego buscaremos a Adrián. —Daniela sonrió, cogió la tarjeta de la mano de su amiga y la dejó encima de la mesilla.

En cuanto la puerta de la habitación se cerró, la joven que hasta este momento no había movido ni un solo pelo desde que llegara la noche anterior se levantó y, sin atreverse siquiera a tocar la pequeña cartulina blanca, repitió varias veces el número que aparecía escrito en tinta azul, hasta que se aseguró de que había quedado guardado para siempre en su memoria.

El sonido de unos nudillos golpeando la puerta de su habitación sacó a Carlos de su ensimismamiento. Se había sentado en la cama, apoyado contra el cabecero y había puesto la televisión para después ignorarla. Se levantó y se encontró en la puerta con Cristina. Hermosa. Sensual. Joven. Y acompañada de un hombre al que él no había visto antes, aunque sabía de quién se trataba pues Cris lo había mencionado al contarle su plan. Se hizo a un lado para invitarlos a entrar y cerró la puerta de nuevo.

—Te queda bien el color de pelo, Carlos. Hace juego con tus ojos —bromeó Cris dándole un beso en la mejilla.

—Lástima que no sea tan fácil de eliminar como las lentillas. —Carlos fijó su mirada descaradamente en el acompañante de Cris—. Tú debes ser Javier.

—El mismo.

Javier extendió la mano a modo de saludo.

—Siento mucho haberme marchado del hotel —dijo mirando de nuevo a la joven, dándole a sus palabras cierto aire de juramento.

—Te dije que era una tarea difícil. —Cris le puso la mano en la mejilla un instante, mirándolo con tanto cariño que Carlos apartó la vista—. ¿Has podido averiguar algo que nos pueda ser de utilidad?

—No. La chica que me enviaron era mayor de edad y no era cuestión de preguntarle si había por allí menores obligadas a prostituirse.

—Lo sé. Lo sé. No debiste haber ido tú. Tu hermana, yo... Demasiado equipaje en tu cabeza como para meterte en la cama con una cría.

Javier se aclaró la garganta para hacerse notar. Desde que habían entrado en la habitación, la conversación se había convertido en un diálogo entre dos y empezaba a sentirse excluido.

—La chica parecía más que acostumbrada a esa vida. Me dijo que tenía dieciocho, pero parecía mucho más joven. Podría pasar por una menor. Eso si no me mintió, claro.

—Eso sería una buena excusa para volver allí.

Javier estaba decepcionado. Seguramente había puesto todas sus esperanzas en la visita de Carlos a El Paraíso.

—¿Volver? ¿Para qué? Ya has visto el éxito de mi primera incursión.

—Por eso mismo. Podemos concertar otra visita para el fin de semana próximo. Puedes decir que te has sentido estafado al descubrir la edad de la chica que solicitaste. Créeme, el apellido de tu «supuesto amigo», gracias al cual hemos podido entrar allí, es lo bastante importante como para que puedas quejarte por el trato recibido.

—¿Y decirles que ella me dijo su verdadera edad? No, gracias. Ya sé cómo castigan a las chicas por ese tipo de cosas. Además, ya te he dicho que igual me mintió.

Sus ojos se arrojaron sobre los de Cris, que consiguió desviar su mirada hacia la pared antes de que los recuerdos la inundaran.

—Es nuestra mejor oportunidad.

—¡Me enviarían a una niña! ¡No pienso acostarme con una cría! Tendrás que pensar en otra forma.

Javier sopló dejando salir todo el aire de sus pulmones.

—Está bien. Está bien. Pensaremos en otra cosa.

Cristina añadió:

—Tengo que irme. Aún tengo que arreglarme para trabajar esta noche.

Esta vez no apartó la vista cuando Carlos la miró. Antes de que salieran de la habitación, Carlos le pidió a Javier que los dejara unos minutos a solas. Cris asintió con la cabeza, confirmando que podía salir tranquilamente. En cuanto estuvieron solos, el joven empezó a hablar:

—Cris... —Había repetido mil veces en su mente lo que quería decirle. No era hombre de demasiadas palabras y solía decantarse por expresiones cortas y directas que no dejaran lugar a dudas sobre lo que quería decir. No, la sutileza no era uno de sus fuertes.

Ante la certeza de que le sería imposible poner en palabras todo lo que había estado dando vueltas por su cabeza durante los últimos días, se acercó a Cristina y, tomándola por los hombros, la besó. No era un beso cualquiera. Era un beso cálido, largo, suave. Un beso de «Eres tú. Te quiero a ti. Por fin». Un beso de «Ven conmigo. Déjalo todo. Estoy aquí». Si se puede poner el alma en un solo gesto, si se puede derramar uno mismo en otra persona, aquel beso fue su forma de hacerlo.

Unos segundos después de posar sus labios sobre los de Cris, le pareció reconocer a la mujer de quien él se había enamorado, como si, al igual que las serpientes en época de muda, se hubiera despojado de la piel que la había mantenido oculta durante tantos meses, pero en lugar de cubrirse con una nueva, había vuelto a lucir la que siempre fue suya, la de la inocencia, la de la confianza en un absoluto extraño. La de aquella Cris que le ofrecieron un día en la habitación de un hotel como quien sirve un café.

—Cristina. —«Cristina». Nadie pronunciaba su nombre como él, como si estuviera rezando, como si lo estuviera acariciando, como si, cada vez, quisiera comprobar cómo sonaba aquel nombre saliendo de sus propios labios—. Ven conmigo. Deja esto. Aún no es demasiado tarde. Haré lo que quieras. Debí llevarte conmigo la primera vez que te vi en el hotel. —En el frío de su mirada, esa que hacía poco tiempo había empezado a conocer pero que ya no le era ajena, supo que su respuesta sería la misma de siempre: no. Y no la dejó hablar—. Si lo que quieres es ver muerto a Altamiranda, yo mismo...

Esta vez fue ella quien lo interrumpió.

—¡No! He perdido muchos meses de mi vida. He sufrido cosas que no puedes ni imaginarte, he sentido cosas que ni siquiera sabía que se podían sentir. Y lo único que me ha mantenido en pie ha sido la idea de matar lentamente a ese cabrón. No voy a ir a ninguna parte hasta que lo consiga.

La joven, como si de pronto hubiera salido de un trance, dio un par de pasos atrás para mantenerlo a una distancia prudente. No, no la iba a convencer. No, no iba a abandonar sus planes para pasar de ser prisionera de Santiago Altamiranda a serlo del dinero de Carlos Olmedo. Si algo ansiaba Cristina más que cualquier cosa en el mundo, era volver a ser libre, libre de verdad. Como cuando corría por la playa jugando con su perro cuando era niña, como cuando su padre le hacía cosquillas y no podía parar de reír, como cuando despertaba cada mañana con el único pesar de tener que madrugar para ir al instituto.

Libre.

La voz de Carlos, algo ronca, más parecida a un susurro, la devolvió de nuevo a la realidad.

—Si te quedas aquí, habrá ganado.

Una sonora carcajada que salió de la garganta de Cris los cogió a los dos por sorpresa.

—¡Menudo argumento! ¡Ya ha ganado! —Cris sujetó a Carlos por los brazos, como si quisiera sacudirlo para hacerlo ver la realidad—. Ya ha ganado, Carlos. Él siempre gana.

Volvió a retroceder un par de pasos y, ante la mirada curiosa de Carlos, se levantó la falda corta vaquera, que apenas le cubría los muslos, y prácticamente se arrancó las medias tupidas. Él no sabía muy bien qué pensar ni el porqué de la violencia de aquel gesto.

—¡Mira! —casi le gritó Cris, señalando la cara interna de sus muslos donde una intrincada red parecida a una constelación se hacía cada vez más presente ante su mirada.

Marcas blanquecinas, otras rosáceas, otras casi de color violeta dibujaban un mapa de carretera hacia el dolor más intenso que un ser humano puede llegar a experimentar, ese que te vacía tanto de cualquier capacidad de sentir, que te deja como única opción dañarte a ti mismo para recordar lo que es sentir algo. Y ese mismo dolor físico te ayuda a despojarte del otro, del más incapacitante, del dolor del alma, del que te provoca ataques de pánico y el deseo implacable de no volver a sentirlo.

Carlos se arrodilló ante ella y pasó los dedos por sus marcas, totalmente abrumado por la sensación de impotencia y dolor por todo lo que Cris había tenido que soportar para sobrevivir.

—Ya ha ganado. Ganó el día en el que creí que morir sería mi única salida. Ganó el día en el que empecé a hacer esto para saber que seguía viva.

Cuando él se levantó del suelo y acunó su rostro con sus manos, no podía parar de repetir como un mantra:

—Lo siento. Lo siento. Lo siento.

La abrazó como cuando se quiere infundir toda la fuerza del mundo en el gesto y ella se dejó abrazar, perdiéndose en la que, para ella, era la sensación más maravillosa de cuantas había conocido ese último año; la del calor y la protección que solo Carlos había logrado proporcionarle. Y, de repente, se soltó de su abrazo. Como siempre. Como cada vez.

—Tengo que irme. Me están esperando en el casino. Ya te llamaré.

Sin saber por qué, lo que Carlos oyó en realidad fue «No volveremos a vernos».

Quiso llamarla, quiso evitar que se marchara, sin embargo, al escuchar cerrarse la puerta, se dejó caer en el sillón, apoyando los codos sobre sus rodillas y la cara sobre sus manos, y por fin lloró todo lo que no había logrado llorar durante aquellos meses en su infierno particular. Lloró con la desesperación sincera y absolutamente desgarradora de un niño, temblando sin poder remediarlo

ante lo implacable de aquel dolor.

# Capítulo 21

## Unos meses atrás

Cuando el sonido del pomo de la puerta del despacho girando alcanzó sus oídos, Cris se detuvo en seco. «¡Mierda!». Se acabó. No había dónde esconderse ni excusa que explicara qué estaba haciendo allí, sola en el santuario particular de Santiago Altamiranda. Invasión por el profundo terror de conocer las consecuencias de ser descubierta, se quedó mirando la puerta y suplicando mentalmente un milagro hasta que se encontró frente a frente con la mirada de Nana. No sabría decir si le daba más miedo que fuera ella quien la había sorprendido o que hubiera sido el mismísimo Santiago.

—Vaya, vaya... —La mujer cerró la puerta y se apoyó contra ella—. Tengo que reconocer que Santiago tiene razón. Hay que tener mucho valor para volver aquí, y más aún para colarse en este despacho. ¿Buscas algo?

Toda ella infundía verdadero pavor. Su postura erguida, su mirada altiva y desafiante, sus ojos, oscuros y profundos como la más oscura de las noches sin estrellas. Cris se encontró ante la decisión de averiguar en milésimas de segundo qué podría decir que la llevara a acabar en una tumba desconocida y qué no.

Si le hubiera salido la voz del cuerpo, le habría dicho que no buscaba nada al tiempo que lo buscaba todo, cualquier cosa a la que agarrarse en su lucha por acabar con aquel malnacido, pero se sintió tan intimidada por la mirada fría de aquella mujer, tan insignificante, tan ridícula, que prefirió no contestar.

—Ven conmigo —fue lo siguiente que Cris escuchó de los labios de Nana.

Estaba perdida. No iba a librarse del castigo que creían que se merecía por lo que había hecho, así que, llegados a ese punto, lo mejor era empezar cuanto antes. Cuanto antes empezara, antes acabaría.

Su sorpresa fue mayúscula cuando Nana abrió la puerta de su habitación y le hizo un gesto para que entrara. Luego la invitó a sentarse y así fue cómo acabaron una frente a otra en el mullido sofá junto al enorme ventanal que daba a la terraza. Si alguien hubiera entrado en aquel momento, habría creído que había interrumpido una conversación entre dos amigas y no el juicio silencioso al que Cris estaba siendo sometida.

—No me cabe ninguna duda de que eres valiente, Cristina. Si no, no estarías aquí, sola. Podrías haberte quedado con el joven Carlos, aun a riesgo de poner su vida en peligro y la de los suyos. Pero en lugar de eso, volviste aquí. Y yo sé lo que te ha traído de vuelta. Quieres vengarte de él. —Cris estaba tan perpleja que no contestó. Su mente intentaba analizar la situación con toda la rapidez de la que era capaz antes de atreverse a dar el siguiente paso—. No eres la primera que lo piensa, de hecho, no eres la primera que lo intenta. Déjame decirte que ninguno de los que lo intentaron antes que tú consiguieron su propósito.

—¿Por qué me cuenta todo esto?

—Porque tú y yo sí podemos lograrlo. Porque ahora estoy lista para ayudarte.

Cris miró a uno y otro lado, preguntándose si en realidad estaba escuchando lo que creía que estaba escuchando o si todo era producto de su imaginación. No en vano había tenido momentos en ese último año, sobre todo después de haber recibido algún tipo de castigo, en los que su mente parecía querer burlarse de ella, colocando en su escenario personas y objetos que en realidad no estaban allí.

—Es una ardua tarea, Cristina. Tendremos que planearlo todo al milímetro, pero estoy segura de que podemos hacerlo.

—Si todo esto es una especie de truco para hacerme hablar y confesar que tengo algún plan para acabar con Altamiranda, deje que le diga que no es así.

No podía confiar en aquella mujer porque no era una extraña, si lo fuera, hubiera considerado la posibilidad; pero era Nana, la mano derecha del hombre al que más odiaba en el mundo.

No mentía. No tenía ningún plan, a pesar de que lo único en lo que pensaba era en acabar con la vida de aquel miserable.

—Tienes que confiar en mí. Sé que no será fácil, por eso te ofrezco la mitad de lo que tengo.

—No quiero dinero.

—Eso es muy romántico, pero no es práctico. Si conseguimos nuestro objetivo, saldrás de aquí al mundo real, ese en el que hay que trabajar para vivir, y entonces, ¿qué? No tienes dinero, no tienes familia. Ayúdame y déjame ayudarte. —Cristina asintió ligeramente, gesto que Nana interpretó como la aceptación de su oferta—. Mi hermano puede parecer muy listo, pero, créeme, es más tonto de lo que piensa. —«¿Hermano?»—. Sí, Santiago es mi hermano. ¿Por qué te sorprende tanto?

«Porque los hermanos no se miran como os miráis vosotros. Porque no actúan como vosotros cuando estáis juntos».

—Quizá porque me había imaginado que podían tener cualquier tipo de relación menos esa.

—En realidad, somos hermanastros, ya que su padre tuvo a bien asesinar a los míos cuando yo era aún un bebé. Por alguna razón, en lugar de matarme a mí también, decidió secuestrarme y criarme. —La ironía era algo en lo que Nana era toda una experta. —Algo que Cris acababa de descubrir era que la capacidad de asombro del ser humano es infinita, a juzgar por el suyo propio en aquel momento—. Claro que eso no es algo que yo haya sabido siempre. Si algo le gusta a un Altamiranda, es guardar un buen secreto que lanzar a la cara en el momento adecuado. Santiago fue el primero en averiguarlo y, por supuesto, no me dijo nada.

—¿Y eso es lo que tiene en contra de Santiago?

—¡Ojalá! Roberto Altamiranda me trató como un padre y se llevó su secreto a la tumba. Es lo que tiene esta vida que llevamos, que no te permite arrepentirte de tus pecados ni resolver tus asuntos cuando una bala acaba contigo en el momento menos esperado. Sin embargo, yo lo descubrí hace años. Aunque para entonces ya llevaba media vida acostándome con él. —Ahí estaba otra vez la sorpresa, la que la llevó a pensar que podría haberse ahogado con su propia saliva y a toser como si así hubiera sido—. Lo sé. Lo sé. Sé lo que estás pensando. Cuando Santi decidió que tenía que estar entre todas esas cosas que tenía que controlar, que tenía que poseer, le importó una mierda que lleváramos la misma sangre. ¡Cabrón! No me mires así. ¿Crees que tuve elección? ¿Crees que no estuve a punto de decírselo a mi padre miles de veces? Solo tenía dieciséis años...

Nana estaba envuelta en un monólogo en el que Cris no sabía si quería perdonarse a sí misma o

que ella la perdonara. ¿Cuántas veces había estado ella en ese mismo precipicio?

—Supongo que estabas sola, eras tan joven... Eras una presa fácil. Aquello sucedió porque alguien que se suponía que tenía que protegerte abusó de ti.

Y Nana, por un momento, la creyó. La creyó porque sus ojos sinceros parecían soportar el peso de un juramento.

—Claro que quise hablar con mi padre, pero Santi siempre sabía qué hacer o qué decir para hacer que me sintiera sucia, cobarde, cómplice de lo que había entre nosotros. Los años fueron pasando y me relegaron a esto que ves. Roberto murió y yo seguí adelante. Un día, poco después de su muerte, empecé a revisar todos los documentos que había en su despacho. Tras meses de intentar averiguar algo que pudiera usar contra Santiago, descubrí algo que no esperaba. En una carta manuscrita hallé información sobre la identidad de mis abuelos paternos, que para entonces ya habían muerto y que solamente habían logrado conservar una mansión que casi se venía debajo de puro abandono. Tirando de aquel hilo invisible, llegué a saber de mi familia materna, una rica y prestigiosa familia de Oriente Medio.

Llegada a este punto, Nana dejó de hablar, más bien para darle una pequeña tregua a Cris y la oportunidad de que le preguntara adónde la llevaba todo esto. Ante la ausencia de la reacción esperada, continuó:

—Tienes las mismas ganas que yo de verlo muerto y confía en ti mucho más que en mí.

«Confiar» no era un verbo que Cris asociara a su relación con Altamiranda, por ninguna de las partes.

—Siempre has sido su capricho. Al principio, solo quería manipular a Carlos Olmedo, pero luego le gustaste de verdad. Hubo ocasiones en las que lo vi sonreír como nunca lo había visto estando con ninguna otra mujer. ¿Por qué crees que tu castigo fue tan duro? Si no hubieras vuelto, te habría acabado encontrando. Estaba removiendo cielo y tierra para dar con vosotros.

«Fuiste tú. ¡Fuiste tú!».

—Fuiste tú... —Las palabras al fin salieron de sus labios en un suspiro, casi en un susurro—. Tú le dijiste a Carlos que estaba en aquel sótano...

La mirada de Cristina sugería que había retrocedido en su mente hasta aquel momento. Nana asintió con la cabeza.

—Hubo un momento en el que creí que te mataría y ni siquiera supe por qué me importó tanto. No es la primera vez que mata a alguna de las chicas y se deshace del cuerpo, aunque deja que te diga que cada vez es menos discreto. En fin, que ahora sé que fue cosa del destino. Tú puedes engañarlo y matarlo, porque eso es algo que espera de cualquiera menos de ti. ¿No lo ves? Mató a tu padre para que ya jamás consideraras la idea de salir de aquí. Te cree hundida, sola, incapaz de reaccionar. Si quieres, podrás vengar a tu padre, cerrarás el círculo que Santiago abrió cuando te trajo aquí. Pagaré por cada bofetada, por cada vejación.

La mujer la tomó por los brazos como si quisiera ser lo único en su ángulo de visión, como si quisiera que leyera en sus ojos que lo que le estaba diciendo era posible, y Cris musitó:

—Quizá entonces... Quizá así pueda descansar.

—Serás libre...

«Seré libre».

—Las pruebas de ADN me revelarán como única heredera de la fortuna de la familia de mi madre. La mitad será tuya.

Nana sabía que el dinero no era algo con lo que pudiera tentar a Cristina, pero tenía que poner todas sus cartas sobre la mesa porque si conseguía que esa joven, apenas recién salida de la

adolescencia, llevara a cabo lo que ella no había sido capaz de hacer jamás, los cuerpos de sus padres podrían descansar en sus tumbas.

Ante el silencio que se había instalado entre las dos, que era casi tangible, que flotaba a su alrededor, Nana soltó su última baza.

—Me dejó embarazada cuando tenía tu edad. Cuando se lo dije, me llevó a abortar a una de las clínicas a las que iban las chicas que trabajaban en los clubs de mi padre. No tuve suerte. Todo se complicó, tuve una infección terrible. Tuvieron que hacerme una histerectomía y mi padre se enteró. Roberto pensó que aquello había sido una especie de castigo divino por haber tenido relaciones con chicos siendo aún tan joven. —La sonrisa más amarga que jamás haya habitado un rostro apareció en el suyo—. Ni antes me había acostado con nadie ni después tampoco. ¿Qué hombre hubiera soportado el peso de mi secreto o de mi verdad?

Alguien tenía que detener a aquel cabrón, no solo por el daño que les había hecho a ellas, sino por todas y cada una de sus víctimas, por todas y cada una de las familias que había destrozado. Se juró a sí misma en aquel instante que ardería eternamente en el infierno solo por saber que había sido ella la que había acabado con la vida de Santiago Altamiranda.

De pronto, se sintió capaz de todo, como si una fuerza sobrenatural la hubiera invadido. Se levantó y posó su mano sobre el hombro de Nana como si con ese gesto pudiera transmitirle a través de la piel todo el horror, el asco, el desprecio que sentía; como si pudiera absolverla de todos sus pecados por acción u omisión, sabiendo que ella no se perdonaría jamás porque nunca se consideraría una víctima, sino una cómplice, y dejó la habitación sin mediar palabra.

## Capítulo 22

### Mucho tiempo atrás

No conocía la canción que tarareaba al ritmo del sonido de los chorros del agua saliendo con fuerza del grifo de la ducha, pero fue como un cántico de sirena que lo arrastró hasta la estrecha ventana del cuarto de baño que daba al patio y que se encontraba ligeramente abierta para dejar salir el vapor.

Y allí estaba ella, genuina, única, en toda su esplendorosa desnudez morena y descarada. ajena a la misma, mientras acariciaba su piel con alguna crema perfumada que a él le trajo a la memoria un bosque lleno de flores silvestres. De abajo arriba, con una pierna sobre el inodoro y la otra firme en el suelo, sus manos masajearon en círculos desde el tobillo a la cadera y vuelta a empezar. Luego repetía la misma acción en la otra pierna al son de aquella especie de cántico que lo había hechizado haciendo imposible que apartara la mirada.

Cuando se quedó de pie frente al espejo y sus manos empezaron a acariciar la piel de su cintura, subiendo luego hasta sus pechos sin dejar de mirarse en el espejo, con la piel húmeda por el vapor, el cabello mojado y salvajemente rizado descansando sobre sus hombros y su espalda, Santiago emitió un leve gemido que abandonó su garganta de manera involuntaria y amenazó con delatar su presencia. Por fortuna, la joven parecía envuelta en el mismo hechizo de su propia letanía y no lo escuchó.

El sonido a su alrededor había ido enmudeciendo y sus ojos se empeñaban en no moverse de aquella figura desnuda perfecta envuelta en vaho. Cuando ella se enfundó en su mono de tirantes y agachó la cabeza para sacudirse el pelo, él por fin fue capaz de recuperar el aliento y la capacidad de que su cerebro enviara a sus extremidades las órdenes oportunas que lo obligaran a moverse. En su carrera de vuelta al interior de la casa, chocó con la tata, que andaba como siempre recogiendo la terraza cubierta que daba al jardín.

—¡Niño! —le gritó la mujer, tambaleándose.

Él ni siquiera se atrevió a mirarla y musitó una disculpa mientras seguía corriendo por el pasillo. A lo lejos, pudo escuchar a la mujer hablando animadamente con Nana, que por fin había salido del cuarto de baño.

Desde aquel día, Santiago supo que aquella criatura sería suya porque su mente fue incapaz de pensar en otra cosa durante días, sobre todo, en las cálidas noches en las que se encerraba en su cuarto a cal y canto a pesar del calor, a perderse en un intenso placer solitario que no lograba calmar su ansia del cuerpo que habitaba en sus retinas.

Quince años tenía Santiago. Y una primera chica, algo mayor para él, que le enseñó todo lo que sabía del sexo en agónicas horas disfrazadas de clases particulares de matemáticas en las que el rostro que él veía sacudiéndose sobre él, aprovechando hasta el último espasmo de placer, no era otro que el de Nana, susurrando, a veces gritando su nombre, su voz envolviéndolo más aún en la

fantasía de que era otra con quien estaba. Mantuvo su secreto a salvo de puro milagro, pues más de una vez estuvo a punto de dejar escapar su nombre.

Siempre fue un chico precoz, atrevido, rebelde y juerguista, con un carácter indomable que solo el profundo respeto que sentía por su padre lograba mantener a raya. Mientras Nana aún pasaba las tardes en la plaza del pueblo hablando con sus amigas, él ya andaba entrando y saliendo de los clubs que su padre tenía repartidos por la ciudad y probando en más de una ocasión las mieles de las mujeres que trabajaban para Roberto. Pero todo aquello no bastó nunca para apaciguar a la fiera que quería poseer a la única mujer que no podría tener jamás porque compartía su misma sangre.

Nana era el nombre con el que él la llamaba porque fue lo más parecido a «hermana» que sus labios inocentes pudieron pronunciar para referirse a ella cuando apenas empezaba a hablar. Santiago no era bueno aceptando órdenes y siempre supo que era cuestión de tiempo que se saltara las de la misma naturaleza e hiciera suyo aquel cuerpo que derrochaba sensualidad y lujuria por cada poro sin que su dueña fuera consciente. Él parecía mayor que ella quizá por el hecho de que andaba con mujeres, bebía y fumaba, mientras ella dormía abrazada a un oso de peluche y compartía risitas pueriles con sus amigas cuando hablaban de los chicos más populares del instituto.

Sabía que sería suya cuando descubriera que podía vivir con la culpa mejor de lo que ahora soportaba vivir con el deseo porque tan mal como aceptaba las órdenes, soportaba conocer la existencia de algo o de alguien que no pudiera tener.

A decir verdad, Santiago luchó contra el fuego que lo consumía por dentro cada vez que pensaba en Nana, apagándolo en otros labios y susurrando otros nombres, y llegó a estar convencido de que había logrado derrotar a aquel demonio. Hasta el día en que ella cumplió los dieciséis años y un chico alto y desgarbado llamó a su puerta diciendo que venía a buscarla. Santiago escuchó reír a la tata mientras invitaba al joven desconocido a pasar al salón, tal y como Nana le había pedido.

Él estaba tumbado en el sofá, viendo algo en la tele, cuando el chico apareció medio encogido, nunca supo si por su presencia o apabullado ante el lujo de la mansión. Soltó un tímido saludo y Santiago se levantó, más que para responderle para hacerse una idea de quién era ese nuevo personaje que venía a buscar a su hermana. Nunca lo había visto por la casa y se presentó como Óscar, diciendo que se habían conocido en una fiesta de cumpleaños de una amiga común. Le pareció un chico tranquilo, educado, tímido.

Cuando Nana apareció en el salón llevando un vestido corto y unos zapatos de tacón, algo de maquillaje y el pelo cayendo a cascadas sobre sus hombros, Santiago tomó aire y lo contuvo como último recurso para no ponerse a gritar como un loco. Lo primero que le pasó por la cabeza fue echar de allí al tal Óscar a patadas y encerrar a Nana en su cuarto, a salvo de las miradas de los demás. Sin embargo, simplemente se atrevió a decir:

—No vuelvas tarde, sabes que a papá no le gusta.

Las horas que pasaron hasta su vuelta se le hicieron siglos. Se debatió entre ir a uno de los clubs de su padre o coger su moto y espiar a su hermana con su recién estrenado novio, aunque al final se quedó en casa como un león enjaulado, bebiendo, fumando y maquinando un plan para que nadie le robara nunca lo que él consideraba suyo.

Nana no volvió tarde porque ella siempre obedecía lo que los dos hombres de su casa le decían. Fue directamente a su habitación sin hacer ruido, descalza, con los zapatos en la mano y la risa floja de quien no está acostumbrado a beber y se ha pasado un poco con el alcohol. Se lanzó sobre la cama disfrutando de la deliciosa semiembriaguez que la inundaba. Ni siquiera encendió

la luz y se quedó dormida escuchando el sonido rítmico de las gotas de agua cayendo en el lavabo atascado de su cuarto de baño, mientras pensaba que tenía que haberle dicho a la tata que lo desatascara.

Minutos o segundos después, o quizá horas —nunca lo supo, pues su mente ebria no le permitió contar la unidad de tiempo correcta—, notó el calor de unas manos que recorrían sus brazos de arriba abajo, muy lento, y un aliento en su cuello que danzaba de allí a su oído y luego por su escote, respirando aceleradamente. Pensó que se había dormido y estaba soñando, y sonrió embotada dejando que aquellas manos subieran su pequeño vestido hasta la cintura y se colaran bajo la tela para pasearse por sus pechos redondos y bajar luego hasta su ombligo y más abajo, donde una sensación conocida, aunque hasta ahora bajo control, hizo que sus piernas se abrieran para dejar paso a las caricias perfectas.

Un rastro húmedo de saliva convirtió su sangre en lava e hizo que su garganta emitiera sonidos que hasta entonces no sabía que era capaz de producir. Respondió a cada uno de los besos y las caricias desde su débil estado entre la embriaguez y el sueño, hasta que distinguió la figura de Santiago en el torso desnudo que flotaba sobre ella. Entonces quiso saltar de la cama y sintió náuseas, pero sus brazos fuertes la mantuvieron donde estaba, sin ninguna oportunidad de oponerse al ataque.

En su especie de delirio, le pareció escuchar palabras como «mía», «de nadie», «solo mía» y algo parecido a un susurro que la advertía de que, si no luchaba, no le haría daño. Las sensaciones que hasta entonces había estado experimentando como placenteras dieron paso al dolor y sus ojos entreabiertos se clavaron en los enormes ojos verdes de Santi, que ardían frente a los suyos mientras le sujetaba con fuerza las manos por encima de la cabeza, contra la almohada, y le susurraba que se relajara antes de que un dolor profundo, que comparó con un cuchillo clavándose en sus entrañas, la hiciera retorcerse bajo aquel cuerpo empapado en sudor que la había hecho prisionera. Luego la calma, la paz, el silencio..., el sueño.

A la mañana siguiente, Nana despertó con una sensación parecida a haber sido atropellada, o esa fue la primera imagen que le vino a la cabeza en cuanto intentó mover las piernas y notó aquel dolor profundo y aquella suerte de entumecimiento. La primera vez que quiso incorporarse no lo consiguió debido al terrible dolor de cabeza que se apoderó de ella al intentarlo. Insistió hasta que, al final, con los ojos cerrados y los dedos presionando las sienes, consiguió sentarse en la cama. Todo estaba demasiado oscuro, apenas se colaba por la persiana un hilo dorado que le sugirió que ya era más de mediodía.

Cuando pudo ponerse en pie, lo primero que hizo fue subir la persiana y mirar hacia la calle un instante antes de dirigirse al cuarto de baño. Café. Necesitaba café y una pastilla para esa sensación de haber estado dos horas en el gimnasio y, sobre todo, para ese maldito dolor de cabeza. Aún llevaba puesto el vestido de la noche anterior y se lo sacó por la cabeza antes de sentarse en el inodoro y apoyar la cabeza en sus manos y los codos en sus rodillas.

Sangre. Una mancha roja que seguramente había traspasado su ropa recibió su mirada. Una punzada en el estómago le trajo el recuerdo de un torso desnudo sobre ella y la sensación de náusea se repitió. Sin embargo, al intentar vomitar entre horribles espasmos, nada salió de su garganta, aunque sí acudieron a su mente imágenes que la hicieron correr hacia su cama para mirar las sábanas. Más sangre. Más imágenes. Los ojos de Santi. Los labios de Santi. El dolor agudo entre las piernas y en su bajo vientre. Y todo apareció ante sus ojos con una claridad pasmosa como si lo estuviera viendo en una gigantesca pantalla de cine.

Como poseída por una furia invisible, empezó a arrancar las sábanas de la cama y las hizo

jirones, para descubrir que la mancha de sangre había calado hasta el colchón. Corrió al baño a buscar un cepillo para la ropa y frotó hasta que le pareció que la mancha había desaparecido, frenéticamente, como hipnotizada. Ni sus náuseas ni el clavo ardiendo que se había instalado en su interior desaparecieron con la mancha.

Se duchó con agua tan caliente que pensó que le saldrían ampollas. Se enjabonó una vez y luego otra. Y la certeza de que tarde o temprano tendría que salir de su cuarto y enfrentarse a sus ojos la derrotó por completo, obligándola a arrodillarse sin fuerzas en el suelo.

La voz de la tata casi ordenándole que bajara a comer algo la sobresaltó. Como un animal al que le acaban de abrir la puerta de su jaula, se asomó tímidamente al pasillo y bajó las escaleras en dirección al comedor, donde no encontró a nadie. Se dirigió hacia la cocina, donde encontró a la tata sirviendo dos platos de sopa.

—¡Sí que has dormido, chiquilla! —le dijo la mujer mientras ponía el pan sobre la mesa—. ¿Te encuentras bien?

—Me duele la cabeza.

Tras soportar con los ojos apretados el sonido atronador de las puertas de los armarios de cocina abriéndose y cerrándose mientras la tata le buscaba un calmante, los abrió y se llevó las pastillas a la boca con un par de cucharadas de sopa.

—No tengo hambre, tata. Voy a echarme un rato.

—Niña... —fue todo lo que escuchó tras de sí mientras salía de la cocina para esconderse de nuevo en su habitación.

Santi, que apareció ante ella repentinamente, le provocó un escalofrío y su corazón se saltó un par de latidos.

—Vaya... Por fin te has levantado.

Su media sonrisa socarrona despertó en su cerebro una rabia que hasta entonces desconocía y sintió cómo el rubor iba subiendo por su pecho hasta llegar a su rostro.

—¡Cabrón! ¡Hijo de puta! —le gritó mientras le golpeaba el pecho.

La sonrisa burlona de Santiago, sin rastro alguno de culpa, le impidió moverse del punto en el que sus pies parecían haberse quedado clavados, como si alguien los hubiera cubierto de cemento.

—Anoche fuiste mucho más cariñosa conmigo.

Santi llevó sus manos al rostro de Nana, que se echó hacia atrás entre aterrada y asqueada, al tiempo que logró musitar:

—Se lo voy a decir a papá.

Santiago sonrió ampliamente antes de contestar:

—¿Sí? Me parece muy bien. —A medida que hablaba acercaba sus labios a su oído para susurrarle—: Pero no te olvides de contarle que te corriste como una de sus putas.

Cuando el nudo de su garganta amenazó con cortarle por completo la respiración, echó a correr hacia su cuarto. Avergonzada. Ridícula. Vacía. El silencio, su única opción. Lo que no se dice no ha sucedido.

Desde aquel preciso instante, cada vez que Nana miraba su vida en retrospectiva, le parecía que una línea divisoria real separaba su existencia en dos partes, una llena de luz, música y risas, y otra oscura y dolorosa, donde el único sonido que escuchaba era el goteo incesante de una perla de agua tras otra cayendo en el charco del lavabo.

De entre todos los silencios, aquel era el más odiado por Cris, el de la llamada de teléfono sin

contestar ni devolver, el del nudo en la garganta sin motivo aparente, el de tener la sensación de estar ante algo tan grande, tan cerca, que no sabes si estás ante lo más maravilloso del mundo o ante un monstruo que podría devorarte viva en un segundo. El silencio tras la puerta una vez ha cesado el sonido de los nudillos, el que surge entre tono y tono de una llamada, el que sienta plaza junto a uno y se convierte en compañero de cuarto, el que hace que los minutos parezcan días y los días, años. El silencio que huele a irreversibilidad.

Dos días llevaba Cristina soportando el peso de su silencio más temido sobre sus espaldas. Carlos no aparecía, no contestaba al teléfono ni estaba en el hotel cuando iba a buscarlo. «¿Dónde estás? ¡Maldita sea! ¿Dónde estás?».

Desde su último encuentro, aquel que no hizo sino confirmar la idea que ella había creado en su mente acerca de Carlos, la del antihéroe, medio ángel y medio demonio, redimido por un amor inesperado, Cristina había estado dándole vueltas a su oferta. No, no pensaba aceptarla. No como él se la había planteado. Pero si él tenía el valor suficiente como para aceptar a la persona que surgiera una vez que ella hubiera llevado a cabo sus planes, a la que tendría que vivir con el trauma de lo sucedido, la culpa, los recuerdos y las pesadillas, entonces quizá podrían dejar salir todos los sentimientos que habían ido sepultando hasta ahora bajo capas y capas de cordialidad y palabras atascadas en la garganta. Sabía que esos sentimientos eran tan profundos que, una vez desatados, serían como una presa que acaba de reventar inundando los alrededores con la furia que provoca la libertad.

Dina tampoco había logrado dar con él. Lo único que sabía era que estaba en la ciudad, pues allí seguía su coche, en el garaje del hotel, y tampoco había pagado la cuenta.

No tenía derecho a exigirle que la aceptara. ¿Por qué iba a hacerlo? Apenas se conocían. Sin embargo, ahora que lo pensaba detenidamente, sabía cosas de él que quizá nadie más conocía, como que prefería los sabores amargos o salados por encima de los dulces, o que se colocaba del lado izquierdo para dormir para ponerse bocabajo en cuanto se quedaba dormido. Sabía que odiaba afeitarse y que la piel se le irritaba cuando lo hacía, así que aquella barba de dos o tres días había acabado con su tortura. Que le gustaban las películas de superhéroes y era fan de *Star Wars*, y que su música favorita era el pop en inglés. Sabía que su desayuno ideal era pan tostado con mantequilla y mermelada de naranja amarga y una taza de café con leche, y que no cenaba más que una fruta y un yogur. Sabía que, a pesar de la mala opinión que tenía de sí mismo, era un buen tipo, un tipo honesto que adoraba a sus amigos y a su familia y que haría cualquier cosa por ellos. Quizá sí lo conocía más de lo que pensaba. Y sabía, sabía que ahora que no conseguía dar con él lo echaba de menos más que nunca y que en su pequeño universo particular había aparecido un hueco con la forma de su presencia y que por eso ahora le dolía tanto su ausencia.

Cada segundo que no estaba allí, cada palabra que no le escuchaba decir, cada mirada suya que no recibía, cada momento de los últimos dos días que debería haber compartido con él, en los que debería haberle confesado que sí, que estaba enamorada de él como él de ella y que, si la aceptaba, su amor no tendría límites, se había convertido en un momento en el que no estaba y su ausencia no paraba de sangrar.

Afortunadamente, la memoria del ser humano es un prodigio único que le permite recordar las cosas no como en realidad sucedieron, sino como le permitan vivir con todo ello. De lo contrario, Cris habría decidido hacía mucho que ya nada tenía sentido, justo después de que otro desastre arrasara su ya devastada existencia.

Eran las nueve de una noche cualquiera, no, de una noche tras dos días sin saber nada de Carlos, cuando Armando, uno de los hombres de Altamiranda, llamó a su puerta. Armando era lo

más parecido a la idea de un fantasma que Cris tenía en su cabeza: alto, pálido, silencioso, inexpresivo. Ya se había vestido para ir al casino cuando la presencia de aquel hombre la desconcertó por lo inusual. Nunca habían ido a buscarla allí. Esa no era la forma habitual de Altamiranda de convocar a sus empleados.

La dirección que tomaron los pasos de Armando hacia el casino y, una vez dentro, hacia el ascensor que conducía al sótano, hizo que la piel de Cris se erizara por completo, toda ella invadida por el peso del recuerdo de la única vez que había estado allí. Un dolor esquivo, como el provocado por el dolor de un miembro fantasma, volvió a aparecer con inusitada intensidad.

Cuando la puerta del ascensor se cerró con ellos dentro, sus piernas temblaron con tanta fuerza que por un momento pensó que no la mantendrían en pie ni un minuto más. Al salir, casi tuvo que preguntarse a sí misma adónde se había ido todo el oxígeno de la estancia. Sentía una presión en el pecho que le impedía respirar, como si los latidos de su corazón fueran el sonido de un tambor marcando los pasos hacia una ejecución.

Se detuvieron ante la puerta de la habitación en la que la retuvieron a ella. Tomó aire y, cuando la puerta se abrió, lo exhaló de golpe. Antes de que su mente tomara conciencia de lo que estaba pasando, se encontró de pie ante la figura temblorosa y arrodillada de Carlos, con las manos esposadas a la espalda. Cuando levantó la cabeza y se encontró con ella, su cuerpo se vino abajo, como si se hubiera dado por vencido.

Es curioso lo que nuestro cerebro es capaz de evaluar sin que seamos conscientes de ello. El de Cris se había fijado en que Carlos iba vestido como muy pocas veces lo había visto, con una camiseta de cuello de pico y un pantalón vaquero, lo que le trajo a la memoria la primera vez que lo vio. La camiseta estaba empapada en sudor, al igual que su rostro, porque aquello no podía ser más que el infierno.

Cris, sin ser capaz de articular palabra por miedo a estropear aún más su situación, desvió su mirada hacia la figura de Santiago, que estaba apoyado contra una columna, muy cerca de Carlos, fumando un cigarrillo.

—¿Qué te parece, Cris? Mira quién vino a visitarme hace unos días.

Esa era la respuesta a tanto silencio. Ahí, justo frente al edificio en el que ella vivía, ahí, tan cerca, había estado Carlos mientras ella se volvía loca buscándolo.

Carlos cerró los ojos y negó lentamente con la cabeza, como quien no se cree lo que está sucediendo, como quien se cree víctima de una broma de mal gusto.

El cuerpo de Cris reaccionó antes que su mente y se lanzó contra Carlos, aunque no pudo acercarse ni un poco. Armando la tomó por los hombros y la sentó de golpe en una silla. Carlos levantó la vista y, en su arrogancia, lo miró amenazante, como si se creyera de veras que en ese momento podía representar una amenaza para alguien. El otro hombre simplemente se situó detrás de Cris.

—No es que me moleste recibir visitas. Lo que me molesta es que vengan con la intención de matarme.

Ahora fue ella quien clavó su mirada en la del joven como si quisiera preguntarle sin hablar en qué demonios estaba pensando. Entonces se fijó en sus moratones, y su estado le pareció bastante bueno para haber estado en manos de Altamiranda durante tantas horas.

—¿Por qué la has traído? —preguntó al fin, la voz ronca y quebrada por la extenuación.

—Porque quería que viera lo que les pasa a quienes se vuelven en mi contra.

—¡Por favor...! ¡Por favor, suéltalo!

La súplica de Cris sonó más desesperada de lo que ella había imaginado.

—No, Cris, no. No solo no voy a soltarlo, sino que voy a desparramar sus sesos por toda esta habitación y tú vas a verlo. ¿En serio pensabais que podíais hacer algo a mis espaldas? ¿Ir a El Paraíso? ¡Tengo ojos y oídos en todos mis negocios! ¿Pensáis que soy un puto retrasado? —Ni Carlos ni Cris se sorprendieron demasiado. Ese era uno de los riesgos que tenían que correr para entrar allí—. Y que conste que, si aquí el héroe no le hubiera dado una tarjeta a una de mis chicas, nadie lo habría reconocido. ¿Se puede ser más estúpido? No sé cómo se te ha ocurrido pensar que ninguna de mis chicas quisiera querer cambiar la vida de lujo que lleva conmigo por la vida de mierda en un barrio marginal que llevaba antes. Aunque, ¿qué vas a saber tú? Has comido toda tu vida con cuchara de plata.

Santiago dio las últimas caladas a su cigarro y se vio asaltado por la imagen de Carlos sujetándole los brazos detrás de la espalda y aplastando su cara contra la mesa de su despacho. Aquella visión descosió los frágiles puntos con los que había logrado cerrar la herida de su orgullo. Lo había subestimado. Lo había dejado entrar sin tener cerca a ninguno de sus hombres porque, no nos engañemos, solo era Carlos Olmedo, no sería capaz de nada. Para su sorpresa, apenas habían cruzado dos palabras cuando se encontró inmovilizado y, por enésima vez en su vida, a punto de ser asesinado por alguien en cuya vida se había cruzado. Podía notar su respiración agitada, sus latidos erráticos. Su voz era la de una fiera a punto de engullir a su víctima cuando le gritó:

—¿Qué se siente al estar al otro lado del miedo, Santiago? —Él no quiso contestar, evaluando la situación con toda la rapidez y claridad que podía, dadas las circunstancias—. ¿Cuántas veces le hiciste esto a Cris?, ¿la insultaste?, ¿le dijiste que no servía para nada?... ¿Qué le hiciste para convencerla de que solo valía lo que sus clientes pagaran por ella?, ¿cuántas veces la asustaste?, ¿cuántas veces la sujetaste y la obligaste a estarse quieta? —Apretando sus manos alrededor de su cuello, gritó aún más alto—: ¿Cuántas veces le impediste respirar?

Santiago sacudió la cabeza como si con aquel gesto pudiera librarse de los vergonzosos recuerdos de verse subyugado. Se retiró de la columna en la que había permanecido apoyado mientras fumaba su cigarrillo, se dirigió a la percha en la que su chaqueta estaba colgada y sacó una pistola del bolsillo. Cris dio un respingo en su silla para volver a recibir un empujón violento sobre los hombros, recordándole que no podía moverse. Carlos la miró fijamente y algo en aquellas dos turquesas tristes le dijo que estaba ante el adiós más doloroso de toda su vida. Ambos conocían a Santiago Altamiranda, ambos sabían que jugar con él nunca acababa bien. Cuando el joven sintió el frío del cañón contra su sien no se inmutó, siguió con los ojos fijos en ella. No era a Cris a quien estaba viendo, sino a la inocente Cristina a quien conoció una noche en una discoteca.

—¡Cierra los ojos, Cristina! ¡Cierra los ojos!

Ella no le hizo caso, como casi siempre. Comprobó orgullosa cómo Carlos no pestañeó ante la certeza de su muerte.

«Puedo soportarlo, Carlos. Mírame. Puedo soportarlo».

—¡Mírame! ¡No estás solo! ¿Me oyes, Carlos? Estoy aquí. No estás solo.

Y, de repente, el sonido de un disparo certero, el golpe de su cuerpo contra el suelo, la sangre rodeando su cabeza y avanzando en su dirección como si quisiera tocarla por última vez... El mundo empezó a desaparecer y fue sustituido por manchas e imágenes borrosas acompañadas del eco enmudecido de las voces a su alrededor. Su garganta emitió un rugido agónico, primitivo, y descubrió que la desesperación y el dolor tienen un sonido particular. Lo único en lo que podía pensar era en aquella primera noche en la que se entregó a Carlos con la fe ciega de que él, junto

con su propio padre, era uno de los pocos hombres de su vida que moriría antes que hacerle daño.

Aquello era lo último que recordaba ahora que estaba de vuelta en su habitación, en estado de *shock*, sentada bajo la ventana en el suelo, sujetándose las rodillas con los brazos y con la cabeza apoyada sobre ellas. Para su sorpresa, Santiago fue compasivo con ella y envió a Dina a hacerle compañía. Pobre Dina, siempre recogiendo los pedazos de su corazón.

El abrazo silencioso de Dina era un «siénteme», un «estoy contigo», un «no te rindas aún». Allí permaneció sentada en el suelo, a su lado, colocando su brazo por encima de sus hombros para mitigar el temblor de sus sollozos. Al cabo de un buen rato, dejó de temblar y su respiración se relajó un poco. Afortunadamente, las lágrimas duran menos que el dolor que las provoca. Allí, a oscuras y en silencio, Dina podía sentir el dolor emanando por cada poro de la piel de Cris, podía notar cómo vibraba intentando contener todo lo que no podía expresar.

En un par de horas se había quedado dormida, agotada y sin pronunciar palabra. Lo supo cuando notó el peso de su cabeza sobre sus hombros y cuando un mechón de su pelo le hizo cosquillas en la nariz durante un buen rato. Aquella noche Dina consiguió ser lo que quería ser para su amiga, un abrazo cálido, un hombro en el que llorar, literalmente, un calor conocido. Siempre la había protegido, desde el primer momento en que la vio. Podía escuchar los cambios en su respiración y la manera en la que de vez en cuando daba un respingo, como cuando uno sueña que se cae de la cama. No sabría decir en qué momento el sueño también la invadió a ella.

El amanecer las sorprendió a las dos aún en el suelo, abrazadas. Porque el día siguiente se atrevió a amanecer como si nada hubiera sucedido, como si despreciara por completo su dolor, como si su vida no hubiera sufrido un vuelco del que no sabía cómo ni cuándo se iba a recuperar si es que lo hacía. Sí. Amaneció. Insolentemente. Y cualquier otro día, a pesar de muchas cosas, Cristina habría estado agradecida, pero aquel, aquel hubiera preferido no despertar.

Fue el frío el que la despertó y se deshizo como pudo del abrazo de su amiga para ir al cuarto de baño. Cuando volvió, encontró a Dina enredada en el edredón, ya en la cama, y se acurrucó con ella. Dina la abrazó con fuerza y ambas volvieron a quedarse dormidas.

De dónde venía la resiliencia de esta mujer que lo había perdido todo y, aun así, se empeñaba en levantarse tras cada golpe, era todo un misterio para Dina. Pero no había ninguna duda de que era la más fuerte de todas las personas a quienes conocía, como lo demostraba el hecho de que se había levantado y duchado, y se encontraba frente a ella, dando un sorbo descuidado a su taza de café, con la mirada despoblada de toda esperanza clavada en un punto inexacto del exterior.

Serían las nueve de la mañana cuando Javier decidió bajar a la cafetería de la que se había hecho cliente asiduo sin habérselo propuesto. Se sentó en un taburete en la barra y no llegó a alcanzar el periódico con la mano cuando el nombre Carlos Olmedo *junior* lo golpeó directamente desde la pantalla que le quedaba justo enfrente. Había gente, pero no demasiada. Sin embargo, en cuanto vio la foto del joven sonriendo con sus ojos tristes desde la televisión, con las letras debajo «Carlos Olmedo *junior* hallado muerto», pidió al camarero que subiera un poco el volumen, mientras su alrededor era absorbido por una sombra negra hasta desaparecer.

«El cuerpo sin vida del joven vástago de la familia Olmedo, una de las más influyentes del panorama nacional, ha aparecido esta mañana en un descampado, golpeado y presentando herida de bala en la sien izquierda. No se descarta el asesinato».

«Cris». ¿Cómo era posible que de todo lo que acababa de oír, lo primero en lo que había pensado era en el único nombre que no había salido de la pantalla? Centró todos sus sentidos en

intentar averiguar si había aparecido únicamente su cuerpo y, al no oír mencionar a más víctimas, se perdió en las imágenes de la camilla con la figura cubierta de Carlos, siendo trasladada a una ambulancia, con un sol descarado levantándose al fondo.

«¡Qué solos se quedan los muertos!».<sup>3</sup>

Si hubiera tenido tiempo, se habría preguntado si Cris seguía con vida, si estaba a salvo o si, por el contrario, su cadáver sería el próximo en aparecer, apaleado y tiroteado en cualquier otro descampado de la ciudad. Sin embargo, no se detuvo a hacerse ninguna de estas preguntas porque estaba ocupado marcando compulsivamente el número de Cristina para ser recibido cada vez por el buzón de voz. Su única alternativa, mientras intentaba no ahogarse con su propia respiración descontrolada, era llamar a Dina. Ella sí contestó:

—¿Ella está bien? —Fue lo primero que salió de sus labios tras oír el «Dígame» de la mujer al otro lado.

—Sí, Javier. Ella está bien.

El oxígeno volvió a entrar en sus pulmones poco a poco, permitiéndole hablar de nuevo:

—¿Dónde está? ¿Por qué no contesta al teléfono?

—Porque no es el momento. Te llamaré a lo largo del día.

Y colgó. Ni una palabra más ni un detalle ni un indicio que le permitiera barajar qué podía haber llevado a que el cadáver de Carlos hubiera aparecido aquella mañana. Carlos, el héroe a los ojos de Cris, el guapo, rico, joven y perfecto Carlos Olmedo, con su mirada azul y su sonrisa constante.

Aquella mañana, a pesar de saber que Cris seguía con vida, Javier descubriría el amargo sabor de la espera infinita, la que no se sabe cuándo va a terminar, la que quizá no terminara nunca, cuyo único final con sentido empezaba con una llamada envuelta en voz de mujer.

Existe un dolor tan grande que es imposible expresarlo de ninguna manera, uno que hace que las personas que cargan con él parezcan absolutamente normales a los ojos de los demás, como si no llevaran sobre sus hombros el peso de la tragedia, de la decepción, de la desesperanza, porque la única forma de soportarlo es esconderlo, enterrarlo como se entierran los tesoros que no deben ser encontrados, aplastarlo con una losa inmensa para evitar que resucite y nos estrangule. Afortunados quienes no han conocido el dolor de la pérdida de alguien querido en cualquiera de sus formas porque es devastador. Tanto que, a pesar de llevarlo clavado como una estaca en el corazón, te permite seguir adelante solamente porque no hay nada que puedas hacer para aliviarlo. Tan cruel, tan desmesurado, tan profundo, que es invisible.

Cuando Nana entró en la habitación de Dina y Cris para asegurarse de que su aliada se encontraba con el ánimo, al menos, de seguir respirando, reconoció el olor de lo insoportable, la presencia intangible que inunda una estancia y eriza la piel nada más rozarla la primera bocanada de aire del interior.

Cris estaba tumbada en la cama, bocarriba, y, contra todo pronóstico, giró el rostro y la miró, lo que hizo más profunda la sensación de desconsuelo en sus entrañas. Se sentó en la cama y le tomó las manos, que tenía cruzadas sobre el pecho, al igual que se les cruzan a los muertos. Estaban frías, como su alma.

—Lo siento mucho, Cris. No sabes cuánto lo siento. Te juro que no sabía nada. Si lo hubiera sabido, te habría avisado.

Cristina no contestó. Nana apretó aún más sus manos alrededor de las de ella.

—Sé lo que sientes y tienes que convertir ese sentimiento en tu aliado. Tienes que evitar que muera ni una sola persona más a manos de ese monstruo. Podemos hacerlo. Tenemos la obligación de hacerlo. Te hará llamar pronto. Santiago no entiende del dolor ajeno. Se asegurará de que has aprendido la lección y de que jamás volverás a querer a nadie para que él no pueda hacerle daño. Ese, Cristina, *ese* será el momento que hemos estado esperando.

La mujer le soltó las manos, le acarició la entrada del pelo y el rostro, y le limpió dos lágrimas que ya mojaban la almohada. Después, abandonó la habitación con el silencio y el respeto que se merecen las almas que guardan luto.

Javier se prometió a sí mismo que dejaría dos veces más que el teléfono agotara las llamadas antes de dejar de insistir. Dina no lo había llamado en todo el día. Por supuesto, Cristina tampoco. Y la ansiedad lo devoraba por dentro mientras caminaba por las calles sin rumbo fijo, esperando oír por fin el timbre de su móvil. Tampoco hubo respuesta en aquella ocasión. Acababa de guardar su teléfono en el bolsillo interior de la chaqueta cuando los primeros acordes de *Smoke on the water* le provocaron un respingo y volvieron a colocar el aparato en sus manos en décimas de segundo. No miró el número. Estaba seguro de que era Dina. Sin embargo, una voz femenina y sonriente lo sorprendió.

—¿Hola?

—Hola —respondió. Ante el silencio que de repente se instaló en su oído, repitió—: Hola, ¿quién es?

—Buenas tardes. Mi nombre es Marta y lo llamo de Global Mobile, ¿podría hablar con el titular de la línea?

¿En serio? ¿En medio de todo el desastre en el que se había convertido su vida una llamada de una compañía telefónica pretendía devolverlo a la normalidad?

—Lo siento. No tengo tiempo para esto.

—Le ruego que no cuelgue, por favor. Nos ponemos en contacto con usted por el impago de las últimas facturas de este número.

Aquello logró captar su atención.

—¿Impago?

—Sí, señor. Le informo de que esta conversación está siendo grabada. Los últimos recibos han sido devueltos por su entidad bancaria.

—No tenía ni idea.

—¿Es usted Gonzalo García Quintero?

—¡No! No me lo puedo creer. Ni siquiera saben a quién están llamando.

—Ese es el nombre que aparece como titular de la línea.

—Pues no soy yo. Me llamo Javier. Javier Serrano Martín.

—Debe haber un error. Le ruego que me disculpe, señor Martín. Volveremos a revisar los datos y lo llamaremos en cuanto averigüemos lo que ha sucedido. Muchas gracias por atendernos.

¡Malditas compañías telefónicas y malditos teleoperadores! ¿Y si en ese minuto escaso que había durado aquella conversación Cris había marcado su número y le había saltado el buzón de voz? Volvió a marcar el número de Cris y dejó de nuevo que las llamadas se agotaran. Luego repitió la

acción con el móvil de Dina. Nada. Tendría que resignarse a seguir esperando.

Mientras, en el Dark Side, Santiago se preguntaba quién era aquel individuo de nombre y apellidos insulsos, Javier Serrano Martín, a la vez que una de sus chicas, la que acababa de hacerse pasar por teleoperadora de la compañía de teléfono más popular en el país para intentar averiguar a quién pertenecía el número que había llegado a manos de su jefe directamente desde El Paraíso, abandonaba la habitación recibiendo una palmada en el trasero.

Averiguaría quién era, de eso no cabía la menor duda, pero después. Por el momento, le urgía mucho más hablar con Cris, averiguar si por fin había hecho de ella la muñeca de trapo sumisa que necesitaba para seguir aprovechándose de su belleza, ahora sin el riesgo de fuga o traición, una vez eliminada la causa de esos pensamientos. Envió a uno de sus hombres a buscarla y este la trajo en cuestión de minutos. Su figura se veía empedregada, como si hubiera retrocedido a la infancia, con el rostro cansado, aunque hermoso, y la mirada un poco ausente.

—Hola, Cris —le dijo altivo, mirándola desde la posición de alguien que es dueño de lo que mira—. ¿Qué tal estás? ¿Has podido descansar?

Cris levantó la vista no sabiendo muy bien cuál sería la actitud correcta a adoptar, si la rebelde, que tanto lo excitaba, o la sumisa, que era la que sabía que ahora mismo necesitaba. Asintió sin dejar de mirarlo, inexpresiva. «Mejor. Eso está mejor», se dijo a sí misma.

—Siento mucho haber tenido que llegar a esto, lo sabes, ¿verdad? Aunque parezca lo contrario, acumular muertos a mis espaldas no es algo que me guste ni que me venga bien.

Cris se sentó cuando él le ofreció el sillón del otro lado de su mesa con un gesto de la mano.

—Tengo curiosidad, Cris. ¿Estabas enamorada de Carlos Olmedo?

Todas las alarmas de su cerebro empezaron a sonar al mismo tiempo. Responder a eso afirmativamente suponía no solo exponer algo tan íntimo ante semejante sujeto, sino también reconocer que había perdido la única razón que le quedaba para sobrevivir. Responder de manera negativa tampoco era una buena opción, porque no sabía cómo podría Santiago interpretar su respuesta. Era muy probable que se lo tomara como una burla, y eso no la beneficiaría en absoluto. Así que no contestó. Se limitó a seguir mirándolo en silencio.

—Acércate, cariño —le dijo él en actitud conciliadora, como quien habla con una niña a la que se le acaba de reñir por haberla sorprendido cometiendo un desliz.

Ella obedeció. «Te mataré. Juro que te mataré». Caminó los escasos cuatro pasos rodeando su mesa hasta colocarse a su lado. Santiago le ofreció su regazo y ella dudó un instante, pero de nuevo obedeció. Ante ella, en la enorme pantalla curva del ordenador de Altamiranda, apareció la imagen de una de las habitaciones del hotel. No sabía lo que iba a ver ni el propósito con el que se lo mostraba, hasta que su propia imagen de espaldas a la cámara, vestida con un *negligé* negro, apareció en su ángulo de visión. Estaba muy confusa. Solamente le habían puesto esa prenda cuando... Carlos. «Carlos».

La figura elegante y altiva apareció al otro lado de la cama y ella se giró. Era su primer encuentro en el complejo del Dark Side, ahora lo reconocía. A pesar de que su respiración se aceleró y los latidos de su corazón se dispararon, no se inmutó, ni siquiera apartó la vista de la pantalla. Ahora estaban de pie, uno frente al otro, hablando. Siempre se había preguntado si habría cámaras en las habitaciones del hotel, aunque nunca nadie se lo había confirmado ni había tenido constancia, por lo que al final había dado por hecho que no era así. Al menos, no en todas.

Santiago la miró.

—Todo un caballero andante, ¿verdad?

Ella balbuceó:

—¿Puedes... por favor... puedes apagarlo?

—Por supuesto. ¿Qué sentido tiene ver una película de la que uno ya sabe el final?

Toda la piel de Cristina se rebelaba ante el contacto con aquel monstruo, como si un sarpullido se estuviera formando en las partes que lo rozaban, con un picor y un escozor probablemente imaginarios, pero no por ello menos reales. Santiago se levantó y a ella con él, la llevó hasta el sofá que había justo debajo de la ventana del despacho y la sentó.

—Tú no sabías lo que Carlos sentía por ti, al menos no entonces, pero yo sí. Yo lo supe desde la primera vez que habló contigo en la discoteca. Debías haberte dado cuenta de cómo te miraba. Yo lo hice. En solo unos días había desarrollado una especie de instinto de protección hacia ti que culminó esa noche, cuando fue incapaz de acostarse contigo y montó esa escena ridícula con el sacacorchos y la sangre. ¡Estúpido! Y cada vez que os encontrabais, estaba más atrapado en esa tela invisible que se iba tejiendo a vuestro alrededor. Los negocios de su padre ni siquiera me importaban, ¿sabes? Lo que yo quería en realidad era venganza.

Cris, que hasta el momento había mantenido la mirada fija en la pequeña mesa delante del sofá, la levantó hasta encontrarse con la de Santiago. «¿Venganza?». Ni siquiera tuvo que pronunciar la palabra en voz alta.

—Sí. Venganza. Porque, al igual que yo, era un desconocido para ti y, sin embargo, fue a él a quien aceptaste, fue a él a quien te agarraste como un clavo ardiendo y a quien confiaste tu cuerpo y tu alma con fe ciega.

Cris ya no pudo mantener más su silencio, aunque su voz salió de su garganta algo ronca, quizá por el llanto y el silencio de los días anteriores, quizá por el asco que sentía ahora mismo hacia aquel hombre.

—¿Qué esperabas? Me secuestraste, me diste una paliza que casi acaba conmigo, me violaste... ¿Esa es tu idea de cortejar a una mujer?

—Cortejar... Muy buena palabra. Yo no cortejo, Cris. Yo tomo. Y normalmente sin necesidad de forzar porque todas saben las consecuencias de no dejarse tomar por mí. Y tú tenías que rebelarte, tenías que revolverte... Y yo sabía que el motivo de aquella actitud era él. Lo veía cada vez que lo mirabas, cada vez que reaccionabas a cómo colocaba la mano en la parte baja de tu espalda, lo vi la noche en la que decidiste que tenía que ser él y no yo con quien compartieras tu cuerpo por primera vez. El día que volviste después de que él te sacara del sótano, ese día, firmaste su sentencia de muerte.

Los ojos de Cris rebosaban lágrimas que se negaba a dejar escapar voluntariamente, pero que no necesitaban su permiso para caer en cascadas sobre sus mejillas, sobre sus labios, y de ahí hasta sus piernas. Santiago se acercó de manera peligrosa a ella, invadiendo su espacio personal, casi pegando su nariz a la de ella antes de continuar:

—Volviste porque sabías que os encontraría y lo mataría, que solo era cuestión de tiempo que averiguara dónde os ocultabais y enviara a uno de mis hombres a acribillarlos a balazos, o quizá algo peor. ¿Te haces una idea de lo que sentí cuando te vi aparecer? Eras un cordero directo al matadero por voluntad propia. Preferiste regresar a esta vida que tanto odias antes que arriesgar la suya, y yo..., por primera vez en toda mi puta vida, quise ser alguien que no soy solo para recibir el amor que sentías por él, solo para saber lo que se siente cuando alguien es capaz de cualquier cosa por ti.

El llanto desconsolado de Cristina inundaba la estancia con hipidos como si de una niña pequeña se tratara. Ya no lloraba porque lo había perdido, no, peor aún, lloraba porque lo había condenado con cada uno de los pasos que dio para protegerlo, lloraba porque su vida se había

convertido en una en la que amar a otro ser humano jamás sería posible si quería seguir durmiendo por las noches, si es que alguna vez lograba volver a hacerlo.

Altamiranda la miraba satisfecho. Sus palabras habían surtido el efecto deseado, despojándola de cualquier atisbo de fe o esperanza, aplastándola sin piedad como se aplasta lo que más se odia, solo que, en su caso, no era el odio lo que lo empujaba, y, lo más triste de todo, tampoco era el amor, sino su incapacidad para aceptar que hubiera un solo ser humano en el mundo que se resistiera a doblegarse a su voluntad.

Cuando por fin logró recomponerse un poco y se enjugó el llanto con su propia camiseta, volvió a mirar a Santiago a los ojos y le preguntó:

—¿Puedo irme ya?

Y en aquellas tres palabras él escuchó: «Me rindo, no puedo más. Haz conmigo lo que quieras».

Sonrió condescendiente y la tomó del brazo con suavidad para acompañarla a la puerta. Antes de abrir, la tomó por las mejillas y la besó. Primero, lentamente; luego, desatando todo el deseo que sentía en aquel momento por aquella criatura derrotada. Y ella no solo se dejó besar, sino que le correspondió, y así supo Santiago que Cristina ya sería suya para siempre.

Mientras, en la mente de Cris retumbaban las palabras que le había dicho Nana unas horas antes: «Se asegurará de que has aprendido la lección y de que jamás volverás a querer a nadie para que él no pueda hacerle daño. Ese, Cristina, ese será el momento que hemos estado esperando». Y se pasó el puño de la camiseta por los labios con tanta fuerza que, por un momento, incluso dejó de sentirlos, intentando arrancar cualquier resto del beso que acababa de recibir.

Para Santiago Altamiranda, averiguar quién era el tal Javier Serrano y qué estaba haciendo en su ciudad fue cuestión de menos de veinticuatro horas. Sobre las once de la noche, su informador regresó con todo un dossier sobre el policía, incluyendo por qué estaba fuera de servicio, para qué había sido contratado y por quién. Entonces la pregunta «¿Quién es Javier Serrano?» pasó a ser «¿Qué voy a hacer con él?». Dos cadáveres en tan corto espacio de tiempo ya eran demasiados, y tres, siempre son multitud.

¿Cómo estaría Cris? ¿Cuándo podría por fin hablar con ella? ¿Quién le estaría proporcionando un poco de paz en sus horas más amargas? Dina. Siempre Dina. Si es que Santiago se lo permitía. Javier había dormido un par de horas en toda la noche, asaltado por pesadillas que no lograba recordar y que lo hacían despertarse empapado en sudor y con el corazón desbocado. Por eso mismo había decidido abandonar la cama sobre las seis de la mañana y tomarse uno de esos cafés fríos que había comprado el día anterior en un supermercado.

El sonido del timbre de su móvil lo sorprendió dando el primer sorbo mientras miraba por la ventana esperando ver apagarse las farolas de la calle cuando la luz del día fuera suficiente. Se sobresaltó un instante y se dio el lujo de mirar el número antes de contestar. No le era familiar, pero eso en este mundo no significaba nada.

—¿Sí?

Al otro lado, una voz femenina, joven y temblorosa respondía tan débilmente que casi no lograba escucharla.

—¿Quién es? —le preguntó la voz desconocida.

Él dejó escapar una risa floja antes de preguntar:

—¿Quién eres tú?

—Yo... Yo me llamo Lorena García —tartamudeó la voz—. Alguien dejó aquí este número de teléfono para quien necesitara ayuda. —Ahora la voz se ahogaba en llanto—. Por favor... Por favor... Seas quien seas, ayúdame. Estoy en El Paraíso.

Fin de la llamada. La chica colgó o alguien lo hizo por ella. El caso es que, tras repetir varias veces «hola» *in crescendo*, finalmente él también colgó.

Necesitó unos minutos para digerir lo que acababa de suceder y para pensar en cuál debería ser su siguiente paso. Marcar el número de nuevo no era una opción, pues cualquiera sabía a quién pertenecía el móvil que la chica había usado y cómo lo había conseguido. «Nunca dejar rastro». Así que estaba claro que su única salida era ir a El Paraíso, lo que le trajo a la memoria la visita de Carlos a aquel lugar y le recordó que la tarea no iba a ser fácil. Cualquiera no podía entrar allí. Eso sí, él contaba con la ventaja de que nadie sabía que existía.

Cuando dio por hecho que la joven no iba a volver a llamarlo por el momento, se metió en la ducha con la intención de que el agua le aclarase las ideas. Por desgracia, salió igual de abrumado que había entrado.

Dina. Otra vez el nombre de Dina. Se le ocurrió que ella era su única posibilidad, eso suponiendo que quisiera cogerle el teléfono. De alguna manera, la idea de que ahora tenía una buena excusa para que Cris quisiera hablar con él le llegó a la mente. Era muy posible que se sintiera reconfortada ante la idea de que la muerte de Carlos no hubiera sido en vano.

Si una sola persona, una niña poco menor que ella cuando llegó al Dark Side, lograba escapar de aquella red y quién sabe si hasta denunciar y lograr encarcelar a algunos de sus miembros, el paso de Carlos Olmedo por el mundo habría supuesto una diferencia, su vida se habría cruzado sin saberlo con la de un ser inocente que quizá pudiera salvarse de algo peor que la muerte gracias a que él había sido tan ingenuo como para dejar un número de teléfono en el infierno. Quizá saber esto supusiera para Cris un rayo de luz en medio de la oscuridad asfixiante que la rodeaba.

Y cuando la voz de Dina resonó en su oído, supo que no todo estaba perdido.

—¿Qué quieres, Javier?

—Sabes lo que quiero. —«Déjame hablar con ella».

—Cris no se encuentra en situación de hablar con nadie. No se encuentra bien.

—Tienes que decirle que hay algo que debe saber. —«Tiene que escucharme».

—Dímelo a mí.

—No. Solo se lo pienso decir a ella. Tú dile que tiene que ver con Carlos.

—Sabes que eso no es justo.

«Lo sé, pero no he tenido más remedio». A Javier, a esas alturas, le importaba muy poco lo que era justo y lo que no. Lo único que necesitaba era escuchar la voz de Cris para saber que aún seguía viva. La llamada de Dina no tardó en llegar y, para entonces, él ya estaba desayunando en el bar habitual.

—Este viernes hay una fiesta de Halloween en el Dark Side. Cris y yo iremos de brujas; ella, de negro, y yo, de plata. Tú simplemente ponte un traje o un esmoquin y algo que te cubra el rostro

Y de nuevo le volvieron a colgar. Javier pensó que debía ser el día de dejarlo tirado al teléfono y ni siquiera sonrió.

Para el viernes aún quedaban dos días y no había nada que pudiera hacer hasta entonces. Nada excepto imaginar todo lo que estaría soportando Lorena sola en aquel burdel de lujo —burdel, al fin y al cabo—, asustada, vendida, vejada, despojada de su dignidad y de su inocencia. En los escasos momentos en los que no pensaba en eso, se preguntaba cómo había muerto Carlos, cómo

se había enterado Cris y cómo esa chiquilla podía soportar tanto y seguir en pie. Y a veces conseguía dormir tras tomarse un par de copas, pero era una tortura disfrazada de sueño, porque en realidad no dormía del todo, se encargaba de repetir en bucle los mismos pensamientos que lo atormentaban cuando estaba despierto. Su único consuelo era que el viernes llegaría, inexorablemente, porque todo llega en esta vida.

Entrar en el Dark Side era toda una odisea un fin de semana normal, pero aquella noche, la noche de Halloween, era más bien una osadía. No quiso llegar demasiado temprano para no llamar la atención y para no atraer miradas indeseadas, y cuando por fin entró, se arrepintió de no haber llegado cuando tenía pensado en un principio porque circular entre aquella marabunta de vampiros, momias, monstruos, zombis, demonios y brujas era como estar en un atasco en la autopista en un día de agosto en hora punta, y distinguir a Dina y a Cris entre la multitud le parecía una tarea imposible.

No hizo falta. Un dedo golpeó la parte alta de su espalda y, cuando se giró, vio que era Dina quien lo había tocado porque, aun subida en aquellos tacones de aguja, le llegaba escasamente al hombro. Cuando ella se dio la vuelta y empezó a caminar entre la gente, él la siguió sin poder evitar regocijarse en la idea de que por fin iba a ver a Cris. Por fin iba a poder hablar con ella. Y allí, bailando entre la multitud como si su vida no fuera un verdadero infierno, estaba ella.

Sabía que esta era la mejor manera de evitar que Santiago o alguno de sus hombres la encontraran, perderse entre la gente, camuflarse y ser una bruja más que bebía y bailaba al ritmo de aquella música atronadora.

Cuando se acercaron a ella, se pegó al oído de Javier para gritarle:

—Que sea la última vez que vienes aquí, que me llamas por teléfono o que intentas saber de mí.

Él solo pudo imaginar la tristeza que ocultaba su antifaz. Con disimulo, fueron alejándose de la pista hasta una zona en la que era más fácil hablar. Entonces, Cris le preguntó:

—¿Qué es eso tan importante que tienes que decirme?

—Quería saber cómo estabas.

—Espero que haya algo más —le respondió ella fríamente.

Había algo distinto incluso en el tono de su voz que a Javier no le pasó desapercibido.

—Cris... —En realidad, ni siquiera sabía cómo continuar—, ¿qué pasa?

—Pasa que no quiero que te vean conmigo, y es bastante probable que Santiago o alguno de sus hombres nos esté observando. Pasa —tomó aire antes de continuar— que todos los que se acercan a mi vida acaban muriendo, algunos delante de mis ojos.

Javier se estremeció ante la sola idea de que Cris hubiera presenciado la muerte de Carlos y de nuevo se quedó sin palabras. Unos segundos después, por fin pudo contarle la llamada que había recibido desde El Paraíso.

—Tienes que ayudarme a sacarla de allí.

—¿Qué pretendes? ¿Hacerte pasar por un cliente como hizo él? —Aún no había pronunciado su nombre desde que se habían encontrado—. ¿Quieres acabar igual?

—Nadie sabe nada sobre mí, Cris. Nadie sabe que existo. Tengo que aprovechar esa ventaja.

—Haz lo que quieras. Si lo que buscas es mi aprobación, te sugiero que te marches todo lo lejos que puedas de esto, que vuelvas a tu vida y te olvides de que alguna vez conociste el Dark Side. Tú sí puedes.

—Necesito tu ayuda, Cris. Necesito un nombre, un salvoconducto para entrar en El Paraíso. Dejar aquel número de teléfono le costó la vida a Carlos. ¿Qué posibilidades había de que fuera a parar a las manos de la chica a la que yo estoy buscando? Es una señal.

—Yo no creo en las señales. La prueba está en que él está muerto.

—Pero si conseguimos sacarla de allí, a ella y a quién sabe cuántas más, su muerte no habrá sido en vano.

—Mírame. —Y él la miró—. No me importa. Yo sigo aquí y el mundo sigue girando como si nada.

A su cabeza acudieron un par de versos que eran la única explicación a ese cambio: «Porque no brota

sangre de la herida. Porque el muerto está en pie»<sup>4</sup>. Su Cris estaba muerta. Caminaba y hablaba, pero no había alma bajo su piel.

Tan discretamente como se habían ido apartando de la multitud que saltaba en la pista, volvieron a mezclarse con ella y, al final, Javier abandonó el local sintiéndose derrotado por completo. Habría podido conmover con sus palabras a la Cris con quien creía que iba a encontrarse, aunque seguramente abatida y desolada, pero a aquella, a aquella no.

Ahora, ¿qué? Por lo pronto, no estaba de humor para volver a encerrarse entre las cuatro paredes de su triste habitación de hotel y la noche, demasiado veraniega para estar a finales de octubre. Prestaba a sentarse en una de las terrazas del paseo marítimo a disfrutar de la temperatura y de un buen vino y un momento de reflexión frente al mar. Quizá la brisa marina le inspirase el plan que necesitaba para acceder a El Paraíso, uno en el que la ayuda de Cris no fuera una opción.

Durante unos instantes se dejó atrapar por la visión de los habitantes del pueblo, abandonado a esas alturas por las hordas de turistas que lo invadían durante el verano. Gente normal, con vidas mundanas, que paseaban de la mano o en compañía de sus perros, que

sonreían, que hablaban, que convivían con sus propios dramas personales de los que el resto no sabía nada ni le importaba.

Sin salvoconducto no había acceso a El Paraíso y, sin Cris, no hay salvoconducto, pues ella y unas cuantas más eran las asignadas por Santiago Altamiranda a los políticos, famosos y aristócratas que acudían al Dark Side a dar rienda suelta a sus más bajos instintos. Y, mientras tanto, Lorena estaría ahogándose en la miseria del destino que le había tocado en suerte.

A las siete de la mañana, el Dark Side dio por finalizada la fiesta y cerró sus puertas, permitiéndoles a las chicas retirarse a sus cuartos a descansar. Algunas habían atendido a varios clientes y estaban exhaustas. La primera en entrar en su cuarto fue Dina, que hacía horas que había perdido de vista a su amiga y compañera.

No le había dado tiempo más que a quitarse el disfraz y arrojarlo sobre la cama cuando la puerta se abrió de nuevo para dejar entrar a una Cris con más aspecto de venir de perder una batalla que de divertirse en una fiesta. Zapatos en mano, cerró la puerta con un golpe de cadera y se arrojó sobre su cama sin pronunciar palabra. Ni una sola. De repente, ya casi dormida, pronunció un nombre y un apellido: Daniel Federighi. Dina, que en aquel momento estaba en el cuarto de baño quitándose el maquillaje, se asomó un momento con un algodón en la mano y preguntó:

—¿Has dicho algo, amor?

Cris no contestó. Su respiración delataba que estaba profundamente dormida, así que Dina volvió al baño a seguir con lo que estaba haciendo. Después se metió en la cama y ambas estuvieron durmiendo hasta que el hambre las despertó al día siguiente a eso de las tres de la tarde.

Hacia un día precioso de otoño, quizá incluso demasiado cálido para la estación, por lo que las dos amigas decidieron comer algo en el *snack bar* junto a la piscina de la primera planta del hotel. Apenas habían cruzado unas palabras desde que se habían despertado a falta del combustible necesario para empezar a funcionar: una buena taza de café. Tal vez por eso la voz de Cris la sorprendió mientras miraba la carta de aperitivos.

—He conseguido una recomendación para Javier.

Dina frunció el ceño y dio un sorbo a su taza.

—¿En serio? Creí que el tema había quedado zanjado anoche.

—No seas cínica, por favor.

Entonces, Cris repitió el nombre que había pronunciado la noche anterior casi sin ser consciente de ello:

—Daniel Federighi.

Las cejas de Dina se asomaron por encima de sus gafas y abrió la boca totalmente sorprendida:

—¡El puto conde F! ¿Cómo lo has conseguido? ¡No contestes! Ya he oído hablar de sus perversiones. —De repente, el gesto de Dina reflejó la misma ternura que si estuviera hablando con una niña pequeña—. Sabía que no dejarías a esa chica tirada. ¿Se lo has dicho ya a Javier?

—Imposible.

—¿Imposible? ¿Por qué? ¿Te has quedado sin batería? —bromeó.

—Dina, mi móvil está pinchado, mi ordenador está pinchado, tengo un tipo diferente a mis espaldas cada día vigilándome. ¿Crees que voy a intentar comunicarme con Javier? Eso sería condenarlo a una muerte segura.

—Yo lo haré.

—No sé cómo puedes ser tan ingenua. Si yo estoy vigilada, tú también.

—¿Y otra de las chicas?

—No me puedo creer que me estés preguntando eso en serio.

Dina no supo qué más decir.

—Mira, ¿has visto al tío de la mesa del fondo?

—¿El que no deja de teclear en el móvil?

—El mismo. Ese es el que me vigila hoy. No siempre es el mismo, pero no se preocupan por esconderse o disimular. Así que, una vez descartados los medios electrónicos, la visita a su hotel o la posibilidad de enviar a un mensajero, me he quedado sin ideas.

—Podemos hacerlo venir y pasarle una nota.

—¿Y cómo vamos a avisarlo?

Ambas se quedaron pensativas un momento. Justo entonces Cris divisó la figura siempre siniestra de Nana y, durante un segundo, la idea de confiar en ella y pedirle ayuda para enviar la información a Javier atravesó su cerebro. «No. No». Algo en su interior se retorció y ella ya había aprendido a interpretar que ese retortijón eran sus tripas avisándola de que, fuera lo que fuera, no era una buena idea. También había aprendido a hacer caso a su instinto. Conocía toda la historia entre Nana y Santiago, sabía que sentía por él el mismo odio casi insoportable que ella, pero le pareció que lo mejor era mantener a su amigo alejado de aquel mundo mientras fuera posible.

—Dina —dijo de pronto, como si su mente acabara de aterrizar en el presente—. ¿Te apetecería

tomar algo fuera de aquí después de comer?

Su amiga intuyó que aquella sugerencia era más que eso, y se limitó a encogerse de hombros.

Aquella tarde su intuición le falló y Javier no apareció por el bar donde ella sabía que solía desayunar o tomar varios cafés a lo largo del día, pero a la mañana siguiente, la figura del joven debajo de su chaqueta vaquera entró en el local.

Cris estaba sola esta vez, en la esquina opuesta de la barra, y Javier iba a dirigir sus pasos hacia la chica justo cuando ella hizo un gesto apenas perceptible con su mano derecha para que se detuviera. Él se sentó en uno de los taburetes al otro lado de la barra y pidió su desayuno habitual intentando no mirarla con descaro, pero preguntándose a su vez por qué le había impedido acercarse.

Con un leve movimiento de sus ojos, señaló hacia el centro de la barra, y Javier comprendió que el hombre que miraba la pantalla no era uno cualquiera, sino alguien que probablemente la vigilaba.

Cris cogió el periódico como quien no quiere la cosa y empezó a hojearlo. Luego, le pidió un bolígrafo al camarero para «hacer los crucigramas» y en ello estuvo durante un rato, mientras se acababa su café y su cruasán con toda la tranquilidad de la que era capaz. Ninguno de los dos volvió a mirarse. Al final, la joven pagó su consumición y se marchó. Fue entonces, al verlo levantarse inmediatamente después que ella y echar a caminar siguiendo sus pasos, cuando Javier tuvo oportunidad de confirmar que no se había equivocado, que aquel hombre acompañaba a Cris.

Unos minutos después se levantó a por el periódico y allí, en la página de los crucigramas, pudo leer un nombre que le era absolutamente desconocido, pero que significaba todo para él en aquel instante: Daniel Federighi. Sonrió como se sonríe cuando se descubre que la suerte acaba de cambiar, pagó su cuenta y salió del local.

Cuando una persona que ha vivido durante toda su vida en un hogar en el que solamente su padre trabajaba fuera de casa y, después, una vez tiene la oportunidad de ganarse la vida con un salario que no le permite demasiados caprichos, llega a un lugar como El Paraíso, lo primero que piensa es que, aunque efectivamente suena igual de mal que el nombre de los demás lugares que se dedican a esto, lo cierto es que no puede ser más acertado.

Si en su mente hubo alguna vez una imagen del paraíso, se parecía bastante a aquellos senderos de piedra rodeados de jardines y fuentes de agua. Y, si en su paraíso imaginario existía un lugar donde vivir, sin duda era la opulenta construcción de piedra con balaustradas de madera que se levantaba justo delante de sus ojos en aquel momento. Tan impresionado estaba, que casi no se fijó en que había otros edificios más pequeños, aunque del mismo estilo arquitectónico que aquel que ahora mismo le gritaba que no era merecedor de poner los pies en un lugar así.

La paz era absoluta, solamente adornada por el sonido de los pájaros revoloteando entre los árboles y el del agua de las fuentes y de los puntos de riego, que cubrían de gotas similares a las del rocío las plantas que los circundaban. Ni siquiera con todas las descripciones que le había dado Carlos acerca del lugar, logró hacerse una idea. Y al entrar, las jóvenes valkirias que caminaban hacia la piscina climatizada envueltas en sus albornoces blancos y esponjosos, casi niñas, lo devolvieron de bruces a la realidad. Porque lo que es un paraíso para quienes se hospedan en este lugar, es al mismo tiempo el averno en la tierra para las chicas que trabajaban aquí, la mayoría contra su voluntad, extorsionadas, asustadas, amenazadas, con tanto miedo en el

cuerpo que eso seguramente les parecía lo mejor a lo que podían optar.

La recepcionista ya sabía de parte de quién iba Javier cuando dio sus datos en el mostrador y, como en su día hiciera con Carlos, lo acompañó a su habitación asegurándole que todo cuando lo rodeaba no tenía otra finalidad que hacerlo disfrutar al máximo de su estancia. El joven abrió la puerta y cerró tras de sí y, justo en aquel instante, en cinco segundos escasos, su realidad se puso bocabajo al sentir el frío del cañón de una pistola en la nuca.

—Pon las manos atrás —le ordenó una voz desconocida.

A pesar de su profesión, nunca lo habían encañonado con un arma, y las rodillas le empezaron a temblar como tampoco le había sucedido jamás antes de aquel día. La imagen del cuerpo de Carlos cubierto por aquella funda que en su día viera en televisión se asentó en su mente para no abandonarlo durante más tiempo del que él hubiera deseado. Se le ocurrió que sus destinos, los de dos desconocidos cada uno de una punta del país, habían coincidido en demasiadas cosas. Por lo pronto, en dos: Cristina y la forma en la que acabarían sus días.

No notó siquiera el plástico negro en las muñecas que le impediría cualquier movimiento en adelante. No se preguntó qué estaba pasando porque una claridad absoluta, la que se tiene justo antes de morir, le reveló que había sido hasta ahora otro peón más de la partida de Santiago Altamiranda.

No podía ser de otro modo. Los héroes solamente ganan en las películas. Él era policía y sabía cuántos delincuentes se libraban de sus penas por errores de forma o gracias a abogados que conocían cada punto y coma del código penal. Hacía años que lo había asumido, todos los años que lo habían traído hasta allí, hasta lo que estaba seguro de que era su último día entre los vivos. Dos hombres lo custodiaron hasta una de las puertas traseras, que daba a la piscina de verano, cubierta ahora por una gigantesca lona, y lo introdujeron en un coche en el que un conductor ya tenía el pie en el acelerador. Si tenía suerte, moriría de un tiro en el trayecto y arrojarían su cuerpo por cualquier barranco. Si no, acabaría en presencia de Altamiranda.

Que le quedaba poco de vida estaba claro por la poca discreción de quienes lo habían secuestrado, sin preocuparse en absoluto de que un policía, porque a esas alturas Javier tenía claro que toda aquella gente sabía quién era, les viera el rostro, escuchara sus conversaciones y tuviera la oportunidad de ver hacia dónde iba porque nadie pensó que fuera oportuno cubrirle los ojos. Y, de nuevo, como el día que supo de la muerte de Carlos, lo único que le preocupaba era Cristina.

¿Qué pasaría con ella? ¿Volvería a verla? ¿Había descubierto Santiago que le había dejado un mensaje en el periódico aquel día y la habría matado por ello? ¿Lo mataría a él también delante de sus ojos para hacerla pagar por su osadía? ¿Los mataría quizá a los dos juntos, aburrido ya de ese juego sin nombre en el que era traicionado por quienes lo rodeaban? Las mismas preguntas se fueron repitiendo a lo largo de todo el trayecto de vuelta a la ciudad, una y otra vez, como un antiguo rollo de película atascado que nadie se molesta en arreglar.

Cuando por fin vio acercarse la ciudad, supo que sus peores temores se confirmaban y, peor aún, que se acercaba la hora en la que sus pesadillas iban a convertirse en realidad. Estaba anocheciendo, aunque no era muy tarde, pero es lo que tienen las tardes otoñales, que roban la luz antes de tiempo.

Bajó del coche y entró al hotel por la parte de atrás, acompañado, por supuesto, de los dos secuaces que lo habían llevado hasta allí. Y, de repente, en uno de esos momentos en los que la casualidad, el destino, la suerte o como quiera llamarse a ese error inesperado que estropea una ecuación que hasta entonces estaba destinada a ser perfecta, sucedió lo inesperado, aunque Javier ni siquiera supo lo que supondría en su vida aquel encuentro.

Al salir del ascensor para dirigirse a dondequiera que esos dos mastodontes lo llevaran, se cruzó con la figura altiva e infausta de Nana. Ella no lo miró, lo contrario hubiera resultado más que sospechoso teniendo en cuenta que nunca se inmiscuía en los asuntos de Santiago. O eso, al menos, pensaron los que acompañaban a Javier. Cada cual siguió su camino como si ni siquiera se hubieran visto. Ellos, al despacho de Altamiranda; ella..., en busca de Cristina.

Santiago estaba de pie delante de su mesa cuando vio aparecer a sus hombres con el policía en medio y, después de aplaudir, dijo:

—¿Desde cuándo traemos aquí a la gente con la que tenemos, digamos, diferencias?

Los hombres agacharon la cabeza y uno de ellos pidió disculpas. Pero Santiago ya estaba demasiado concentrado en lo que iba a hacer con aquel hombre como para siquiera escucharlo. Javier miró a su alrededor por si algo de lo que captaran sus ojos o su cerebro inconsciente, ese que almacena datos que uno ni siquiera sabe que ha recopilado, pudiera serle de ayuda en algún momento.

—Señor Javier Serrano, por fin nos conocemos. Permítame hacerle una pregunta: ¿hasta qué punto usted y sus amigos creen que soy gilipollas? —El policía no contestó, a sabiendas de que no había una respuesta correcta para aquella pregunta—. En serio, es algo que me corroe. Llevo toda mi vida aquí y jamás, repito, jamás me he encontrado con una conspiración de esta magnitud.

—Yo no sé nada de ninguna conspiración. —«Estupendo. Una frase muy original. Sí, señor».

—No se moleste, por favor. Tengo toda la información disponible en cualquier parte sobre usted. Una pena que no supiera de su existencia cuando empezó a aparecer por el Dark Side, me habría ahorrado muchos problemas. Punto para usted.

—¿Qué quiere de mí?

—¿Qué pregunta más absurda! —contestó él, soltando una carcajada—. ¿Qué puedo querer yo de usted? Absolutamente nada —añadió, recalcando cada sílaba—. Usted estaba buscando a Lorena y la encontró. Aunque deje que le diga que ya no está donde estaba y que no va a volver a encontrarla.

Altamiranda hizo un gesto con la barbilla y los dos hombres sacaron a Javier del despacho a empujones.

En el cuarto de Cris, una sorprendentemente histérica Nana golpeaba la puerta con toda la sutileza de la que era capaz para no llamar demasiado la atención. Fue Dina quien abrió y se quedó petrificada al ver a la responsable de aquellos golpes en la puerta. Tras un par de segundos de indecisión, la dejó pasar y Nana cerró la puerta tras de sí para encontrarse con una Cristina a medio vestir, sentada en la cama, intentando ponerse los zapatos.

—¡Está aquí! —le dijo susurrando, pero con el gesto de estar gritándolo a los cuatro vientos.

—¿Quién? —le preguntó Cris sorprendida.

Dina no daba crédito ni a lo que veían sus ojos, la dueña del Dark Side aparentemente compartiendo información secreta con Cris, ni a lo que escuchaban sus oídos, pues le pareció detectar cierta complicidad en sus palabras.

—¡Ese chico amigo tuyo, el policía!

Cris saltó de la cama, descalza, dando una patada a los zapatos, como si hubiera sido empujada por un muelle invisible. «No puede ser. Esto no puede estar pasando. No podré cargar sobre mis hombros ni una sola muerte más... Y menos la suya».

Dio dos o tres vueltas de la puerta a la ventana y a empezar, con las palmas de las manos juntas

delante de los labios, como si estuviera murmurando una oración. De pronto, miró a las dos mujeres que la observaban expectantes y dijo:

—¡Vamos a por él!

Ninguna de ellas dudó, ninguna preguntó. Se limitaron a llenar los pulmones con todo el aire para el que tenían capacidad y salieron detrás de ella.

La puerta del despacho de Santiago estaba entreabierta, lo que sorprendió a Nana, que ya tenía la tarjeta en la mano lista para abrirla. Lo que hubiera tras esa puerta, lo que las estuviera esperando en cuanto tuvieran la osadía de empujarla, decidiría sus destinos para siempre. Cris apartó a Nana sin poder soportar la intriga y la abrió de una patada. Para su sorpresa, allí no había nadie. Todas se miraron incrédulas porque estaban preparadas para cualquier cosa menos para aquello.

—¡Están en el sótano, seguro! —exclamó Nana, dejando escapar todo el aire que había estado conteniendo. Y Cristina no se lo pensó. Se giró para ir hacia el lugar que, por desgracia, conocía tan bien y le traía tan horribles recuerdos. Nana la tomó por el brazo y la detuvo.

—¡Espera!

Ante la mirada atónita de sus acompañantes, quitó uno de los cuadros de enchufes de la pared, metió la mano dentro y sacó una caja alargada que puso sobre la mesa. Al abrirla, el brillo del acero del cañón de dos pistolas tuvo sobre ellas el mismo efecto que un rayo de luz cuando se está encerrado en absoluta oscuridad: el de la esperanza.

—Solo hay dos —le dijo la mujer.

—Dame una a mí —soltó Dina—. Fui la chica de un sicario en mi país. Te juro que no fallaré.

Nana no tocó siquiera ninguna de las armas, ni hizo gesto alguno de tener intención de hacerlo, así que Cris cogió la otra. Ella, que no había empuñado una pistola en su vida. Sin embargo, mientras bajaban en el ascensor a la planta del sótano, Dina se encargó de explicarle el funcionamiento.

—Es fácil, ya ves. Lo demás es cuestión de puntería.

Al abrirse las puertas del ascensor y dejar ver el largo pasillo que conducía a la habitación donde estaba convencidas de que tenían a Javier, Cristina cayó en la cuenta de que no tenían un plan. Nana, como si hubiera adivinado sus pensamientos, dijo en voz apenas audible:

—Hay dos hombres, además de Santiago, con él. —Levantó la tarjeta que daba acceso a la habitación y continuó—: Yo abro, vosotras disparáis y que sea lo que Dios quiera.

Ambas asintieron, Cris tragando saliva sin querer reconocer que estaba más asustada de lo que en un principio se atrevió a demostrar, y echaron a andar rápidamente y en silencio por el pasillo. Una vez delante de la puerta, con el corazón dando martillazos contra su pecho, Nana pasó la tarjeta por el terminal y empujó la puerta con suavidad. El factor sorpresa estaba de su parte. Nadie las esperaba, a nadie en aquella habitación se le hubiera ocurrido que iban a ser interrumpidos, y mucho menos por tres de las chicas que trabajaban en el club.

Cristina solo tuvo tiempo de apuntar con su arma a Santiago porque Dina cumplió su promesa de disparar a matar y derribó a los dos hombres de Altamiranda en tres segundos escasos. Un sorprendido Santiago, acariciando con una mano el metal del puño americano que llevaba en la otra, probablemente se preguntaba cómo habían llegado esas tres hasta allí y, sobre todo, de dónde habían sacado las armas.

El joven policía yacía en el suelo, inconsciente o muerto. Nadie habló. Cris hizo un gesto con la barbilla y Nana entendió enseguida que debía averiguar el estado de Javier. Por su parte, Santiago

tuvo la revelación de todo cuanto estaba sucediendo. Ella, su hermana, su única familia, también lo había traicionado, y ninguna voz dentro de su mente le dijo lo cínico que había sonado aquel pensamiento.

—Está vivo —dijo al encontrarle el pulso.

—Sácalo de aquí —le pidió Cris sin dejar de apuntar a Santiago con una mano más temblorosa de lo que hubiera deseado.

—Vaya, Cristinita —comenzó él—. Así que por fin has decidido coger las riendas de tu vida.

Su sonrisa, la de alguien que es consciente de que su única oportunidad de sobrevivir pasa por engañar de alguna forma a quien lo apunta con la pistola.

—¡Cállate! ¡Levanta las manos! —le ordenó ella.

Él, por supuesto, no obedeció de inmediato, tentando a su suerte para averiguar hasta dónde podía estirar la cuerda de su destino.

—Levanta-las-putas-manos —le repitió Cris, acentuando cada palabra.

Esta vez sí obedeció. Entre Dina y Nana arrastraron el cuerpo inmóvil y ensangrentado de Javier hasta el pasillo, para volver a entrar de inmediato.

—Esposadlo a la cama de pies y manos.

Ninguna de las dos dudó un instante. Santiago se atrevió a decir en tono socarrón:

—Cris, Cris, Cris... —«No serás capaz. Es un farol».

Cristina se acercó a él fríamente y le puso la pistola contra el corazón.

—Si vuelves a abrir la boca, te pego un tiro. Y desde aquí no voy a fallar.

Desde el otro lado de la sala, Dina lo apuntaba también mientras Nana se encargaba de tumbarlo y esposarlo. Santiago debió sentirse como el mismísimo Robespierre el día que fue decapitado por su propio invento. Aquellas cadenas con esposas, que tanto placer le habían proporcionado en todos los sentidos, ahora lo inmovilizaban a él.

Una vez se cercioraron de que no tenía posibilidad alguna de escapar, Cristina y Dina dejaron de apuntarle y una voz sin alma, como de ultratumba, dijo:

—Ahora salid las dos de aquí. —Las mujeres se miraron sin mostrar sorpresa alguna. Ambas sabían cómo iba a terminar eso casi desde el mismo día en el que Cristina apareció en sus vidas. Ella repitió, esta vez más calmada—: Por favor, salid de aquí. Atended a Javier y aseguraos de que nadie se acerca a esta habitación.

Por el tono de su voz, Santiago supo que aquellas palabras eran el principio de su fin.

Lo último que Nana y Dina escucharon antes de dejar la habitación fue:

—¡Putita desquiciada!

Y, tras el portazo, un silencio atronador. Las dos mujeres se sentaron en el suelo junto a Javier, que permanecía inconsciente. Dina le abrió la camisa para que pudiera respirar mejor y decidió quitársela para luego ir a mojarla a un aseo que había al otro lado del pasillo. Volvió y le pasó la tela empapada de agua fría por el rostro, el pecho y el estómago, que mostraban ya los estragos causados por los golpes.

Al contacto con el agua casi helada, Javier empezó a abrir los ojos lentamente, recuperando la consciencia, aunque confuso.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Dónde estamos?

—Tranquilo. Estás a salvo. Hemos venido a buscarte —le contestó Dina.

—¿Y Cristina?

Las dos mujeres se miraron antes de que fuera Dina, de nuevo, quien contestara.

—Está ahí dentro.

Javier frunció el ceño e intentó levantarse, sin conseguirlo a causa del dolor.

—Cálmate. —Dina lo empujó suavemente contra el suelo, apoyando su cabeza sobre sus piernas—. No va a pasarle nada. Esta vez es ese cabrón el que tiene los huevos en la garganta.

—Dina... —musitó Javier entre la súplica y un miedo aterrador. «No. No. No».

—Tiene que hacerlo, Javier —le dijo ella mientras le peinaba el pelo con los dedos—. Si quiere volver a dormir en paz, tiene que hacerlo.

Un grito desgarrador desde el interior de la habitación anunció que Cris había pasado a mayores y un halo negro como el fondo de un pozo de brea atravesó la mirada de Javier. Cris estaba cumpliendo su juramento de hacerle a Santiago todo lo que él le había hecho a ella. Todo. Los gritos dieron paso a alaridos casi inhumanos tras un par de horas mientras Nana y Dina, apoyadas contra la pared con los ojos cerrados, sonreían como quien escucha una música maravillosa.

Casi dos horas más tarde, los tres cayeron en la cuenta de que el silencio había invadido el lugar en el que se encontraban sin que se hubieran percatado. Esperaron un poco antes de siquiera pensar en abrir la puerta, hasta que Javier no pudo soportarlo más y se puso de pie como pudo, sujetándose el estómago con una mano y la tarjeta de la puerta con la otra. Cuando el piloto se puso en verde, abrió con el miedo de un niño que abre su armario después de escuchar un ruido extraño en la oscuridad de su cuarto. La imagen que vio lo acompañaría hasta el último de sus días.

Cristina, ensangrentada, cayó de rodillas delante de él, con los ojos vacíos de cualquier rastro de vida. En aquel instante Javier sintió un dolor tan profundo y una pena tan inmensa por lo que sería de ella en adelante, y por todo lo que la había llevado hasta ese infame momento, que las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos a borbotones mientras se arrodillaba frente a ella, llorando como lo habría hecho un niño. Su abrazo no encontró respuesta, pero no le importó porque necesitaba sentirla, aunque fuera así, como una marioneta abandonada, como un perro apaleado que espera la muerte sin rebelarse, pero respirando, al fin y al cabo.

La mente de Dina no paraba de mostrarle una y otra vez la imagen de Javier con Cristina en sus brazos saliendo de aquella habitación que olía a muerte desde lejos. No podía liberarse del miedo que sintió por su amiga ni de la opresión en el pecho al ver sus ojos abiertos y la mirada perdida en ningún lugar. Él no tenía mejor aspecto. Ya le costaba un mundo mantenerse en pie y, sin embargo, se negó a dejarla en el suelo, como si de alguna forma pensara que sujetarla así, contra su cuerpo, fuera la única forma de protegerla.

En aquel momento, como siempre que Cris la había necesitado, estaba sentada sobre la cama junto a ella, cogiéndole la mano y acariciándosela dulcemente. Nana se había sentado en el sillón junto a la ventana y Javier permanecía de pie, apoyado contra la puerta. El silencio era absoluto y asfixiante. Ninguno quería pronunciar lo que todos estaban pensando: «Y ahora ¿qué?».

Una habitación cerrada con tres cadáveres era el testigo mudo de lo que había sucedido y tenían que pensar en lo que iban a hacer para ocultarlo. La mejor idea que se le había ocurrido a Dina hasta entonces había sido quemar todo el complejo. Demasiado escandaloso.

Cristina seguía con la mirada fija en el techo, sin parpadear, sin señal alguna de que por su cabeza estuviera circulando algún pensamiento. Y Javier... Javier ya había pasado de la preocupación a la desesperación. Se sentó a su lado también y le giró el rostro para que lo mirase a los ojos antes de decir:

—Cristina, preciosa, estoy aquí. Todos estamos aquí contigo. Ya ha pasado todo. Háblame.  
—«Háblame porque me estoy volviendo loco».

Porque a veces los milagros ocurren, lo que en aquel momento parecía imposible sucedió y Cris fijó sus ojos en Javier, como si acabara de darse cuenta de que se había sentado a su lado en aquel mismo instante. Él paseaba el dorso de su mano por la mejilla de ella apenas rozándola y ella la atrapó, suavemente al principio, pero apretándola con fuerza después.

—¿Sabes? Si no te hubiera conocido, hace tiempo que me habría dejado morir en cualquier rincón. —Su voz salió en un susurro algo ronco. Él logró forzar una sonrisa que apenas se quedó en una mueca amarga—. Es cierto. Quisiera poder decirte tantas cosas...

Dina y Nana se tomaron aquellas palabras como una invitación a salir de la habitación para que pudieran hablar a solas, y así lo hicieron.

—Si hace un año alguien me hubiera dicho todo lo que me iba a pasar, habría pensado que estaba loco, porque estas cosas solo suceden en las novelas y en las películas. A la gente normal le pasan cosas normales. Y mírame...

Eso era lo único que no hacía falta que le pidiera porque, en realidad, Javier no le había quitado la vista de encima desde el primer momento en que la vio.

—Quiero darte las gracias por haberte cruzado en mi camino, por haber visto en mí lo que soy y no en lo que ellos me habían convertido. Tienes que seguir buscando a esa chica. Aún no puede andar muy lejos.

—Cris —dijo él, torciendo el gesto—, ¿por qué todo esto me está sonando a despedida?

Ella se incorporó en la cama y se sentó junto a él, aún con las manos entrelazadas.

—¿Sabes lo que le he hecho a Altamiranda?

Javier tragó saliva antes de contestar:

—No. Y no sé si quiero saberlo.

Cristina se bajó la parte de arriba del vestido, dejándola caer sobre su cintura y señaló cada una de sus cicatrices. Quemaduras, mordiscos, cortes, que él fingía estar viendo ahora mismo por primera vez, aunque sabía de sobra que no era cierto, que las había visto antes y que ni siquiera había preguntado, hechizado como estaba por aquella criatura y avergonzado por no ser capaz de negarse a su cuerpo.

Ella le tomó la mano y paseó sus dedos por cada una de ellas. Luego se levantó la falda y le mostró su particular constelación, aquella cuyos puntos unidos trazaban el camino al infierno. Para entonces, una rabia de otro mundo lo había invadido por completo y le estaba haciendo hervir la sangre.

—Le he hecho todo esto, y también todo lo que no puedes ver: el miedo, los golpes con el cinturón, las palizas, las violaciones, las humillaciones... Hemos jugado un rato con sus aparatos favoritos, incluso con aquellos con los que nos aplicaba corrientes hasta dejarnos casi inconscientes por el dolor. Le he cortado los huevos y te juro por mi padre que se los hubiera hecho tragar si no hubiera muerto antes. ¿Y sabes qué? Que puedo con ello, que me veo capaz de seguir adelante con esas imágenes en mi mente, que sé que ahora puedo porque él ya no está para recordarme lo poco que llegué a valer. Y ten por seguro que cualquier cosa que pase a partir de ahora será infinitamente mejor que el pasado. Sea lo que sea.

Volvió a colocarse la ropa y se levantó para abrir la puerta y llamar a las dos mujeres que seguían fuera. Una vez volvieron a estar todos dentro, sin previo aviso, se dirigió de nuevo hacia la puerta, salió y cerró. Un pitido intermitente y agudo avisó a quienes se habían quedado dentro de que el código de la tarjeta había sido cambiado. Y los tres permanecieron allí, pasmados, sin

saber siquiera cómo habían permitido que Cris se marchara de aquella forma.

Enseguida, Nana reaccionó, cogió el móvil de Dina de la mesilla de noche y marcó el número de otra de las chicas para que acudiera en su ayuda.

Entre tanto, Cris tomó el ascensor y pulsó el botón que la llevaría al ático. Sonrió al pensar que todo seguía funcionando con normalidad como si no hubiera pasado nada, como si ella no acabara de vender su alma al diablo a cambio de un poco de paz. Una vez en el despacho, se sentó detrás de la enorme mesa de madera que no le daba ningún miedo porque el sádico que la violaba sobre ella ya no estaba vivo para contarle y marcó el 112. A quien descolgó, le dijo como si fuera un robot:

—Acabo de matar a Santiago Altamiranda en su hotel y a dos de sus hombres, y quiero entregarme.

Ante la estupefacción de la persona al otro lado, que tuvo que pedir que se identificara y repitiera lo que acababa de decir, ella pronunció de nuevo las mismas palabras.

—No. Tranquila. No pienso moverme de aquí.

Eso fue lo último que dijo antes de colgar el auricular y reclinarsse contra el respaldo del sillón. «Se acabó, Cris. Por fin todo ha terminado».

Cuando la policía llegó al complejo, se dirigieron adonde ella les había dicho que los esperaba y, efectivamente, cubierta de sangre ya seca, allí estaba sentada, en el mismo lugar desde donde los había llamado.

El que parecía ser el inspector al mando ordenó que la esposaran y le pidió que los llevara al lugar de los hechos, así que Cris, con las manos esposadas delante del cuerpo, echó a caminar pasillo adelante en busca del ascensor, escoltada por tres policías más, uno de ellos una mujer. Otro hombre que los acompañaba, uno de los que trabajaba en el hotel, pulsó el botón y todos entraron al amplio habitáculo. La policía la miraba con curiosidad y con lo que a ella le pareció compasión. Todos sabían a lo que se dedicaban las mujeres que vivían y trabajaban allí, lo mismo que sabían que no todas llegan a este tipo de vida por voluntad propia.

A la chica debía de parecerle lamentable que existieran lugares como ese con total impunidad y seguramente estaría intrigada por la historia que ella, casi una niña, tuviera que contar.

Al final, se detuvieron ante la puerta cerrada del sótano, el lugar en el que todo había sucedido, y el hombre que los acompañaba pasó la tarjeta por el lector. La puerta se abrió un poco y Cris dio un respingo, quizá al fin consciente de lo que había hecho. Un olor a carne quemada y sangre seca flotaba en el ambiente, haciendo que precisamente el inspector perdiera todo el color de las mejillas. Por un momento, Cristina creyó que el tipo vomitaría o se caería redondo al suelo y sintió cierto orgullo ante su obra. Minutos más tarde, aparecieron el forense y sus hombres a recoger huellas y pruebas y esperar a que el juez ordenara el levantamiento de los cadáveres.

El inspector, cuando por fin logró recuperar un poco de compostura, pudo preguntar:

—¿Usted ha hecho esto? —Ahora, además, estaba empapado en sudor, un sudor frío que le empezaba a manchar la camisa.

Cristina contestó con un contundente «sí». De repente, sin que nadie lo esperase, una mujer apareció en la puerta y dijo:

—No. He sido yo.

También estaba cubierta de sangre. Cristina parpadeó confusa y miró a uno y otro lado, descubriendo que el resto de los que ocupaban la habitación no lo estaban menos. Dos policías

fueron hacia la mujer que acababa de hacer su aparición y empezaron a colocarle unas esposas. No habían tenido tiempo de hacerlo cuando se escuchó:

—He sido yo. —Y una tercera mujer con la ropa y el cuerpo manchados de sangre entró en la habitación. «¡Dina, no!». Los ojos de Cris se llenaron de lágrimas mientras negaba con la cabeza repetidamente.

—Y yo —dijo otra más, detrás de ella. Y así hasta una docena.

El inspector no tuvo más remedio que ordenar que las acompañaran a todas ellas al furgón policial para trasladarlas a comisaría e interrogarlas. Dina fue la única que habló mientras le estaban poniendo las esposas:

—Hemos encerrado a uno de los suyos, un policía que intentó detener todo esto. ¡Ah! Y a la hermana de aquí el difunto, que también quiso protegerlo.

El inspector envió a la mujer y a otro de sus hombres al lugar donde Dina les había dicho que tenían encerrados a Javier y Nana y los encontró atados de pies y manos y amordazados. Una vez liberados, los condujeron inmediatamente a la parte delantera del hotel donde habían montado todo el dispositivo y donde ya se agolpaban cientos de curiosos y periodistas. Javier solo tuvo ojos para ver el hermoso rostro de Cristina mientras se cerraba la puerta del furgón policial, y pudo sentir el dolor del hondo suspiro que exhaló la joven, tan profundo que parecía que había dejado escapar con él la misma vida.

El icono de Skype parpadeó dos o tres veces antes de que Javier se percatara. Aceptó la conversación y, ante sus ojos, apareció la preciosa cara de Cristina, bronceada y brillante.

—Te veo morenita, princesa —le dijo, sonriendo ampliamente ante la visión. Ella sonrió también.

—Será por el sol tan maravilloso del que disfrutamos en nuestra isleta privada.

—¡Por Dios, estoy trabajando! No hay necesidad de ser cruel.

—Usted perdone, don «Me han ascendido a inspector y ya no tengo vida».

—¿No te da pereza pronunciar esos motes que pones? —Cristina lanzó una carcajada que sonó a la más pura libertad—. En serio, estás preciosa. No voy a preguntarte cómo te va. Es obvio que vives en unas eternas vacaciones

—Podrías venir a verme... Hace ya seis meses de la última vez que nos vimos.

—No creo que pueda por ahora... Mi sueldo sigue sin dar para un viaje a Dubái.

Cristina movió el ordenador a su alrededor para que él pudiera ver el entorno paradisíaco en el que se encontraba.

—¡No hagas eso! Ya te tengo bastante envidia.

—Mira tu *mail*, anda. Come y sal a la calle de vez en cuando a que te dé un poco el sol. Pareces un enfermo terminal.

Cris le lanzó un beso y él hizo lo mismo antes de despedirse.

—¡Búscate un trabajo y deja de molestarme!

Cerró la ventanilla y fue directamente a su bandeja de entrada para encontrarse con la reserva de un billete de ida a Dubái en primera clase. Negó con la cabeza sonriendo. «No vas a parar hasta que vaya, ¿verdad?». Se perdió unos segundos en ese lugar al que uno va cuando la mente se vacía por completo, ese del que se vuelve como si se viniera de otro mundo, y cuando él regresó al momento y lugar en los que se encontraba, un alud de imágenes inconexas empezó a desplegarse en su cabeza.

Vio nítidamente el rostro de Cris con los ojos abiertos y la mirada petrificada, justo en el momento en el que la sacó en sus brazos del sótano con las escasas fuerzas que le quedaban. Luego la vio lanzando un enorme suspiro mientras se cerraban las puertas del furgón policial. De pronto, apareció la figura infantil de Lorena junto a sus padres cuando dieron la noticia por televisión de que la habían encontrado tras dismantelar una red de trata de mujeres que había sido tejida alrededor de la ciudad por los Altamiranda desde hacía muchos años... Y otra vez los ojos de Cristina, llenos de lágrimas, despidiéndose de él para marcharse con Nana. Se llevó las manos al cuello para volver a sentir el calor de su abrazo.

Nana. La misteriosa, la siniestra, que después de todo no había sido más que otra de las víctimas de Santiago. Nana, la astuta. La que había recuperado toda la fortuna que le pertenecía y que le había sido arrebatada el día que Roberto Altamiranda se la llevó del dormitorio de sus padres muertos. La que tenía en su poder grabaciones de alcaldes, ministros, miembros de la realeza y jefes de policía disfrutando de los placeres que se ofrecían en el Dark Side y en El Paraíso. La misma que había enviado una copia a cada uno de ellos sin ningún otro comentario o petición, gracias a lo cual no hubo caso. Las chicas fueron puestas en libertad sin cargos y el asunto de la muerte de Santiago Altamiranda y sus hombres se zanjó como una reyerta entre mafias rivales.

«¿Por qué no?», pensó mientras miraba la reserva y luego la condecoración que adornaba la mesa de su despacho por su participación en el caso Dark Side y por haber encontrado y rescatado sana y salva a Lorena.

Puso los pies sobre la mesa, como siempre había visto hacer a los inspectores en las series de televisión, y decidió que sí, que unas vacaciones pagadas siempre son una buena idea. Sobre todo, si incluyen la posibilidad de conquistar a una hermosa dama.

FIN

## Biografía de la autora

María Moreno Villén, nacida en Jaén en 1971, es licenciada en Filología Inglesa y trabaja como profesora de educación secundaria en un instituto de la localidad donde reside. Divorciada y madre de dos hijas, empezó a publicar en 2013, y gran parte de sus novelas aparecen bajo el pseudónimo Maya Moon: *Donde está el corazón*, *Hasta que nos volvamos a encontrar*, *¿Quién necesita un ángel?* *Los amigos de Maddie*, *Caída del cielo* y *Recién divorciada*.

Bajo su nombre real, María M. Villén, publicó *Entre almendros y árboles cuadrados*, *Desde mi piel* o *Mal menor*. Podría decirse que la temática de su novela se divide en dos tipos: las de corte romántico, que publica bajo pseudónimo, y las que tratan otros temas de actualidad como la violencia de género, el *bullying* y la situación actual de la educación o los temas familiares. Su novela, *Cristina*, publicada con Editorial Lxl, pertenece a este último grupo, y trata el tema de la prostitución de lujo.

# Notas

[←1]

Cita del escritor Gustavo Adolfo Bécquer.

[←2]

Cita del escritor Gustavo Adolfo Bécquer.

[←3]

Cita del escritor Gustavo Adolfo Bécquer.

[←4]

Cita del escritor Gustavo Adolfo Bécquer.